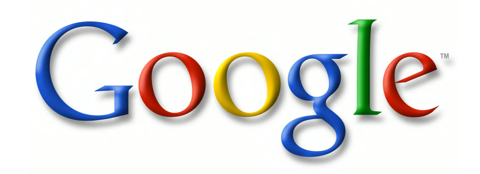
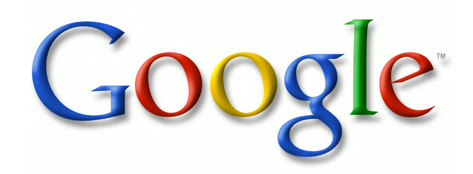
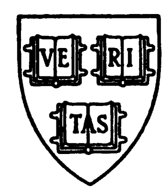





VE
RI
TAS



EL PUÑAL DEL TIRANO

4982—Imp. «Mariano Moreno», Corrientes, 829

DRAMAS DEL TERROR

EL PUÑAL DEL TIRANO

POR

EDUARDO GUTIERREZ

Continuacion y fin de D. Juan Manuel De Rosas, La Mazorca y Una Tragedia de doce años



BUENOS AIRES

Casa Editora.—Luis Maucci y Cia.

1895

EL PUÑAL DEL TIRANO

LA RETIRADA DE LAVALLE

En Agosto de 1840 se suponía derrotado en Entre-Rios el brillante general Lavalle.

Fué, pues, una sorpresa completa cuando se supo que habia pasado el Paraná y que se hallaba en San Pedro.

Fué un hecho admirable del que no se supo sacar partido.

Rosas que habia festejado con cohetes y música la derrota de Lavalle, quedó aterrado, mientras un rayo de esperanza volvió á brillar en el espíritu de los unitarios, que habian recibido en medio del corazon, como un golpe de muerte, la noticia de aquella derrota.

La ciudad tan alegre poco ántes, por las músicas federales y el desborde de la mazorca, quedó sumida en un silencio de muerte.

La federacion tenia miedo.

Es que no solo se sabia que el heroico Lavalle estaba en San Pedro, sino que se dirija sobre Buenos Aires, sobre Palermo mismo, levantando toda la campaña á su paso triunfal.

La revolucion del Sur lo esperaba con todos los elementos, reunidos con una actividad febril por el patriota Marcelino Martinez Castro.

Los avisos llegaban uno en pos de otro, y el tirano veia llegado su último momento.

Á él no se le ocultaba que en la ciudad como en la campaña, el elemento unitario era superior al federal, y que entrando Lavalle, se alzaria como un solo hombre aquella poblacion dominada hasta entonces por el puñal de la mazorca.

A toda prisa sacó Rosas las fuerzas que había en la ciudad para librarla de un golpe de mano ó de una fácil seducion. pues eran fuerzas ya tocadas por el desgraciado coronel Maza, y trató de formar con ellas un campamento en Santos Lugares.

Desde entónces data ese horroroso campamento, destructor de vidas y haciendas, y teatro de los crimenes más brutales.

Aún vive D. Antonio Reyes, jefe militar y gobernador de aquel paraje maldecido, regado con tanta sangre inocente.

Cuánto dato estupendo podria él darnos para la historia de Santos Lugares!

Ya nos ocuparemos á su tiempo de aquel parage sombrío.

Ejército que invade y que se retira, es ejército perdido, con rarísimas escepciones.

Y esto fué lo que sucedió al ejército del benemerito general Lavalle.

Narremos la historia de aquella retirada inesplicables para muchos, y desconocida para la mayor parte.

La hemos recogido de las fuentes más puras y exactas.

El señor don Mariano Baudrix, que conservaba amistad con Rosas, para ser útil á los unitarios, sabia ir de cuando en cuando, con el objeto de hacerse presente y fingir por la causa de la federacion un interés que estaba léjos de sentir.

Lavalle estaba sitiando la ciudad por el Sur, acampado en Barracas, y esperando el momento oportuno de entrar.

En su trayecto se habian ido incorporando algunas milicias de campaña, faltas de armas, y la mayor parte de los jueces de paz y comandantes militares de los pueblos por donde habia pasado, y otros ocupados por la revolucion.

En momentos en que Baudrix llegaba á Palermo, salia de allí, despedido por el mismo Rosas, un paisano montado en un caballo overo negro, conocido parejero del tirano.

—Que tal, Exmo. Señor? preguntó jovialmente el señor Baudrix, sin dejar de notar algunos inequívocos preparativos de fuga que se veian por allí.

Qué noticias nos dá de los invasores?

—Vé usted ese hombre? preguntó Rosas, mostrándole el paisano del parejero que se perdia en aquel momento por uno de los recodos del camino.

—Sí, le he visto ya—y qué bien montado vá!

—Pues ese hombre va á derrotar á Lavalle.

Baudrix no pudo menos que reir maliciosamente, atribuyendo aquel dicho á una de las tantas originalidades de Rosas.

—No se ria usted, continuó éste.

Por estraño que le parezca, ese hombre solo que usted ha visto, va á derrotar á Lavalle.

El va á morir, es cierto, pero Lavalle, mañana al toque de diana, no estará más en Barracas.

El Sr. Baudrix viendo que no se le daban más esplicaciones, convino en la cosa y esclamó:

—Será sorprendente—solo porque es V. E. quien lo dice lo creo, pues los tiempos no están para chacotas.

Despues de conversar un buen rato, sobre cosas indiferentes, el señor Baudrix se retiró.

—No olvide lo que le he dicho! esclamó Rosas al despedirlo.

Ese solo gaucho va á derrotar á Lavalle—mañana tendrá la prueba de ello.

Veamos nosotros cuál era la esplicacion de aquel dicho, y la seguridad que en él tenia el astuto Rosas.

Comprendiendo que no tenia ni fuerzas ni elementos para luchar con Lavalle, soldado hábil y denodado, se dedicó á buscar una estratagema que lo hiciera desistir de su entrada á Buenos Aires.

Y su espíritu diabólico no tardó en sugerirle una que debia los mejores resultados.

El dia antes á aquel en que fué Baudrix á su campamento de Palermo, llamó Rosas á un mulato asistente que tenia consigo hacia mucho tiempo, á quien debia encargar lo más importante de su estratagema.

El mulato aquel era un desalmado, espiritu perverso como el de su amo, y astuto y sagáz como él.

—Lúcas, le dijo el tirano, necesito que ahora mismo montes á caballo y te pases á las fuerzas de Lavalle, que están del otro ladó dèl puente de Barracas.

—Es el caso que yo no quiero pasarme, dijo el mulato.

Me encuentro muy bien aquí y allí es posible que desconfien y me fusilen.

—Es que yo necesito que te pases y te aseguro que no te han de fusilar.

En cambio si no obedeces te fusilo yo en un segundo.

—Parece que va de veras! esclamó entónces el mulato, que como todos los locos y sirvientes viejos de Rosas, se permitia ciertas libertades.

Y qué tengo que hacer una vez que me pase y me quieran fusilar?

—Aseguras que eres un pasado y que vas á hacer, en prueba de lo que dices, una revelacion á Lavalle.

—Sí, esto es cierto, agregas, ya ve usted que es verdad que me he pasado. Si no, siempre habrá tiempo de fusilarme.

—Y cuál es esa revelacion?

—La siguiente; retiénela bien.

Tú dices á Lavalle que mañana ha de salir de aquí un chasque con comunicaciones para el general Lopez, que viene en marcha.

Das las señas de Torres y dices que va montado en un caballo overo que es el mas ligero de todos mis parejeros.

En prueba de que sé lo que digo, añadirás, Torres, que es un buen servidor del gobierno, ha de negar todo, pero yo sé donde trae las comunicaciones, y aseguras que ellas van cosidas en los bastos del recado.

Dices que tú mismo, por órden mia, le ayudaste á coserlas.

Como viendo que esto es cierto te han de creer lo demás, asegura que yo tengo muchos soldados, así como cinco mil, segun crees, y que aquí se dice que si Lopez recibe á tiempo lo que le lleva Torres no va á quedar un unitario lavallista, ni para remedio.

Ya ves pues que no te han de fusilar y que por el contrario yo te voy á hacer un regalo que ni te sueñas.

Lavalle se ha de retirar despues de tomar á Torres.

Entónces, bien montado, puedes volverte aquí.

Demasiado vivo eres para que tenga que decirte cómo te has de escapar.

—Y cuando tendré que pasarme?

Esta noche para que la cosa sea mejor hecha.

Es preciso que antes des unos buenos galopes al caballo que montes, y te vas sobre el pucho, para llegar bien sudado al campamento y como corresponde á un individuo que huye.

Lleva estas pistolas y otro caballo, como prendas que me has robado.

El diabólico mulato se hizo repetir la leccion, y seguro de sacarla bien, se preparó á la marcha, sonriendo de una manera infernal, pues habia comprendido que la víctima de todo aquello iba á ser Torres.

En las primeras horas de la noche, el mulato se presentó á Rosas con el caballo bien sudado, para que éste le diera un vistazo.

—Superior, dijo el tirano—vas hecho un verdadero pasado, tanto, que siento ganas de fusilarte, porque me parece que es de veras.

—Nó, dejémonos de juguetes, gritó el mulato que sabia era Rosas capaz de hacer lo que decia.

Ya me voy.

—Bueno, largo y cuidado cómo se cumple.

—No hay cuidado, que al ñudo no nos ha elegido usia para cosa tan peluda.

Cuando el mulato salió, Rosas mandó llamar á Torres.

Era este un paisano de aquellos que toman cariño á un hombre y lo sirven con la lealtad de un perro, sin averiguar siquiera qué peligro van corriendo en el servicio que prestan.

Bravo como las armas, segun su propia espresion, servia á Rosas porque lo queria y porque le estaba agradecido á algunos servicios que le prestó en otra época, como patron.

Por él, por hacerle el gusto simplemente, hubiera desafiado sereno el mayor peligro.

Y Rosas que sabia esto, lo elegia como víctima de aquel plan diabólico y casi sin necesidad.

La misma lealtad de Torre le sujirió la idea de que ninguno mejor que él habia de desempeñar la comision.

Torres se presentó como siempre, con su franca sonrisa y su ademan cariñoso.

—Te necesito para una comision peluda, le djo el tirano.

—Muchas gracias, patron, por haber pensado en mí.

—No te alegres porque la cosa tiene pelos.

—Razon de más, porque eso me prueba que todavia me tiene fé.

—Ya sabes que el loco asesino Lavalle está encima y que vá á entrar.

—Si lo pela será durazno!

—Pues para eso necesito que hagas una gauchada.

Tengo que mandar al general Lopez que viene en camino, una órden para que se apure con el ejército que trae, y he pensado en tí como el más á propósito para salvar los inconvenientes del camino.

—La entregaré, contestó Torres con una conviccion profunda.

—Yo te voy á dar un parejero de los mios y hemos de esconder la nota para que no te la encuentren aunqne caigas prisionero.

—Montado así no caeré.

—Bueno, prepara tus cosas para marchar mañana.

Torres se retiró lleno de alegria por la confianza que en él depositaba el patron, y Rosas se entregó á escribir la comunicacion que iba á costar la vida á aquel infeliz.

Era una nota en la que decia á Lopez:

«Lo supongo á estas horas muy cerca de la ciudad.

Es necesario que apure la marcha de una columna de cinco mil homores, de los diez que trae, para caer sobre Lavalle, de sorpresa y cuando él ménos lo espere.

—Yo, para atacarlo con todo mi ejército, fuerte de doce mil hombres, no espero más que su llegada, para combinar el doble y simultáneo ataque y destruir hasta el último salvaje unitario de los que lo acompañan.

Con mis elementos de la ciudad, tengo de sobra para vencerlo y obligarlo á retirar, hecho pedazos.

Pero yo quiero más: quiero que no sobre uno solo.

Apure, pues, la marcha aunque mate las caballadas, para llegar cuanto ántes

Siempre su affmo.

Juan Manuel Rosas.

Cuando Lavalle lea esta nota, pensaba Rosas, no hay duda que se retirará, porque creerá positivo cuanto contiene.

Y Lopez no se habia movido ni pensaba moverse de Santa-Fé sobre Buenos Aires.

Al dia siguiente cuando se presentó Torres, este se hizo dar su célebre caballo overo y le mandó le llevase los bastos de su recado.

Entre uno de ellos, el mismo Rosas cosió el oficio, diciendo á Torres:

—Así, aunque te agarraran, por una casualidad, ni el mismo diablo dá con el pliego.

Puedes decir lo que quieras, hasta que te has desertado, que todos creerán, pues no pueden imajinarse lo que llevas aquí adentro de los bastos.

—Yo digo que no me han de agarrar, respondió el paisano, y tan seguro lo tengo, que llevaria el papel en el tirador.

Pero en fin, para que usted quede bien tranquilo, lo llevaremos ahí escondido.

Hasta la vuelta entónces, patron.

Mira, no te olvides que en negar la verdad está tu salvacion, si te agarran.

Al fin te pondrán en libertad y podrás volverte.

Mira que si descubren la verdad, puede llevarme el diablo, porque entonces Lavalle se animará y yo tengo pocas fuerzas.

— No hay que tener cuidado, ya sabe que para tomar el papel, tendrian que carnearme primero.

Como se vé, Rosas preparaba la muerte de este infeliz, con una crueldad bárbara.

Todas sus instrucciones eran tendentes á que fuera fusilado.

— Porque es claro, decia, si Lavalle intercepta de otra manera el oficio, puede oler la verdad y apresusar el ataque en vez de retirarse.

Esta es la razon por la que Rosas aseguraba á Baudrix que aquel ginete moriria, pero que iba á derrotar á Lavalle.

El mulato se presentó en el campamento unitario, pidiendo hablar con el general Lavalle.

—Qué se te ofrece? le preguntó uno de los gefes; de donde vienes?

— Soy un pasado de Palermo, que tengo que darle una noticia de primer órden.

Los gefes desconfiaban que aquel pudiera ser un asesino enviado por Rosas, y no querian dejarlo hablar con el general.

— Es lo mismo que me digas á mi lo que quieres.

— No puedo, insistió el mulato, ha de ser al mismo general.

— Y se te hago fusilar?

— Peor para ustedes porque mi noticia vale su salvacion.

Lavalle, para quien la significacion del miedo era completamente desconocida, mandó que llevaran el pasado á su presencia.

Y sus ayudantes introdujeron al mulato con las mayores precauciones.

— Quién eres tú? preguntó el general.
— Un pasado, señor.
Fuí condenado el año ultimo al servicio de las armas, por una pelea que tuve, y he aprovechado la bolada de estar usted aquí para desertarme, porque yo tambien soy unitario.
Pero no vengo solo, agregó el mulato guiñando el ojo picarescamente.
Traigo conmigo un contingente de mi flor.
— Qué vienen más soldados?
— No, señor, pero traigo una noticia que no sé cómo me ha cabido en el pecho.
— Habla entonces de una vez.
— El bandido Rosas, perdone usia la mala palabra, está haciendo una nota para mandarla con un chasque, cuya nota dice que es su perdicion de usted.
— Poder de Dios, y qué dice esa nota?
— Yo no lo sé, pero si sé que lo que dice es gordo.
— Y entónces cuál es tu noticia?
— Que la nota la van á mandar al general Lopez con un chasque de estas señas.
Y el mulato dió las de Torres.
Torres va á salir mañana de Palermo, y va á ser montado en un parejero overo del gobernador.
— Y todo esto no será mentira tuya?
— No, señor, dijo el mulato palideciendo.
— Es que si eres espía te vamos á fusilar sobre tablas.
— No, señor, yo soy unitario, y para mayores señas, le aseguro que Torres trae la nota cosida entre los bastos.
El mismo gobernador la cosió por su mano esta noche.
— Bueno, dijo el general Lavalle.
— Tú puedes ser el pasado que dices, pero tambien puedes ser un espia.
Te vamos á tener preso hasta mañana; si aparece el chasque, quedas en libertad, y yo te recompensaré como se debe.
Si no, eres un espia y tienes que confesarlo ó te hago fusilar.
El mulato sintió entónces un miedo de todos los diablos.
Y si no venia el chasque?
Y si Rosas se olvidaba, ó no necesitaba ya enviarlo?
Seria fusilado sobre tablas.
— Pá los patos! pensó el mulato, antes que me peguen cuatro tiros canto la verdad. Así puede que me salve.
El mulato fué conducido al cuerpo de guardia y en el acto dispuso el general que marchasen numerosas comisiones estendiéndose hácia el norte, para tomar aquel chasque, á quien tanta importancia daba el pasado.
El mulato fué interrogado nuevamemte por los otros gefes que seguian creyéndolo un traidor ó un asesino, pero él siempre se mantenia exactamente en lo que habia dicho desde el principio.
Y como los gefes le pidieron datos sobre lo que sucedia adentro y las tropas con que el gobierno contaba, les decia que él, como unitario, les aconsejaba no se hiciesen ilusiones.
— El gobierno está muy fuerte, agregaba, y tiene muchos soldados de los buenos.
Pero en fin, esto no seria nada, porque tan buenos serian unos como otros.

La cosa es esa comunicacion que debe ser muy importante, porque cuando el mismo gobernador la cosía en el recado de Torres, decia:

— Veremos si con esta sacudida le quedan ganas de meterse nuevamente á redentor de pillos.

No le vamos á dejar ni aliento ni para correr!

Toda aquella noche y á la mañana siguiente, las comisiones andaban por todas partes, esperando el chasque.

Pero no se veia venir ningun ginete montado como el mulato decia.

— Me parece que no te escapas de cuatro tiros, dijo el oficial de guardia.

Ese tal chasque ha sido un pretesto para introducirte y nada mas.

Confiesa la partida, mulato viejo, que tal vez te salves así.

— Si todos los cuatro tiros que han de darme en mi vida son como esos, ya puedo acostarme á dormir.

Yo aseguro que el chasque viene, á no ser que los que esperan lo dejan ir.

— No tengas miedo por eso.

Si él sale de Palermo, yo te aseguro que lo tomamos.

— Pues entónces en vez de cuatro tiros, váyanme preparando cuatro azumbres de caña que bien los merezco.

— Eso se hará á su tiempo.

No tengas miedo que tu servicio ha de ser bien recompensado.

— Y qué mas recompensa que estar con los mios, entre ustedes? Pues esta es la mejor que me pueden dar.

Viva el general Lavalle! gritó como dominado por el entusiasmo.

Pero á pesar de todo esto, aunque las mitigó en algo, no por esto destruyó las sospechas que abrigaban los gefes.

Por fin, á eso de las cinco de la tarde se sintió en el campamento del general Lavalle, un movimiento estraño.

Los oficiales andaban en todas direcciones y los gefes conversaban entre sí alegremente....

Se preparaba acaso el ejército á entrar en la ciudad?

Aquel movimiento era producido por algo muy diverso.

Por un chasque, acababa de llegar la noticia de que el paisano del overo y señas de que dió cuenta el mulato habia caido prisionero de una de las partidas que lo esperaban.

— Ahora si creo que te salvas, dijo al mulato, al pasar, el gefe que más habia desconfiado de él.

Ahí traen bien asegurado al hombre de la nota.

Veremos si has mentido ó si realmente eres un buen amigo de causa.

Efectivamente, Torres habia caido en una emboscada hábilmente tendida, á la altura de Belgrano.

El habia tomado todas las precauciones imaginables, saliendo por un lado en que no podia estar el enemigo.

Pero el infeliz no contaba con la delacion infame, y lo que más léjos estaba en su espíritu, era que lo hubieran estado esperando.

Así es que en el primer momento trató de negarlo todo y persuadió al oficial que era un paisano que iba en viage á las Conchas, donde vivía.

—Tú vienes de Palermo y vas al campamento santafesino, le dijo el oficial.

—Yo nunca he estado en Palermo, ni sé dónde es ese campamento, contestó con firmeza el paisano.

Registrado prolijamente por el oficial no se le halló nada que corroborara la sospecha.

El oficial no conocia el secreto de los bastos.

Este registro era lo que Torres esperaba para ser puesto en libertad.

Así es que cuando vió que en vez de dejarlo seguir su camino, se trataba de desarmarlo para conducírlo al cuartel general, se resistió con toda energia.

Y convencido de que á pesar de todo el oficial estaba firmemente resuelto á desarmarlo, sacó su sable y se dispuso á pelear, tratando de acercarse á su c ballo.

Pero si bravo era Torres, bravo eran tambien el oficial y los cincos soldados que lo habian detenido: así es que su resistencia heróica solo sirvió para agravar su causa.

Desarmado despues de recibir algunos golpes, fué conducido al cuartel general, donde se le interrogó nuevamente.

Torres persistió en lo que habia dicho al oficial, con tal aplomo, que á no sabe.se el secreto de los bastos, hubiera sido creido.

—Tú miéntes, le dijeron.

Tú vas de chasque llevando pliegos para el general Lopez.

Entrega esos pliegos y no trates de negar la verdad por más tiempo y podrás salvarte.

—Yo no soy chasque, ni llevo pliegos ningunos.

—Mira que todo es inútil pues hasta sabemos dónde llevas los pliegos.

Pues saben ustedes mas que yo.

Si es que quieren *limpiarme* de puro vicio, límpienme de una vez, pero no me amuelen más con los tales pliegos y el cuento del chasque.

Registrado nuevamente no se le halló nada.

—A ver, gritó entónces el jefe que lo interrogaba traigan los bastos del recado de este hombre!

Al oir esto, Torres palideció visiblemente, pero no dijo una palabra.

Los bastos fueron descosidos en su presencia; y sacado de allí el oficio que tanto habia defendido.

Para el fiel paisano, era indudable que allí habia habido una traicion, puesto que los bastos fueron pedidos á cosa hecha.

Pero por mas que pensaba no podia darse cuenta de dónde esta partia.

Solo él y Rosas conocian el secreto, y era claro para él que á Rosas no le convenia hacerlo tomar.

—¿Qué dices ahora? le preguntó el jefe, entregando el oficio al general Lavalle.

Persistirás todavia en negar?

—Y cómo no?

Lo que yo he dicho es la verdad.

—Y cómo esplicas entónces esta nota entre tu recado?

—Muy fácilmente.

Yo no quise decir la verdad, porque á nadie le gusta meterse en cosas feas.

Pero como ahora es preciso decirla allá va.

Yo me iba para las Conchas, de donde vine ayer, á cobrar un dinero que me deben.

Al pasar por la pulperia de la barranca del Retiro, ví este overo que me pareció de [illegible] bastante buen pingo.

Entónces me hice el zonzo, me dejé caer de mi sotreta aplastado y me le enhorqueté al overo, para hacer más pronto la jornada.
Nadie es adivino, por Cristo! si yo hubiera sabido lo que trae el overo, á buen seguro que no lo habria codiciado.
—No está malo el cuento, pero él no te salva.
Qué sucedia en Palermo cuando saliste?
—Pero si yo nunca he estado en Palermo!
—Qué fuerzas tiene allí el gobierno?
—Nada sé, yo he dicho todo lo que puedo, replicó resueltamente el bravo y leal paisano.
El mulato fué mandado buscar para carearlo con Torres.
Cuando el paisano hubo reconocido al mulato se esplicó recien lo que pasaba.
No podia ser otro el autor de la denuncia.
—Quién es este hombre? lo conoces? preguntaron á aquel en cuanto entró.
—Y cómo no he de conocerlo?
Es el amigo Torres, asistente del gobernador.
—Qué dices ahora? persistes en negar?
—Yo nunca he visto á semejante mulato! esclamó Torres con un desprecio magnífico, mirando de arriba abajo á aquel miserable.
El puede decir todo lo que quiera, yo nunca he estado en Palermo.
—No embrome, paisano, y cante claro, dijo el mulato, porque todo lo saben ya y es al cohete andar negando.
Torres volvió á mirarlo con un desprecio terrible y no le hizo el honor de contestarle una palabra.
—Y es este el mismo hombre que debia llevar la nota?
—El mismo, si señor, que de puro tonto lo está negando.
Es el asistente de confianza del gobernador y el mismo á quien mandan de chasque.
—Persistes todavia en negar y en no responder á lo que se te pregunta?
—Y por qué he de mentir?
Ya he dicho toda la verdad, ahora si no me creen, poco me importa.
—Mira que tu negativa te puede costar cara.
Mira que te vamos á fusilar!
—Y acaso la vida es para siempre? respondió aquel hombre noble.
Más tarde, más temprano todos hemos de morir, sin saber de qué.
Yo no tengo el cuero para negocio, así es que poco cuidado se me dá.
Yo sabia ya que los salvages eran asesinos.
Torres fué sometido á un consejo de guerra y fusilado dos horas despues, sin haber confesado una palabra, ni querer decir cuáles eran los recursos de la ciudad.
Este fusilamiento mortificó mucho á Lavalle, que desde la muerte de Dorrego habia cobrado horror á las sentencias de muerte.
Pero era preciso conformarse con la aplicacion de la ley militar.
La nota tomada á Torres fué leida en consejo de gefes, y puesta á votacion la actitud que debia asumir el ejército libertador.
Es imposible resistir con estas fuerzas mal armadas y poco organizadas, dijo Lavalle, á un doble ataque de fuerzas numerosas y en combinacion.
Parece indudable que la ciudad está fuerte y su entrada costaria mucha sangre.

Pero esto poco importaria teniendo tantas probabilidades á favor nuestro.

Pero este ataque que puede traernos de un momento á otro un fuerte ejército con el que no se contaba, hace insostenible nuestra posicion.

Quedaríamos entre dos fuegos y sin tener retirada posible.

Esta comunicacion ha sido interceptada, pero lo lógico es que Rosas la haya repetido por dos, cuatro, ó mas chasques.

Sin embargo espero la opinion de todos.

Todos opinaron que la retirada era lo más prudente y que debia emprenderse sin pérdida de tiempo.

El general Lavalle, tal vez contra todo el torrente de su voluntad, acató lo deliberado por el consejo y dió las órdenes para levantar campamento y marchar inmediatamente.

Así, aquel ejército que hubiera entrado fácilmente á la ciudad, llena de partidarios que lo esperaban para pronunciarse, emprendió su retirada, engañado por aquella nota tan bien canculada y de tan seguros resultados.

El mulato fué puesto en libertad aunque se observó sobre él una vigilancia que no le permitió regresar, por temor de correr la suerte de Torres.

Al conocerse en la ciudad la retirada de Lavalle, retirada que nadie podia esplicarse, la desesperacion de los unitarios fué cruel.

Quién se animaria á intentar nada contra la tirania, sin apoyo de ninguna clase?

Es que el mismo terror que pesaba sobre los unitarios, perdia á Lavalle.

Si dos ó tres hombres de la ciudad se hubieran ido al campamento del general, y lo hubieran impuesto de la verdadera situacion de Rosas.

Si le hubieran mostrado los elementos con que él mismo podia contar una vez en la ciudad, otro habria sido el resultado.

El general Lavalle, en vez de retirarse, hubiese atacado, y la caída de la tirania se hubiera anticipado doce años.

El aspecto de Buenos Aires, cuando se supo aquella fatal nueva, fué conmovedor.

Las familias que tenian preparadas las coronas y banderas celestes con que habian de recibir al libertador, se escondian en sus casas aterradas, temiendo las iniquidades que á aquella fatal retirada se sucederian.

La mazorca recorria las calles lanzado los mas terribles gritos de esterminio y muerte.

Entraban á todas aquellas casas donde vivian ó suponian vivir unitarios y comentian todo género de escesos y violencias.

Las damas mas distinguidas eran azotadas por aquella canalla que no encontrando esto bastante les cortaba los cabellos y les pegaba con brea el terrible moño colorado.

Los hombres eran degollados en plena calle, con menos formalidad que la que se emplea en los mataderos para degollar una res.

Y aquellos esce os y crímenes, no solo eran tolerados por la auto- ad policial, que sabia eran motivados por órdenes del Gobierno, alentados con su silencio y su indiferencia.

las ocho ó diez de la noche, salia la mazorca de la orgia de en que habia pasado la tarde y se entregaba á la orgia de san- unitaria.

Esto es inaudito, parece la invencion de un loco, ó exajeraciones brutales para hacer efecto.
Y sin embargo nada mas exacto que lo que vamos narrando.
Todavia hay muchas personas vivas, que pueden corroborar nuestras palabras, y decir si exageramos.
Ahí están don Marcelino Martinez, Don José Gregorio Botet, el noble doctor Esteves Saguí, los hermanos Mones Ruiz, los Varangot, don Mariano Billinghurst y tantos otros que pasaron en Buenos Aires aquella terrible época, por no haber podido emigrar.
Ellos son testimonios vivos, de esta narracion, á quienes se puede referir el que dude de la exactitud de estos hechos.
A la una ó dos de la mañana, el que capitaneaba el grupo mas importante de mazorqueros quemaba tres cohetes voladores.
Esta señal, repetida por los demás grupos, era para que la policia enviara sus carros á recoger los cadáveres.
Y era entónces cuando á la madrugada y aun á la siesta los carreros conducian al *carnero* las cabezas que se habian cortado durante la noche, bajo el grito terrible de: duraznos blancos y amarillos!
Era entónces cuando el bandido Moreira recorria las calles en su brioso caballo, á cuya cola iba *compadreando* la cabeza de algun unitario, cortada por su propia mano.
Y esto mismo, que parece el colmo de toda exageracion, es pálido al lado de otros horrores que hemos de narrar en seguida.
Muchas de las personas que acompañaron á Lavalle hasta Barracas y que no pudieron seguirlo, fueron víctimas de su patriotismo.
Ellos, entre los que habia muchas autoridades de campaña, creian no ser descubiertos ó poder disculparse, pero pronto pagaron su error.

EL PUÑAL COMO LEY

Fué el distinguido jóven Viamont hijo del general Viamont, una de las primeras víctimas en quienes se cebó el puñal de la mazorca, erijido en ley suprema.
Este jóven, patriota entusiasta, al pasar Lavalle por su estancia, le mandó todos los caballos que tenia disponibles y algunas reses para su heróica tropa.
Más tarde el mismo Viamont se incorporó á Lavalle y lo acompañó hasta el punto de su retirada.
Cuando Lavalle se fué, Viamont regresó á su estancia, como otros muchos, creyendo que nadie sabia la proteccion que le habia prestado y su estadía en Barracas.
Pero no faltó un miserable que con el solo objeto de quedar bien, y tal vez de tapar igual delito, vendió el secreto de Viamont, exajerando las cosas, como era natural.
De todos modos aquella delacion, exajerada ó no, habia de costar la cabeza al distinguido jóven.
Inmediatamente de tener Rosas conocimiento de la delacion, dió las órdenes necesarias para que aquel fuera preso en su estancia y conducido á la ciudad.
El peligro era inminente.
Pero así como no faltó un miserable que lo delatara, no faltó tampoco un alma noble que le diera aviso de que se ocultara.

Cómo hacerlo en la estancia, y en el campo mismo, rodeado de espias por todas partes?

Era preciso ponerse en salvo y sin perder tiempo, pues de un momento á otro podia llegar la partida que debia prenderlo.

Jóven y bravo, cuidándose poco del peligro personal, Viamont decidió venir á la ciudad.

Aquí tenia más facilidad para ocultarse, para intentar una fuga á Montevideo, y aun más recursos de empeños, por la posicion de su familia.

Viamont tomó entónces los pocos caballos que le habian quedado, y acompañado de un peon de toda su confianza se puso en viaje al oscurecer.

A la madrugada llegaba á Quilmes, donde entre otras relaciones contaba con la amistad del Juez de Paz, don Paulino Barreiro.

Era este hombre una autóridad escepcional en aquellos tiempos luctuosos.

Obligado á permanecer en Buenos Aires, por su inmensa familia y algunos intereses, Barreiro consentia en pasar por federal, al estremo de ser nombrado Juez de Paz.

Muchas veces hubiera podido emigrar, junto con otros cuyo embarque habia protejido, pero el cariño á la familia lo detuvo siempre.

Si él emigraba, sus bienes serian declarados de salvaje unitario, como habia sucedido con los otros, embargados y vendidos en remate.

Que perspectiva quedaba entónces á su familia?

El hambre y la muerte, porque en aquel año, ni los mismos parientes se atrevian á socorrer á las familias unitarias, cuyos bienes se embargaban.

Ante este pensamiento y no pudiendo llevar la familia consigo, Barreiro habia resuelto quedarse, pasando por federal y á cubierto de la autoridad que investía.

Hombre honrado y de nobles sentimientos, léjos de hacer mal, habia tratado de ayudar siempre, por todos los medios á su alcance, al que lo necesitaba, sin averiguar nunca á qué partido pertenecia.

Y cuando algun unitario habia llegado ocultamente á su casa á implorar su ayuda, lo habia ocultado y ayudado á embarcarse en primera oportunidad.

Así se habia hecho amar de estos, y estimar de los otros que lo creian un federal de primer órden.

Viamont conocia á Barreiro de muchos años atrás, eran amigos, y fué á su casa donde llegó á salvar de su primer apuro.

El Juez de Paz de Quilmes, como todos los de la campaña, tenian órden de echar el guante al jóven, si llegaba á su partido.

Como no se podia transitar sin pase seria fácil tomarlo, pues todo el que andaba sin aquel requisito era detenido por la autoridad como sospechoso, hasta tanto probara ser buen federal.

Barreiro se vió en un compromiso de todos los diablos.

Viamont estaba perseguido y era conocidísimo por aquellos parajes.

Amparándolo él, si esto llegaba á saberse, no solo se comprometia sinó lo que era mucho peor, comprometia á su familia.

Viamont mismo vino á sacarlo de situacion tan apurada.

—No voy á quedarme aquí, amigo, le dijo, porque mayores recursos tengo en la ciudad, entre la familia.

Lo que hay es, que para ir allí, necesito pase con que salvarme en caso de ser detenido.

—Pero un pase te delatará al momento.
—No, un pase á nombre ageno.
En caso de ser descubierto, esto no lo compromete en nada, pues de usted no desconfia nadie y yo mismo diria que lo quité al dueño, ó que lo robé para venir á la ciudad.
Como donde me buscan es en la Estancia ó sus inmediaciones, tengo la esperanza de que podré pasar sin inspirar desconfianza.
Barreiro demostró al jóven el peligro que ambos corrian, Viamont empeñándose en ir á la ciudad y él facilitándole el pase pedido.
Pero como el jóven insistiera, Barreiro le dió el pase, recomendándole la mayor reserva.
El juzgado de Paz estaba situado en la misma casa de la familia, así es que no hubo necesidad de salir de allí para nada.
En momentos que Barreiro entregaba el pase á Viamont entró al Juzgado, por asuntos de servicio, el alcade M. G. Lopez, quien sorprendió el ademan.
Lopez no solo era amigo de Barreiro, sino que le debia servicios de consideracion, así es que léjos de abrigar la menor desconfianza, el Juez de Paz ni siquiera se inquietó por la llegada del alcalde.
Este además, por la indiferencia con que miró al jóven, parecia no conocerlo ni sospechar de lo que se trataba.
—Si estorbo, dijo, volveré más tarde: no corre prisa mi asunto.
—Que esperanza, amigo! ya sabe que usted siempre es bien venido.
Diga no más lo que necesita.
El alcalde hizo la consulta que allí lo llevaba y se retiró en seguida, despues de saludar comedidamente al jóven.
—Caramba! dijo este cuando quedaron solos.
Si habrá olido este de lo que tratamos.
—No lo creo, y aunque así sea, poco importa, repuso Barreiro.
Es un hombre de toda mi confianza y además me es deudor de muchos servicios.
Entre tanto el alcalde, no solo habia sorprendido el negocio del pase, sinó que habia conocido á Viamont.
Sabia, como toda autoridad, que habia órden de prenderlo, y concibió en el acto la idea de quedar bien con el Gobierno entregándole el unitario que con tanto interés se buscaba y librarse de Barreiro á quien detestaba por lo mismo que le debia servicios y á quien creia poder reemplazar en el Juzgado de Paz.
Así es que, sin perder tiempo, se fué á su casa, mudó caballo y se dirijó á la ciudad á hacer cuanto antes su delacion infame.
Viamont habia quedado en casa de Barreiro, con la idea de tomar un bocado y descansar un momento.
Barreiro le aconsejó que se embarcara esa misma noche, que él podia proporcionarle un bote.
Pero el jóven no aceptó.
En la ciudad puedo esconderme mientras preparo mi fuga, repuso.
No quiero irme sin dar un abrazo á la familia que estará agitadísima.
Así que hubo descansado un poco y comido algo, se despidió de aquel hombre noble y montando en su mejor caballo se vino á la ciudad tranquilamente, para no despertar la menor sospecha.
Pero á pesar de su actitud tranquila y reposada, antes de salir de Quilmes habia tenido que hacer uso de su pase, por lo menos tres veces.

Su aspecto indudable de llegar recien de afuera, lo hacia sospechoso, á causa de las órdenes que se habian impartido.
El alcalde Lopez, entretanto, se habia venido á Palermo á todo lo que le daba el caballo, solicitando hablar con el Gobernador.
Pero este era entónces muy económico de su persona y á los que iban á buscarlo los hacia hablar primero con su edecan de servicio.
Lopez tuvo que hacer su miserable delacion, como Martinez Fontes al coronel Corvalan, encargado de transmitirla.
—El traidor salvaje unitario Viamont, dijo, está oculto en casa del Juez de Paz de Quilmes, Paulino Barreiro, que es un unitario espía que las echa de federal.
Supongo que va á venirse á la ciudad, porque Barreiro le ha dado un pase, á sabiendas de que con ello contraria órdenes terminantes del Supremo Restaurador.
—Y cómo sabe usted todo eso? preguntó Corvalan, dejando ver todo el desprecio que el delator le inspiraba.
Mire que su denuncia es muy grave.
Barreiro es considerado como uno de los federales mas decididos y el Gobernador castigaria severamente al autor de cualquier calumnia en su contra.
—No tengo que temer ningun castigo, porque sé que estoy prestando un gran servicio á la causa de la federacion.
Lo que he dicho me consta, porque he visto á Viamont en el mismo despacho del Juzgado y á Barreiro entregarle un pase, haciéndole mil recomendaciones.
Corvalan estuvo tentado de hacer con aquel miserable una herejia.
Pero tuvo miedo á las malas consecuencias que esto podia traerle.
Si el Gobernador llegaba á saber que él habia ocultado una denuncia, podia hacer su testamento.
Mas arriba que él estaba colocado el doctor Maza, y ya se sabia lo que le habia pasado, por una simple sospecha.
Así es que el coronel Corvalan no se atrevió á cumplir su deseo y trasmitió á Rosas la delacion del alcade Lopez.
—Ah! bandidos! dijo el tirano.
No pasa dia sin que se descubra un nuevo traidor.
Tentado estoy de quemar vivo á uno de ellos, á ver si los demás escarmientan en pellejo ajeno.
Hágame buscar en el acto al coronel Cuitiño y que se me presente en seguida.
A ese otro traidor dígale que está bien, que el Gobierno estima el servicio prestado y que puede retirarse.
Que vijile prolijamente todo lo que pase en el Juzgado y que venga mañana á dar exacta cuenta.
Agregue quinientos pesos, porque es preciso estimular estas traiciones, como es preciso castigar las otras.
Corvalan entregó á aquel canalla los quinientos pesos que recibió sin inmutarse y le trasmitió las órdenes del Gobierno.
—No hay cuidado, repuso Lopez, que se creyó ya Juez de Paz de Quilmes.
Puede asegurar á S. E. que no se moverá una paja en casa de Barreiro, sin que él tenga inmediatamente conocimiento.
Y el traidor se retiró acariciando sus quinientos granaderos y la esperanza de reemplazar á su víctima en el Juzgado.
Una hora y media despues, llegaba el coronel y el comisario de Policía Cuitiño.

—Es inútil buscar al traidor salvaje unitario Viamont, dijo el gran bandido.

En estos momentos está en Quilmes, pero viene en viaje á la ciudad.

Seria bueno despachar en aquella direccion gente viva y que lo conozca, para prenderlo.

Los traidores deben morir, porque no hay crímen mas miserable que el de la traicion.

—Iré yo mismo, replicó el asesino.

Conozco al vil sabandija de que se trata, y conozco tambien aquellos lugares, siéndome así muy fácil tomar todos los pasos.

Y Cuitiño dió media vuelta dispuesto á asesinar á Viamont, porque aquellas palabras sobre los traidores no querian decir para él otra cosa que la muerte del jóven.

Rosas no le daba sus órdenes de matanza sinó en una forma parecida.

—Un momento, gritó Rosas.

El pillo ese debe llevar un pase firmado por el Juez de Paz de Quilmes, Paulino Barreiro.

Despues de arreglar á Viamont, es preciso trasladarse á Quilmes, y pedir al mencionado Barreiro reconozca la firma del pase.

Si la reconoce, seria saludable fusilarlo en el acto, pero allá veremos lo que ha de hacerse.

Es preciso concluir de una vez con todos los traidores y sospechados unitarios lavallistas.

De otra manera no hacemos sino alimentar los reptiles que han de comerme el corazon.

Cuitiño se retiró á cumplir aquellas dos órdenes de asesinato, porque no era otra cosa.

En su comisaria tomó la gente necesaria y acompañado del feroz Gaetan, se dirijió á Barracas, organizando su caceria y aleccionando sus perros.

Y llegaron al puente, sin haber hallado en el camino á la víctima que buscaban.

Allí se emboscaron para esperar que esta se presentara.

Pero pasó un buen par de horas sin que pasára por el puente persona alguna.

—Caramba! esclamaba Cuitiño de cuando en cuando.

Tengo miedo que hayamos llegado tarde y que nuestra espera sea infructuosa.

Tal vez el cuento haya tardado en llegar, y mientras yo recibia las órdenes, el galgo esté bajo buena guarida.

—No lo crea, respondió Gaetan.

Es que fiado en la seguridad del pase, el hombre no se ha de haber dádo ninguna prisa.

Ya verá cómo no tarda en llegar, sí es que no se le ocurre esperar hasta mañana.

Ya los temores de Cuitiño empezaban á hacerse sérios, cuando vieron venir un ginete para quien parecia no existir el menor peligro, vista su tranquilidad.

—Pues si es él no se escapa! esclamó alegremente el asesino.

Atentos muchachos á la primera señal.

Cuando el jóven estuvo á diez ó quince varas del puente y juzgó imposible su fuga, Cuitiño mandó á su gente salir de la emboscada y atajar al ginete.

Viamont, que era él en efecto, ni siquiera se inmutó al ver sobre sí el grupo.
Habia hecho uso del pase tantas veces, con felicidad, que le pareció que saldria lo mismo de aquel apuro.
—Sin duda esperan á otro, pensó, y se ván á dar un chasco soberano.
Así es que en cuanto le intimaron hiciera alto, detuvo su caballo y esperó tranquilo la interrogacion.
Fué entónces que se le acercó Cuitiño, preguntándole de dónde venia, quién era y á donde iba.
Soy Pablo Moreno, repuso el jóven, vengo de Quilmes y paso á la ciudad por unos dias.
—Y su pase dónde está?
—Aquí lo tengo.
—Muestre entónces.
—El jóven sacó el pase que le diera su amigo Barreiro, y lo mostró, como lo habia hecho otras veces.
Cuitino lo examinó ligeramente y se lo echó al bolsillo.
—Y por qué me quita mi pase?
—Vuélvamelo porque sinó no podré pasar á la ciudad.
—Con el pase me quedo yo, por la sencilla razon que no le pertenece.
—Cómo que no me pertenece?
Porqué razon me salen ahora con esa simpleza?
—Porque un pase de Moreno, sea quien sea, no puede servir para ningun Viamont.
Viamont palideció al sentirse descubierto.
Quiso huir, pero no pudo, pues estaba rodeado de bandidos.
—Quiso defenderse entónces, pero todos lo rodearon al momento, desarmándolo merced á un buen palo en la cabeza que lo volteó del caballo privado de sentido.
—A concluir con él, dijo Cuitiño sin la menor consideracion, que aún nos falta el mejor.
Los bandidos se echaron entónces al suelo cuchillo en mano.
En aquel mismo momento el desgraciado Viamont recobraba el sentido y sabiendo ya lo que iba á sucederle, sacó sus pistolas y se preparó á vender cara la vida.
De poco le sirvió su heróica resolucion.
Aturdido todavia con el golpe recibido en la cabeza, aunque disparó las pistolas casi sobre el pecho de los asesinos, no logró causarles mal alguno.
Estos lo acometieron, y en el momento que levantaba las dos pistolas para defenderse con el golpe de sus culatas, recibió dos puñaladas terribles, á las que se siguieron tres más.
Viamont cayó bañado en sangre, pero todavia amenazador.
Los asesinos empezaron entónces á lanzar sus epígramas más nauseabundos, preparándose á degollarlo ántes que muriese, para no perder el espectáculo de su desesperacion.
—Aquí hay un mellado! gritó uno.
Y una de esas cuchillas preparadas como sierras para cantar la refalosa, fué pasada á los asesinos que tenian al jóven asido ya de los cabellos.
Este cerró los ojos ya empañados por la muerte, y esperó resignado el momento supremo.

Y aquel acto brutal y estúpido, fué consumado entre un coro de risas y obcenidades, sin arrancar á la víctima un solo quejido.

Separada la cabeza del tronco, fué atada á los tientos de uno de ellos y siguieron viaje á Quilmes, por supuesto, despues de haber robado cuanto tenia aquel cuerpo tan bestialmente mutilado.

Cuando llegaron á Quilmes era aún demasiado temprano y Barreiro no se hallaba en el juzgado.

—No importa, dijo Cuitiño al soldado que se hallaba en la puerta. Ahí no más en el despacho esperaremos, porque es preciso que nos acompañe á prender unos salvajes que se han refugiado en este partido.

Miéntras el soldado abria la puerta, Cuitiño mandó rodear la cuadra para asegurarse contra una evasion.

En aquel momento pasó por el juzgado un hombre que los saludé con la mano cariñosamente.

Era el miserable alcalde Lopez que espiaba las consecuencia de su delacion.

Habia visto la lívida cabeza del jóven Viamont á los tientos de uno de los recados y no le cabia duda que igual suerte esperaba á su amigo Barreiro.

Y apuró el galope de su caballo en direccion á la alcaldia, pues era indudable para él que muy pronto lo irian á buscar para que quedase al frente del Juzgado. El soldado, apenas entraron Cuitiño y Gaetan, seguido de dos soldados, fué á prevenir al Juez lo que sucedia.

El desgraciado Barreiro ni siquiera sospechó de lo que se trataba. Se vistió apresuradamente pensando quiénes serian las víctimas de que se trataba, y vino al despacho.

Cuando vió que los visitantes eran Cuitiño y Gaetan, á quienes conocia, no le cupo duda que se trataba de algun gran crímen.

Si este hubiera sido insignificante como el degüello de alguna persona poco conocida, se habrian contentado con pasarle un oficio ordenándolo, ó hubieran mandado un asesino de menor importancia.

¿Quiénes serian ó seria la víctima señalada á aquellos bandidos?

Barreiro entró sonriente al despacho, saludó con afabilidad á los dos bandidos, y por cumplimiento no quiso sentarse al escritorio, casualidad que de algo vino á servirle.

—Deseo saber, dijo, en qué puedo ser útil á la gran causa de la federacion.

Cuando ustedes vienen á mi casa algo grave debe suceder.

—Algo hay, dijo Cuitiño, de alguna gravedad, pero que con su ayuda puede reducirse á una cosa muy sencilla.

—Pueden ustedes disponer de mí como lo estimen más conveniente.

Cuitiño se puso entónces de pié, fingiendo gran tranquilidad, sacó un papel del bolsillos y acercándose á Barreiro le dijo:

—El Sr. Gobernador sospecha que alguien ha falsificado su firma de usted, y para los fines naturales me encarga pida á usted declare si es esta ó no su firma.

Y desdobló ante los ojos de Barreiro aquel pase fatal.

—Es esta su firma? continuó.

Barreiro quedó helado ante aquella pregunta que envolvia una amenaza terrible.

Comprendió que la víctima que se buscaba era él mismo y tembló de una manera poderosa ante la mirada de tigre de Cuitiño, que repitió:

»Reconoce ûsted por suya esta firma?

—Sí, balbuceó el infeliz, la reconozco, pero este pase es el de un cumplido federal.

No bien habia concluido de decir esto, cuando en las manos de Gaetan brilló la larga y filosa daga.

El mismo miedo dió alas à Barreiro, que de un brinco estuvo en el zaguan y echó á correr hácia su aposento, donde se encerró trancando la puerta.

Allí estaba su esposa, Rosa Leyva, y su hija menor Dolores, interesante jóven que tenia por él un cariño entrañable.

Grande fué el espanto de estas al ver encerrarse á Barreiro de aquella manera y notar la gran alteracion de sus facciones.

—¿Qué es eso, por Dios? qué te pasa?

—Qué sucede papá querido que vienes tan ajitado? preguntaron simultáneamente la madre y la hija.

—No es nada, no se alarmen, es que han entrado ladrones.

Y se dirigió á la mesa de luz buscando una pistola que sabia usar, sin acordarse que la tenia en el despacho.

—Por Dios, Barreiro! gritó la señora saltando de la cama.

La presencia de ladrones no basta para aterrarte así.

Qué peligro te amenaza?

Y la señora y la hermosa niña lloraban amargamente.

En aquel momento y como si hubieran querido satisfacerla, se sintió en la puerta un tumulto infernal, seguido de voces y gritos de muete.

—Abrí salvaje! abrí la puerta, gritaban, ó la hacemos volar!

Mueran los salvajes Unitarios!

—Ya lo ves, balbuceó Barreiro sonriendo amargamente, la cosa no tiene remedio!

La proximidad del trance terrible habia devuelto á aquel hombre todo su aplomo.

—Allá voy! gritó á su vez, un momento, señores asesinos.

Pero aquella no era gente de esperar mucho á una víctima que podia escapársele, de un momento á otro.

—Abrí, salvaje, ó echamos la puerta abajo.

Y empezaron á golpearla de una manera desaforada.

—Hija mia, murmuró el desgraciado al oido de su esposa.

Es preciso que yo salga, aunque solo sea para que nuestra hija no me vea asesinar.

Y quiso dirijirse á la puerta.

—No quiero! no quiero! gritó la señora, escóndete aquí, abajo de los colchones, y yo diré que te has ido.

—Papá! Papá querido! gritó Dolores, prendiéndose del padre—no te vayas que te van á matar!

Escóndete como te dice mamita! yo te lo pido de rodillas!

La escena no podia ser más desgarradora.

Aquel hombre sufria de una manera terrible, pensando que podia ser degollado allí, en presencia de aquellos dos seres queridos y luchaba por desprenderse de los cuatro brazos que lo sujetaban.

En aquel momento saltó la puerta hecha pedazos, y cuatro asesinos, guiados por el mismo Cuitiño, entraron al aposento, puñal en mano.

—Allá voy! no se acerquen! gritó Barreiro desesperadamente.

Lo único que pido es que no me maten aquí.

Pero la señora, con un valor asombroso saltaba al cuello de Cuitiño, mientras la niña, abrazada de su padre, pedia por todo y de un modo conmovedor que no lo matáran.

Pero qué ruego era capaz de ablandar las entrañas de aquellos malvados.

Por el contrario, aquella triple y honda desesperacion los hacia gozar inmensamente, al estremo de mover sus puñales como si estuvieran degollando.

Apurado Cuitiño por las uñas de la señora, que á todo trance queria clavárselas en el cuello, se vió obligado á darle de golpes con el cabo de su rebenque.

La pobre señora retrocedió por el dolor de los golpes, hasta que perdió pié y cayó bañada en sangre.

Tenia la cabeza rota en varias partes.

—Concluyamos de una vez! gritó Barreiro, tratando de deshacirse de su hija.

Mátenme pronto, que este espectáculo es superior á toda resistencia.

Pero su hija Dolores lo habia abrazado tan estrechamente, que era imposible librarse de aquel abrazo íntimo.

A una seña de Cuitiño los cuatro se acercaron y trataron da arrancarlo de los brazos de la jóven, pero tuvieron que renunciar á ello.

La jóven que creia que así salvaba al padre, lo defendia con un escarnizamiento creciente.

Era tal la presion nerviosa de sus brazos, que aún queriéndolo, tal vez no hubieran podido abrirlos.

Entónces uno de los asesinos pasó á la espalda de Barreiro, le echó la cabeza atrás tomándolo de los cabellos y con una facilidad que acusaba su larga práctica, le pasó el cuchillo por el cuello.

Tan afilada estaba la arma y tan vigor sa fué la herida, que la cabeza cayó hácia la espalda, donde quedó pendiente.

Y el asesino se retiró á contemplar su obra desde un punto de vista mejor, soltando una carcajada.

Un golpe de sangre tibia cayó del cuello del padre, sobre la cabeza de la hija, bañandola por completo.

Esta, en el parasismo del horror, no atinaba á soltar el cuerpo á que estaba abrazada, que se estremecia de una manera poderosa bajo las convulsiones de la muerte.

La sangre que seguia saliendo del cuello de aquel cuerpo, la ahogaba y la enceguecia.

Y aquellos cinco bandidos contemplaban sonrientes aquel cuadro de horror infinito, mientras la señora, postrada por la pérdida de sangre, se arrastraba hácia el grupo que se movia sobre un gran charco de sangre.

El cuerpo de Barreiro, cadáver ya, buscó su centro de gravedad, y cayó pesadamente sobre el charco de sangre, arrastrando á la hija, prendida aún á él.

La jóven no lloraba ya, ni decia una palabra.

Tenia sus ojos desmesuradamente abiertos y movia los lábios agitadamente como si hablara.

Pero su garganta no producia mas ruido que un ronquido gutural intraducible.

Poco á poco fué entreabriendo los brazos hasta que aquel cadáver frio se escapó de ello, y fué empujado por el pié, por los asesinos, que querian llevar su cabeza como testimonio de haber cumplido la órden.

—Qué tal mocita? preguntó Cuitiño á la jóven, mientras seis hombres se apoderaban de la cabeza de Barreiro.

Dolores se apartó penosamente el pelo que la sangre habia pegado sobre sus ojos, miró al asesino de una manera incoherente, diremos, y sonrió de una manera estúpida.

Era de esperarse!

La escena que presenció tenia que haber turbado su razon, produciendo la locura ó la estupidéz.

La pobre señora se habia cubierto el semblante con ambas manos y gemia dolorosamente.

Con la cabeza sangrienta asida por los cabellos, los asesinos salieron del aposento, no sin haber sacado lo que habia en los bolsillos del cadáver, y apoderádose de algunas alhajas y objetos de valor que habia sobre los muebles.

La noticia habia corrido en un momento por todo Quilmes.

Así es que cuando lo degolladores salieron al patio mostrando el terrible trofeo, fueron saludados á los gritos de ¡mueran los salvages unitarios!

Viva el Restaurador de las leyes!

Viva el coronel Cuitiño!

Y aquella no era toda gente federal!

Es que el terror se habia apoderado del pueblo, al estremo de que muchos unitarios iban á festejar y aplaudir frenéticamente lo degüellos, para hacerse notar y garantir de este modo su cuello contra el puñal de la mazorca, que degollaba ya á las ocho de la mañana á la primer autoridad del pueblo, en el mismo juzgado, y entre los brazos de la familia.

Cuitiño salió á su vez, se apoderó de los papeles que habia en el juzgado y montó á caballo seguido de los asesinos.

A los tientos de estos, se veian las dos cabezas lívidas y ensangrentadas.

Contra todas las esperanzas del traidor miserable Lopez, Cuitiño se alejaba sin dejar persona alguna al frente del Juzgado.

La familia de Barreiro quedaba allí, rodeando el cadáver, sin recibir de nadie el menor socorro.

Quien se atreveria á tender la mano á personas que habian caido en semejante desgracia?

Hubiera sido esponerse á correr igual suerte.

Cada cual desconfiaba de la persona que tenia al lado, temiendo una delacion así es que los mismos amigos de la familia huian lo mas léjos que les era posible, por temor de que los vieran hasta en la manzana donde estaba la casa.

Los sirvientes de la casa se fueron á la calle y hasta los mismos parientes, devorando su desesperacion, no se atrevieron á ir en socorro de las dos mugeres.

Así pasó la mañana y gran parte de la tarde.

Algunas personas se habian detenido á dos ó tres cuadras de la casa, por si salian doña Rosa y Dolores, pero estas no daban señales de vida.

Por fin, á eso de las cuatro de la tarde llegó á Quilmes un comisario seguido de seis vigilantes que iba á embargar los bienes de Barreiro y á quedar en el Juzgado, mientras se nombraba el mazorquero que debia sustituir al degollado.

Como la casa donde estaba el Juzgado era propiedad de Barreiro, fué esta lo primero que se embargó.

La esposa y la hija fueron arrojadas á la calle á puntapiés y re-

bencazos, sin siquiera permitirles que tomáran un pañuelo para taparse.

Y asi, cubiertas de sangre y desgreñadas, se les ordenó salieran de Quilmes inmediatamente, bajo pena de ser azotadas en plena calle.

Y así emprendieron el camino de la ciudad, postradas por los golpes recibidos y hundidos los espíritus en el abismo de la más terrible desventura.

La senora, por el amor de su hija, pretendia sobreponerse á la situación tremenda, é interrumpia su llanto nervioso ya, para acariciarla y darle algun con uelo.

La pobre niña marchaba á su lado como una idiota.

A todo sonreia con una estupidéz tremenda para la pobre madre y parecia agena á cuanto la rodeaba y sucedia.

Todas las personas huian al paso de aquellos desventurados. como al paso de leprosos.

Todos temian que detrás de ellas viniese algun espia, encargado de ver quienes las socorrian.

Y marchando sin descanso, como locas que han huido de un manicomio, insensibles á toda fatiga corporal, pasaron aquella noche terrible creyendo ver en cada bulto, en cada sombra del ánimo un hombre que los acomete rebenque en mano.

—Vamos pronto mamá, decía estúpidamente la niña de cuando en cuando.

Vamos pronto, mira que si demoramos van á asesinar á papá.

Estas palabras penetraban en el corazon de la madre, como el frio de un cuchillo, pues por ellas veia que su pobre hija habia perdido la razon.

No es posible humanamente sufrir más de lo que sufrió en aquella noche, la viuda de Barreiro.

Habia momentos en que se le ocurria ponerse á gritar, muera Rosas! para que alguno la matara y dejar así de sufrir.

Pero el pensar la suerte que correria su hija si ella moria, ahogaba en su garganta el grito terrible, pronto á ser lanzado.

Su entrada á la ciudad, fué mas terrible que el viaje desde Quilmes y la salida de allí bajo el rebenque de la mazorca.

Su aspecto era una cosa indescriptible.

El polvo del camino se habia pegado sobre la sangre, cubriéndola de una capa indefinible.

Parecian dos borrachos que hubieran dormido la tranca en los residuos de un matadero.

Y el pueblo federal, ávido de iniquidades, sospechando que eran unitarias castigadas, las seguia en grupos, llenándolas de improperios y apedreándolas hasta voltearlas sobre la vereda.

Y la pobre niña reia siempre. aún bajo el golpe de piedra que le partia la frente, mientras la madre trataba de cubrirla con su cuerpo mutilado, para protejerla de nuevos golpes.

Y el populacho se aumentaba de una manera tremenda, aumentándose tambien las piedras y los dicterios.

Así llegaron aquellas dos desventuradas, sin saber ellas mismas cómo podian sostenerse de pié, hasta la casa de doña Andrea Rosas, donde se dirijian.

Doña Andrea, alma buena y piadosa, habia sido siempre la protectora de Rosa Leyva, como de muchas otras desgraciadas.

Alma buena y piadosa, no temia las fúrias de su hermano, que habia llegado hasta calificar á su esposo de salvaje unitario.

Este era el único amparo que quedaba en el mundo á la pobre viuda.

Si doña Andrea se negaba ó no podia socorrerla, no le quedaba más que vivir en la calle, con su hija, bajo las pedradas de la cobarde chusma federal.

A la puerta de aquella casa que al fin pertenecia á la hermana del Restaurador, se detuvo la chusma que las seguia, no sin haberles arrojado las últimas piedras.

La pobre viuda se entró á la casa, como á la suya propia, pero allí le estaba reservado un nuevo trago de amargura.

Los sirvientes que habian acudido al tumulto no solo se negaban á dejarlas pasar adentro, sinó que querian echarlas á la calle nuevamente.

Cómo dejar entrar hasta donde estaba la señora, á aquel par de seres estraños, á quienes perseguia el populacho!

Felizmente á los gritos y escándalo, acudió doña Andrea, que estaba en casa, y que entreabrió una puerta preguntando lo que sucedia.

—Son estas dos locas que se han entrado y no quieren salir, respondió un negro atlético, sirviente de confianza.

—Doña Andrea! doña Andrea! gritó la pobre mujer.

Soy Rosa Leyva con mi hija Dolores! socórrame usted, por caridad, que ya no podemos más!

La noble señora se estremeció de espanto, al reconocer en la voz á aquella mujer, que hubiera mirado un año sin saber quien era.

Cómo conocerla bajo el lodo sangriento que la cubria. en aquel desórden horrible y bajo las heridas y golpes que se veian en todo su rostro!

Impresionada profundamente, toda trémula y llorosa, doña Andrea llegó apresuradamente hasta donde estaban las mujeres detenidas por los sirvientes y tomándolas de la mano las arrastró adentro preguntando:

—Pero por Dios, qué sucede? de dónde salen en este estado?

Dónde está Barreiro?

La viuda echó á llorar nuevamente.

El nombre de su esposo y el sonido de una voz amiga, habian logrado despertar nuevamente su sensibilidad.

—Lo han degollado! gritó la desgraciada, lo han degollado sobre nosotras mismas.

Y con acento desgarrador y sollozante, narró la historia que conocen ya nuestros lectores.

—Pero esto es inaudito! esclamó la noble dama.

Esto es espantoso! continuó secando el llanto que aquella narracion desesperante le habia hecho derramar.

La espresion de estupidez de Dolores, sobre todo, aquel dolor mudo y reconcentrado, era una de las cosas que mas la conmovian.

—Pero ante todo, es preciso lavarse y mudarse, esclamó.

Ustedes no pueden estar así un minuto más.

Y uniendo la accion á la palabra, las llevó á sus habitaciones donde limpió ella misma las heridas y las ayudó á lavarse y vestirse.

—Yo no puedo tenerme mas en pié dijo entonces Rosa, y esta pobrecita, que no se da cuenta de nada, no sé cómo puede mantenerse así.

—Pues á acostarse, dijo doña Andrea.

Y les preparó camas y les hizo dar un poco de alimento.

Un minuto despues de acostarse, la viuda de Barreiro caia bajo un sueño profundo, que le duró más de diez horas.

Pobre mujer! cuando se despertó, creyendo que salia de un sueño abrumador y se encontró con la realidad de su situacion, rompió á llorar nuevamente.

Su hija Dolores habia tomado inconcientemente el alimento que le dieron, pero no durmió ni un minuto.

Doña Andrea mandó llamar médicos que la pusieran en el acto bajo un réjimen curativo.

—Vamos á ver ahora lo que se puede hacer, esclamó doña Andrea ¿con qué cuenta usted?

—Con nada! todo lo han embargado!

Aquí tenemos la casa de la calle de Córdoba pero lo embargarán tambien.

Estamos en la calle.

—Pues trataremos de salvar aunque solo sea esa casa, pues siquiera así tendrán dónde vivir.

Yo voy á hacer las diligencia necesaria para ello, ahora mismo.

Doña Andrea se vistió y dejando á las dos desgraciadas rodeadas de cuanto podian necesitar, se fué no á casa de don Juan Manuel, como era lo más espeditivo, sino á casa de doña Agustina, postrada ya por la enfermedad que la llevó á la tumba.

Doña Andrea conocia demasiado á su hermano y sabia que una súplica suya seria contestada con una sátira.

Doña Agustina escuchó horrorizada la narracion que le hacia su hija, esclamando:

—Ah! Juan Manuel! Juan Manuel!

Estás maldido de Dios, criatura desgraciada.

Como todo empeño seria ineficaz, las dos mujeres convinieron en que doña Agustina haria pasar por suya la casa de la calle de Córdoba para salvarla del embargo, y que ambas socorrerian á las dos desventuradas, hasta que se hallase una oportunidad de ablandar á Juan Manuel.

Así escaparon al hambre y á una muerte horrible aquellas dos desventuradas, protejidas por el noble espíritu de doña Andrea.

ASESINATO DE VARANGOT

Cerria el tremendo mes de Octubre, mes de sangrienta memoria, que los federales habian bautizado de mes de Rosas.

Esta aduloneria era para conmemorar aquella entrada de los colorados de que ya hemos hablado, en Octubre del año 20, cuando la revolucion al general Rodriguez.

El bloqueo francés estaba entónces en lo mas recio, teniendo á su bordo los buques, segun se anunciaba, poderosas fuerzas de desemque.

Algo se decia de que los franceses debian ayudar al general Lavalle con poderosos elementos de guerra, lo que habia enfurecido á Rosas de una manera terrible.

La mazorca fué lanzada entónces contra los ciudadanos franceses al grito de: ¡muera Luis Felipe el guarda chanchos! para aterrarlos de esta manera y evitar que tomaran parte en cualquier movimiento contra su gobierno.

Las primeras víctimas fueron los hermanos Varangot y el señor Dupuy, cuyos cobardes asesinatos vamos á narrar con preciosos datos que poseemos.

Las calles estaban desiertas, no solo ya de noche sinó de dia.

El puñal de la mazorca era lo único que imperaba, al estremo de que los mismos federales poco conocidos, no se atrevian á salir por temor de ser asesinados.

Fué en este mes que se cometieron los crímenes más bestiales y repugnantes.

Martinez Eguilaz, quemado sobre una barrica de alquitran, el doctor Zorrilla, el señor Mones Ruiz, Nóbrega y tantos otros, son episodios trájicos y sangrientos que iremos narrando uno á uno, para mostrar lo terrible de aquella dictadura cobarde y criminal.

El que se atrevia á salir á la calle, lo hacia merced á una necesidad imperiosa, y adoptando todo género de precauciones.

El que sentia pasos detrás de si, no se atrevia á dar vuelta y apresuraba el paso, ganando el primer zaguan abierto si los pasos se aproximaban.

Y el que venia atrás retardaba su marcha, temiendo alcanzar al que venia delante, por temor de encontrarse con algun asesino.

Los edictos de policia eran obedecidos por el pueblo con una rapidez asombrosa, al estremo que, cuando se ordenó que las puertas de calle y frente de las casas fueran pintadas de colorado, la órden fué cumplida en una noche.

El que no habia hallado pintores salió él mismo á pintár su puerta y frente, y él que no encontró pintura, porque en el acto se agotó la que habia, la fabricó él mismo con polvo de ladrillo ó con lo que pudo.

Es que en la ciudad no habia más autoridad que la mazorca, que cometia cuanta infamia se le ocurria al más miserable de sus miembros.

Era gente que vivia en un perpétuo estado de ebriedad, y bajo el delirio del crímen.

La policia, conociendo lo que pasaba en la ciudad, no se atrevia á tomar la menor medida, porque sabia que cuanto se hacia era ordenado por el mismo Rosas, desde Palermo.

Por la mañana enviaba sus carros á recoger los cadáveres, y daba asi por terminada su mision.

Y llegaba á tal estremo el terror de inmiscuirse en aquellas cosas que tenian los empleados de policia, que cuando amanecia alguna ó algunas cabezas clavadas en las rejas de la pirámide, ninguno de ellos se atrevia á sacarlas.

Ellos mismos temblaban á la mazorca!

Los crímenes y degüellos que se cometian durante la noche eran tantos, que no era ya cosa estraña en las más centrales calles de la ciudad poder contar por la mañana diez ó veinte charcos de sangre.

Fué entónces que Rosas ordenó la matanza de perros, por los presos, para que se comprendieran los rastros de sangre, y atribuirlo todo á aquella operacion material.

Así la policia podia asegurar que aquellos charcos de sangre provenian de la matanza de perros.

La poblacion se recojía así en las primeras horas de la noche, bajo los gritos de la mazorca, las voces que pedian un socorro que nunca habia de llegar, y las descargas en los cuarteles.

Y despertaba á la madrugada bajo la griteria espantosa de los presos, que andaban matando perros á lazo y garrote.

Y los carros de policia levantaban indistintamente, los cadáveres de los perros y de lo salvajes unitarios degollados durante la noche.

Aún viven muchas de las personas que pasaron en Buenos Aires aquella época maldita.

A ellas puede recurrir el lector que dude de la veracidad de nuestra narracion.

No exageramos nada, porque no es necesario exagerar.

No hay exageracion posible en la narracion de aquellos crímenes brutales.

Vengamos pues al asesinato del señor Varangot, tema de este capítulo.

Cuando el ilustre Bernardino Rivadavia, el apóstol manso de los principios y derechos, presidia los destinos de la patria, vinieron á Buenos Aires, como tantos otros, dos distinguidísimos jóvenes franceses.

Los hermanos Juan Pedro y Cárlos Varangot.

Dueños de un fuerte capital, los hermanos Varangot venian á establecerse en el país, halagados por el porvenir que ofrecia, garantido por aquel gobierno puro y patriótico.

Estudiando las necesidades del país y las industrias que más se prestaban á una esplotacion brillante, pasaron algunos meses hasta que se decidieron á plantear dos empresas industriales.

Esto, mientras adquirian algun establecimiento de campo, que era á lo que daban su preferencia.

Así Juan Pedro estableció una gran fábrica de sombreros, primera que hubo en el país, y Cárlos otra de naipes á la española, que eran los de general y gran consumo.

Deseando dar á ambos negocios el mayor incremento posible, mandaron buscar á Francia, no solo las máquinas necesarias, sinó los obreros y oficiales más inteligentes del ramo de cada fábrica, pues aquí no los hubieran hallado.

En cambio dieron colocacion á una buena cantidad de hijos del país, como aprendices y como dependientes en las fábricas.

Las fábricas empezaron á producir beneficios de primer órden.

Atendidas con una dedicacion é inteligencia esp cial, los negocios marchaban desde un principio de una manera brillante.

Al poco tiempo de haber planteado las fábricas, los hermanos Varangot colmaron su ambicion, estableciendo en sociedad un establecimiento de campo en grande escala.

Al efecto, y para poder dedicar sus capitales á la adquisicion de hacienda y plante ó del establecimiento, tomaron campos de pastoreo en enfitéusis, cuyo cánon pagaban anualmente.

Gracias á una dedicacion estrema y á una actividad asombrosa, el establecimiento de campo empezó á prosperar como habian prosperado las fábricas, compensando desde el primer momento los sacrificios hechos.

Jóvenes de una educacion esmerada y con el carácter afable y franco de t do francés de esas condiciones, pronto se abrieron las puertas de nuestra primera sociedad, haciendo en ella numerosas relaciones, y aún amistades estrechas.

Las familias porteñas, en su sencillez encantadora de aquellos tiempos, los cautivaban, al estremo de no echar de menos la patria recien dejada.

Los dos hablaban el español con la misma correcion que el francés, lo que les facilitó enormemente su contacto con las familias mas distinguidas.
Su conducta era irreprochable y proverbial su modo de vivir, lo que concluyó de captarles las generales simpatias.
Así vivieron mucho tiempo, completamente felices, y satisfechos de haber dado su preferencia para residir, á la provincia de Buenos Aires.
Los negocios seguian dando resultados brillantes y prometiendo un porvenir de los mas hermosos.
Es que los hermanos no descansaban, atendiendo tan presto á las fábricas, como al establecimiento de campo.
Entónces la ambicion, que siempre anida en el corazon del hombre, los pinchó por otro lado.
Algo les faltaba, y este algo era una familia con quien compartir la fecilidad que por todas partes les salia al encuentro.
— Pues construyámonos un hogar aquí, dijo un dia á Cárlos, su hermano.
Creo que este seria el colmo de nuestra felicided y lo que endulzaria de una manera celeste esta existencia monótona que llevamos.
— Construyamos un hogar, repuso Cárlos.
Aquí hay bellezas en donde elejir, corazones buenos y honrados y espíritus gentiles hasta el idilio.
Has tenido una idea espléndida!
Yo notaba que á mí me faltaba algo para completar mi vida, pero no me daba cuenta de lo que podria ser.
Ahora caigo que es una esposa amante y una familia que se crie á la lumbre de nuestro espíritu.
Desde aquel dia se decidieron á elegir, entre las muchas familias que visitaban, la niña que habian de solicitar como eterna compañera.
La eleccion no era muy fácil, pues todas las niñas que trataban les parecian igualmente dignas de hacerlas sus compañeras.
Por fin, despues de muchas vacilaciones y consultas entre ellos mismos, empezaron á visitar con mas asiduidad, á las respetables familias de Agüero y Aranzo.
En ambas casas habian hallado la mujer que les parecia mas completa y mas digna de tomar por consorte.
Don Cárlos se habia enamorado apasionadamente de la hermosa señorita Francisca Aranzo y don Juan Pedro de la bella jóven Juana Agüero.
Renunciamos á narrar aquellos amores purísimos y discretos, en honor de la seriedad de los actores.
Pero decimos que ámbos hermanos se habian enamorado verdaderamente, con toda la pasion de su edad juvenil y corazon ardiente.
Poco tiempo despues, con satisfaccion de las familias á que se enlazaban y de toda la sociedad á que estaban relacionados, se unieron á las distinguidas niñas que dejamos nombradas.
Aquellos matrimonios fueron un idilio de amor, pues la base de aquellos hogares era un cariño sin límite y un mútuo respeto encantador.
Así, al amor de aquel cariño y bajo la sombra de aquel respeto, empezaron á crecer los séres queridos que debian constituir la familia.
Don Juan Pedro fué en esto menos afortunado que su hermano, pues la naturaleza, rebelde á sus deseos, no le daba sucesion.

En cambio don Cárlos aumentaba su familia rápidamente.

Aun viven sus hijos don Avelino, honorable empleado de la Aduana, doña Carlota, Dorila y Madgalena.

Así don Cárlos al lado de su familia, y don Juan Pedro al lado de su esposa, vivieron felices, hasta el año 40 que empezó Rosas á aplicar á los franceses su sistema de terror.

Los negocios de ambos habian seguido prosperando, hasta dar á sus dueños una hermosa fortuna.

Don Cárlos Varangot fué la primera víctima.

A pesar de que acataban todas las disposiciones del Gobierno y ni por broma se mezclaban en los acontecimientos políticos, empezaron á ser clasificados de salvajes unitarios y perseguidos como tales.

Habia un doble é inícuo objeto en la persecucion de los Varangot.

Rosas lo habia ordenado, porque eran dos personas las mas espectables de la poblacion francesa y porque la clasificacion de salvajes unitarios fulminada contra ellos, debia producir el embargo de sus riquezas.

Y era este el aliciente que para perseguirlos tenia la mazorca, que sabia habia de sacar la mejor tajada.

Don Cárlos empezó á notar ciertos grupos sospechosos al rededor de su casa. No faltó quien le dijera que lo miraban como á unitario y trató entónces de demostrar que, en su calidad de estranjero, no se mezclaba en la política del país.

— Poco me es el tiempo, decia, para preocuparme de mis intereses y de mi familia.

Don Cárlos no tenia miedo por sí.

Se creia garantido con ser estranjero y jamás pensó que el miserable tirano, por esa misma razon, resolviera perseguirlo.

Pero el peligro que podia correr su familia lo aterraba al estremo de hacerle perder la cabeza.

Una noche que entraba á su casa, á la hora que tenia de costumbre, se encontró con uno de tantos grupos de foragidos, cuyo jefe le intimó órden de prision.

¿Quien se atrevia en aquel tiempo á resistirse á una órden semejante?

El hecho solo de no obedecer á la mazorca, porque mazorqueros eran, equivalia á hacerse degollar sin mas trámite.

—Tal vez sea por asustarme, pensó, ó por hacerme pagar una multa. Si fuera para degollarme, lo habrian hecho aquí, no más, sin pérdida de tiempo y sin tomarse el trabajo de llevarme á otra parte.

Y como esta era la práctica, se afirmó más en su idea.

—Estoy pronto, dijo, pero agradeceria á ustedes me permitieran entrar á prevenir á mi familia para que no tenga cuidado por mi ausencia.

—No señor, respondió el que encabezaba el grupo, con federal insolencia.

Y marche pronto, antes que le hagamos marchar á la fuerza.

Y mientras algunos enarbolaban los tradicionales nervios de toro, otros hacian relucir sus puñales.

—En marcha pues, contestó Varangot tranquilamente.

Esto no puede ser más qne un error, porque yo no tengo nada que temer.

—Eso lo sabrás pronto, salvajon francés.

Me parece que de la caricia que te van á hacer en el pescuezo, no te salva ni cristo padre.

Y á los gritos de ¡mueran los franceses! ¡muera Luis Felipe el guarda chanchos! ¡mueran los salvajes unitarios! lo llevaron á golpes y estrujones á la Policía, siendo pasado de allí á la cárcel, donde lo alojaron en un calabozo despues de notificarle que si decia una palabra seria fusilado.

Recien comprendió Varangot que cuanto se le habia dicho era terriblemente cierto.

Pensó entónces que su familia quedaba sumida en la desesperacion y el abandono, y sintió que se le oprimia el corazon bajo el peso de aquella primera desventura que se cruzaba en su camino.

Su familia entretanto, estaba entregada á la desesperacion más tocante.

La señora á los gritos que habia sentido en la calle, salió á la puerta, guiada por un presentimiento fatal.

Y al sentir desde allí los gritos lejanos de ¡mueran los franceses! etc., no le cupo duda que á su marido le habia sucedido una desgracia.

Como una desesperada salió á la calle, llorando y llamando á su esposo.

—No siga adelante, señora, le dijo un vecino.

Al señor Varangot lo acaban de llevar preso por una equivocacion, sin duda, como él mismo lo ha dicho.

No se aflija que mañana lo han de poner en libertad.

Era tal el significado de la palabra prision, en aquel tiempo, que al oirla la señora se lanzó á la calle velozmente diciendo:

—¡Pues me voy á la Policía, yo no quiero que lo maten!

Entre muchos otros vecinos que habian salido tambien á la puerta, detuvieron á la noble dama, haciéndola notar el peligro que corria ella misma y el que hacia correr á su esposo con aquel paso imprudente.

—Esto los va á irritar contra ustedes, y será causa de otras persecuciones.

Piense usted que ahora tiene que protejer á sus hijos, que no tendrán amparo miéntras dure la prision de Varangot.

Esta última reflexion obró de una manera poderosa en el espíritu de la señora, que regresó á su casa con el corazon oprimido por el dolor.

En el acto envió á llamar á don Juan Pedro, que se presentó lleno de agitacion y de zozobra.

Por el camino habia tenido conocimiento de la prision de su hermano, y por más que pensaba, no podia atinar con las causas que la habian producido.

—Cárlos, que yo sepa, no se mezcla en la política, pensaba.

Este debe ser forzosamente un error sin consecuencia.

Pero cuando le dijeron que su hermano habia sido clasificado de salvaje, y le refirieron el diálogo que habia tenido lugar en la puerta de la calle, tembló por la vida de Cárlos.

—¡Sabe Dios! sabe Dios! pensó, si no ha hecho una calaverada tan grande, que me la á ocultado á mí mismo, para quien no tiene secretos.

Y entró á consolar á su cuñada, que estaba entregada á la manifestacion del dolor más íntimo.

Pero quién consuela á una mujer enamorada de su marido, cuando crée que este corre un peligro de muerte!

Vanas fueron todas las reflexiones de su cuñado.

No habia medio de consolarla, pretendiendo irse esa misma noche á la Policía, á hacerse entregar el preso.

—Es preciso que te calmes, dijo por fin don Juan Pedro, revistiéndose de una energía que estaba muy lejos de sentir, puesto que el mismo golpe lo habia él sentido en medio del corazon,

Yo voy ahora mismo á averiguar lo que sucede y vengo á traerte la contestacion.

Cierras la puerta y no abras á nadie.

Qué será de tus hijos y de tí misma, si esa canalla vuelve y logra entrar en la casa!

La señora se calmó un poco ante esta promesa y se resolvió esperar, bien encerrada, la vuelta de su cuñado.

Este, sin reflexionar el peligro que él mismo corria, y sin oir los consejos de los amigos, se dirigió á la Policia.

Se trataba de la vida de un hermano y de un hermano á quien amaba con una idolatria insuperable.

El hecho solo de ir á preguntar por Varangot hizo que el empleado que lo recibió le pusiera una cara de todos los diablos.

Probablemente si hubiera sabido que era hermano del preso por quien preguntaba, lo deja preso á él mismo.

—¿Y qué le importa á usted de la prision de ese salvaje franchute, ó viene á empeñarse por él?

Comprendiendo por aquella actitud lo peligroso que seria darse á conocer, don Juan Pedro replicó con toda naturalidad.

—De él no me importa nada, pero soy amigo de la familia y quisiera llevarle algun consuelo.

—Amigo de la mujer, ¿eh? preguntó aquel verdarero salvaje con una espresion brutal.

Pues ya puede consolarse porque me parece que muy pronto enviuda.

Don Juan Pedro saludó tratando de sonreir y salió rápidamente.

Sintió que el llanto lo ahogaba y temió que su emocion fuera á traicionarlo.

—Caramba, si le dado buena noticia! pensó el empleado—ha salido como un cohete!

El pobre Varangot, en cuanto salió de la Policia, se puso á llorar como un niño.

¿Cómo podía él consolar á su cuñada, cuando necesitaba consuelo él mismo.

Sin embargo, hizo un supremo esfuerzo de voluntad y regresó al seno de la desgraciada familia.

—No hay nada que temer, dijo á doña Francisca.

Cárlos está preso porque ha sido denunciado como salvaje unitario.

En cuanto se convenzan que esto no es cierto lo pondrán en libertad.

Pero habia tal acento de dolor en las palabras de Varangot, que en el primer momento no pudo engañar á su cuñada.

Mi esposo corre un peligro de muerte, dijo ésta resueltamente, y yo debo estar á su lado.

Me voy á la Policia ó á donde esté.

—Eso es una imprudencia que puede redundar en perjuicio tuyo y de tus hijos.

Ya sabes que hoy no se respeta nada: lo mismo se maltrata á un un hombre que á una mujer.

Lo único que lograrias seria hacerte estropear ó poner presa tal vez, y entónces ¿qué seria de tus hijos?

Por otra parte Cárlos no corre peligro alguno por su calidad estrangero.

De otra manera no estaria yo aquí tan tranquilo, sabes lo que le quiero y que no le habria de abandonar en su desventura.

Estas dos últimas reflexiones pesaron sobre el ánimo de la señora, que prometió esperar hasta el siguiente dia.

—Eso sí, dijo, si á la tarde Cárlos no está aquí, yo voy á su lado, porque allí está tambien mi puesto.

En todo caso llevaré nuestros hijos.

—Eso seria lo peor de todo, pues no hay necesisad de que los espongas á ellos tambien.

En fin, mañana veremos lo que sea más acertado hacer.

Y don Juan Pedro se retiró, porque necesitaba estar solo, para entregarse por completo á su dolor.

Tenia miedo, un miedo terrible por la suerte de su hermano, porque ignoraba la causa de su prision, y una prision en aquella época, era la muerte en la mayor parte de los casos.

¿Cómo podia figurarse que el simple hecho de ser ciudadanos franceses era causa bastante para que fuesen perseguidos á muerte?

En toda la noche no pudo conciliar el sueño.

Cada descarga que sentia en los cuarteles ó en la Policía, le parecia que era lo que ponia fin á los dias de su hermano.

Al dia siguiente salió á la calle á hacer sus averiguaciones, y se encontró con la novedad que la mazorca habia asaltado en la noche anterior la casa de varios franceses.

Los franceses empezaban pues á ser puestos fuera de la ley y entregados al puñal de la mazorca.

De averiguacion en averiguacion, supo que su hermano habia sido pasado á la cárcel.

Todo Buenos Aires conocia ya la prision de don Cárlos Varangot aconsejando sus amigos á don Juan Pedro que se pusiera á salvo con tiempo, para no correr igual suerte.

¿Pero como se ausentaba del país abandonando á su hermano en aquella situacion desesperante y cuando su huida podia ser muy bien causa de su muerte?

En aquella triste situacion de espíritu volvió á casa de su hermano.

Su cuñada estaba desesperada.

En las primeras horas de la mañana habia mandado buscar varios amigos que alguna influencia podian tener, pero ninguno habia acudido al llamado.

Quién se atrevía á poner los piés en una casa de familia, cuyo jefe habia sido arrestado por la autoridad, clasificado de salvaje unitario?

Hubiera sido atraer sobre sí las denuncias más odiosas y las persecuciones más sangrientas.

En cuanto vió venir á su cuñado, le dijo:

—Yo me voy, yo me voy á salir de angustias, y suceda lo que Dios quiera.

No puedo ya dejar de correr al lado de mi esposo, cuando tal vez me esté reprochando el martirio de morir sin verme por última vez.

Don Juan Pedro logró detener momentáneamente á la señora con algunas reflexiones, pero ésta salió al fin á la calle, pidiéndole cuidara miéntras á sus hijitos.

Don Juan Pedro le aconsejó que fuese prudente hasta la exageracion, y quedó á reparar á la pequeña familia, esperando que su cuñada lograria lo que él no logró:

Ver al desgraciado Cárlos.

Este habia pasado una noche terrible, pues á sufrimientos morales se habian unido toda clase de brutalidades.

Tratándolo con los calificativos más groseros y bestiales, fué conducido á la cárcel á golpes y amenazas de muerte.

—Pero ¿por que me tratan asi? preguntó pudiendo apenas contener la indignacion que lo sofocaba.

¿Cuál es el delito de que se me acusa?

—Cállate, francés salvajon, que te dirán en el pesquezo de lo que se trata!

Y le golpeaban con el cabo de los puñales ó le daban de bofetones.

Varangot quiso terminar de una vez aquella escena repugnante, y se dispuso á volver golpe por golpe, para provocar una muerte rápida que pusiera término á aquella situacion angustiosa, pero el recuerdo de sus hijos y de su amante esposa lo contuvo.

Pensó en la cadena de sufrimientos que podia pesar sobre aquellos séres queridos y se resignó á sufrirlo todo, pensando en que seria puesto en libertad despues de aquellos vejámenes, pues en realidad no encontraba una sola razon que justificára aquel proceder violento.

Una vez en el calabozo que debia ocupar, lo golpearon de nuevo, notificándole que si queria dormir ahí tenia el suelo, y que si tenia hambre esperára al siguiente dia.

Varangot se consideró feliz con el simple hecho de quedarse solo.

Fué entónces que se entregó á pensar en los suyos y en el peligro que tal vez estaban corriendo en aquel mismo momento.

Y volvió á desear la muerte si es que no habia de salir más de aquel calabozo.

Varangot pasó una noche terrible, mortificado por sus tristes pensamientos y por el dolor de los golpes recibidos, dolor que recien empezába a sentir en toda su intensidad.

El dia siguiente lo sorprendió en medio de aquella angustia suprema.

Le habian llevado un zoquete de carne que á penas se atrevió á mirar.

El pobre esperaba que las diligencias practicadas ese dia por su hermano y sus amigos, darian por resultado su libertad.

Esta era su situacion cuando su desgraciada señora, llorosa y conmovida, entró al despacho de Policia.

En cuanto se nombró, los empleados empezaron á tratarla con la brutalidad habitual á todo empleado, pues el que no lo hacia por naturaleza, lo hacia temiendo que sus modales comedidos, tratándose de unitarios, lo hiciera caer en desgracia.

Entónces se entabló el siguiente diálogo entre la dama y los empleados.

— Yo no pido más que ver á mi esposo, verlo solamente y me retiro en seguida.

—No se puede ver á ese franchute salvaje.

—Un momento no más.

—Los salvajes no pueden hablar con nadie.

—Si mi esposo no es unitario!

Si él no se mezcla en nada á la política!

—Es un salvaje unitario y un franchute inmundo y asqueroso.

Largo de aquí pronto!

La pobre señora, sin más armas que su dolor y su llanto, se desquitaba con llorar de una manera conmovedora.

¡Pero que desgracia de la vida era capaz de conmover un corazon federal!

Tanto insistió y tanto lloró la noble dama, que fué arrojada á la calle á empujones pudiéndose dar por muy bien servida de no haber sido estropeada.

Pero no era esta una señora capaz de dejarse vencer por aquel maltrato.

—Por lo ménos, imploró, juntando sus hermosas manos, díganme ustedes dónde está y permítanme mandarle una cama y un poco de comida.

Pero entónces ya no le contestaron más y la hicieron ir á empujones hasta la calle de la Federacion (hoy Rivadavia).

La señora regresó á su casa abatida por el dolor y la vergüenza, y se desquitó con llorar, prendida á sus hijos.

Así pasó una semana, semana mortal, aunque ella trajo un miserable consuelo á su desolada familia.

Si Varangot no habia sido muerto ya, es porque no habia la intencion de matarlo.

De otro modo se hubieran librado ya de un preso y hubieran cumplido el programa.

La familia sabia que don Cárlos vivia, aunque tratado con suma dureza, por personas que la informaban sin que nadie pudiera sospecharlo.

Y Varangot, soportaba con paciencia todos aquellos martirios, pensando que pronto habian de ponerlo en libertad.

Ya Varangot habia sido sacado de su calabozo, y dejado en la crujía, frente á la puerta de la calle, lo que demostraba claramente que no habia la intencion de matarlo.

Sabiendo esto, la señora quiso darle algun consuelo, enviando á su hijo Avelino para que se dejara ver por él, aunque solo fuera desde la puerta de calle, si no lo dejaban entrar.

El señor don Avelino Varangot, empleado en la aduana, como ya lo hemos dicho, tenia entónces doce años.

Querido entrañablemente por su desgraciado padre, su vista debia proporcionarle un placer que compensára las torturas que pasaba.

Vestido con la mayor prolijidad y esmero, salió el niño de su casa, acompañado de Juana Francisca Varangot, pardita criada en la casa, cuyo apellido llevaba por ser hija de esclava de la misma familia.

Esta era costumbre de todas las familias.

Los hijos de sus esclavos, llevaban su mismo apellido.

El niño y la pardita se pararon delante de la puerta de la cárcel, mirando fijamente á la crujía, donde les habian dicho estar Varangot.

—¿No me deja entrar amigo? preguntó el niño al centinela, con toda la inocencia de su edad infantil.

—Ahí no hay más que salvajes, repuso el soldado, y nada tenés que hacer con ellos.

El niño se quedó en la puerta, mirando siempre con avidez á la crujía.

Tenia un vehemente deseo de ver á su noble padre, que tan cariñoso era con él.

Desde allí, al poco rato, alcanzó á distinguir una mano blanca y pálida como la muerte, que por entre las rejas de fierro lo saludaba.

El niño sintió que el cabello se enderezaba sobre su cabeza.

Era la mano de su padre que lo habia conocido, y que lo saludaba enviándole un beso y haciéndole señas de quedarse dónde estaba.

Guiado solo por su cariño y sin saber lo que hacia, el niño corrió con sus bracitos tendidos, ávido de besar aquella noble mano.

Pero el centinela lo contuvo en la puerta.

Quiso lanzarse de nuevo hácia la crujía, pero no bien habia dado dos pasos, rodaba en el pavimento, lanzando gritos de dolor y espanto.

Aquel salvaje habia dado vuelta el fusil de que estaba armado y le habia dado un culatazo capaz de postrar á un hombre.

El pobre niño no pudo levantarse, agoviado por el terrible dolor que el golpe le habia producido.

Fué la pardita quien lo alzó en sus brazos, sacándolo de allí prontamente, por temor á un nuevo golpe.

Amargo y terrible fué aquel momento para el infeliz Varangot, que habia visto el golpe y el efecto producido en su tierno hijo.

Se prendió á la reja, y sacudiéndola con violencia, apostrofó de una manera tremenda al centinela.

Sus compañeros de presidio lo sacaron de allí, y lo hicieron callar, temiendo que si sentian lo que gritaba le fusilarian inmediatamente.

El niño Avelino fué vuelto á su casa, con la pobre mulata que lloraba amargamente.

Terrible fué el susto que esperimentó la pobre señora!

Cuando vió el estado de su hijo y supo el golpe que habia recibido, lo creyó muerto.

Era preciso entónces renunciar á toda tentativa de consuelo para Varangot, dejándole ver algunos de los séres que tanto queria.

No era prudente exponerse á un nuevo golpe que pudiese ser más funesto.

Y solo esto y algunos avisos que le dieron, decidió á D. Juan Pedro á emigrar para Montevideo.

No queria verse espuesto á correr la misma suerte de su hermano, y que su esposa, más sensible que su cuñada, muriese de desesperacion, ó por lo menos, enfermase gravemente.

Así, se resolvió á ausentarse, aún abandonando sus cuantiosos intereses en manos de un apoderado.

Ese mismo dia Varangot fué á ver á su cuñada y á prevenirle su determinacion.

—Me parece prudente que te vengas conmigo, acompañada de los tuyos.

Tal vez esto fuera salvador para el pobre Cárlos, pues para mortificarlo más, puede ser que dén en perseguirlos.

—Yo no me muevo de Buenos Aires miéntras Cárlos esté preso, respondió la pobre señora.

Yo debo quedarme aquí, porque debo atenderlo aunque sea de léjos. En Montevideo me moriria de angustia y de incertidumbre!

—Pues yo me voy, no por mí mismo, sinó por Juana, que ya sabes lo poquita que es, y la impresion que le haria si me prendieran como á Cárlos.

Ya sabes que yo no creo le suceda á éste ningun daño, pues ya le habria sucedido.

Por esto es que me voy tranquilo y si te invito á que me acompañes es para mayor tranquilidad de él mismo.

—Mucho te lo agradezco pero es inútil.

Creo que mi deber es quedarme aquí y me quedo.

Si esto me ocasiona alguna desgracia, la soportaré con paciencia pues no será mayor de lo que me ha sucedido.

Yo aplaudo tu idea de irte con Juana á Montevideo, pues si han hecho con Cárlos una iniquidad, no será estraño que el dia ménos pensado te suceda lo mismo.

Sintiendo que su cuñada no hubiera aceptado la invitacion, don Juan Pedro se retiró para concluir sus arreglos y dar sus instrucciones al apoderado que iba á quedar al frente de sus negocios.

Despues de comer, hizo algunas visitas de cumplimiento, y salió en seguida acompañado de su señora, á despedirse de la familia de ésta y de sus amistades mas íntimas.

Todos le aplaudian su determinacion, estrañando no se hubiera ausentado cuando prendieron á su hermano.

Don Juan Pedro no ocultaba su viaje, porque en su calidad de estrangero creia no tener nada que temer.

Habia sacado su pasaporte y puesto en regla sus papeles para embarcarse al siguiente dia á la tarde.

Serian las nueve de la noche, cuando los esposos Varangot resolvieron volver á su casa, pues á esa misma hora era ya imprudente andar por las calles, mucho mas, acompañado de una señora.

Don Juan Pedro, como de costumbre, no llevaba consigo arma alguna, pues la consideraba inútiles, primero porque nada tenia que temer, segun pensaba, y despues, porque para defenderse de uno de aquellos numerosos grupos de mazorca, hubiera sido necesario llevar consigo un arsenal.

Tomaron la calle de Maypú y siguieron en direccion á la de Chacabuco.

Don Pedro vivia en esta última, entre Belgrano y Venezuela, casa de su propiedad.

Las calles estaban desiertas, como de costumbre.

Solo se veia cruzar de cuando en cuando, alguna sombra que apuraba la marcha, por haberse retardado fuera de su casa á hora tan avanzada.

—Apuremos el paso, ¡por Dios! decia la señora.

Tengo frio en el corazon y un miedo que no puedo dominar.

No veo el momento de llegar á casa, porque creo que si tardamos mucho me voy á descomponer.

—No tengas cuidado, respondia alegremente don Juan Pedro.

Ya mañana estaremos libres de todo temor.

¿Qué quieres que nos suceda á tan corta distancia de casa.

—No sé, no sé, decia la señora, pero me parece que nunca llegamos.

Me va á parecer un sueño verme á bordo, libre de todo temor.

Es estraño este sobresalto que me ha invadido desde que nos acercamos á casa ?

Conozco que es una locura, si quieres, pero tengo miedo !

Así, temblando ella bajo el brazo de su marido que estrechaba á su cuerpo, y tratando él de disipar sus temores, llegaron á la puerta de la casa.

La puerta estaba cerrada, lo que no era estraño por lo avanzado de la hora.

—Han tenido miedo estos tontos y se han encerrado, dijo don Juan Pedro tocando al llamador.

—¡Pronto, pronto! ¡llama pronto! gritó la señora, oprimiéndole el brazo—yo tengo miedo! estoy enferma.

Y palideció de pronto, como si hubiera visto á su lado un peligro de muerte.

Oh! el corazon de las mujeres es muy leal en sus anuncios.

Don Juan Pedro, alarmado, dejó el llamador para atenderla, al mismo tiempo que le decia:

—¡Pero hija! ¿no ves que no hay nadie en la calle? no ves que no se siente el rumor mas leve?

—Llama por Dios qué me muero! no puedo resistir más esta impresion.

Don Juan Pedro tomó el llamador y dió dos golpes vigorosos.

El miedo de su señora empezaba á producirle un vago desasociego.

Algunos segundos despues, se sintieron pasos leves, como de persona descalza que venía del interior de la casa.

—Tengo tan oprimido el corazon, que hasta te juro que me dan ganas de disparar de aquí—dijo la señora.

—Ya estamos seguros, ya nos abren, no temas, dijo don Juan Pedro gritando á la persona que habia llegado á la puerta:

—Abre pronto, con mil diablos, que la señora está enferma.

La puerta se abrió entónces de par en par.

La señora lanzó un alarido terrible, y se prendió á su esposo que habia quedado allí aterrado, sin poderse dar cuenta de lo que sucedia.

Los presentimientos de la pobre señora acababan de cumplirse.

Al querer entrar precipitadamente, se habian encontrado con un grupo de unos diez hombres de la mazorca, á cuyo frente se hallaba el feroz Cuitiño, que era quien habia abierto la puerta.

Para tomar mas desprevenidas á las víctimas el grupo de mazorqueros se indrodujo en la casa en las primeras horas de la noche, con el mayor sigilo, á esperar la vuelta de los esposos Varangot.

Apenas cerraron la puerta unos, entraron otros á asegurar la gente de servicio, lo que les fué fácil, porque ella se componia de tres mulatillas y un moreno demasiado jóven para oponerse. á tanta gente.

Atados y amordazados todos, despues que recibieron algunos puntapiés y puñetazos, los mazorqueros se desparramaron por la casa, á zaquear lo que estuviera á mano, y aún en los muebles que pudieran forzarse sin hacer estrépito que llamara la atencion del vecindario.

Concluido este saqueo á la ligera, se venieron á situar en el zaguan acompañados de algunas botellas de buen vino que habian hallado en los aparadores del comedor.

Para matar el tiempo, y á medida que el vino iba haciendo su efecto, se levantaban de rato en rato, dos ó tres, con en único objeto de mortificar á las mulatillas y al negrito, atados en la cocina.

Les preguntaban dónde tenia Varangot el dinero, y como contestaban que no sabian, los pinchaban con las puntas de los puñales ó los quemaban con la brasa de los puchos.

En esta situacion estaban, cuando sintieron el diálogo que mantenia Varangot con su esposa.

A una señal de Cuitiño, todos guardaron un silencio de muerte, y cuando sonaron los golpes en la puerta, caminó uno de ellos que se habia descalzado anticipadamente con aquel solo objeto.

Este fué el cuadro que hirió la vista de Varangot y su aterrada esposa, en el primer momento.

A asegurarlo pronto y sin bulla! dijo Cuitiño, y todos se lanzaron sobre Varangot.

La impresion misma de aquella situacion terrible, arrancó a don Juan Pedro de la especie de estupor que le causó aquella sorpresa.

Y tratando de cubrir con su cuerpo á su consorte, dió un poderoso empujon á los que lo asaltaban.

La señora, prendida de su marido, lanzaba poderosos gritos en demanda de socorro, tratando de ponerse adelante para defender al esposo querido.

La situacion la habia convertido en una leona.

—¡Cobardes! ¡malvados! gritaba, déjennos entrar! ¿qué quieren de nosotros?

Otras veces, creyendo sacar mejor partido con la ternura, les suplicaba con las palabras más dulces y cariñosas que no hicieran mal á su esposo, que ella les daria cuanto tenia, haciéndolos ricos.

Varangot, que habia dominado al fin la situacion, trataba siempre de rechazar á los que se le aproximaban, preguntándoles:

—¿Pero qué pretenden ustedes? digan pronto lo que han venido á hacer aquí!

—Queremos llevarte preso no más, respondian los bandidos, no te resistas franchute, porque entónces te matamos.

—Pero no hay inconveniente alguno—yo voy á seguirlos en el acto. Permitanme tan solo tranquilizar á la señora y vamos en seguida.

—¡No quiero! ¡no quiero! gritaba ésta dando rienda suelta al terror que la dominaba.

Si te llevan te van á matar!

—No quiero que vayas!

El escándalo era tal, que debia de sentirse á más de tres cuadras.

Sin embargo, era tal el pánico que dominaba á la poblacion, que ni siquiera hubo quien se atreviera á abrir una ventana para investigar lo que pasaba.

—Pronto, gritó Cuitiño, á concluír de una vez, agárrenlo y llévenlo al instante!

Los asesinos se lanzaron sobre Varengot, dando principio á una lucha repugnante y horrible.

Varangot, estrechado por su esposa, no podia defenderse contra los que lo atacaban, dándole de golpes con los rebenques y con el cabo de los puñales.

La señora, con una desesperacion sobrehumana, hacia uso de todos los elementos de defensa.

Se prendia de la cara de unos, clavándole las uñas, ó mordia con un encarnizamiento canino, al que venia á separarla de su esposo.

Cuitiño, para terminar pronto aquella escena, pues sin duda no querian matar allí á Varangot, sacó el largo sable que usaba eternamente y dió con él tan terrible golpe de dorso sobre la cabeza de la señora, que esta cayó al suelo como herida por un rayo, con el cráneo partido y privada de todo conocimiento.

Varangot, golpeado y estropeado con toda cobardia y bestialidad, fué obligado á marchar, á empujones, en direccion al cuartel de Cuitiño, quedando allí abandonado el cuerpo exánime de la esposa querida.

Esta permaneció así más de cinco horas.

Sus sirvientes estaban atados y los que la vieron no se atrevieron á alzarla y llevarla adentro por temor á la mazorca.

El unitario que caia en desgracia, era como un leproso al que nadie se atrevia á acercarse.

Avisada la familia de Agüero, vino á recojer aquel cuerpo exánime, que condujo á su casa, volviéndolo á la vida, gracias á una asistencia cariñosa y esmerada.

Entre tanto Varangot habia sido conducido al cuartel de Cuitiño, donde esperaba Troncoso, sin duda invitado para la terminacion del crímen.

El golpe dado á su esposa habia exasperado de tal modo á Varangot, que despreciando el peligro que corria, empezó á llenar de injurias á aquella turba de asesinos.

Esto le valió que le dieran dos puñaladas, calculadas á no matarlo, pero sí á hacerle sentir algun dolor.

Así es que cuando Varangot llegó al cuartel de Cuitiño, estaba ya insensible por la impresion tremenda que habia pasado su espíritu y los golpes recibidos durante el camino, rematados con las dos puñaladas.

Fué llevado hasta el fondo, donde le notificaron que iban á degollarlo, pero esto no le produjo la menor impresion.

Estaba aturdido, insensible á todo.

—¿No tiene nada que disponer el franchute? preguntó Troncoso dándole un bofeton, como para hacerle pasar el aturdimiento.

Pero Varangot lo miró con espresion sublime y sonrió con todo el desprecio de su alma noble y elevada.

Los bandidos desnudaron sus dagas y empezó la refalosa, á cuyo efecto se hizo traer no ya el cuchillo mellado, sinó el serrucho que, destinado á esos casos, estaba en el despacho del comisario y coronel Cuitiño.

Don Juan Pedro Varangot, fué así degollado á serrucho destemplado, por el solo delito de ser francés y querer Rosas aterrar á los súbditos de aquella nacion.

Su cadáver fué entregado al otro dia á los carros de limpieza que hacian la *recogida*, como ellos decian, de los cuerpos unitarios sin cabeza.

Al otro dia el gobierno embargaba los cuantiosos bienes de los dos hermanos, cuyas casas eran saqueadas, por la mazorca, como era de práctica federal.

Aquellas familias no tenian pues nada que esperar sinó miseria y desolacion.

El asesinato de Varangot produjo un efecto terrible entre la poblacion francesa, que vió suspendido sobre sí el puñal de la mazorca.

Y los franceses empezaron á emigrar como habian emigrado antes los salvajes unitarios.

La familia de don Cárlos quedó verdaderamente aterrada.

Degollado don Juan Pedro, era indudable para ella que aquel correria la misma suerte.

Este desgraciado, tratado en su prision de une manera infernal, recibió allí la noticia de aquel crímen, noticia que le fué dada con una complacencia maldita.

—Lo hemos degollado con serrucho destemplado, le dijeron, que es lo que te vamos á hacer dentro de poco.

¡Y cómo chillaba el puerco! no podia negar que era franchute!

Pues cuanto antes concluyan conmigo, ¡mucho mejor! replicó do Cárlos, así concluiremos de una vez!

Y agobió su noble cabeza vencido por el dolor.

Aquella triste noticia le habia hecho una impresion tremenda.

Amaba á su hermano, á cuyo lado habia crecido, con verdadera pasion y no podia conformarse de ninguna manera con su muerte.

Era indudable que con él harian lo mismo.

Y este pensamiento lo hacia estremecer, á la idea de la suprema desventura por que pasaria su familia.

Para mortificarlo mas y llevar el dolor á su último límite en aquel corazon noble, le dieron tambien la noticia de que sus bienes habian sido embargados y que su familia quedaba así en la indigencia.

¿Qué mas tenia que sufrir aquel espíritu?

La muerte, para él, debia de ser un consuelo en vez de la última angustia.

Y deseó entónces la muerte, como la única manera de escapar á aquellos tormentos físicos y morales.

La ruina tenía que producirse en sus negocios.

Era una consecuencia lógica y forzosa de su prision y el embargo.

Herido así en el corazon y en el cuerpo, no pudiendo resistir aquella cadena de desventuras, don Cárlos enfermó gravemente.

Devorado por la fiebre y la vigilia, permanecia dia y noche tendido sobre el duro suelo, sin fuerzas para pedir ya que le permitieran ver á su familia, su clamor diario.

Su estado empezó á inspirar sérios temores, y fué entónces que lo remitieron al hospital en calidad de preso y con centinela de vista.

Aquel centinela tenia órden de no separarse de su cama mas de dos varas, y de matarlo al primer movimiento que hiciese para salir de ella.

Sus compañeros de prision y amigos, los doctores Baez y Denis, presos y enfermos tambien, desde mucho tiempo atrás, fueron remitidos en su compañia al hospital.

Y Varangot bendijo fervorosamente aquella enfermedad que amenazaba su vida; pues ella le proporcionó el único consuelo á que aspiraba su alma.

¡Estar al lado de su familia!

Su valiente esposa que no omitia empeño ni sacrificios tendente á aquel resultado, obtuvo por fin el permiso que tanto anhelaba.

Se le dio licencia para ver á su esposo en el hospital, durante unas cuantas horas cada dia, pero la visita debia hacerse delante del centinela á quien no se habia alterado la consigna.

Sin perder un momento, la señora se trasladó al hospital rodeada de sus hijos, y fueron la providencia del pobre enfermo, que no necesitó otro remedio para que su fiebre empezára á declinar.

Conmovedor fué aquel momento, al estremo de hacer lagrimear al mismo centinela!

Don Cárlos reia y lloraba como un loco, sin creer en la felicidad que acababa de sorprenderlo.

Y acariciaba á su esposa y á sus hijos, dudando aún si soñaba!

Una débil esperanza asaltó entónces su espíritu.

Tal vez el asesinato de su hermano fuera una mentira inventada para mortificarlo mas.

Pero la triste noticia fué corroborada por los suyos, con los detalles mas tristes.

La esposa de don Juan Pedro seguia con la razon estraviada.

Si feliz habia sido la entrada, dura fué la despedida.

Ellos no se hubieran separado ya de don Cárlos, pero fué preciso salir, bajo la amenaza de las culatas de los fusiles de chispa, y la de no dejarlos entrar al siguiente dia.

Necesario fué entónces conformarse!

Las horas de ausencia las mitigaria el inmenso placer de volver á verse al siguiente dia.

Miéntras duraban las visitas, los hijos y demás personas de la familia, rodeaban en círculo compacto la cama del enfermo.

De este modo su esposa podia hablar con él sin ser oida por el centinela, pues el bullicio de los niños apagaba su voz.

De esta manera la señora lo imponia de lo que pasaba en el pueblo y quienes eran los amigos que habian pagado con la cabeza el delito de ser unitarios.

Las familias de Varangot, como todas las de los unitarios, que sucumbian á la cuchilla de la mazorca, no pudieron llevar luto por la muerte de don Juan Pedro.

Rosas habia prohibido bajo severas penas aquella manifestacion de duelo y los contraventores hubieran pagado la falta con la cabeza.

Así don Cárlos lloró en silencio la muerte de su hermano, y el luto lo llevó solo en el corazon.

A la convencion del 29 de Octubre de 1840 debió don Cárlos el haber salvado su vida y conseguido su libertad, pero completamente arruinado en su salud y en sus negocios.

Las penas morales y físicas habian minado la primera, y los embargos y el abandono concluyeron con los segundos.

Con una constancia digna de su corazon elevado y amante, afrontó la lucha terrible por la vida.

Los sacrificios eran enormes para atender á las necesidades propias y las de la familia.

Pero no por esto desmayaba su valor para el trabajo diario.

Cuando empezaba recien á respirar con alguna holgura á los dos años de estar en libertad, nuevas persecuciones vinieron á turbar su reposo.

La mazorca empezó á concurrir á su casa á aterrar á la familia, con sus gritos de muerte y de amenaza.

Temiendo ser víctima de un nuevo atentado que revistiera un carácter más grave, don Cárlos resolvió irse de Buenos Aires á toda costa.

Era el único medio de asegurar su vida y la existencia de los suyos.

Fué entónces que, protegido por el ministro francés y disfrazado de marinero de guerra de aquella nacion consiguió embarcarse en una lancha, entre los demas que la tripulaban.

De esta lancha pasó el buque de guerra que lo condujo á Montevideo, pais de hospitalidad para los infelices unitarios.

Don Cárlos llevaba consigo una profunda pena.

Habia tenido que dejar aquí su familia, para despues mandar por ella, y temia que su mismo viage le ocasionara alguna série de desgracias.

Felizmente esto no sucedió.

En los últimos dias de diciembre de 1842 salia de Buenos Aires, en la barca francesa *Eufrosina* y con rumbo á Montevideo, la familia de don Cárlos Varangot.

Allí la esperaba aquel.

Habia escrito á su esposa, dias antes, encargándole de vender por

lo que dieran, los muebles y los grandes depósito de leña de durazno que aún conservaban salvados del embargo.

Con esta leña, vendida al menudeo, era con lo que se habia alimentado la familia y con lo que contaba para obtener algun dinero y atender las necesidades del viage.

Conseguido esto, la familia se habia puesto en marcha.

Pero aún no estaban agotados sus padecimientos.

Al ir a embarcarse, los empleados de la Capitania y Resguardo saquearon á la familia, despojándola de todo su dinero y de los documentos de importancia que llevaba consigo y que creia ya salvados de la rapiña federal, por haber logrado colocarlos ya en las carretillas que venian entónces de conductoras hasta las lanchas, porque en aquella época no se conocian los muelles que se construyeron despues.

Este último descalabro fué para Varangot un golpe terrible, pues no contaba ni siquiera con el dinero necesario para cubrir el valor de los pasages.

El que esperaba á su familia con recursos suficientes siquiera para atender á las mas imperiosas necesidades durante el primer tiempo de la emigracion, se halló con que, por el contrario, estas necesidades habian aumentado de una manera terrible.

¿Cómo haria él, desconocido en aquella sociedad, para dar de comer á sus hijos mientras buscaba cualquier trabajo?

Triste problema, que muchos resuelven con una pistola sobre la sien!

Pero hombre valiente, en toda la estension de la palabra, la idea del suicidio ni siquiera cruzó por su pensamiento.

Se sentia con fuerzas suficientes para luchar con la vida y vencer todos los obstáculos de la mala suerte.

Felizmente, en la noble Montevideo, los emigrados argentinos no eran considerados como estrangeros sinó como hermanos.

Allí se complacian en facilitarles todos los medios de vida; haciéndoles mas llevadera su situacion angustiosa.

Don Cárlos Varangot, á pesar de todos sus esfuerzos y empeños, no llegó á resolver este formidable problema.

¿Cómo mantengo yo á mi familia, cómo la alimento siquiera mientras no encuentro trabajo?

Y la resolucion de este problema apuraba porque era cuestion de hambre para su familia.

Por fin, cuando ya empezaba á desesperar, Varangot pudo tomar á interés una cantidad de dinero que lo sacó de apuros.

Aunque no conocian su persona, no sucedia lo mismo con su firma respetable.

Así es que, á pesar de no poseer un centavo, le facilitaron dinero, que pudo cubrir despues merced á un trabajo perseverante, sin que su buen crédito sufriera en lo mas mínimo.

Lo que aquella familia padeció en la emigracion, como lo que padecieron todos los unitarios en Montevideo, seria largo y enternecedor, saliendo del título de este libro.

Así para terminar este capítulo narramos solo los últimos instantes de aquella vida amarga y valiente.

A los pocos dias de haber llegado á Montevideo la familia de Varangot, el general Oribe puso sitio á la plaza.

Don Cárlos Varangot y su hijo Avelino, tierna y noble criatura, afanciaron y dieron á la defensa su corazon y su brazo.

Como se sabe aquella heróica defensa fué dirigida por el hábil táctico, general don José M. Paz.

Siempre el partido liberal lo contó en sus filas y cuando el Salto Oriental fué tomado por don Servando Gomez, (Enero 7 del 47) Varangot padre é hijo se encontraban entre los defensores de aquel pueblo de héroes.

Despues de esta campaña, y de regreso ya en Montevideo, el señor Varangot enfermó de una manera grave.

Aquella existencia tan feliz en su juventud y tan duramente azotada por la desgracia más tarde, tocaba á su término.

El señor Varangot sintió llegar y afrontó la muerte, como toda alma grande y serena: que nada tiene que reprocharse en su paso por el mundo.

Rodeado de los suyos, murió noblemente, despues de haber estrechado y bendecido, sobre su pecho hidalgo, á su gentil compañera y á sus queridos hijos.

Tocó al jóven Avelino ponerse al frente de la desconsolada familia, que quedaba en la mayor pobreza y postrada por este último golpe, el mas tremendo de todos, porque les arrebataba una existencia querida y venerada.

El trabajo ásiduo y honrado de don Avelino, alimentó desde entónces á su buena madre y hermanos.

Así concluyeron aquellos dos hermanos que habian venido á Buenos Aires bajo tan felices auspicios y risueñas esperanzas.

Creemos que el único heredero de ese apellido es hoy don Avelino Varangot, empleado en la aduana, como lo hemos dicho ya.

UN HOMBRE QUEMADO

El parasismo del crímen habia llegado ya á su último límite.

La mazorca necesitaba diariamente nuevos alicientes á su ferocidad, creciente siempre.

El cuchillo mellado y la sierra destemplada les parecia poco para entretener el espíritu, ávido de espectáculos nuevos.

Ya las mazorcadas á las casas de familias, los degüellos y el azote á las esposas é hijas de unitarios no les llamababa la atencion.

Estaban fastidiados de estas escenas, que solo ponian en práctica muchas veces, por el aliciente del saqueo.

La ciudad era, desde la caida de la noche hasta la madrugada siguiente, una orgía de borrachos y asesinos, que cruzaban sus calles en grupos más ó menos numerosos; de ébrios donde formaba la hez de la canalla.

Las orejas y otros miembros del cuerpo humano, figuraban como adornos inestimables en los salones de los grandes federales.

El célebre Mariño las usaba hasta sobre el piano, para que se inspiráran los que fuesen á tocarlo.

En los salones de Rosas se veian sartas de orejas de las que tomaba algunas para obsequiar á los amigos que lo visitaban.

Y no era estraño ver aparecer en medio de sus reuniones, alguno de aquellos bandidos, que, como un obsequio especial, llevaba la cabeza de tal ó cual salvaje unitario, que pasaba entónces de mano en mano, para que cada cual le dirigiera algun insulto ó alguna sátira miserable.

Y cada uno festejaba á su modo las lívidas facciones, la espresion de los ojos, á alguna particularidad que notaban.

Algunas veces sucedia que llegaba á Palermo alguna bolsa, en calidad de urgente, remitida por el Juez de Paz de tal ó cual partido.

Generalmente de esta bolsa salia el olor nauseabundo que producen los cuerpos en estado de descomposicion.

Era indudable que en aquella bolsa venia alguna cabeza humana, que por los dias de viaje que tenia, estaba ya putrefacta.

Rosas se complacia entónces en hacer sacar aquella cabeza y circular entre los presentes, que no se atrevian á rechazarla ni hacer la menor mueca, temerosos de provocar las iras del gobernador.

Así fué exhibida la cabeza del desgraciado comandante Zelarrayan, de cuyo episodio dimos cuenta oportunamente.

La mayor parte de los mazorqueros bien colocados, es decir, los mas ladrones é infames tenian pulperias establecidas como la de Moreyra, en la parte mas central de la ciudad.

Era allí donde los diversos grupos de mazorca iban á armar el beberage, que servia de excitante á sus pasiones brutales.

En este desborde inaudito tuvo lugar el asesinato del señor Martinez Eguilaz, el crímen más bestial, tal vez, de todos los cometidos por la mazorca.

Martinez Eguilaz, era un jóven español, de educacion esmerada y de conducta intachable.

De una actividad asombrosa y de una labor incesante habia hecho una fortuna regular, que fué aumentando poco á poco hasta hacerse algo respetable.

En la calle de Tacuarí escuina á Moreno, entónces general Rosas, tenia un gran almancen en cuyo negocio ganaba algunos centenares de miles.

Liberal y desprendido era sumamente apreciado entre sus relaciones y querido en la sociedad que frecuentaba.

Alegre y locuaz, como buen español, era pierna buscada con empeño para bailes y reuniones alegres.

En su calidad de estrangero, no se mezclaba para nada en la política, siéndole escaso el tiempo para atender á sus negocios.

Pero estaba relacionado con lo principal de la federacion, asegurando que los hombres valian por sus prendas y que por tener esta opinion política no se les podia acusar de los crímenes que cometia Rosas, á cuyos crímenes eran completamente agenos.

Así se le veia andar frecuentemente con los hombres que ocupaban mejor posicion social, sin averiguar si eran ó no miembros de la Sociedad Popular Restauradora.

—Si yo me pongo á averiguar como piensan mis amigos, decia, ya puedo ir cerrando mi casa de negocio y marchar con la música á otra parte.

No por esto, Martinez Eguilaz dejaba de tener sus relaciones con algunos salvajes unitarios, entre los que habian muchos señalados ya por el dedo fatídico de la mazorca.

Y los ayudaba en sus pobrezas y embargos, no solo enviándoles artículos de primera necesidad, sinó facilitándoles dinero de la manera más delicada y desprendida.

A pesar de estas relaciones que solían costar la cabeza á muchos, Martinez Eguilaz se creia insospechable de salvaje unitario.

Para eso tenia amigos en lo principal de la sociedad federal, que

..dieran salvarlo de cualquier sospecha de este género, garantiendo su proceder.

Muchas veces estos grandes federales le aconsejaban que rompiera con aquellas amistades perjudiciales.

Pero él se encogia graciosamente de hombros respondiendo:

—¿Y porqué? yo no dejo de ser quien soy por protejer á un infeliz! Y sobre todo, á mi nada me han hecho ni conozco tengan hecho mal á nadie.

—¡No importa! por esto solo pueden clasificarlo de salvaje unitario y hacerle pasar un mal rato.

Para eso están ustedes, que saben cómo pienso yo, política y comercialmente.

Y no era solamente á sus amigos federales á los que Martinez Eguilaz servia con dinero y con artículos.

Algunos de los personages más encumbrados entónces y que gozaban el favor de Rosas le eran deudores de fuertes sumas de dinero que les prestaba sin el menor interés.

Y los mismos mazorqueros de condicion infame, como Troncoso, Cuitiño, Mariño y algunos otros, le eran deudores de mercaderias que compraban en su casa y que pagaban tarde, mal y nunca.

Martinez Eguilaz sabia esto, pero les abria un crédito limitado, porque al fin y al cabo, por un poco de dinero perdido, no valia la pena de echarse encima el ódio de semejantes personajes.

¡Y no es que Martinez Eguilaz fuera flojo!

Por el contrario! para ponerse de pique con aquella gentuza, era para que lo señalaran con el dedo y le trajeran algunas dificultades.

Rico y trabajando con la mejor suerte, poco se le importaba aquella pequeña pérdida que al fin y al cabo lo libraba de mayorer pedidos.

Cuando los crímenes de la mazorca subieron de punto y esta empezó á degollar á personas conocidas, como al doctor Zorrilla, Nóbrega y otros, Martinez Eguilaz tomó algunas precauciones personales, no porque temiera contra él una medida gubernativa, sinó porque aquel estado de cosas traía consigo el desborde de las masas.

Y la mazorca, como lo hizo ébria y buscando solo cuellos que cortar, asaltaria á cualquiera, sin averiguar quién fuere, para robarlo ó tener el placer de darle una buena *refalosa*.

Entónces, cuando salia de noche, se echaba al bolsillo del seno un largo puñal de soberbio temple.

Y con esto se creía tan seguro como en medio de un batallon.

Es que Martinez era valiente, y creía á puño cerrado en la teoría de que los asesinos y grandes criminales, son todos cobardes.

Y es seguro que el mazorquero que lo hubiera detenido, hubiese recibido un buen golpe de puño, como primera prevencion, y hubiera visto brillar en sus manos, si insistia, aquella soberbia hoja de Toledo que pegaba, como él decia, sin hacer escándalo y sin que la tierra lo sintiera.

Sus amigos sabian que era bravo como un leon, así es que lo respetaban, á la par que lo querian.

Y de esta bravura tenia noticias exactas la misma mazorca!

Una tarde habia entrado á su almacen un grupo de unos tres ó cuatro de aquellos séres repugnantes, y habian hecho un buen gasto.

Miéntras más baja era la condicion del mazorquero, más insolente era éste.

Así es que cuando el dependiente que los habia servido les mani-

festó lo que debian y que era necesario pagarlo, los mazorqueros se desataron en un rosario de denuestos.

Y uno de ellos sacando de la cintura la enorme daga, la chaireó sobre el mostrador al mismo tiempo que decia:

—Lo que es yo puede ser que te pague á puñaladas, á una por peso!

Algun salvaje unitario ha de ser el dueño de este negocio!

—Dígale, repuso otro, que se lo ponga en cuenta al General Lavalle!

Como lo comprado importaba algun dinero, el dependiente, para salvar su responsabilidad, hizo avisar á Martinez Eguilaz lo que sucedia.

Y cuando éste acudió al llamado de su dependiente, el bochinche estaba en todo su apogeo.

El de la daga estaba aún con ella en la mano, amenazando al dependiente, y gritando desaforados mueras á los salvajes unitarios, lo que atrajo á la puerta una regular concurrencia.

—Ea, amiguitos! les dijo, ni aquí hay unitarios ni permito yo que ningun borrachon arme escándalo en la casa.

—Es que el mocito ese nos quiere hacer pagar no sé cuánto!

—El valor de lo que han comprado, y es justo, vive Cristo!

Arreglen pues de una vez la cuenta y retírense porque no me convienen los escándalos aquí.

—Yo no arreglo ninguna cuenta sinó á puñaladas, volvió á decir el de la daga, y si usted quiere que le paguemos con plata, es porque usted es salvaje unitario.

¡Mueran los salvajes unitario!

—Bien, añadió Eguilaz, no paguen lo que llevan, que al fin y al cabo no han de tener con que, pero ahora mismo se mandan mudar á la calle, porque estoy harto de escándalos.

¡Ea! ¡fuera pues!

—Pues poco le pide el cuerpo! añadió el bandido, blandiendo siempre su daga.

Puede que yo lo eche «al otro lado del charco» para que no se meta á compadre!

Con que venga ahora un poco de plata, para que nos retiremos sin romperle el alma.

Martinez Eguilaz, que habia perdido ya su buen humor, tomó un gran garrote de que se habia armado su dependiente, dispuesto á meter en órden á aquella canalla.

Al efecto, agarró lo que aquellos terribles clientes habian comprado y lo tiró á la calle.

Y en seguida les notificó que siguieran el mismo camino.

Entónces el de la daga, sin decir una palabra, cargó sobre el jóven, con la marcada intencion de darle de puñaladas.

Pero éste, que esperaba el momento, enarboló su gran garrote y lo dejó caer como una maza de armas, sobre el cráneo de aquel miserable que cayó pesadamente.

En el acto Eguilaz, tratando de ganar tiempo y concluir con aquellos bellacos, se vino sobre ellos y mediante una media docena de buenos garrotazos, los hizo salir á buen paso.

Luego entre él y sus dependientes, sacaron el cuerpo del asesino, que estaba como muerto, y lo arrojaron á la calle.

Grande fué la impresion de los que presenciaron el lance.

¿Quién era ese tipo que se atrevía á garrotear y echar de su casa un grupo de mazorqueros que habian pretendido asesinarlo?

Aquel debia ser por fuerza algun federal bien colocado y de reputacion á toda prueba, cuando se atrevia á hacer semejante escándalo.

El herido fué levantado por sus compañeros y conducido hasta la pulperia del asesino Moreira, que, como hemos dicho cuando nos ocupamos de este bandido, estaba situada en la esquina de Chacabuco y Belgrano.

Moreira fué invitado por ellos á degollar á Martinez Eguilaz, refiriéndole lo que habia pasado.

Pero el gran bandido les hizo conocer quién era Eguilaz y los muchos apoyos que tenia entre los federales copetudos.

— No hay mas remedio que conformarse con lo sucedido, les dijo, y tener paciencia.

Tal vez no esté léjos el dia en que podamos tomar nuestro desquite, porque en estos tiempos el que se cree más firme es el que rueda primero.

Esta aventura fué muy útil para Martinez Eguilaz pues muchos bandidos que hubieran podido darle un mal rato, lo temian y lo creian algun agente secreto del gobierno.

O esta aventura no llegó á oídos de Rosas, ó éste no quiso tomar medida alguna, por los informes que habia recibido del distinguido español.

Lo cierto es que en el almacen de Eguilaz, no iban á meter bochinche, ni á provocar los escándalos de que era teatro la ciudad.

Poco tiempo, sin embargo, duró al pobre jóven aquel bienestar fenomenal.

Las denuncias empezaron á llover contra él, de una manera cruel é injusta.

Unos hacian llegar á Rosas la noticia de que mantenia relacion con salvajes unitarios.

Otros aseguraban que era el intermediario de la correspondencia entre Lavalle y los unitarios de Buenos Aires.

Y otros en fin, que era el espía no solo de Lavalle, sinó de los mismos franceses.

Y aquellos famosos federales que otras veces habian sacado la cara por él, guardaban entónces silencio y lo dejaban condenar.

Es que segun los hombres de aquella época, con quienes hemos hablado, estos amigos eran los más interesados en que se perdiera.

Debian á Martinez Eguilaz una suma enorme, que no podian ó no querian pagar, y trataban de saldarla, contribuyendo con su silencio á que Rosas lo hiciera matar con sus verdugos.

Nosotros no aseguramos que esto fuera verdad. Consignamos el rumor, tal cual llegó á nosotros, y seguimos la narracion de aquella trajedia.

Martinez Eguilaz, entre tanto, ignoraba lo que sucedia, pues sus amigos se lo ocultaban.

Quién iba á animarse á prevenirlo del peligro que corria?

Le hubiera él contestado con su habitual jovialidad:

— Ya se encargarán ustedes de destruir todos esos disparates!

Así es que, armado siempre de su excelente toledano, salia como siempre, á cualquier hora y hácia cualquier rumbo, sin preocuparse jamás de lo que podia sucederle.

Ya estaba señalado por el dedo de la mazorca, y una desgracia no debia tardar en sucederle.

Una de aquellas noches del mes de Octubre, en que las iniquidades de todo género habian recrudecido, se dió un gran baile en el teatro de la Victoria en festejo de una derrota supuesta del General Lavalle

Al baile habian sido invitadas las familias de los federales mas acreditados, y algunos estranjeros que pasaban como tales, ó que se habian vinculado á familias Rosistas.

Martinez Eguilaz fué uno de tantos invitados, yendo á entusiasmarlo muchos de ellos para que asistiera á la federal fiesta.

Español jóven y por consiguente gran amigo del bullicio y la alegria, desde el primer momento aceptó la invitacion preparándose á pasar una de las noches mas saladas de su vida.

¿Cómo faltar á un baile oficial, puede decirse, donde iba á concurrir la sociedad que componia el gran mundo federal?

Por nada de esta vida se hubiera permitido faltar!

Comió ese dia mas temprano que de costumbre, para andar mas liviano, y se vistió con un esmero de novio en vísperas de convertirse en marido.

Vestido y perfumado esperó á que vinieran algunos amigos, para ir juntos.

Pero como el tiempo pasaba y no se presentaba ninguno de ellos, resolvió irse solo.

Al efecto, se echó al bolsillo del pecho su toledano compañero, y salió á la calle.

En aquellos momentos tenia lugar en las mismas cuatro esquinas de su casa, una fiesta que estaba en voga, entre la canalla de la mazorca.

En medio de las cuatro esquinas, habia una barrica de azucar, en cuyo interior se habian arrojado maderas impregnadas de alquitran, acèite, aguardiente y algunos otros combustibles.

En seguida habian prendido fuego á la barrica, que se convirtió en una inmensa hoguera.

Alrededor de aquella barrica en combustion, cuyas enormes llamas se elevaban culebreando y arrojando un resplandor rojizo, daban vuelta cantando todo género de obscenidades y compadradas, una docena de borrachos, por cuyos largos facones puestos á la cintura y sus enormes trapos colorados, envueltos en todo el cuerpo, se veia un grupo de la mazorca, de su capa más abominable.

Aquellos miserables giraban alrededor de la hoguera, como en una refalosa, retirándose de cuando en cuando á mitigar el calor de las llamas con un vaso de caña ó aguardiente.

Aglomerados en la puerta de la pulperia de donde se habia sacado la barrica, se veia otra buena cantidad de compadrones, borrachos, aplaudiendo á los que cantaban, y pidiendo de cuando en cuando un barato alrededor de la barrica.

Allí quemaban cohetes, con infernal algarabia, atronando los aires á pequeños intérvalos, con los gritos de ¡mueran los salvajes unitarios!

En la esquina de enfrente, y separados de estos grupos, como si ellos se consideráran superiores á los que estaban en la puerta de la pulperia, se veia otro grupo, que parecia entusiasmadísimo con aquel *San Juan* inesperado.

Entre este grupo y en primera linea, se podia conocer fácilmente por la luz de la hoguera, á loz tremendos bandidos Bernardino Cabrera, el sereno Moreira, Gaetan y Badia.

Los demás del grupo era gentuza más ó menos de la esfera de los de la otra esquina.

Martinez Eguilaz se sorprendió del bullicio y la fogata, pero creyó que era una de tantas escenas que se veian con frecuencia.

En otra situacion, hubiera dado vuelta por otro lado.

Pero preocupado con el baile y tal vez con la certeza de hallar en él á la dama de sus pensamientos, no se preocupó de que era peligroso el cruzar entre semejante gente y atravesó la esquina rápidamente.

¡Cómo habia de figurarse el desgraciado jóven que todas aquellas medidas se tomaban por él esclusivamente!

Al cruzar frente á este grupo de los asesino que acabamos de nombrar, Martinez Eguilaz ni siquiera fijó la atencion en ellos.

Siguió caminando rápidamente, sin notar siquiera que de aquel grupo se desprendieron tres hombres que siguieron sus pasos sigilosamente.

Estos tres hombres eran Gaetan, Moreira y Cabrera.

El resto quedó como una línea de reserva.

Sabian que Martinez Eguilaz era exajeradamente bravo, y querian lograr el tiro con todas las reglas del arte federal.

Es decir entre muchos y por la espalda.

Llegaba el jóven á esa pequeña crucesita que aún se vé en la pared del convento de San Juan, por la calle de Tacuarí cuando fué detenido de una manera terrible.

Bernardino Cabrera acababa de sepultarle su daga en el costado izquierdo.

Al mismo tiempo, el bandido Moreira le bandeaba el pulmon derecho de una feroz puñalada.

Asi mismo, el jóven Martinez Eguilaz tuvo tiempo y ánimo de desnudar su toledano y dar vuelta sobre sus asesinos, pero vaciló y cayó, bañando la vereda con un abundante vómito de sangre.

No pudo articular la menor palabra, pues en el acto de caer, se precipitaron sobre él los asesinos, haciéndolo pedazos á puñaladas.

Todos habian concurrido á herirlo, hasta los que giraban alrededor de la barrica.

Terrible fué entónces la algazara y escándalo que se armó con este motivo.

Todos se disputaban el derecho de herirlo nuevamente, y sobre todo, de despojarlo del dinero que llevaba en el bolsillo, y las alhajas que tenia puestas.

Concluida esta operacion importantísima, el saqueo del cadáver, brotó del alma de aquellos miserables una idea infernal.

—¡Vamos á echarlo á la barrica! dijo uno.

Así se irá mas pronto al infierno.

—¡Sí, sí, apoyaron otros, vamos á quemarlo! ¡lástima que no esté vivo! así podria contarle al diablo lo que hacemos nosotros los buenos federales!

—¡A la barrica! á la barrica! gritaron todos, con un entusiasmo indescriptible.

Que arda el muy salvaje unitario, y así Satanás tendrá menos trabajo.

Y el cadáver de Martinez Eguilaz fué levantado entre todos aquellos malvados y arrojado de cabeza entre la barrica en combustion.

Pueden figurarse nuestros lectores todo lo tremendo de aquella escena!

Los piés del cadáver salian fuera de la barrica envuelto en un torbellino de llamas.

Y aquellos bandidos rodeaban la imponente hoguera, bailando y cantando sus canciones mas deshonestas.

Y cuando el fuego empezaba á ceder por consumirse los combustibles, estos eran renovados con precipitacion inaudita.

Vejigas de grasa, paquetes de velas, leña y hasta aguardiente, todo era arrojado dentro de la barrica para mantener el fuego.

De la casa de don Juan Manuel se veia perfectamente la hoguera, pues hasta allí llegaban los rojizos resplandores del incendio.

—¿Que es eso? ¿qué sucede? habia preguntado el Cornel edecan de S. E. por encargo de este.

—No es nada, le habian dicho.

Son los muchachos de la Sociedad Popular Restauradora que están tostando á un gallego unitario.

—¡Ah! yo creí qué era otra cosa! dijo, y se volvió á dar cuenta de lo que sucedia.

La bulla, la algazara y el espectáculo habia reunido alrededor de la barrica en combustion á toda la mazorca, que iba cayendo por grupos.

De modo que á las dos de la mañana aquello era una saturnal completa.

Las mujerzuelas se mezclaban á los hombres, ébrias y repugnantes, tirando de las piernas rígidas del cadáver, que colgaban de la barrica, y la orgía asumia ya un carácter gigantesco.

Solo cuando el pulpero dijo que no tenia mas elementos conque sostener el incendio, dejaron de avivarlo.

Y allí, bailando, bebiendo y dando gritos de toda especie, continuaron en la orgía, hasta que cayó reducido á brasa el último pedazo de la barrica.

Del cuerpo del desventurado Martinez Eguilaz, no quedaban mas que las piernas.

Todo lo demás habia sido reducido á cenizas.

Recien entónces empezaron á retirarse por grupos, aquellos bandidos, escitados por el aguardiente y el espectáculo que acababan de tener.

Desgraciado del que se encontró con ellos.

Sin meterse á averiguar si era ó no federal, apuñalearon á cuanto desgraciado hallaron.

Fué este una de las más terribles noches durante el terrible desborde de la mazorca.

Y allí quedaron las piernas de Martinez Eguilaz, á medio carbonizar, sobre un monton de ceniza y de botellas rotas como para dar una idea de lo que allí había pasado.

Fué esa madrugada que, los que se retiraban del baile del teatro de la Victoria, pudieron contemplar aquellas piernas entre el monton de cenizas y el charco de sangre formado bajo la crucecita, donde el desgraciado jóven habia caido herido y donde lo ultimaron en seguida.

Y muchas personas que lo vieron durante ese dia y el siguiente están aún vivas, pudiendo ocurrir á ellas el que dude de la monstruosidad que venimos de narrar.

Es inútil decir que el almacen de Martinez Eguilaz, fué saqueado esa misma madrugada y la noche siguiente al crimen, llevándose hasta los libros comerciales, lo que indica que habia alguien interesado en aquel crímen

De este modo, los que debian al jóven gruesas sumas, pudieron saldar sus cuentas de aquella manera terrible y respirar con libertad.

Destruidos los libros, no quedaba ni la menor noticia de aquellas deudas.

¿Quién se atreveria á hacer el reclamo, por mas que conociese el monto de los préstamos y las personas que los debian?

Lo hemos dicho que era gente altamente colocada entre la federacion, que meterse con ella era meterse con el patíbulo.

Si el hecho de prestar dinero habia costado la vida á Martinez Eguilaz: ¿qué le costaria al que intentara cobrarle, y exigirle la devolucion?

Nadie hubiera sido tan tonto; mas con el ejemplo de la hoguera.

Así todos saldaron con Martinez sus cuentas, pasando sus bienes á poder de la mazorca.

Es imposible calcular hasta dónde habia llegado el desborde de la mazorca, y de la plebe embrutecida y aterrorizada ya, que la seguia en sus manifestaciones.

No teniendo ya de qué manera mostrar su amor á la federacion y á sus insignias, muchos mazorqueros llegaban hasta pintarrajearse el rostro de colorado, y usar vincha en vez de sombrero, con grandes letreros de mueras á los salvajes, rodeando el retrato del restaurador.

Las mismas compañias de los teatros tenian que prestarse á las mayores bajezas, pues de otro modo habrian caido en desgracia con el gobernador, ¿y quién se hubiera atrevido á asistir á las funciones?

Y hasta al teatro mismo se llevaban escenas de degüello, pues el público gustaba de estas cosas hasta el delirio.

Se entiende que hablamos del público federal, que era el único que tenia cartas y puñal en aquellas fiestas.

Así se veia que, antes de empezar la funcion, aparecia la compañia sobre la escena, con el único objeto de gritar:

¡Viva la Confederacion Argentina!

¡Mueran los inmundos asquerosos salvajes Unitarios!

Depues de esa formalidad ineludible, empezaba la funcion.

Este estado social estupendo, llevó á las compañias que actuaban entónces, á intercalar en las obras que se daban, frases de admiracion hácia el gran Rosas.

Así una compañia que trajaba en el teatro de la Victoria, llegó hasta componer y poner en escena una peti-pieza titulada *un duelo federal*, en la cual no se hacia sinó repetir las escenas de las calles.

Esta peti-pieza ó farsa gustó de tal manera, que siempre que se anunciaba se llenaba el teatro.

Y para que el lector no abrigue la menor duda de lo que decimos, copiamos de la *Gaceta Mercantil* de Dicembre 23 del 41, el siguiente párrafo del aviso de espectáculo.

Despues de grandes elogios y bombos terminaba el aviso:

«El espectáculo concluirá con la admirable y nunca vista prueba:

«El duelo de un Federal con un salvaje Unitario.

Nota importante:

El Federal degollará al Unitario á la vista del público.»

Por esto pueden calcular nuestros lectores, lo que pasaba en Aires.

Por supuesto que en la escena como en la calle, el unitar cumbia despues de sufrir mil martirios.

Y la degradacion y el servilismo llegaban á su más repug manifestacion.

Rosas habia dado en su quinta una fiesta para celebrar las frecuentes farsas que hacia él mismo, sobre asesinatos contra su persona milagrosaments frustrados.

Con este motivo, y des ues de la fiesta, el jefe de Policia pasaba la nota que copiamos en seguida y que tomamos del indice de esa reparticion, en nuestro poder:

«Ningun quehacer dieron á la Policia los millares de concurrentes á la quinta de V. E., á escepcion que, cuando V. E. honró á sus conciudadanos con su presen ia!

«Aquellos grupos se movian gozosos y entusiastas hácia donde V. E. se dirijia, con el objeto de victorearlo, de verlo y aún muchos de tocarlo.

«Así es que V. E. sabe cuántas felicitaciones recibió, cuánta infinidad de personas le tomaron la mano y se la besaron.

«Era tal el entusiasmo, Exmo. Sr., que las personas no sentian los golpes y los encontrones que se daban, por abrirse paso y poder oir, ver y aún tocar á V. E.

«Este entusiasmo patriótico, esa pasion hasta el delirio, que animaba á aquel inmenso pluebo, así grandes como pequeños y de todos sexos y edades, por la ilustre pers. na de V. E., ocasionaron algunos leves daños en los jardines, por que tanto el que firma, como sus demás empleados, estaban estasiados á la par de los demás.»

Este solo documento muestra el estado terrible de desgradacion moral, ocasionado por el terror á que habia llegado el pueblo y sus autoridades.

Habian ido hasta mirar en Rosas una especie de Dios, á quien se adoraba en el altar de los templos y cuyas manos se besaban en las fiestas.

Y la autoridad no podia impedir algunos destrozos causados en los jardines, por estar estasiada en la contemplacion del tirano.

Solo así se comprenden las escenas bestiales y degradantes que hemos narrado en el transcurso de este libro.

Y aún nos faltan tal vez las mas conmovedoras y tocantes de que fué teatro Santos Lugares de Rosas.

Veamos algunos de estos crímenes sin precedente.

FUSILAMIENTOS

No era solo la mazorca la que asesinaba á los ciudadanos mas distinguidos en plena calle.

El mismo Rosas, que habia llegado ya al vértigo del crímen, no se contentaba con las órdenes indirectas y las espedia él mismo, con su firma y escritas de su puño y letra.

Era tal la exaltacion criminal de aquellos malvados, que bastaba el simple hecho de no usar bigote, para que un hombre fuese mandado fusilar.

Una simple farsa, una palabra irónica, era bastante motivo para llevar á la cárcel á las señoras mismas.

Y sabido es que los que entraban á la cárcel salian en su mayor parte cadáveres.

Casi todos nuestros lectores, que no han vivido en aquella época nefanda, creerán que exejeramos y aún mentimos.

Pero en la historia de Rosas no cabe ni exageracion ni mentira.

La verdad pura es más terrible aun que lo que pudiera producir la inventiva de un novelista.

En prueba de ello, copiamos á continuacion algunos estractos del índice de Policia de aquella época, que tenemos á la vista, y que puede confrontar cualquiera de nuestros lectores.

En el libro 113 de Policia, que está en ese archivo, pájina 811 y anotado bajo el número 22, se lee lo siguiente, con fecha 10 de Febrero de 1840:

«El gobierno ordena pase á la cárcel la presa doña Tránsito O. Pulido, aprehendida segun parte del Comisario Cuitiño, *por haber hablado contra el sistema santo de la federacion, dándole el título de* TATA EN PIFIA, al señor gobernador, y manifestando que la ilustre señora finada doña Encarnacion, debia estar en el *cielo colorado*, tratando al mismo tiempo de ENGRASADOS á los federales.»

En el libro 119 del mismo archivo, página 825, y anotado bajo los números 45, 46, 62, 64, 72, y 73, se leen los siguientes estractos:

«Pastor Albarracin—patria Buenos Aires, no ha prestado servicio á la federacion.

«Fué preso por ser un hablantín contra el superior Gobierno, y no usar bigote.»

—«Juan Navarro, pátria Buenos Aires, 31 años.

«Este individuo fué preso por ser paquete de frac unitario y recibir en su casa salvajes sabandijas.»

—«Sinforiano Huertas, Buenos Aires, 48 años.

Se ha quitado el *bigote*, por cuya razon y la de ser salvaje Unitario, fué preso por el coronel Parra.»

—«Martin Quintana, Buenos Aires, 30 años.

«Lo prendió el Coronel Cuitiño, porque siendo paquete de frac y no usando divisa, no puede ser otra cosa que un salvaje Unitario.»

—«Juan Cruz Ocampo, catamarqueño, 20 años, fué remitido por el Juez de Paz de Moron por haberse quitado el bigote.

«Este individuo no ha prestado servicio á la federacion.»

—«Faustino Uberna, San Luis, 25 años, dice haber prestado servicios á la federacion, pero lo ha mandado preso el señor general don Prudencio Rosas, por unitario y haberse quitado el bigote.»

Bajo el número 83 del mismo libro, se lee el siguiente estracto:

Setiembre 17.

El señor gobernador ordena al Juez de Paz de San Fernando, remita preso y entregue al Jefe de Policía, al cura de ese partido, por salvaje unitario traidor; y previene cuide de todo individuo clasificado por tal que haya ó hubiese en el mismo partido, lo prenda y remita al ejército de Santos Lugares, debiendo en consecuencia limpiarlo de todo unitario salvaje, barriéndolo como con una escoba.

«Núm. 87, Octubre 12. Comunica el edecan de S. E. don Nicolás Mariño, haber dispuesto el señor Gobernador se proceda á la venta de todas las casas y cuanto pertenece al finado salvaje unitario Lúcas Gonzalez, de cuya venta se esceptuarán las estancias porque estas quedan para el premio acordado al ejército.

El delito de no ser espía, era tambien penado con cárcel, segun este otro estracto, de puño y letra de don Juan Manuel, que se halla en el número 117 del mismo libro.

Octubre 8. Remítase al Jefe de Policia para que tenga entrada en la cárcel el individuo Timoteo Armaya por el delito de ser sirviente de Manuel Ojeda y no denunciarlo de la conversacion que sostenia este con la salvaje unitaria Marcelina Buteler, la que tambien debe ser presa en la cárcel.»

JUAN M. DE ROSAS.

Con esa misma fecha y en el mismo libro, bajo el número 29, se lee la siguiente carpeta, tambien de puño y letra de Rosas, referente al noble doctor Gamboa, defensor de Reynafé:

«Instrucciones que debe observar el edecan de Gobierno don Manuel Corvalán, acerca del *insolente*, *pícaro*, *impío*, *logista unitario*, Marcelo Gamboa, quien ha pedido permiso para publicar la defensa que hizo en favor de los reos de Barranca Yaco, y al cual se le dá la ciudad por cárcel, con prevencion que si llega á infrinjir las órdenes que se le dan, será paseado por las calles en un burro vestido de celeste y castigado además, segun la falta, como tambien si tratase de fugar del país, será inmediatamente fusilado.»

Todos estos documentos que tenemos á la vista, son insignificantes al lado de aquellos que iban seguidos de una sentencia de muerte, sin juicio y hasta sin oir al acusado ó preso.

Y para que el lector pueda formarse una idea de cómo se daban esas órdenes de matanza, en los cuarteles y en la cárcel, vamos á transcribir algunas de ellas.

En el libro 125 del archivio de Policia y bajo el número 10, hallamos la siguiente clasificacion:

«Manuel Adame, español, 33 años, fué remitido de Zárate por el comandante Juan Navarrete como tercer piloto del queche *General Rondeau*, apresado por el práctico Julian Gomez.

«Fusílesele en la cárcel el lúnes próximo.

JUAN M. DE ROSAS.

«Febrero 13—Juan Gomez, sanjuanino, 25 años,—fué preso por el coronel Cuitiño, porque siendo peon de confianza del salvaje unitario Eusebio Antonio Miguenz, trajo, asociado á un tal Trinidad, conocimiento del estado del ejército de los Santos Lugares de Rosas.»

«Fusílese el lúnes próximo en la cárcel.

JUAN M. DE ROSAS.

Bajo el número 11 del mismo libro, y con fecha de Febrero 13, se encuentra tambien esta órden seca y terminante:

«Fusílese en la cárcel el lúnes próximo, al salvaje unitario Antonio Tomás Villabra.

JUAN M. DE ROSAS.»

Febrero 13.—Manuel Ortega, Buenos Aires, 23 años.

«Tuvo entrada en la cárcel el 8 de Enero, como prisionero del ejército del asesino Lavalle—fué oficial del batallon Guardia Argentina.

«Fusílese el lúnes próximo en la cárcel.

JUAN M. DE ROSAS.

Bajo el número 19 del mismo libro y con fecha de Marzo 4, hay este otro decreto:

«Fusílese el salvaje unitario José Felipe Quintana, y el dinero que á este se le encontró, entréguesele para sí al alcade don Paulino Nuñez

que lo aprehendió, dándosele al mismo tiempo á dicho alcalde, como donacion que le hace el Gobierno, doscientas cabezas de ganado de un año para arriba, de una de las estancias que fueron de salvajes unitarios.

JUAN M. DE ROSAS.

Las clasificaciones que se hacian en los Santos Lugares de Rosas eran mucho mas odiosas, si caben en lo posible.

Allí iba el preso, con la nota que lo acompañaba.

A esa nota ponia don Antonino Reyes una carpeta con la clasificacion del preso, y la remitia á Palermo para su resolucion.

De este procedimiento puede dar idea al lector lo siguiente, que se registra en el archivo de gobierno, legajo núm. 21.

«El Juez de Paz de Dolores remite preso al individuo José Maria Caballero, por haber pisoteado el retrato del ilustre Restaurador de las leyes cuando la sublevacion de los salvajes en dicho partido.

«Este individuo es no solo salvaje unitario, sino que tambien tiene su fraque de tal y es *cajetilla* de bota fuerte.

ANTONINO REYSE.

Fusílese—

JUAN M. DE ROSAS.

«Enero 18, mismo archivo, número 6:

El Superior Gobierno dispone que el dia de mañana, 11 de Enero, el gefe de Policia haga fusilar el ex-teniente coronel Telésforo Rios, sin quitarle los grillos con que fué remitido del Paraná hasta despues de la ejecucion.

JUAN M. DE ROSAS.

«El edecan de S. E. don Manuel Corvalan, de órden de S. E. el Gobernador, dice al Jefe de Policía que:

«Mañana miércoles 2 del corriente, á las 4 ó 4 1/2 de la mañana, hará fusilar á los salvajes unitarios Márcos Leguizamon, José Gimenez, Manuel Velez, Pedro Burgos, Lorenzo Cabral, Pablo Ramirez y Antonio Helguero, á quienes se les facilitarán uno ó dos sacerdotes para que los confiesen.»

Esta nota lleva fecha 10 de Febrero y está en el archivo de Policía, líbro 127, número 20.

Como se vé, Rosas decretaba los fusilamientos por grandes grupos. Uno ó dos no hubieran bastado á calmar su sed de sangre.

Podriamos transcribir mil órdenes análogas, pero creemos que las publicadas ya, son bastantes para dejar bien demostrado la clase de bandido que era Rosas, y el derecho que asiste á los que se presentan hoy al Congreso Argentino, reclamando la propiedad de los bienes de aquel malvado, que dejó á tanta familia en la más horrible miseria.

La lista sola de las personas inmoladas por el puñal de la mazorca y cuyos bienes fueron robados, llenaria nuestro folletin durante muchos dias.

La venta de sus bienes, en aquellos célebres remates de que ya hemos hablado, solo comprendia á los que no eran establecimientos de campo, que quedaban para premio del ejército y de los esbirros de la tiranía.

El dinero que producian estas ventas era entregado al depósito de Policia, del que el tirano disponia á su antojo.

Era este el dinero con que se pagaba á los mismos asesinos y que ya habian cobrado su mejor parte, en el saqueo del cadáver y casi de la víctima.

El ódio estúpido contra los unitarios, llegó en Rosas hasta mandar degollar á las personas que vestian bien, clasificándolas de paquetes, y á los que no pertenecian á la canalla que lo rodeaba, á quienes se clasificaban de decentes, último delito que se podia cometer contra la federacion.

Y para confirmar lo que dejamos dicho, transcribimos este último documento, escrito de puño y letra de Rosas, aunque aparece como si lo hubiera escrito su edecan.

Este documento se encuentra original en la voluminosa causa criminal que se siguió al tirano, donde pueden verlo nuestros lectores.

El Coronel Edecan de S. E.

Santos Lugares de Rosas,
Setiembre 10 de 1840.

Viva la Federacion!

Año 31 de la libertad, 25 de la Independencia y 11 de la Confederacion Argentina.

Al Comandante en Jefe del número 3, Coronel don Vicente Gonzales.

El infrascrito ha recibido órden de nuestro ilustre Gobernador, Restaurador de las leyes, Brigadier don Juan Manuel de Rosas, para avisar á V. S. el recibo de su nota fecha de hoy, con que adjunta unas notas del Comandante accidental Navarro, por si importase algo para el conocimiento de S. E., pues de todos ellos se puede tener confianza porque dicen que los llevaron á la fuerza, y al que solamente cree V. S. que es uno que estando en las guerrillas vino con el caballo cansado y se fué á mudar y al llegar al arroyo dice que le dieron alcance.

Pero esto nadie lo vió y el alcalde que mandaba al Comandante con comunicacion para V. S. que sin presentarse á los unitarios se ha venido con la carta del salvaje Lavalle, que los ha retado fuertemente y los ha hecho degollar por no cerrar la puerta á otros que lo hagan de buena fé.

S. E. considera que estos hombres en la actualidad se están viniendo de buena fé.

Y aun cuando son así considerados algo se aventura, es conveniente hacerlo mientras se vea que no se vuelven á ir para el ejército de los salvajes enemigos y que se advierta que de la gente que ha reunido por bien ó por fuerza se están viniendo.

No así dice S. E. que debe hacerse, respecto de los ricos y de los que se titulan decentes, porque de estos ninguno es bueno, en cuya virtud debieran ser pasados por las armas, ó *degollados*, todos los que aparecieran de esta clase de salvajes.

Dios guarde á V. S.

ANTONINO REYES.

Como se vé, el degüello de la gente rica y decente quedaba decretado por el Gobernador, cuyos servidores mas famosos estaban reclutados en re la hez de la canalla.

¡Hé ahí el sistema de gobierno de aquel gran bandido!

SANTOS LUGARES DE ROSAS

Este es el parage maldecido donde se cometieron los crímenes más infames de la tiranía.

La historia de Santos Lugares, por sí solo, constituye el proceso mas sangriento que puede hacerse de la época de Rosas.

Allí era donde se asesinaba de la manera mas brutal y cobarde, llevando el martirio de las víctimas hasta el mas bestial refinamiento de barbarie.

Allí se azotaba y se llevaba el crímen hasta arrancar ó cortar los miembros de aquellos que mas tarde habian de ser degollados, cuyos miembros sangrientos se clavaban en palos, para ser puestos á la espectacion pública.

Allí se obligaba á los unitarios condenados á muerte, á cavar el pozo donde debian de ser enterrados, á cuyo borde se les hacia parar para recibir la muerte y evitarse de este modo, hasta el trabajo de arrojarlos á la fosa!

Cuando eran varios los desgraciados á quienes se habia de fusilar, se les ejecutaba por parejas, acollarados con pesadas barras de grillos.

Entónces se obligaba á las parejas que iban quedando vivas enterrasen á los que morian, sometiéndolos aún á torturas espantosas.

La pena de azotes estaba en su apojeo.

El no haber saludado á un jefe á tiempo, el no haber sido bastante cruel con un prisionero, el no haber recibido con placer un garrotazo ó un palo, eran delitos que se castigaban con azotes.

Por cualquiera de ellos se condenaba á un soldado y muchas veces á un oficial á recibir de quinientos azotes arriba.

Y al que se quejaba le aumentaban los dias al estremo de que muchos de ellos morian con el cuerpo horriblemente mutilado.

Los gefes sabian prácticamente que un hombre, por fuerte que fuese, no podia resistir á la aplicacion de tres mil azotes, por ejemplo, pero le mandaban dar hasta cinco mil muchas veces, porque matando á un soldado de esa manera, se daba prueba de un ciego ardor y celo federal.

A Santos Lugares iban los reos de todo género de delitos, tanto el acusado de ser salvaje unitario como el que habia robado un caballo, ó el que habia tenido una simple pelea en una pulpería.

Y como el tirano necesitaba soldados á todo trance, cualquier delito insignificante era castigado con una condena al servicio de las armas, condena que nunca bajaba de un par de años.

Don Antonino Reyes era el pequeño Restaurador de las leyes en aquel punto.

Siendo el hombre de confianza de don Juan Manuel, su palabra era tenida como la misma palabra del tirano, obedeciéndose sus órdenes inmediatamente, pues se sabia emanaba de aquel.

Hay tormentos aplicados en Santos Lugares que hubieran sorprendido agradablemente á los frailes perversos, familiares de la inquisicion.

Porque el espíritu cobarde de Rosas, era diabólicamente fecundo para inventar martirios.

Su diversion favorita era llenar de viento por medio de un fuelle

á las mismas personas que lo rodeaban, aunque fuesen estos sus servidores mas leales.

Y cuando la barriga del paciente se estiraba hasta amenazar romperse, lo hacia acostar de espaldas, y llamaba á dos ó tres soldados para que le bailaran encima un gato ó un malambo.

Entónces se veía al tirano reir de una manera descomunal, é incitar á los bailarines con todo género de dicterios, para que pisasen más fuerte y fuesen mayores los dolores de la víctima.

Y plagiando al amo en Palermo, los lacayos de Santos Lugares habian adoptado las infladas, como una diversion oficial.

Para martirizarlo y divertirse con sus quejidos ó gestos de dolor, todos tenian allí derecho para usar de un preso, desde el jefe más nombrado, hasta el más ruin escribiente de secretaria.

Y de los presos que por unitarios remitian allí de la campaña, todos escogian sus sirvientes para los oficios más degradantes.

La amenaza sola de ser enviado á Santos Lugares era un castigo para cualquiera que supiera lo que allí pasaba.

¡Y quién no lo sabia entónces!

¿Quién no tenia conocimiento de aquel horror de la federacion?

Nada se hacia allí sinó por órden de Rosas, pero esas órdenes las obtenia á su entera satisfaccion el Gobernador D. Antonino Reyes.

Él recibia los presos con los partes que eran remitidos.

Allí estractaba el parte y lo remitia á Palermo con una carpeta que no era otra cosa que la clasificacion del preso.

Esta clasificacion era susceptible de mil reformas y de mil giros que Antonino Reyes conocia admirablemente.

Así es que él bien sabia cómo redactar la clasificacion, para obtener una órden de fusilamiento, de azotes ó de condena á las armas.

Porque pensar en salir de Santos Lugares sin haber recibido algun castigo, era pensar un disparate!

Todavia vive en Montevideo, el Coronel edecan de S. E., Antonino Reyes, jefe supremo de Santos Lugares.

¡Cuánto horror podria narrarnos si quisiera!

¡Cuántas veces se estremecerá el cuerpo de este hombre, al recordar las escenas tremendas de Santos Lugares!

Si aquella boca se decidiera á hablar cuánta trajedia podria narrarnos!

Don Antonino Reyes es uno de los pocos protagonistas vivos, de aquellos horrores.

l ha llegado á una edad avanzada, como la que llegó Rosas.

El *Señor* sabe para qué lo deja vivir.

Refresquémosle nosotros su memoria entumecida por la edad, y desmienta, si le parece, algunos de los infames crímenes que entramos á narrar.

Diga si no es cierto que en aquel campamento se mataba á bolazos á los indios que incurrian en alguna falta y se fusilaba á los salvajes unitarios, acollarados con grillos de la manera que dejamos referido más arriba, y si no se aplicaban allí los tormentos feroces que contaremos, hasta el fusilamiento estúpido y cobarde de la hermosa jóven Camila O'Gorman.

Su silencio será entónces la confirmacion de nuestra palabra.

De los primeros que regaron con su sangre aquel campamento maldecido, fueron dos capitanes Iriarte y Manuel Ortega, fusilados en Santos Lugares.

Estos dos jóvenes cayeron prisioneros, junto con el Coronel Diaz, en uno de los tantos combates librados entre el general Lavalle y el célebre general Echagüe.

Remitidos por este jefe á Santos Lugares, fueron allí fusilados, despues de haberles hecho apurar todo género de humillaciones y martirios.

Antes de ser fusilados, á ambos se les hizo cabar la fosa en que habian de ser enterrados, haciéndolos arrodillar á su borde para mayor seguridad.

Allí se exhibieron tambien las orejas del honorable Sr. don J. M. Dupuy, padre de los señores hacendados del partido de la Ballenera.

El señor Dupuy salia de su casa á prisa, una noche, en busca de algunos medicamento para su señora, que habia salido de cuidado ese dia.

El señor Dupuy fué asaltado al salir de su casa por un grupo de mazorqueros que gritaban desaforadamente sus terribles mueras á los salvajes unitarios, á los françeses y á Luis Felipe el guarda chanchos.

Sorprendido de esta agresion, pues en nada se mezclaba que pudiera hacerlo sospechoso, creyó que aquello sería una equivocacion y preguntó al jefe del grupo qué era lo que con él querian.

Una puñalada en un costado fué la contestacion.

Dupuy, que era un hombre bravo y robusto, quiso defenderse, pero otras puñaladas lo postraron privándole de toda accion.

Allí mismo y sin darle tiempo para nada, lo ultimaron, degollándolo en seguida.

Su cuerpo fué arrastrado hasta la plaza del Retiro, donde lo colgaron en un árbol, adornándolo con trofeos celestes y una cantidad de verdura, para que sirviera de burla á los federales que pasaran por allí.

Y fué entónces que para mayor escarnio le cortaron las orejas remitiéndolas á Santos Lugares, donde fueron saladas para que se conservaran más tiempo.

La estupidez de Rosas, llamada ardor federal, llegaba hasta cometer los actos más ridículos y pequeños.

Como una prueba de ello, transcribimos aquí una nota que figura en el libro número 121 del Archivo de Policia, bajo el número 3 y fechada en Junio 30.

Esta nota dirijida al jefe de esa reparticion de puño y letra de Rosas, dice:

«El Gobernador hace presente el sumo desagrado con que han visto los federales el que en las rifas del mes de Améria (Mayo), se hayan puesto varios articulos con colores verde y celeste, de salvajes unitarios.

«Ordena en consecuencia que si ya se han comprado los que deban jugarse en las próximas fiestas de Julio y tienen los mismos colores, sean inmediatamente quemados y reemplazadas por otros federales cualquiera que sea su costo.

JUAN M. DE ROSAS.

Como se vé, Rosas llevaba su ódio por los unitarios, hasta los simples objetos que tenian una leve pincetada de celeste ó verde.

Todo lo que no era color de sangre debia ser execrado.

ASESINATOS DE PRISIONEROS

Siempre combatiendo contra fuerzas superiores, mal armadas y peor disciplinadas las suyas, el arriesgado y brillante General Lavalle no desmayaba un momento.

Oribe, aquella hiena estúpida y ávida de crímenes, con un fuerte ejército; el General Lopez Mascarilla con sus santafecinos, cometiendo toda clase de horrores; el General Pacheco, que no era tan feroz como ellos, al frente de las tropas de Rosas, eran los poderosos enemigos que perseguian á Lavalle sin dejarle un momento de reposo.

Aquel tenia que multiplicarse para atender á todos estos enemigos, é irlos batiendo en detalle, llegando á darles algunos golpes que los dejaron algo mal parados.

El habia logrado sitiar en Santa Fé al General Lopez, y ponerlo en sérios apuros, porque vencido este, podria entónces darse la mano con el valiente y heróico Lamadrid, que esperaba por momentos su incorporacion.

Pero estando en lo más interesante del sitio, el General Pacheco, con una fuerte division, le pisó la retaguardia obligándolo á retirarse.

No era solo la division del General Pacheco la que hacia retirar á Lavalle.

Es que detrás de aquel estaba Oribe, y veia que no podia luchar contra tales fuerzas y tales elementos.

Sus soldados pésimamente armados y con escasa municion, no tenian más recurso que el arma blanca, y esta era insuficiente para luchar con tantos, sobre todo con el ejército de Oribe que era el mejor equipado.

El General Lavalle abandonó la Provincia de Santa Fé, dirigiéndose á Entre Rios, con la esperanza de seguir batiendo en detalle á aquel enemigo poderoso.

Pero éste, como si le adivinase el pensamiento, siempre unido, y á una jornada uno de otro, emprendió la persecucion, dividido en tres cuerpos, mandados por los generales Pacheco, Lopez y Oribe.

El 28 de Noviembre de 1840, fué alcanzado por la vanguardia del General Lopez, en los campos del Quebracho y se vió obligado á aceptar un combate cuyas consecuencias fatales no eran difíciles de prever.

Pero Lavalle tenia confianza en su gente, y una fé profunda en su corazon hidalgo y valiente, así es que aceptó el combate con muchas esperanzas de triunfo.

Y así hubiera sido, si el único enemigo con que tenia que luchar, hubiera sido la vanguardia de Lopez.

Sus valientes paisanos y aquella juventud distinguida y brava que lo acompañaba, hacian prodigios de valor.

Sus cargas de caballerias eran tan contínuas y tan hábilmente dispuestas, que el enemigo por fin vaciló.

Rotò su centro, el terror ganó sus filas, y sus alas empezaron á perder la formacion.

Entónes Lavalle llevó personalmente una carga á fondo, y la der-
empezó á pronunciarse en las tropas de Lopez de una manera
nda, iniciando entónces aquel una persecucion tenaz y encar-

Pero estaba de Dios que aquella jornada debia ser fatal á las armas unitarias.

Apenas iniciaba Lavalle la persecucion, cuando se presentó á su frente y flancos el ejército del General Pacheco reforzado con algunos batallones de Oribe.

Pacheco se presentó ya formado en línea de batalla y rompió sobre el ejército de Lavalle un fuego nutrido y mortífero.

Los cuerpos de este, lanzados á la persecucion, fueron sorprendidos por aquel nuevo ejército en completo desórden y fuera de toda formacion.

Reorganizado bajo aquel terrible fuego y dispuesto á disputar el terreno conquistado, aceptó el intrépido Lavalle aquella nueva batalla que empezó más recia y más sangrienta que la primera.

Agotadas sus municiones, el sable y la lanza de sus buenos gauchos se abrian paso por entre las filas enemigas.

Los libres de Sur, lucidísimo regimiento que mandaba el coronel Rico, dió una carga sobre el flancho derecho del enemigo con espléndido éxito.

Aquel regimiento hubiera hecho vacilar y tal vez hubiera arrollado la fuerza de caballeria que cubria aquel flanco, cuando el noble Coronel Rico cayó de su caballo para no levantarse más.

Una bala le habia atravesado el pecho.

Deshecho y acuchilleado, el Regimiento Libres del Sur tuvo que retirarse, no sin haber tentado en vano levantar el cadáver de su jefe.

Fué en esta empresa donde tuvo más bajas, pues al verlo sin jefe y vacilante, el enemigo cargó sobre él con ánimo de concluirlo.

El General Pacheco tomó entónces la ofensiva, el toque de ataque sonó en toda la linea y al mismo tiempo que la infanteria rompia un fuego tremendo la caballeria toda cargaba, tratando de envolverlo por ambos flancos.

La derrota era inevitable.

Muchos cuerpos empezaban á envolverse, á pesar de las hábiles disposiciones de Lavalle, y otros á dispersarse, aterrados con la idea de una derrota que iba á ser sangrienta y sin cuartel.

En vano Lavalle quiso mantener la formacion en sus filas, para emprender una retirada con éxito, en vano se lanzó con aquel objeto en lo mas recio del combate, su pobre ejército, estenuado de fatiga, despues de dos batallas, y desmoralizado ya con las bajas que sufria empezó á desbordarse.

Desesperado entónces y como último recurso de salvacion, hizo tocar retirada, la que se emprendió con la mayor precipitacion.

La caballeria de Lopez, rehecha á la espalda del ejército de Pacheco, empezó entónces á tomar una revancha, digna de la causa que defendia; el herido como el prisionero, como el muerto mismo, eran degollados y sometidos al saqueo más impío.

Y el ejército, no ya el ejército sinó los pocos grupos de hombres que habian quedado al general Lavalle, huian en todas direcciones para escapar á un esterminio seguro.

El General Lavalle hubiera quedado allí á seguir la suerte de sus compañeros, pero el benemérito coronel Vilela lo obligó á huir con reflexiones como esta:

—Su muerte, General, será la muerte de nuestra santa causa.

Es su prestigio lo único que puede contrarestar el poder de Rosas

en toda la República, que quedaría bajo su gobierno impío sabe Dios hasta cuando.

Una derrota no es nada, General, ya combatiremos con mejor suerte.

Y sobre todo, su muerte seria un suicidio que usted no tiene derecho de consumar y que yo le prohibo en nombre de la patria ensangrentada!

El General Lavalle escuchó aquellas leales palabras y agobiando la noble frente cargada de sombras, siguió á los últimos restos de su valiente ejército.

¡La batalla de Quebracho estaba concluida!

Pero aún el enemigo tenia que hacer un esfuerzo tremendo para coronar aquel triunfo.

Aún quedaba sobre el campo de batalla un grupo de infantes que, en formacion imponente, parecia dispuesto á pelear hasta caer el último.

Era una brigada de infanteria, compuesta de unos quinientos hombres al mando del bizarro y bravo Coronel don Paolo José Diaz.

Este jefe habia comprendido que lare tirada á pié era la muerte, y habia formado dos cuadros, con los que podria imponer al enemigo yu obligarlo á una batalla por demás sangrienta cuanto staba dispesto á combatir hasta el último aliento.

Dos cargas terribles y encarnizadas trajo sobre él el enemigo, pero las dos veces tuvo que retirarse con grandes pérdidad y en completo desórden.

Aquello era la heroicidad llevada hasta su último grado.

El Coronel Diaz calculaba que el enemigo postrado por la batalla y la persecucion, tendria que dejarlo retirar, mal de su grado.

Así es que sostenia su posicion con una bizarria imponente.

El General Pacheco comprendió por su parte, que aquella tropa estaba dispuesta á morir matando.

Él podria concluir con ella, pero á costa de grandes sacrificios y sin lograr hacer un prisionero.

Conocia demasiado al Coronel Diaz para calcular que todo ataque llevado sobre él seria rechazado como los dos anteriores, con pérdidas enormes.

E inició entonces proposiciones de capitulacion, de manera que fueran aceptadas.

Respetarles la vida, si se entregaban á discrecion.

Aquella primera proposicion fué rechazada con toda soberbia por el Coronel Diaz, que agregó:

—Diga usted al general Pacheco que si no tiene otra cosa que proponer que mande atacar no más.

Aún podemos resistir y ofender hasta agotar la municion.

Y cuando no tengamos otra cosa, aún nos quedarán los fusiles para hacerlos pedazos sobre el cráneo de la canalla que comanda.

Aquella respuesta altiva y valiente no dejaba lugar á dudas.

Los dos ataques llevados sobre los cuadros de Diaz, tan bravamente rechazados, habian acobardado algo á los soldados de Pacheco, al estremo de temer este no fueran capaces de llevar un tercero.

Y envió un nuevo parlamento con proposiciones más aceptables.

Rendir las armas á cambio de la vida y de la libertad.

Pero el Coronel Diaz las rechazó de nuevo, añadiendo:

— Diga usted al General Pachecho que yo no puedo entrar arreglos sinó bajo estas bases inmodificables.

Respeto cumplido de la vida y libertad de todos los que formamos esta brigada, que depondria entónces sus armas con todos los honores de la guerra.
Que lo creo un militar digno, incapaz de faltar á una capitulacion, que no haria á buen seguro con Oribe, ni con Lopez.
Que bajo estas bases, puede formular un tratado.
Entre tanto, muchos soldados de la caballeria, dispersos y huyendo de las partidas enemigas, se habian incorporado á la heróica brigada, aumentándola en unos cien hombres más
Trasmitida esta respuesta al general Pacheco, este se apresuró á aceptar las bases, pasando en persona al sitio que ocupaba aquella soberbia tropa.
Bajo los más sagrados juramentos y bajo la fé de su honor, de cumplirla en todos sus puntos, el General Pacheco aceptó aquella capitulacion.
El Coronel Diaz entregó las armas que habia esgrimido con tanto heroismo, y pasó al campo enemigo, con todos los honores de la guerra.
La soldadesca de Pacheco, quiso burlarse de los capitulados intentando saquearlos, pero el General Pacheco empezó á cumplir su palabra imponiendo las más severas penas al que se permitiera la más leve agresion á los vencidos.
El General Lopez se habia retirado del campo de batalla, con sus santafecinos, buscando tal vez la incorporacion de Oribe, que era el jefe superior en campaña que investia todo el poder de Rosas.
Hácia aquel campamento emprendió tambien su marcha el General Pacheco, seguido de los capitulados para presentarlos al General Oribe y llevar verbalmente el parte de la accion, y del triunfo que importaba la anulacion del General Lavalle y la pérdida de todo su ejército.
La marcha hasta el campo de Oribe se hizo en el mayor órden, sin que los capitulados tuvieron que quejarse en lo más mínimo.
Pero desde que el ejército estuvo bajo la voz del bandido Oribe, la situacion de los capitulados cambió por completo.
—Yo no hubiera admitido tales condiciones, dijo el terrible caudillo, y los hubiera pasado á degüello.
—Pero yo creí deber hacerlo así para evitar mayor número de bajas, y no creo haber hecho en ello un disparate.
—Pero yo no puedo sancionar con mi consentimiento semejante capitulacion y no debo hacerlo.
—Es que mi palabra, y por intermedio mio la del Gobierno, están de por medio, y yo jamás falté á la mia.
—Pues se pasará al Gobierno un parte minucioso del combate, consultándole yo lo que debo hacer con esta gente.
—Sea así, pero entre tanto, esos hombres nos son sagrados. Están aquí bajo una capitulacion de guerra.
El General Oribe tuvo que ceder, pero declaró que aquellos hombres permanecerian en su campo, hasta tanto se recibiera órdenes de Rosas sobre lo que debia hacerse, órdenes que fueran cuales fuesen, cumpliria al pié de la letra.
Demasiado comprendian Oribe y el mismo Pacheco cuales podrían ser aquellas órdenes, tratándose de salvajes unitarios que pertenecian al ejército del General Lavalle!
Todavia aquella noche la brigada del Coronel Diaz gozó de lo estipulado en la capitulacion, cuyo término debia de ser corto.

Al dia siguiente el General Oribe se puso en marcha desde el Quebracho hácia la Provincia de Córdoba, donde dijo iba á esperar las órdenes del General Rosas, segun lo habia manifestado en sus notas.

Siendo ya inútil toda tentativa por ese lado, Oribe dejó allí al General Pacheco, para que despues de dar á su tropa el descanso consiguiente á la pasada fatiga, marchase á impedir la incorporacion de los restos del ejército de Lavalle, con el terrible y bravo Lamadrid, que se habia movido ya en contra del tirano, con no pocos elementos.

Aquí empezó el martirio de los capitulados, á quienes Oribe miraba como prisioneros cuyos cuellos pertenecian de derecho á la federacion.

Guiado por sus instintos y deseos, en cuanto se separó del General Pacheco los habria pasado á cuchillo.

Pero temia una reprimenda de Rosas que tal vez los quisiera hacer degollar en Buenos Aires.

Así es que no se atrevia á adoptar una resolucion, sin esperar órdenes del Gobierno.

Este temor no fué sin embargo un obstáculo para cometer con ellos, durante la marcha, todo exceso de crueldad bestial y de repugnante cobardía.

Entre ellos venian los Tenientes Coroneles Manuel Esteban Suarez, Saturnino Navarro, Juan José Torres, el Sargento Mayor Juan José Perez, los Capitanes Domingo Castañon, Faustino Lopez y Mariano Llanos, el Teniente Cayetano Gallegos, el Alferez Benito Plaza, y los ciudadanos Manuel Escobar, N. Rodriguez, Gregorio Arraigada, Laureano Valdéz (de 18 años) y Apolinario Gaetan.

Como estos eran los decentes á quien Rosas condenara á degüello, segun la comunicacion que ya hemos publicado, fué contra ellos que se estrelló principalmente la cobardia de aquellos malvados.

Desde que estuvo fuera de la vista de Pacheco, la soldadesca de Oribe empezó á prodigar á los que llamaba sus prisioneros, todo género de insultos, amenazas y aún golpes.

Los gefes de los capitulados protestaron con toda energia, reclamando el cumplimiento de la capitulacion hecha con el General Pacheco.

—Como capitulacion los voy á poner yo á ustedes, respondió Oribe con su habitual groseria.

Ya verán que capitulacion les espera cuando vengan las órdenes que de Buenos Aires espero.

—Nosotros hemos capitulado bajo bases precisas y hemos despuesto las armas con todos los honores de la guerra.

Tenemos para ello la garantia de la palabra del General Pacheco, que ha empeñado ante todo su ejército.

—El General Pacheco no sabe lo que hace, replicó Oribe.

Quien ha de disponer de ustedes es el General Rosas, y hasta que sus órdenes no vengan, yo los he de tratar como ustedes se lo merecen.

Los soldados de Oribe empezaron por despojar á los que ellos llamaban sus prisioneros, de la ropa que vestian, dándoles para cubrir sus carnes los andrajos que ellos llevaban, y los que habian arrancado á los cadáveres del campo de batalla.

El que se resistia al despojo de su ropa y de alguna prenda que

llevara consigo, era golpeado con toda crueldad y sometido á las penas mas brutales, por haberse insolentado, segun la razon que daba Oribe, contra un soldado de la federacion.

Aquellos prisioneros, segun lo declarado por Oribe, en su mayor parte, pertenecian á la más distinguida juventud de Buenos Aires y de otras Provincias Argentinas.

No contento con los martirios que se les aplicaba, fueron obligados á marchar á pié, y descalzos, durante los diesisiete dias que duró aquella marcha espantosa, á cuyo lado empalidecia el mismo camino del Gólgota!

La marcha se hacia sobre campos desiertos, llenos de filosas raices y de pajonales incendiados, cuyas hojas filosas y agudas destrozaban sus piés desnudos!

Y aquella marcha diaria que debia durar diesisiete dias, se hacía en un espacio de diez y doce leguas por dia!

Era difícil que un ser humano pudiese resistir á aquella prueba de suprema barberia.

El que caía postrado por el dolor y el cansancio, era obligado á seguir la marcha, por un procedimiento digno de aquellos séres privados de todo sentimiento.

Cuando el garrote no era suficiente á hacerlos poner de pié, los pinchaban con las puntas de las lanzas y de las bayonetas hasta que el nuevo dolor los hacia hacer un esfuerzo suprèmo y seguir aquella marcha estupenda.

El que no cedia ni al palo ni al pinchazo, debia ceder á la mutilacion de los miembros, ó pagar su postracion con la vida.

Asi, el camino que seguian aquellos desventurados, quedaba señalado por un reguero de cadáveres.

Muchos de los que se habian sostenido hasta el último esfuerzo, por huir de aquel otro martirio, caian moribundos, sin tener siquiera fuerza para pedir gracia.

Estos, eran degollados sobre tablas, convencidos de que toda tentativa de hacerlos marchar seria inútil.

Y como si todo esto no fuera bastante, el cerebro infernal de Oribe inventaba á cada paso nuevos y crueles martirios.

Bajo el sol abrasador de Diciembre, marchando aquellas jornadas tremendas, heridos y desfallecientes, la sed venia á ser una nueva tortura insuperable.

Esto habia dado á Oribe idea de someterlo al martirio de Tántalo.

Cuando se hallaba en el tránsito alguna laguna ó arroyo de los muchos que por allí abundan, acampaba todo el ejército á tomar algun descanso y apagar la sed devorante.

Esta operacion se hacia de una manera verdaderamente infernal.

A ambos lados del arroyo y á unas cincuenta varas de la orilla, se hacian formar los prisioneros que aún quedaban con vida.

Desde allí se les obligaba á contemplar al ejército de Oribe, que venia á tomar agua por compañias.

Muchos de aquellos desventurados no tenian fuerza suficiente para soportar el martirio.

La sed era superior al instinto de conservacion y rompian las filas, á pesar de los centinelas, para lanzarse al arroyo.

Pero nunca podian satisfacer el ardiente deseo, porque alcanzados por los centinelas, que los custodiaban, ó atajados por los soldados que estaban bebiendo, eran muertos á bayonetazos ó á puñaladas.

Parece increíble que un sér humano pueda llegar á semejante exceso de crueldad!

El que crea que exageramos en un átomo la relacion de estos horrores, puede ir al Archivo de los tribunales y hojear el voluminoso espediente de la causa criminal seguida contra Rosas.

Allí encontrará corroboradas todas estas monstruosidades por la declaracion del General Pacheco, en la foja 87, de Benjamin Villegas, á fojas 323 vuelta, Josefa Mendoza de Perez, á foja 32, y otros muchos que allí figuran.

Y damos estas pruebas, porque la mayor parte de nuestros lectores creerá con razon que exajeramos los hechos de una manera criminal, pues no es concebible tanta perversidad y depravacion de sentimientos!

Cuando todo el ejército concluia de beber, los pobres prisioneros pensaban que les llegaria su turno.

Pero no era así.

Aún faltaba el complemento de aquel horror.

Así que el último soldado habia bebido hasta no poder mas, se traia a beber las caballadas.

Y como si esto no bastara aun, cuando las caballadas habian bebido, las hacian pasar el arroyo dos ó tres veces, á fin de que el agua mezclada al fango del fondo se convirtiera en un lodo espeso y nauseabundo, comparable solo á un chiquero de campo.

Entónces, recien entónces se permitia á los prisioneros que fueran, no á beber, porque aquello era imposible, sinó á chupar aquel barro asqueroso, para apagar la sed.

Aquellos desventurados se lanzaban frenéticos al charco, cuyo lodo chu aban con una ansiedad de dementes.

Ante este espectáculo tremendo y conmovedor, las tropas de Oribe se entregaban al placer mas íntimo.

Aplaudian desaforadamente á los que se echaban de barriga al arroyo á devorar el lodo, é insultaban y apedreaban ferozmente á aquel que hacia el menor gesto de repugnancia.

En una de estas escenas incalificables, un oficial de las tropas de Oribe, el capitan Fermin Mendez, no pudo contener el desborde de sus sentimientos; sublevados ante tan miserable cuadro.

Y despues de impugnar de una manera bravía, proceder tan cobarde y brutal, se acercó á uno de los prisioneros, el Comandante Navarro y le alcanzó su *chifle* lleno de agua cristalina que aquel apuró con una desesperacion febril.

— ¡Esto es espantoso! esclamó aquel noble oficial al alcanzar el chifle, y no hay corazon humano que pueda contemplarlo sin sublevarse.

Tome, Comandante, beba.

En vez de avergonzarse con aquel acto noble, que provocaba un castigo, el General Oribe se enfureció de una manera tremenda y galopando hasta donde estaba el Capitan Mendez, le pegó en la cabeza con el rebenque.

El jóven protestó del acto, y se puso en actitud hostil.

El General Oribe hizo entónces acercar un escuadron de caballeria, y mandó lancear al jóven, órden que se cumplió inmediatamente, sin la menor observacion.

— Y con vos no hago lo mismo, añadió dirijiéndose á Navarro, porque te reservo una muerte más á mi gusto.

¡Ya te enseñaré á beber cuando yo no quiero!

El Capitan Mendez, que era un mozo ilustrado, y por consiguiente un lunar en aquel ejército de bandidos, murió como debia morir un hombre de su temple.

— ¡General Oribe! le gritó defendiéndose de las lanzadas, como si quisiera evitar la muerte hasta decir aquello.

¡General Oribe! yo te emplazo ante la infinita justicia de Dios!

¡Eres un bandido!

Y calló acribillado á lanzadas.

Como los prisioneros que se habian asesinado, el cadáver de Mendez quedó insepulto, para servir de alimento á las fieras.

Aquello que Oribe bautizó de acto de justicia militar para castigar una rebelion, sirvió para otros fusilamientos de soldados que habian tenido con los prisioneros actos de compasion y de comedimiento.

— No hay piedad posible para los salvajes unitarios, decia Oribe, y el que la tenga, la pagará con el cuero.

Estos son bandidos que no merecen mas que puñal ó bola.

Y la bola aludia á otros infelices, que habian muerto á bolazos, para ensayar este nuevo género de torturas.

Cada jornada de estas costaba la vida á doce ó quince de aquellos infelices, que caian postrados por el cansancio, la sed, el desgarramiento de los piés, ó el puñal de aquellos bárbaros.

Durante esta marcha espantosa perecieron mas de cincuenta de aquellos desventurados.

En uno de los dias en que el calor se habia hecho sentir de una manera terrible, un grupo de prisioneros, entre los que figuraban el Coronel Mons y el jóven José Maria Carranza, se negó á dar un paso más.

Ellos sabian que aquella resolucion iba á costarles la vida.

Pero de todos modos el final de aquella jornada debia ser la muerte, y apresurarla era siempre un beneficio.

— ¡Siguan la marcha! les gritó el oficial que los custodiaba, ó tendré que dar cuenta al General.

— No podemos y no queremos, dijo el Coronel Mons.

Si nos matan, por lo menos ahorraremos muchos dias de martirio inútil.

Puede pues dar cuenta al General, añadiendo que nos hace un verdadero servicio si nos manda fusilar sobre tablas.

El oficial dió cuenta al general Oribe de lo que pasaba, y aquel se trasladó á donde estaban los prisionieros aludidos, mandando hacer alto al ejército.

— ¿Qué es lo que ustedes se han atrevido á mandarme decir? esclamó encarándose con el Coronel Mons.

— Ignoro lo que el oficial habrá dicho, respondió noblemente el prisionero, pero lo acepto á pesar de todo.

Preferimos la muerte, todos nosotros, á este martirio sin tregua, sin un solo momento de reposo.

— Ah! miserable! gritó Oribe ¿y no sabes, salvaje unitario, que yo puedo hacerte cortar la lengua?

— Solo lo puede quien dispone de un ejércitos de bandidos, tratándose de hombres desarmados y rendidos de fatiga.

Pero lo que garanto que no puede usted ni nadie, es hacerme dar un solo paso más.

Y se sentó sobre el suelo, mirando al asesino con un desprecio supremo.

— ¡Ah! canalla, ahora verás si puedo.

Y golpeó la cabeza de Mons con el cabo del rebenque.

Al golpe, Mons estuvo de pié como movido por un golpe eléctrico, y no pudiendo hacer otra cosa, se contentó con escupir á la cara de aquel bandido.

Esta fué su salvacion.

Enfurecido Oribe, hizo acercar inmediatamente, cuatro tiradores, y lo fusiló sin darle siquiera tiempo de apreciar la situacion.

Y hemos dicho que esa fué su salvacion, porque enceguecido Oribe por la ira, lo hizo matar inmediatamente, dejando á un lado su eterno programa de pinchazos y lanzadas, que usaba como preliminares de muerte.

De otro modo, el Coronel Mons habria sido martirizado como lo fueron sus desgraciados compañeros.

Muerto Mons, Oribe apartó con el pié el cadáver y se dirijió al jóven José Maria Carranza que habia presenciado la muerte de aquel, y esperaba tranquilamente su turno.

¿Y usted tampoco quiere marchar? le preguntó.

¿Quiére tambien seguir la suerte de ese animal?

— Por lo ménos, replicó el jóven, respete usted los muertos.

— ¿Quiere decir que no quiéres marchar, nó?

Bueno y á ver esos cuatro, háganme caminar á ese pillo á paso de trote!

Los mismos soldados que habian asesinado á Mons, se acercaron á Carranza, cuchillo en mano, y empezaron á pincharlo diciéndole que caminara.

Pero el jóven sonrió de una manera glacial y soportó los pinchazos, que se convirtieron bien pronto en puñaladas.

Los demás jóvenes que presenciaron esta cobarde escena, se lanzaron sobre los verdugos gritando:

— Morir por morir, pues tengamos siquiera el consuelo de defendernos!

Entónces empezó una verdadera carnicería.

Todos aquellos jóvenes fueron muertos á puñaladas y golpes de culata, en presencia de todo el ejército y resto de sus compañeros.

Y arrojando los cadáveres á un lado del camino, siguió el ejército su marcha á Córdoba.

Cuando llegaron al Rio Tercero los capitulados bajo la fé del general Pacheco y del Gobierno por intermedio de este, solo alcanzaban al número de doscientos.

Trescientos y pico habian quedado en el camino, muertos de la manera que hemos indicado.

Allí, en Rio Tercero, estaba esperando á Oribe, con pliegos de Rosas, un Comandante Maestre, al frente de un Rejimiento de Caballeria.

En los pliegos venia una órden para que Oribe entregara los prisioneros á Maestre, quien debia conducirlos á Buenos Aires á esperra la resulucion del Gobierno.

Oribe entregó los prisioneros como se le ordenaba, y Maestre emprendió con ellos la marcha para Buenos Aires.

A ninguno se le escapó que salian de un peligro para caer en otro mayor.

Rosas no podia hacerlos conducir á Buenos Aires para otra cosa que para cebarse con ellos y someterlos á martirios más brutales aún, de los que hasta entónces habian pasado.

Así es que muchos de ellos, al emprender la marcha, habian resuelto hacerse matar en el camino, para evitar el horror de caer entre las garras de Rosas.

Suponiendo que el tal Comandante Maestre fuera más humano, trataban de combinar la manera como podian proceder para hacerse matar.

El aspecto de estos infelices era horrible.

Consumidos por la sed, el hambre, la fatiga y el dolor, sus cuerpos, mas que tales parecian esqueletos.

Sus rostros cadavéricos aterraba, indicando que la vida, en semejantes naturalezas debia ser muy corta.

Sus piés eran una llaga viva, pero una llaga sangrienta y destrozada por las mismas causas que la habian producido los pajonales y filosas raíces del campo, sobre las que caminaban jornadas imposibles.

Durante la noche, no se les dejaba un momento de reposo, siendo despertados contínuamente para molestarlos y hacer otros aparatos de vigilancia.

El desaseo consiguiente en las heridas de aquellos piés mutilados, habia empezado á corromperlos, ayudado por el sol abrasador de aquellos parajes.

Empezaba, pues, para muchos de ellos, una descomposicion en vida.

Obedeciendo á órdenes recibidas, ó por una crueldad natural, el Comandante Maestre empezó á hacer con ellos un verdadero lujo de ferocidad.

La menor y mas insignificante observacion se les hacia con el sable en la mano, aplicándoseles bárbaras palizas por el solo placer de verlos sufrir.

El que caia postrado por la fatiga ó el despedazamiento de los piés, ya no era obligado caminar á puntazos y palos, como en el ejército de Oribe.

Se les lanceaba sencillamente, para no perder tiempo y se les hacia degollar, que era más divertido.

Aunque aquel género de muerte era espantoso, muchos se hicieron matar así, para huir de un martirio insostenible.

Aún les faltaba un buen trecho para llegar á Buenos Aires.

Cada noche amanecian uno, dos ó mas cadáveres entre las filas de los capitulados.

Eran los que morian silenciosamente á consecuencia de aquellos horrores.

Una noche, uno de ellos atropelló al centinela, le arrancó la bayoneta y se la clavó en el corazon, dándose así una muerte instantánea.

Y para evitar la repeticion del hecho, desde aquella noche se les hizo dormir acollarados por las piernas, en cepo de lazo y á cierta distancia del centinela que tenia órden, no de matar al que se moviera, pero sí de desmayarlo de un culatazo.

Por fin, el 6 de Enero del año 41, llegó á Santos Lugares de Rosas, el resto de aquellos desventurados.

Solo ascendian entónces á penas á unos 150 hombres, entre oficiales y tropa.

El puñal de los bandidos de la federacion habia dado cuenta del resto!

Una vez en Santos Lugares, todos aquellos hombres que apenas

podian moverse, fueron puestos bajo las órdenes de don Antonino Reyes quien pasó á Rosas el parte circunstanciado, relacion y estado de los presos, para que aquel dispusiera lo que habia de hacerse con ellos.

Como preliminar de las nuevas penurias que debian pasar, despues de maltratados de todas maneras, se les hizo que ellos mismos, es decir, cuatro de ellos, fusilasen á sus compañeros Miguel Silva, Francisco Biancarlos y algunos otros contra los que el tirano tenia especial odiosidad, por ser personas pertenecientes á respetables familias.

Ya se sabe que la condicion de decente, constituia por sí solo un delito que se castigaba con el degüello, segun documento que hemos publicado ya.

Los tiradores debian hacer fuego sobre sus compañeros, sin permitirse la menor observacion.

Con este objeto se habia colocado detrás de cada uno de ellos un sargento armado de sable que debia darles de golpes hasta que hicieran fuego ó cayeran muertos.

Despues de estas terribles ejecuciones, los demás prisioneros fueron tratados como bestias feroces.

Se les arrojaba al suelo un hueso de puchero por el cual tenian que pelear, porque si nó, se les retiraba y se les dejaba sin comer.

Y á los pocos dias era tal el hambre que los aflijia, que peleaban efectivamente por el hueso, que roia de una manera febril el que lograba conquistarlo.

Y estas escenas increibles de ferocidad inaudida, eran estruendosamente aplandidas por los soldados y empleados que los miraban, quienes arrojaban huesos y pedazos de pan, para verlos pelear.

Despues que el hambre se habia calmado un poco, tenian lugar entre los presos escenas de desgarradora ternura.

Los que habian peleado por el hueso se abrazaban y se pedian perdon, asegurándose que solo las locuras del hambre podia hacerlos cometer tales actos.

Y todos se disculpaban y se tendian la mano fraternalmente.

Oh! los estravios del hambre solo eran comprensibles para el que la pasaba.

El que no ha sufrido tres ó cuatro dias de hambre, no puede calcular hasta donde es capaz de llegar el sér humano para satisfacerla.

Comeria uno pedazos de su propia carne sin perder tiempo en asarla!

Por fin llegó á Santos Lugares una disposicion de Rosas referente á los presos.

Por ella ordenaba el tirano fueran separados los oficiales del resto de la tropa, siendo remitidos aquellos al cuartel del Retiro, y esta distribuida entre los cuepos de línea.

Habia muchos de ellos, cuyos piés estaban tan despedazados, que por la planta podian verse los huesos careados y astillados muchos de ellos.

Era un reparto estéril, porque aquellos infelices estaban inutilizados para el servicio de las armas y aún para estar en pié.

Harto milagro harian con poder caminar despues de ser curados!

En cuanto llegaron al cuartel del Retiro y fueron entregados al coronel Quevedo, jefe de las fuerzas que habian de custodiarlos, fué separado el capitan don Manuel Ortega.

Este bravo oficial, con el pretesto de que era desertor del batallon federal «guardia argentina», fué remitido á la Policia con una órden de Rosas, que creemos haber publicado ya, ordenando fuese fusilado el próximo lúnes.

Para los que quedaron presos en el Retiro, empezó una nueva vida de sufrimientos incalculables.

No tenian más lecho que los ladrillos de un suelo lleno de pozos y reptiles, único mueble que para todo su uso se les consentia.

¡Cuántos no envidiaron la suerte de Ortega, al verlo salir para la Policia!

¡Todos ellos habrian deseado hallarse en su caso!

Narrar el cúmulo de horrores á que fueron condenados, será repitir lo ya dicho, pues la federacion aplicaba los mismos tormentos, que iban conociendo por estrañas referencias.

La comida en el suelo, el garrote por el cuerpo, la sed, la carencia hasta de un poco de aceite para untar á las llagas de los piés, todo, todo fué finamente esplotado para aumentar el tormento,

Fué el sargento Mayor Cano, el primero en que hizo presa la muerte, bajo la forma mas aterradora.

El Mayor Cano era una persona fina y delicada, habituada á las penurias de las guerras, pero en quien el tratamiento recibido debia producir un efecto terrible.

El Mayor Cano venia enfermo desde Rio Tercero, donde lo habia acometido un violento chucho, al que se siguió una fiebre intermitente que revestia su mayor gravedad.

Los piés de Cano, á consecuencia del desaseo, del calor y de las llagas desgarradas, se habian ulcerado y empezado á descomponer.

La putrefaccion empezaba á estenderse á las piernas, donde ya aparecian otras úlceras que, aunque menores que las del pié, no dejaban de tener una gravedad terrible.

Las úlceras aumentaban sensiblemente, y el cuerpo del jóven amenazaba convertirse en algo indescriptible, en un horror capaz de impresionar al disector mas indiferente.

El Mayor Cano pidió al coronel Quevedo le permitiera hacer llamar un médico que por lo ménos aliviara los terribles dolores que padecia, ó que le hiciera la gracia de fusilarlo inmediatamente, porque no podia resistir á aquel nuevo género de martirio á que la fatalidad lo condenaba.

El coronel Quevedo que tenia instrucciones precisas que cumplir, hizo presente al Mayor Cano que no podia acceder á ninguno de los pedidos, pero que tampoco queria negarse á hacer lo posible para complacerlo.

Que mandaria consultar á Rosas.

El Coronel Quevedo pasó una nota al Restaurador, dándole cuenta del estado de Cano y lo que éste solicitaba.

«Contéstese al Coronel Quevedo, escribia Rosas al pié de esa nota, y en forma de decreto, que se abstenga en adelante de dar curso á solicitudes de salvajes unitarios, á quienes se debe negar por principio, todo cuanto pidan, mucho más tratándose de individuos que han servido con el asesino Lavalle y que han hecho fuego contra la santa causa la federacion.»

El Coronel Quevedo llevó aquel decreto que se le remitió en cópia, al desgraciado Mayor Cano, que vió cerradas para sí, todas las esperanzas de mejorar su suerte.

—Un último servicio, dijo, que espero esclusivamente de usted y concluyamos.

—Estando en mi mano, no hay inconveniente, contestó aquel jefe, conmovido por el terrible estado de Cano.

—Pues bien, en nombre de lo que más ame usted en el mundo, hágame pegar cuatro tiros!

En el régimen que sigue el Gobierno, su accion no se estrañará, sobrándole á usted pretestos para autorizarla.

—Si se tratara de otra persona cualquiera, no digo que no, pero tratándose de prisioneros de guerra es distinto.

—¡Pero esto es espantoso! yo voy á morir devorado por esta enfermedad terrible que ya invade mi cuerpo!

Présteme usted por lo ménos una arma con que terminar este martirio insoportable.

Esto no puede saberlo persona alguna.

¡Mi silencio se lo garante mi muerte misma!

—Esto ménos que lo otro, pues mi compromiso seria mayor viniendo á costarme mi posicion y tal vez mi vida.

Perdone pues, amigo mio, bien lo deseara, pero no puedo servirle.

El Mayor Cano se decidió entónces á poner en práctica un medio estremo.

Una noche en que sus sufrimientos eran insorporables, á consecuencia del terrible calor que reinaba, se puso á dar grandes gritos contra el sistema federal, contra Rosas, á quien calificaba de bandido y asesino y contra sus miserables instrumentos.

—Puede ser, pensaba el pobre, que así me fusilen, porque no consentirán en semejante escándalo.

El coronel Quevedo se presentó en el cuarto donde se alojaban los presos, intimándole guardara silencio y cesara en aquel escándalo.

Pero Cano, en vez de obedecer replicó con soberbia:

—No me callo, no quiero callarme, porque lo que digo es la verdad que arde en todos los pechos, aunque son pocos los lábios que se atreven á decirla.

Rosas es un asesino miserable y cobarde y los que lo sirven una gavilla de bandidos.

—Le prevengo, replicó entónces Quevedo, que si usted no se calla, voy á verme en la necesidad de ser con usted duro, usando de todo el rigor que me sea permitido.

—Poco me importa, contestó Cano, con la esperanza de que aquel rigor fuera la muerte.

Y siguió vociferando y creciendo en injurias contra el tirano y sus esbirros.

Pero aquel jóven estaba destinado á apurar el sufrimiento humano hasta su último átomo.

Quevedo, que no se hubiera atrevido jamás á fusilarlo por su cuenta, le mandó poner una mordaza, y pasó un oficio á Palermo avisando lo que sucedia.

Aquella mordaza consistia simplemente en un hueso de caracú metido entre la boca horizontalmente, y fuertemente atado á la nuca con dos tientos.

Era una mordaza inaguantable por la posicion violentísima en que venian á quedar las mandíbulas.

Cano empezó á pedir por señas que le quitaran aquello, que se callaria.

Pero el Coronel Quevedo, llamado por Rosas, no estaba, y en su ausencia nadie se atrevia á quitársela.

El Coronel Quevedo dió al Restaurador cuenta detallada del escándalo provocado por Cano, para que lo fusilaran, informando minuciosamente sobre su lastimoso estado.

La det rminacion de Rosas fué tremenda para Cano.

Mandó que siempre que se espresase de una manera irrespetuosa contra el Gobierno, se le aplicara la mordaza, dejando á la enfermedad que sufria seguir su libre curso.

Cuando el coronel Quevedo volvió al cuartel, le mandó quitar la mordaza hablando con él de esta manera bondandosa:

—Le aconsejo que no repita sus gritos, porque la órden que tengo es de amordazarlo, así es que no va á lograr su deseo, que desde el primer momento adiviné.

Tenga paciencia, que ya vendrán dias mejores.

Cano se resignó con su suerte desesperante, por no tener otra cosa que hacer.

Ni siquiera le quedaba el recurso de darse la cabeza contra al suelo porque su debilidad era estrema y los dolores que sufria no le permitian hacer el menor movimiento.

Dos dias despues de esto, su enfermedad habia entrado al período más repugnante.

Su cuerpo, hasta la cintura se habia descompuesto al estremo de que tenia que atarse un pañuelo en las narices, para no aspirar su olor repugnante y nauseabundo.

Cada una de sus llagas monstruosas era un hervidero de gusanos que lo hacian sufrir dolores incalculables.

El pobre jóven pedia á gritos que lo libraran de la vida, porque aquello era horrible.

Pero el Coronel Quevedo no se hubiera atrevido por nada de este mundo, á dejar de cumplir las órdenes recibidas.

Tres dias duró aquella agonía indescriptible, durante la cual la descomposicion del cuerpo llegó hasta el rostro.

Veinticuatro horas antes de morir, conociendo que su fin se aproximaba, pidió un sacerdote para tener siquiera aquel miserable consuelo, pero le fué negado terminantemente.

Así fué muriendo poco á poco, aquel infeliz, cuyo cuerpo, en su última hora, era una masa sangrienta y repugnante, donde se agitaban millones de pequeños gusanos.

Para mayor martirio de sus compañeros, aquel cadáver se quedó en el calabozo durante todo el dia siguiente, siendo sacado al fin, porque sus emanaciones molestaban al Coronel Quevedo y demás oficiales del cuerpo que este comandaba.

La muerte de Cano impresionó de una manera terrible á los demás prisioneros, que clamaban por que se les fusilase cuanto antes.

Dos meses despues, el teniente D. José Galan, fué atacado por la misma enfermedad que el Mayor Cano.

El desventurado jóven, que habia presenciado la muerte de aquel, hizo todas las tentativas imajinables por quitarse la vida sin poder lograrlo.

Últimamente, ayudado por sus compañeros, improvisó una pequeña cuerda con tres fajas trenzadas, para ahocarse.

Pero sorprendido en momentos que se echaba al cuello el nudo salvador, no pudo llevar á cabo su designio.

¡Pobre Galan! su enfermedad y su muerte fueron iguales en un todo á la de Cano.

Él espiró sobre los ladrillos del piso, en medio de tormentos espantosos y sin conseguir la presencia de un sacerdote que tambien habia solicitado.

De los prisioneros del Quebracho, solo quedaron catorce, en el cuartel del Retiro.

Los Comandantes Manuel Suarez, Saturnino Navarro y José Torres, el Mayor Juan J. Perez, y los oficiales y ciudadanos Domingo Castañon, Faustino Lopez, Mariano Llanos, Cayetano Gallegos, Benito Plaza, Manuel Escobar, Nicanor Rodriguez, Gregorio Arraigada, Laureano Valdéz y Apolinario Gaetan.

Estos catorce jefes, oficiales y ciudadanos, estuvieron más de un año presos en un calabozo donde apenas habia espacio para ocho.

Allí fueron martirizados de una manera tremenda hasta el mes de Abril del año 1842, en que Rosas los hizo pasar á la cárcel, donde fueron fusilados.

Apolinario Gaetan, aunque venia entre ellos, no formaba parte de los capitulados en el Quebracho.

Gaetan era un anciano inofensivo, que pasaba su vida tranquilamente al lado de sus hijos y nietos en la provincia de Córdoba.

De allí fué arrancado por las fuerzas de Oribe, y remitido por este General á Buenos Aires, con la clasificacion de sospechoso, ó al ménos de indiferente.

A los ocho dias de estar preso en el cuartel del Retiro, Gaetan quedó ciego, á consecuencia de un tiro á pólvora, que por asustarlo, le hicieron sobre el rostro, quemándole las pupilas.

Cuando llegaron los prisioneros del Quebracho, fueron alojados en el mismo calabozo donde permanecia el pobre anciano que debia correr la misma suerte.

Como era práctica entónces los bienes de éste, como de aquellos, fueron embargados y pasados á los bolsillos federales.

Esto está corroborado por las declaraciones que prestaron en la causa criminal seguida á Rosas, la señora Ventura Ferrer de Viancarlos, Maria Santos Patron, general Pacheco y otros, á fojas 87, 89, 96 y de 328 á 349.

Recomendamos su lectura, como la de los documentos que hemos publicado en nuestros últimos números, á los diputados y senadores de la Nacion que han de resolver la solicitud que acaba de presentar al Congreso don Máximo Terrero, pidiendo sean entregados á los herederos del tirano, las propiedades que una ley justa y equitativa declaró públicas, debiendo haberlas repartido entre las familias que la rapiña y el saqueo ordenado por Rosas dejó en la calle.

Los legisladores que han de despachar esa solicitud, deben antes penetrarse de los documentos que hemos citado, y otros muchos que publicaremos á su debido tiempo.

Pero dejemos el porvenir de estos hechos á los que han de resolverlos, y volvamos á nuestra narracion dolorosa.

Parece que en lo narrado hubiera concluido todo el horror de lo ocurrido en aquella época maldecida, pero no es así.

Santos Lugares de Rosas, dá tema por sí solo para escribir un libro voluminoso y de terrible lectura!

Veamos algunos crímenes más.

Cincuenta y siete jóvenes de lo más selecto de nuestras familias, cayeron prisioneros de Rosas en la desgraciada batalla del Arroyo del Medio.

Todos ellos pidieron ser fusilados en el acto, pues sabian lo que les esperaba viniendo á Buenos Aires, pero no lograron su anhelado objeto.

Rosas recompensaba muy bien la entrega de esta clase de prisioneros, para deshacerse de ellos así no más.

Los prisioneros de guerra eran la única distraccion de la soldadesca de Santos Lugares y era necesario no dejársela faltar.

Aquellos cincuenta y siete jóvenes fueron entregados á órdenes de un Teniente Coronel Echegaray, quien debia conducirlos hasta el fatal campamento que bien podia calificarse de cementerio.

El Teniente Coronel Echegaray emprendió la marcha y empezó, como es consiguiente, la primer data de martirios que debian sufrir aquellos.

Como á los del Quebracho, principió por alijerárseles de la ropa que vestian, de lo que los bolsillos guardaban y concluyó por hacer marchar á garrotazos y pinchazos, á aquellos que caian postrados por el cansancio y las heridas de los piés.

Entre los prisioneros venian un Sargento Mayor Bejarano, distinguidísima persona que se habia propuesto hacerse matar en el camino, para escapar así al horror de Santos Lugares.

Diferentes medios habia puesto en práctica para lograr el fin que se proponia, pero todos le habian fallado.

Parecia que habia el firme propósito de llevarlos vivos hasta su destino ó una órden superior que así lo disponia.

En vano se habia espresado en términos violentísimos contra Rosas y su sistema federal.

En vano habia insultando á todos los federales: Echegaray se hacia el sordo.

Los prisioneros venian en un solo grupo, rodeados por dos escuadrones de caballeria.

—Sin embargo, decia Bejarano á sus compañeros, y á pesar de ese propósito ó esa órden, yo me he de salir con la mia!

No me han de llevar vivo á Santos Lugares, para que aquellos asesinos limpien sus botas sobre mi cuerpo!

A cuatro leguas del fatal campamento Bejarano resolvió poner en práctica su gran recurso, el que habia reservado como una última tentativa.

—Si no me matan ahora, habia dicho, no me muero núnca.

¡Yo voy á ser inmortal!

Firme en su dia, llamó al capitan que mandaba los dos escuadrones, diciéndole:

—Antes de llegar á Santos Lugares, quiero hacer dos importantes revelaciones.

Hágame el servicio de decirlo al Comandante Echegaray, añadiendo que estas revelaciones tienen para él un interés vital.

Son tales, que despues de oirlas, garanto á ustedes que el Comandante me tomará bajo su proteccion, dejandome libre en el acto.

Como se trataba de interés personal para Echegaray, el capitan se apresuró á transmitirle personalmente las palabras de Bejarano.

Y el Comandante no tardó en acudir al llamado, ávido de conocer las revelaciones que con tanto misterio se le anunciaban.

Así es que se acercó á Bejarano, y sin darle tiempo á hablar, le preguntó qué era lo que tenia que decirle.

—Que me oigan mis compañeros de causa, poco supone, porque ellos tal vez disfruten del favor que usted ha de dispensarme despues que me haya oido.

Pero no sucede lo mismo con estos señores.

Y Bejarano indicó al capitan y á algunos otros oficiales que se habian aproximado para escucharlo.

—Desearia que ellos no pudieran oirme, sin que esto importe la menor ofensa.

Bejarano queria con esto, alejar de Echegaray todo socorro que le impidiese el total cumplimiento de su plan.

Más intrigado que nunca con aquel misterio ordenó Echegaray á los oficiales que fuesen á tomar en la columna su colocacion respectiva.

—Puede usted hablar ahora, dijo; supongo que nadie lo estorba ya.

Tanto la turba como el grupo de prisioneros, seguia marchando, pues ni Bejarano ni Echegaray se habian detenido.

De pronto el Mayor Bejarano, al hacer el ademan natural de una persona que va á hablar, dió á Echegaray tan terrible bofetada, que lo dejó aturdido.

Y sin darle tiempo á volver de su asombro, empezó á descargar sobre él una lluvia de golpes de puño, pretendiendo arrancarle la espada.

Muchos oficiales y los escuadrones mismos que rodeaban á los prisioneros se lanzaron en auxilio de su jefe que, en el suelo, apenas podia evitar algunos golpes.

Los demás prisioneros, habian quedado tan aturdidos como el mismo Echegaray.

Sobre Bejarano comenzó á caer entónces un diluvio de palos y rebencazos.

Libre ya de su enemigo, Echegaray, que aún no habia vuelto completamente de su aturdimiento, empezó á gritar:

—¡Mátenlo, lancéenlo á ese asesino miserable!

Esta órden entre aquella gente, no necesitaba repetirse para ser cumplida.

Así es que á la primera palabra, veinte soldados rodearon á Bejarano, con la lanza enristrada.

El jóven sonrió de una manera traviesa y saludó con la mano á sus compañeros como si quisiera decirles:

—¿No se los previne?...

Y las veinte lanzas se clavaron en su cuerpo, estorbándose unas á otras.

Es terrible la muerte á lanzadas.

Las heridas son débiles, por el mismo largo del arma con que se infieren, y no llevan nunca suficiente vigor para causar una muerte instantánea.

Por eso es lenta y desconsoladora la agonia del que muere de esta manera horrible.

El Mayor Bejarano no lanzó sin embargo una sola queja!

No trató tampoco de evitar uno solo de estos golpes que se le dirijieron, empujando el cuerpo en sentido de la lanza que lo heria, para de este modo hacer más profunda la herida y terminar cuanto antes aquella agonia.

Heridos sus pulmones, y exhaustas de sangre sus arterias, sus

piernas fueron doblándose poco á poco, hasta que cayó pesadamente para no volverse á levantar.

El Comandante Echegaray, que habia estado escitando á los asesinos, porque aquello no era otra cosa que un asesinato, se acercó entónces al grupo de prisioneros impresionados por la triste escena, y les dijo:

—Este es el castigo que aplicaré á todo el que se permita la menor insolencia.

—¡Eres un imbécil, Echegaray! gritó Bejarano con la voz ya ensordecida por la muerte.

Nunca me hiciste fusilar, á pesar de mis deseos, pero ya ves que al fin he salido con la mia.

Yo no queria ir á Santos Lugares y ya lo ves—lo he conseguido. ¡Echegaray! eres un imbécil!

Y dobió sobre la tierra su noble cabeza que habia levantado para mirar mejor á su verdugo.

En seguida sonrió débilmente y espiró suavemente, sin dar señales de la menor violencia.

Recien entónces se dió cuenta Echegaray del proceder de Bejarano.

Pero ya lo hecho no tenia enmienda.

Avergonzado y corrido ante la sonrisa que vagaba en los labios de los demás prisioneros, se retiró de aquel sitio siguiendo la marcha hácia Santos Lugares, donde llegaron el 15 de Noviembre, bajo los rayos de un sol abrasador.

Aquella nueva remesa de prisioneros fué recibida con muestras de gran regocijo, porque ellos no eran otra cosa que un contingente á la eterna fiesta.

Los prisioneros eran considerados como una propiedad de los que formaban el campamento.

Cada uno de ellos tenia derecho de acercárseles, para dirijirles alguna injuria ó darles algun golpe.

Este grupo de prisioneros se hizo acampar á inmediaciones del cuartel de la Escolta, que los trataba de una manera completamente federal.

De entre ellos se sacaban peones para el servicio de la limpieza en los cuarteles, haciéndoseles trabajar sin reposo, y dándoles de golpes cuando no trabajaban con la celeridad que debian hacerlo, segun el Cabo y el Sargento que los vijilaba.

Cada tantos dias, se les obligaba á mudar campo, porque ya los miasmas del que ocupaban se hacian intolerables sacando de entre ellos individuos necesarios para limpiarlo.

Y volvian á trasladarlos allí, porque se habia ordenado estuvieran próximos á la Escolta, cuyo jefe era el encargado de no dejarles un solo momento de descanso.

El jefe de tal Escolta, era un pardo llamado Miguel Rosas que era como mandado fabricar para gefe de verdugos.

El pardo Rosas, ó el mulato Rosas, como le llamaban muchos, era un hombre bruto y malo hasta la exageracion.

De cuando en cuando, y algunas temporadas diariamente, el pardo Rosas agarraba unas trancas descomunales, cuyos humos le duraban muchas veces un par de dias.

Era entónces cuando daba rienda suelta á sus instintos perversos.

Sus primeras víctimas eran los propios soldados de la escolta, á quienes trataba siempre á puñetazos, segun decia, para que le conservaran el respeto.

Y cuidado que, segun lo aseguraban los pobres milicos, una trompada de Rosas era peor que una patada de burro.

De esta manera se habia impuesto á aquellos desgraciados, cuya mayor parte eran condenados al servicio de las armas, por unitarios ó sospechosos.

El pardo Rosas era de una musculatura atlética, tenia una estatura poco comun.

Así no era estraño verlo tomar del cogote á un soldado y levantarlo media vara para arrojarlo léjos de sí.

Cuando andaba *punteado* se hacia muy comunicativo, hasta jugueton.

Entónces se le veia agarrar la guitarra y cantar todas la insolencias que formaban su gran repertorio.

Pero cuando la tranca llegaba al estremo de *rematada*, no habia mas remedio que echarse á temblar y esperar la tormenta.

Por la mas leve falta, y aun de puro vicio, mandaba dar veinte ó cincuenta azotes á tal ó cual soldado.

—¡Es preciso que no se olviden del gusto de los azotes! decia.

—Señor, si no me he olvidado, contestaba el milico, para evadir la pena.

Si ayer no mas me pegaron veinte.

—Pues ahora te chuparás diez mas por meterte á contestar sin que te pregunten.

Y no habia remedio—la sentencia se cumplia.

Muchas veces le parecian que el que castigaba no lo hacia con todas las reglas del arte.

Entónces tomaba él mismo la vara de membrillo ó el maneador con que se sacudia, y despues de mostrar cómo debia hacerse, en las costillas del chambon, daba él mismo cumplimiento á la sentencia,

Entónces sí que habia que tenerse fuerte y chuparse los dedos.

Azote que sacudia el pardo Rosas, era siempre para retirar la varilla con la lonja de la piel.

Otras veces se dirijia al campo de los prisioneros, inmediato á su cuartel, y empezaba á mirarlos uno á uno.

De pronto se detenia, siempre delante de aquel que tenia aspecto mas delicado y distinguido.

—¡Oiga ché salvaje! decíale entónces, usted parece que no ha sido veterano, no?

Voluntario del trompeta Lavalle, bueno, bueno.

Es preciso que pruebe de todo, y que sepa lo que quiere decir ser soldado.

¡A ver, péguenmele cincuenta guascasos á este mocito!

Aquello era una iniquidad horrible, pero se cumplia sin la menor protesta por parte de los prisioneros.

Ellos sabian que á la menor observacion les doblarian la dósis.

—Así es bueno que vayan aprendiendo á ser guapos, porque de todos modos han de ser veteranos de mi escolta.

Y haciendo gigantescas eses, se retiraba á dormir la tranca, á campo no más.

Al verlo, muchos soldados sentian el vehemente deseo de hacerlo dormir allí eternamente, mediante una buena puñalada.

Pero el pardo Rosas se habia impuesto de tal manera, le tenian tal miedo, que se retiraban en el acto temiendo fuera á despertar y á conocerles la intencion en la cara.

Como se hace aún en nuestros campamentos fronterizos, donde es

tan escasa la leña, todas las mañanas se mandaban pelotones de soldados á juntar leñas en las inmediaciones del campamento.

Esta operacion la enconmendaba el pardo Rosas á sus prisioneros, desde que le fueron entregados.

Todas las mañanas, despues de diana, enviaba dos ó mas pelotones de estos, custodiados de cerca por soldados y clases de la escolta.

Pero hasta allí debia llevar la exageracion de su crueldad el pardo Rosas!

Como los prisioneros no tenian sable ni podian usar otra arma, se les mandaba á la leña á mano limpia.

Esto no era nada, miéntras solo se trataba de arrancar las ramas secas de los árboles.

Pero la mayor parte de las veces se les obligaba á sacar los troncos secos, cavando la tierra con las manos.

Cuando los dedos, privados ya de uñas, despedazados en las raices y sangrando, se entumecian y no podian hacer el menor movimiento, el sable de las custodias pretendia hacerles recobrar las fuerzas.

Los prisioneros eran entónces cruelmente golpeados, hasta desmayarse muchos de ellos.

Solo cuando se convencian que no habia castigo capaz de hacer mover aquellos dedos lacerados, eran vueltos al campamento y relevados con otros prisioneros, que debian sufrir el mismo trato.

Pocos dias despues de semejante martirio, todos aquellos hombres, delicados y habituados en su mayor parte á todas las comodidades de la vida, no podian servirse de las manos, ni aún para llevar un pedazo de comida á la boca.

Y cómo reia aquel mulato maldecido cuando los sentia quejarse, ó pedir á los soldados les alcanzáran un bocado!

—Qué coman no más con las manos! gritaba, y sinó, *atráquenles* no más una paliza, verán como se les quitan las ganas de andar con compadradas.

Y para que el martirio fuera todo lo terrible que pudiera idearse, los hacian alcanzar el *rancho* aún caliente, y los obligaban, siempre á palos, á sacar con las manos llagadas, la carne inmunda que nadaba sobre aquel caldo nauseabundo.

Todas las tardes á la hora de lista, los prisioneros eran encerrados en un corral, para precaverse de las deserciones y estar seguro de que ninguno podia escaparse.

Y ni allí los dejaba el pardo Rosas dueños de su reposo!

Muchas tardes entraba él al corral y sacaba un prisionero.

Este prisionero era rodeado por cuatro ó cinco soldados que le calaban la bayoneta impidiéndole pudiera moverse sin ensartarse.

Entónces el pardo tomaba un garrote ó un sable y empezaba á apalearlo hasta quedar fatigado, ó hasta que el prisionero caia privado de conocimiento.

A consecuencia de estas palizas con que el pardo distraia sus trancas, murió un hijo del general Martinez y un jóven Ascola.

El jóven Enrique Pizarro sabiendo el fin terrible que le esperaba, se dió la muerte antes que sus verdugos pudieran evitarlo.

Al recibir el primer garrotazo, se precipitó sobre las bayonetas que lo rodeaban, enterrándose una en el corazon.

De esta manera evitó la espantosa muerte que habian tenido sus compañeros Martinez y Ascola.

En venganza de este chasco Rosas hizo apelear su cadáver hasta

romperle todos los huesos y trajo otro prisionero que fué el sacrificado.

Sufriendo estos horrores, estuvieron los pobres prisioneros unos seis meses, hasta que vino órden de Palermo, de fusilar al Coronel Acuña, que estaba entre ellos, y á diez prisionero más.

El campamento recibió esta noticia con inmenso júbilo, de cuyo júbilo participaban las mismas víctimas para quienes la muerte venia á ser un beneficio inestimable.

De esta manera evitaban los martirios del pardo Rosas cuya sola visita era una mortificacion.

Casi todos querian formar entre los diez que debian ser fusilados, al estremo que era preciso sacarlos á palos del grupo que ya se habia formado.

Aquel fusilamiento asumió todo el carácter de una diversion, de una fiesta militar.

Se hizo formar á los presos en un peloton, á cuya cabeza colocaron al Coronel Acuña, formando los demás prisioneros á pocas varas de distancia, para que no perdieran ningun detalle de la trajedia que les preparaban.

Formados de esa manera los que debian ser fusilados, se les colocó en frente tres compañias de infanteria, cuyos soldados debian tirar discrecionalmente y eligiendo la víctima.

—Voy á bandearle la nariz á aquel rubio! gritaba un energúmeno de aquellos, y hacia fuego, logrando ó no su tiro.

—Pues yo le voy á pegar en el coco á aquel cara de condenau! gritaba otro, haciendo fuego tambien sobre su víctima.

—A que sí! á que nó! gritaba entónces la soldadesca, y la bala iba á perderse entre el grupo de prisioneros.

Asi iban cayendo los unos, revolcándose en horribles convulsiones, miéntras los otros esperaban su triste fin, cubiertos con la sangre de los compañeros, ó con la sangre propia.

El último que quedó en pié fué el más feliz, porque ofreciéndose como único blanco á la punteria de todos, murió instantáneamente acribillado á balazos.

Cuando no hubo quedado en pié uno solo de ellos, empezó la segunda parte de la diversion.

Despenar á los que no habian muerto aún, á punta ó filo de cuchillo.

Los soldados abandonaron los fusiles y sacando el facon, se acercaron al monton de cadáveres y moribundos, y comenzaron la degollada, en medio de un coro de carcajadas y todo género de insolencias.

El resto de la soldadesca y oficiales mismos, estaban de mirones, chusqueando á los otros prisioneros y asegurándoles que pronto pasarian por igual trance.

Cuando ya todos estuvieron degollados, se trató del entierro, que como todo lo que se hacia debia redundar en martirio de los prisioneros vivos.

Se dió pues una pala á cada uno de ellos y se les condujo á un par de cuadras de distancia para que allí cavasen la zanja donde se iba á enterrar los cadáveres.

La distancia á que venia á quedar la zanja del sitio de la matanza, no se habia tomado por higiene del campamento, ni por alguna otra razon que obedeciese á alguna idea general.

Se les mandaba practicar léjos la zanja, para que, siendo ellos lo que habian de enterrar los muertos, anduviesen mayor distancia con los cadáveres al hombro y fuese mayor su sufrimiento.

Así es que, concluida la zanja, operacion que se hizo bajo el garrote de los guardias, empezó el acarreo de cadáveres á aquella.

Cada cuatro prisioneros debian cargar con un cadáver y conducirlo hasta la orilla de la zanja, desde donde era arrojado al fondo.

Para muchos de ellos, debilitados por la mala alimentacion y el trato cruel que recibian, aquel peso era enorme y necesitaban descansar á mitad del camino.

Entónces el garrote de las custodias se encargaba de avivar el descanso y apurar la marcha.

Cuando todos los cuerpos fueron conducidos á la triste fosa, empezó recien el acarreo de las cabezas, muchas de las cuales estaban ya sin orejas, por habérselas cortado para remitirlas á Palermo.

Cruel fué la noche aquella para los prisioneros que habian presenciado la trajedia.

Al pensar en los sufrimientos que aquellos habian apurado, pensaban en los que á ellos mismos les esperaba, y el horror ahuyentaba el sueño de sus fatigados ojos.

El 4 de Febrero del siguiente año, vino la segunda órden de matanza, que comprendia á don Juan Martin Pizarro y nueve compañeros más.

Habia que cambiar el martirio para dar al acto alguna novedad y quitarle la monotonia de una repeticion.

Fué tambien el pardo Rosas el encargado de preparar la segunda fiesta.

Siendo el más feroz de cuantos vivian en el campamento, era á él á quien debia ocurrírsele las ideas más infernales.

Dispuso así el pardo, que el fusilamiento no debia tener lugar hasta que no estuviera lista la zanja donde debian ser enterrados.

Y para cavarla, nombró los mismos que iban á ser fusilados.

Como se vé, el pardo Rosas respondia dignamente á las ideas que sobre su ferocidad se tenia.

Debilitados y estenuados por la tremenda vida que pasaban, y por la idea de que aquella era su propia tumba, los pobres condenados tardaron cuatro dias en la preparacion de la zanja, sin que se les permitiera un solo momento de reposo.

La última noche que precedió al fusilamiento, se les hizo dormir en el fondo de aquellla zanja para que se habituara el cuerpo, segun se les dijo, á aquel eterno lecho.

Triste y agitada fué para los infelices aquella última noche de su vida.

A cada momento creian sentir desplomarse sobre ellos una montaña de tierra, pues casi todos tenian la seguridad de que se les habia hecho entrar á la zanja para enterrarlos vivos.

Y si esto no sucedió así fué indudablemente porque no se le ocurrió al endiablado ingenio del pardo Rosas.

A la mañana siguiente despues de lista de diana, se les sacó de la zanja y se les formó en ala, sobre su borde.

A un lado, se trajeron los pocos prisioneros que quedaban.

Al frente, se hicieron formar los soldados que habian de entretenerse en fusilarlos.

Lo siguiente de esta trajedia, fué en un todo igual á la primera.

Los soldados y los mirones estuvieron mas de una hora entretenidos en tirar sobre las víctimas que, al ser heridas, caian al fondo de la zanja.

Cuando no quedó uno solo en pié, fué preciso bajar á la degollarlos.

El pardo Rosas intentó hacerlos degollar por los prisioneros que aún quedaban.
Pero tuvo que renunciar á ello, porque estos se resistieron á pesar de toda amenaza y de todos los golpes que recibieron.
Así, convencido que todos moririan antes que obedecerle, permitió á los soldados que entraran á la zanja al degüello y cortada de alguna orejas.
Hecha esta operacion, se procedió á llenar de tierra la zanja, lo que tuvieron que hacer los prisioneros vivos, para evitar nuevos garrotazos y torturas.
Solo quedaban ya unos catorce prisioneros, entre los que figuraba el distinguido jóven Rafael Martinez á quien se daba el peor trato, sin otro motivo que tener una figura delicada y más distinguida que la de sus desgraciados compañeros.
Este último resto de los prisioneros del Arroyo del Medio, parecia un grupo de cadáveres movidos por algun procedimiento desconocido.
Apenas cubria sus esqueletos una piel amarillenta y cadavérica.
Y el mismo brillo de sus ojos hundidos en las órbitas, era un brillo pálido y enfermizo.
Si tardaba mucho en llegar alguna sentencia contra ellos, iban á ir muriendo poco á poco.
Así mismo y como si se tratára de prisioneros que podian burlar toda vigilancia y fugar del campamento, se les formó en parejas y se les remachó una barra de grillos á cada uno, que se aseguraba en el pié izquierdo de uno y en el derecho del otro.
De este modo no podian dar un paso sin los mayores esfuerzos y sufrimientos.
El peso de la barra de grillos y la debilidad lastimosa de sus piernas, era suficiente garantia de que no habian de poder moverse del sitio en que fueran dejados.
Rafael Martinez tuvo la idea de pedir que concluyeran de una vez con tan miserable existencia, pero en cuanto dijo que queria hablar con Antonino Reyes, le dieron una paliza tremenda.
Por fin, y seis dias despues del último fusilamiento, vino á terminar para los infelices, aquella vida miserable, tan llena de desventuras.
El 10 de Febrero vino la tercer órden de Palermo, que mandaba fusilar á Rafael Martinez y el resto de los prisioneros.
Poco que hacer tuvo aquí el espíritu maldecido del pardo Rosas porque los prisioneros, para moverse, necesitaban que les prestaran ayuda.
Para fusilarlos, fueron conducidos al sitio de la ejecucion, así acollarados de dos en dos.
Formados en ala, se les iba fusilando de á dos en dos, teniendo al sentarse, para que los hicieran fuego, que recoger los restos de los compañeros que les precedian y echarlos al zanjon que se les habia preparado de antemano, y á cuya orilla se les hizo formar.
Como tanto horror parece el aborto de una imaginacion enfermiza, nos vemos obligados á citar aquí los procesos criminales seguidos á Juan Manuel Rosas y á Antonino Reyes.
Allí encontrarán nuestros lectores la corroboracion de todo lo que acabamos de narrar, especialmente en la declaracion de doña Cármen Martinez, foja 17 vuelta ratificada en la 319 de la causa de Rosas, y en la declaracion del respetable doctor don Mariano Beascochea, que corre en la causa de Reyes, á fojas 136, y en la de don José Maria Pizzaro Monje, foja 200, ratificada á 316.

Todas estas declaraciones son una prueba latente de la verdad de lo que hemos narrado, prueba que ofrecemos á los que duden de la exactitud de nuestra narracion.

La vida de Santos Lugares de Rosas es una cadena de horrores, que solo se pueden escribir con las pruebas á la vista, si hay interés en ser creido.

De otro modo, solo los que han vivido en aquella época formidable, comprenderian todo el horror de verdad que hay en estas páginas.

Y aún nos falta mucho más que contar de aquel campamento maldecido.

Todavia no hemos abordado los grandes crímenes allí cometidos, que han pasado como una tradicion de sangre de nuestros padres á nosotros.

Antes de cerrar este capítulo echemos una mirada sobre la lista conmovedora que forman los nombres de sus más conocidas víctimas, fuera de los grandes crímenes que hemos relatado y los que aún narraremos.

Esta lista conmovedora, la tomamos de documentos públicos y del archivo general de Policia, donde existen originales las órdenes de muerte.



CONDENADOS Á MUERTE

José Masculino, Ciriaco Basualdo, Ramon Cáceres, José Centurion, José Gomez, Enrique Nemes, Felipe Sgena por varios delitos, Diego Latorre, por salvaje unitario, Doroteo Peralta, id., Raimundo Pedriel, id., Felipe Marquez, id., Cleto Videla, id., 6 indios por tentativa de fuga.

1837—Feliciano Almuran, por desercion, Andrés Aguino por desercion, Pedro Acosta, por salvaje unitario, Ignacio Meron, id.

1837—Miguel Berrios, id., Lorenzo Cole, id., Avelino Cufre, por herida, Prudencio Enrique, id., Bernardo Guillen, fué mandado fusilar estándosele procesando por Juez competente, Martiniano Gaetan, por id., Manuel Gutierrez, por desercion, José Lopez, por vago.

1837—Francisco Moreno, por haber acometido con armas á un federal, Pedro Palavecino, por salvaje unitario, José Maria Rojas, id., Cárlos Rodriguez, id., Juan Sanchez, por fuga de la cárcel, Luis Sosa, por salvaje unitario, Luis L. Sosa, id., Antonio Villanueva, id., Antonio Villalba, id.

1838—Juan Santos Garcia, por salvaje unitario, Celestino Martez, id.

1839—Santiago Gomez, por causa política.

1840—Faustino Ruiz, por haber hablado contra la federacion y el restaurador, Lúcas Lebes, por espía.

1842—Vicente Quinteros, por salvaje unitario.

1845—Juan Rosas, por falta de pase, José Ramon Gorosito, por desercion.

1847—Lorenzo Gorosito, por desercion, Lorenzo Cisneros, id.

1849—Miguel Lisian, por desercion, Manuel San Ramon, id., Pascual Beran, por desertor y cuando se presentó voluntariamente, se le mandó fusilar.

1850—Paulino Gomez, por salvaje unitario, Manuel Gonzales, id., Ignacio Monsalva, id., Martin Medina, id., Manuel Muntiel, id.

Á VARIAS PENAS Y AZOTES

1838—Dr. Cárlos Tejedor, S. Albarracin, Ladines, por ser reos parricidas de lesa pátria, á prision, grillos, y alimentarse con la comida de la cárcel, Andrés Cañete, á las armas y azotes, Salvador Gomez, id., Fernando Diaz, id., Juan M. Melo, id., Francisco Heredia, id., José M., Cejas, id., Dámaso Barraza, id., Miguel Cortes, id., José Arbolito, id., Tomás Lopez, id., Martiniano Avendaño, id., José Antonio del Sar, id., Fausto Caminos, id., Francisco Ferreira.

CONDENADOS Á MUERTE

1830—Mayor Montero.

1836—Pedro B. Acosta, Aguedo Ruiz, Luis Sosa, ciento diez indios.

1837—Manuel Aguirre, Avelino Allende, Eustaquio Barragan José Castro, Francisco Fernandez, Feliciano Gordillo, Norberto Lugue, Juan de la Rosa, Luciano Sandisa, Máximo Suarez, Bernardo Trejo.

1838—Leon Florencio, Paulino Alvarez Gonzales, Isidro Pitano.

1839 | Manuel Cienfuegos.

1840—Juan Arce, Tomás Diaz, Lúcas Tretes, Toribio Fernandez, Bernardino Guzman, Juan Herrera, Manuel Largüero, Bonifacio Mancilla, Marciano Machado, doctor Saráchaga, doctor Cabrera, Francisco Viancarlos, Juan Eusebio Padron, J. M. Carranza, Manuel Lopez, Cosme Tuitiño.

1841—Narciso Rio, Manuel Adame, Juan Gomez, Manuel Ortega, Domingo Ballesteros, Pedro Burgos, Cornelio Casas, Luciano Cruz, Mariano Escalada, José Gimenez, Francisco Gonzalez, Lisandro Lasarle, Márcos Leguizamon, Ambrosio Lopez, Martin Muñoz, Crispin Peralta, Narciso Piñero, Felipe Vules, Pablo Ramirez, Teléforo Ruiz, José A. Silva, Florencio Ruiz, Manuel Velez, Enrique Velltten.

1845—Carmelo Rodriguez.

1847—Laureano Avila, Norberto Acosta, Domingo Correa, Manuel Carriego, Javier Cáseres, José Gutierrez, José Irrusualda, Sandalio Ledesma, Segundo Moreno, Julian Mora, Alberto Mendaño, Juan de D. Navarrete, José Piñero, N. Pasos, Juan Rodriguez, Rafael Roldan, Manuel Salvasa, Juan J. Serrio, José Luis P. Sosa, Eusebio Nero, Saturnino Vidal, Valencio Correa.

1852—Juan Puyol.

Por las constancias testimoniales de f. 245 á 255, declaraciones de f. 323ª y 324ª y del Indice de Policia, consta que han recibido la muerte á fusil en la Cárcel, Retiro y Palermo por órden oficial de Rosas, y á título de salvajes unitarios en los años:

1836—Francisco Rio.

1839—Coronel Ramon Maza—ya narrada—Santiago Gonzalez.

1841—Felipe Quintana, Antonio Villalba, Tomás Villalba.

1842—Teniente Coronel Manuel E. Suarez, id., id., Saturnino Navarro, id., id., Juan José Torres, Sargento Mayor, Juan P. Perez, Capitan Domingo Castañon, id., Faustino Lopez, id., Mariano Llanos, Teniente Cayetano Gallegos, alférez Benito Plazas; ciudadanos: Manuel Escobar, Lorenzo Valdez, Gregorio Arraigada, N. Rodriguez, Apolinario Gaetan (ciego)—ya referida,—Yané, C. Peralta, Dupuy, doctor Ferreira, José Maria Caballero, Ortiz Alcalde, Varangot, Cladellas, Iranzuaga, Barreiro, Echanagusia, Zamudio, Ducos, Archondo Nóbrega, Butter, Dr. Zorilla, Linch, Oliden, Riglos, Maison, un indio.

PERSECUCION, ESTERMINIO Y SAQUEO DE CIUDADANOS CLASIFICADOS DE SALVAJES UNITARIOS. LECTURA RECOMENDADA AL CONGRESO QUE HA DE FALLAR LA SOLICITUD DEL SR. TERRERO.

1.º—En la 2ª parte tomo 2º del Indice de Policia se encuentran largas listas de órdenes de Rosas, condenando á las armas ó á prision á una porcion de ciudadanos, que clasifica de salvajes unitarios y entre cuyos penados se leen: Dr. Gregorio Tagle—ex-ministro, y ex-presidente de la Cámara de Justicia.

Miguel Azcuenaga, José Mármol, Mariano Moreno, José Maria Riglos, José Maria Castro, Ladislao Martinez, Jariano Salas, Dr. Vicente Echevarria, Cárlos Lamarca, Pablo Gomez, Dr. Angel Medina, Elias Buteler, Manuel Carreras, N. Lista, José Maria Salvadores, N. Osua, Santiago Viola, Fabian Romero, José Maria Miró, Mariano Cané, doctor Roque Perez, Juan J. Piñero, Bernardino Roseti, Mariano Vega, Francisco Diaz, Manuel Garcia, Manuel Vidal, Fermin Orma, Francisco Elia, Mariano Martinez, Juan J. Basavilbaso, Luis Goya, Gregorio Vidal, Ventura Martinez, Cayetano Barreiro, Santiago Gutierrez, Braulio Costa, Félix Ramallo, Estanislao Rodriguez, Eduardo Balbastro, José Fernandez, Silvestre Mosqueira, Mariano Escalada, Manuel Piran, Lorenzo Valdez, Félix Pico, doctor Miguel G. de la Huerta, Joaquin Belgrano, Clemente Cueto, Ruperto Martinez, Manuel Seballos, José Soler, Canónigo Dr. Gomez, Leandro Garcia, Santiago Mendez, Evaristo Alfaro, Ezequiel Castro, J. M. Ereiza, Juan P. Esnaola, Juan Erescano, Ventura Gutierrez, Ramon Canaveri, José Maria Elia, Santiago Gutierrez, Ramon Rechar, Ramon Martinez, Jorje Terrada, Manuel Cano, Wenceslao Villafañe, Daniel Peralta, Juan Molina, Félix Alzaga, Pastor Frias, Celestino Carreras, Antonio Freire, José Flores, José Maria Posse, Domingo Gorostiaga, José Guos, doctor Marcelo Gamboa, Juan Saenz Valiente, Martin Quintana, José de la Quintana, Juan Navarro, Pastor Albarracin, José Maria Vazquez, Juan P. Rebollo, Martin Lacarra, P. Tarragona, Juan la Madrid Tomás Rebollo.

MATANZAS EJECUTADAS POR PARTIDAS DE ASESINOS Á LAS ÓRDENES DE ROSAS

Teniente Coronel Zelarrayan, ya narrado.

Doctor Manuel V. Maza, Coronel Francisco Lynch, Cárlos Maison, Isidoro Oliden, José Maria Riglos, Pedro Echenagucia y Clemente Zañudo, ya narrados.

I

OCTUBRE DEL AÑO DE 1840

Manuel A. Pizarro Monje, habiendo llegado á la ciudad desde la estancia, al prepararse á regresar, es aprehendido por una partida con el pretesto de una declaracion, y degollado al dia siguiente, diciéndose que lo habia sido, porque un hermano de él se habia incorporado al ejército de Lavalle.

Juan Nóbrega, Felipe Buter, Sixto Quesada, asesinados igualmente por las partidas de Rosas.

Juan Pablo Varangot, degollado en el fondo del cuartel de Cuitiño, ya narrado.

Un indio, muerto á balazos estando en el cepo en dicho cuartel.

Lorenzo Orma, muerto á lanzazos por la partida que perseguia á dispersos del general Lavalle.

El puñal del tirano.

Juan Cladellas, ahogado en un baul.

Miguel Llané, denunciado por Fabian Rosas, por haber dado aviso á la familia de Céspedes, es degollado y colocada su cabeza en la reja de la pirámide, envuelta en cintas celestes.

II

ABRIL DEL AÑO DE 1842

Manuel Archondo, Sargento Mayor Luciano Cabral, sacado de sus casas en Barracas y asesinados por las partidas de Rosas.

José Maria Dupuy, sacado de su casa y llevado al cuartel de Cuitiño, donde es asesinado apareciendo colgado su cadáver á la mañana siguiente por la parroquia de San Nicolás, en una calle, en camisa y calzoncillos, y guantes colorados rodeado del populacho que tiraba cohetes.

Doctor Ferreira, don Macedo y Daniel Iranzuaga, muertos á puñaladas esos mismos dias.

Capitan Crispin Peralta, asesinado en Dolores y arrastrado su cadáver en un cuero.

Agustin Duclós, es llevado por unos vecinos al alcade Laureano Reyes. Exijida su entrega por Troncoso, Badia y otros, va Reyes á pedir órdenes á la Policia, donde el comisario Maciel le dice que lo entregue, y no se comprometa, que era órden de Rosas. Habiéndolo hecho así, es asesinado pocos momentos despues en Barracas, y remitido despues su cadáver, con catorce puñaladas, al corralon de los carros fúnebre.

José Maria Perez, aprehendido al dirijirse al Juzgado de Paz de la Concepcion donde era citado, es conducido á un altillo de la casa del asesino Moreira, donde permanece atado hasta la noche, en que es degollado en la misma vereda, tirándose en el acto los cohetes voladores, señal de ejecutarse un degüello, y oyéndose despues el ruido del carro que conducia el cadáver, y las voces de los asesinos que gritaban: «duraznos frescos y galletas dulces.»

Dr. Zorrilla, muerto á puñaladas á las doce del dia en su casa en la plaza de la Victoria.

(Declaraciones de Cayetana Serna f. 5 vta., Domingo Belgrano f. 9 vta., ratificada f. 300. Cecilia Campillo de Llané f. 11 vta., ratificada á 321. Manuel German Céspedes f. 14 vta., Indalecia Morel de Dupuy f. 17 vta., Francisco Elía f. 70., ratificada á 318, María Robles de Echenagusia f. 95, Felipe Arana f. 99, ratificada á 317 vta., Fernando Cordero f. 100. Josefa Clavijo f. 110, vta., José María Pizarro Monje f. 110 vta. Declaraciones de Laureano Reyes, Marcelino Reyes, Inocencio Olimos, Bernardo Victorica en las causas de Troncoso, Badia y Cuitiño y confesion de los reos que correa testimonio en esta causa, desde f. 128 á 132 y de f. 206 á 212.

I

FUSILAMIENTOS EN LAS CÁRCELES, CUARTELES, PONTONES, PLAZA DEL RETIRO, PALERMO Y SANTOS LUGARES, POR ÓRDEN DE ROSAS, SIN CAUSA Ó POR SUPUESTOS DELITOS, Ó Á TÍTULO DE SALVAJES UNITARIOS, DESDE EL AÑO 30 AL 52.

1830—Sargento Mayor Montero, recibe de Rosas una carta para su hermano Prudencio, bajo el concepto de que era una recomendacion y éste lo hace fusilar en el cuartel de la Recoleta en el acto en que se la presenta. La carta era una órden para que lo matasen.

1835—José Masculino, por desercion.

1836—Ciento diez indios fusilados el 8 de Julio en la Plaza del Retiro, Agueda Ruiz, por salvaje unitario, Ciriaco Basualdo, id., José Centurion, id., José Gomez, id., Felipe Vazquez, id., Santiago Gonzalez, id., Ramon Cáceres, id., Raimundo Pedriel, id., José Genaro Alvarez, id., Diego Latorre, id., Cleto Videla, id., Enrique Gimenez, por hurto de un caballo, Felipe Gigena, por varios delitos, seis indios, por tentativa de fuga, Manuel Aguirre, por salvaje unitario, id., Avelino Allende, id., Eustaquio Barragan, id., José Castro, id., Feliciano Gordillo, id., Norberto Luque, id., Juan de la Rosa, id., Luciano Lendera, id., Máximo Suarez, id., Bernardo Trejo, id., Bernardo Cole, id., Martiniano Gaetan, id., Luis L. Sosa, id., Juan Santos Garcia, id., Avelino Aquino, id., Feliciano Almiron, id., Ambrosio Lopez, id., Ignacio Veron, id., Miguel Barrios, id., Pedro Palavecino, id., Luis Sosa, id., Francisco Villoldo, id., Antonio Villanueva, id., Pedro Acosta, id., Prudencio Enrique, id., José María Rojas, id., Cárlos Rodriguez, id., Bernardo Guillen, fué mandado fusilar estándosele procesando por Juez competente, Avelino Cufré, por heridas, Francisco Fernandez, id., Francisco Moreno, por haber acometido con armas á un federal, José Lopez, por vago, Juan Sanchez, por fuga de la cárcel, Martin Aquino de 18 años, fusilado por unitario en el Ponton Sarandí.

1838—Leon Florencio, por salvaje unitario, Paulino Gonzalez Alvarez, id. El indio Titana, id., Toribio Padron, id., Melchor Gutierrez, id., Pedro Capdevila, id., Apolinario Herrera, id., Celedonio Martinez, por desercion, Manuel Gutierrez, id., Rosas mandó cortarle el brazo derecho despues de fusilado, y lo remitió al Juez de Paz de Arrecifes para que fuera colgado en un palo en medio de la plaza de dicho pueblo.

1839—Manuel Cienfuegos, ya conocen la causa, Félix Tiola, por salvaje unitario, Ramon Masa, id., Domingo Cullen, id.

1840—Tomás Arce, sin causa á presencia y por solo órden verbal de jefes de Rosas, Venancio Guzman, id., Bonifacio Mansilla, id., Leandro Moyano, id., Juan Herrera, id., Manuel Sarguero, por salvaje unitario, Juan Arce, id., Toribio Fernandez, id., Lúcas Fretes, id., Manuel Lopez, sin causa fusilados en la guardia del Monte, Cosme Cuitiño, id., Lúcas Tevez, por espia, un pardito de 14 años á quien se le imputaba haber traido una carta del General Lavalle, Mariano Machado de 18 años por complicacion en la revolucion del Sud, Narciso Rios, fusilado en S. Vicente, por denuncia de Mariano Ledesma, de mantener relaciones con el General Lavalle.

POR UNITARIOS

Dr. Saráchaga, Dr. Cabrera, Dr. Calisto Almeira, Juan Eusebio Patron, en San Nicolás de los Arroyos, por órden de Garreton, Jacinto Machado, en la Plaza de Dolores, Lúcas Gonzalez en el Cuartel de Serenos, Pedro Pasos y Pedro Salvadores, cuando se dirijian á sus estancias, son aprehendidos y fusilados en Santos Lugares, José Eugenio Martinez, Ignacio Arraddiaga, Francisco Isaac, Patricio Arriaga, Cayetano Calvo, José Manuel Martinez, y otros remitidos de S. Antonio de Areco por el Juez de Paz, Tiburcio Lima, á consecuencia de órden verbal de Rosas á Santos Lugares, donde fueron fusilados,

José María Caballero, por créersele complicado en la revolucion del Sud, es traido desde Dolores, y fusilado en Santos Lugares; Francisco Quintas, fusilado despues de una larga prision, Francisco Huerta, preso por órden de Rosas por suponer que como maestro de postas tuviese caballadas ocultas para el General Lavalle, y fusilado en Santos Lugares, Olegario Huertas, por ser postillon de esa posta, Coronel Pedro Orma, Eustaquio Orma su hijo es remitido por el Coronel Vicente Gonzalez á cuyo servicio estaba en el Monte al Comandante de Lobos, el que así que leyó el oficio que aquel le dirigia, le hizo fusilar, Fernando Ramos es citado al Parque en donde está una partida que lo lleva á San José de Flores, donde es fusilado por órden de Rosas á las dos horas, Paulino Barreiro, juez de paz de Quilmes, mandado fusilar por Rosas por no haber cumplido la órden de hacer degollar al jóven Viamont, y ocho vecinos de su partido. Su cadáver queda insepulto hasta que sus hijos lo recogen á media noche. Los ancianos sacerdotes Frias, fusilados en Santos Lugares.

1841—Mariano Escalada, sin causa; Manuel Adame, id. id., llamado para ser puesto en libertad, se recordó que hacia más de un mes habia sido sacado y fusilado despues de meses de prision con grillos: Faustino Ruiz por haber hablado contra la federacion y el Restaurador Rosas, José Gomez, por traer conocimiento del ejército de Santos Lugares, Marcelino Lopez, hecho fusilar por el Coronel Garreton á consecuencia de una carta dirigida á D. Ramon Cané, contestando á una que este le habia escrito informándole del desembarque del General Lavalle. Antonio Tomás Villalba, por unitario, José Felipe Quintana, id. id., Lino Ortiz Aldalde, id. id.

1842—Narciso Piñero, por unitario, Francisco Gonzalez, id., Florencio Ruiz, id., Domingo Ballestero, id., José Antonio Silva, id., Enrique Weten, id., Felipe Pulis, id., Vicente Quinteros, por delitos no indicados, Angel Taborda, id., Telésforo Rios, por espia, Pedro Burgos, por unitario, Cornelio Casas, id., Luciano Cruz, id., José Gimenez, id., Lisardo Sagasta, id., Márcos Leguizamon, id., Pablo Ramirez, id., Manuel Sabalza, Matias Muñoz, id., Lorenzo Cabral, id., Andrés Burgos, id., Demetrio Latorre, id., Feliciano Lazarte, id.

1845—Carmelo Rodriguez, por unitario, Juan Rosas, por falta de pase, José Roque Gorosito, por unitario.

1846—Estanislao Las Heras, despues de la accion de Obigado es tomado preso cuando se dirijia á San Pedro y fusilado por unitario. Francisco Araoz corredor de número, es denunciado á Rosas por el coronel Vicente Gonzales, de ser unitario, y fusilado en Santos Lugares.

1847 — Lázaro Gorosito por unitario, Lorenzo Cisnero, id., Miguel Sirian, id.

1849 — Manuel San Ramon. por unitario, Pascual Veron, id.

1850—Domingo Vaez, por desercion, Manuel Gonzalez, id., Inocencio Montalvo, id., Manuel Montiel, id., Casiano Melendez, id., Paulino Gomez, id.

1851 — Laureano Avila, sin causa alguna y por solo órden de Rosas, Norberto Acosta, id., Valeriano y Domingo Correa, id., Manuel Carriego, id., Javier Cáseres, id., José Gutierrez. id., José Iranzualde, id., Sandalio Ledesma, id., Segundo Moreno, id., Julian Mora, id., Alberto Mendaño, id., Juan Rodriguez, id., Rafael Roidan, id., Manuel Salgase, id., Juan S. Lenza, id., José Luis Sosa, id., Eusebio Viera, id., Saturnino Videla, id., José Acosta, id., Saturnino Cáseres. id., Juan deDios Navarrete, id., José Piñeiro, id.

1852 — Saturnino Miguens, por seduccion á unitarios, Juan Boyalo, por seduccion.

Este es el pequeño estracto de los crímenes de Rosas.

¿Qué dicen ahora los que creen que exajeramos?

Aún nos faltan los crímenes más cobardes—el asesinato de Camila O'Gorman, Florencio Varela y otros tantos.

Vamos haciendo desfilar sus espectros ante la maldicion del mundo.

No entramos en los detalles del horroroso crímen perpetrado en la señorita de O'Gorman, porque ellos invadirian el domino privado, y por otras razones personales.

Nos limitamos solo á transcribir la declaracion que sobre este crímen hizo en el proceso de Antonino Reyes, el señor Beascochea.

Dice así:

«Luego que Gutierrez y la jóven Camila llegaron al dicho cuartel general, le dirigió Reyes á Rosas una carpeta en que le participaba el arribo de ellos, y le manifestaba que por la premura del tiempo no les habia hecho formar las clasificaciones, pero que lo haria despues y se las mandaria con la prontitud posible, advirtiéndole á la vez á Rosas, que aunque segun estaba ordenado debia haberle puesto grillos á la jóven, habia por entónces omitido hacerlo, en razon de haber ésta llegado algo indispuesta por el traqueo del carreton en que venia, y estar muy bien embarazada; y que si en esta omision habia él hecho mal se dignase perdonarlo.

«Esa carpeta en que así hablaba Reyes á Rosas, las tuve yo mismo en mis manos en borrador escrito por Reyes, y se la dicté á este, quien la puso en limpio.

«No sé todo lo que Rosas le contestaria, pero si sé que al otro dia, si no me equivoco, mandó Rosos que se le pusieran grillos á la jóven Camila, á quien antes de eso, así como á Gutierrez, se les habia ya formado esas especies de indagatorias á que Rosas daba el nombre de clasificaciones; pero estas entónces todavia estaban en borrador.

«Al dia siguiente ó á los dos dias, despues del que queda mencionado, envió Rosas al amanecer una larga carpeta á Reyes, la que éste recibió imponiéndose de ella en el instante, y algo sorprendido por su lectura, me la hizo leer á mí.

En esa carpeta que era toda ella *escrita de puño y letra del Dictador Rosas*, le ordenaba éste á Reyes, entre otras cosas, que no tengo ya presentes, las siguientes: que me acuerdo muy bien por la fuerte y disgustante impresion que me causaron:

«1º Que luego de recibir esa carpeta, procediese á llamar al Cura que habia entónces en Santos Lugares, y al que habia dejado de serlo, presbítero don Pascual Rivas para que suministrase los auxilios espirituales al reo Udalisdao Gutierrez y á la rea Camila O'Gorman (así las denominaba Rosas en la tal Carpeta.

«2º Que á las diez en punto de la mañana de ese dia los hiciese fusilar.

«3º Que si á las 10 de esa mañana el reo y la rea no se habian aún reconciliado con Dios nuestro Señor (palabras de Rosas segun recuerdo), no por eso suspendiese Reyes la ejecucion, sino que la llevase á efecto como se le ordenaba.

4º Que antes que todo pusiese Reyes en completa incomunicacion todo el cuartel general, de modo que nadie entrase á él, ni tampoco saliese hasta despues de la ejecucion de los reos.

Y así lo verificó Reyes haciendo cercar con soldados armados el referido cuartel general.

5º Que concluida la ejecucion, le contestase Reyes la carpeta, dándole cuenta del puntual cumplimiento de todo lo que en ella le ordenaba.»

Debo advertir á su S ñoría, Señor Juez, que el Dictador Rosas cuando mandaba fusilar, destinar al servicio de las armas, etc., á algun preso, acostumbraba poner el decreto en que lo mandaba, al pié de la clasificacion que se le formaba al preso, y despues de imponerse en ella, como es de suponerse.

Pero no lo hizo así respecto de Gutierrez y de la jóven Camila O'Gorman pues los mandó fusilar antes que Reyes le remitiese sus clasificaciones, las que me acuerdo bien que cuando ya esos dos séres infortunados habian entregado su espíritu al Creador, recien entónces se pusieron aquellas en limpio, etc., etc. (1).

LOS SICARIOS DE LA FEDERACION

Mientras en Santos Lugares tenian lugar las diversiones y fiestas sangrientas que documentadas hemos narrado, las provincias estaban entregadas al yugo de los sicarios más cobardes y degradados de la tirania.

El General Oribe, agente el más bárbaro de todos los de Rosas, dominaba en ellas cometiendo crímenes que hubieran asombrado al mismo don Juan Manuel.

Seguíalo en ferocidad y cobardia el fraile Aldao, Gobernador de Mendoza, individuo en quien estaban reasumidos todos los vicios, malas pasiones é instintos brutales que pueden abrigarse bajo una sotana.

El fraile Aldao era una especie de bandido de última estofa, cuyo espíritu miserable solo se conmovia ante dos espectáculos: el vino y la sangre.

—¡Sangre de Cristo! decia con delicia á la vista del primero, ¡bendita seas!

¡Sangre de inmundos unitarios! gritaba á la vista de la segunda—no me canso de verla correr en arroyos y rios!

¡Maldita seas!

Aquel miserable vivia en una orgía perpétua, pero en una orgía repugnante sin freno y sin límite.

Alcoholista de primera fuerza, el fraile Aldao estaba siempre ébrio, pues cada mañana al levantarse y á pretesto de limpiar el estomago, apagaba la sed de la pasada tranca con un enorme vaso de aguardiente de uva.

Y este vaso se iba repitiendo bajo la forma de un jarro ó cualquier vasija grande, hasta que rodaba por el suelo en un estado repugnante.

En su casa vivian mujeres de aquellas que hubieran sido rechazadas de un presidio mismo.

---

(1) En virtud de que el autor de los *Dramas* de D. Juan M á la ligera la ejecucion de Camila O'Gorman y del sacerdote terés que hay en conocer los detalles de ese hecho, hemos con ese motivo ha escrito D. Felisberto Pelissot. — *Los*

Y con ellas el fraile Aldao partía su aguardiente, su infamia y el lodazal de su corazon perverso.

La cabeza de muchos hombres de importancia en aquella época, pendia del capricho de aquellas mujerzuelas maldecidas, que la pedían al infame fraile como una distraccion de su estado de ebriedad, que las volvia díscolas y malas.

Entre aquel hervidero de mujeres perdidas y encanalladas y de adulones de presidio, pasaba el fraile Aldao la mayor parte de su vida.

Y sus momentos lúcidos eran para dictar alguna órden de matanza, ó para redactar uno de aquellos decretos que el mismo Rosas sentia asco de transcribir en su célebre *Gaceta Mercantil*, receptáculo de todo lo malo y de todo lo infame.

Las matanzas que ordenaba eran siempre presididas por él, tomando en ellas, muchas veces, la parte más activa.

En los frecuentes combates que tuvo con revolucionarios unitarios, el fraile Aldao siempre mandó sus fuerzas en persona, permaneciendo en el campo de batalla, una vez concluida ésta, hasta que no quedaba una víctima que inmolar ó un cuello que tronchar.

Entónces se le veia arremangar su sotana, saltar á caballo sable en mano, y semejante al génio del mal, herir, herir sin descanso, hasta que su brazo se postraba.

Cuando la matanza terminaba, se le veia ir á reposar las fatigas del combate, entre el aguardiente y las mujerzuelas que eran su delicia.

Como muestra de la barbárie de este fraile impío y su sistema de Gobierno, basta el siguiente decreto inserto en el *Boletin Oficial* de aquella Provincia.

Mendoza, Mayo 31 de 1842.

El Poder Ejecutivo de la Provincia de Mendoza.

Considerando que desde el principio de la lucha de los federales contra el bando salvaje de los unitarios, han manifestado estos últimos desquicios completo de su cabeza etc., en uso de sus facultades ordinarias y extraordinarias que inviste, ha acordado y decreta:

Art. 1º Es encargado el Jefe de Policia de disponer una casa de las del Estado, para asegurar á los salvajes unitarios que á su juicio se consideren mas frenéticos.

Art. 2º Ningun salvaje unitario podrá disponer de más del valor de diez pesos, sin prévio conocimiento del Jefe de Policia, á cuya autoridad se les nombra como tutor y curador.

Art. 3º Será de ningun valor todo contrato de compra y venta, donacion y cesion, habilitacion mútua, préstamo, arriendo de bienes, sean muebles, semovientes ó raices que exceda del valor espresado, sin prévio conocimiento del Jefe de Policia.

Art. 4º El Escribano que procediese á autorizar algun contrato de la calidad referida, sin una constancia de haber sido visado por el Jefe de Policia, será arbitrariamente castigado.

Art. 5º Ninguna persona, sea extranjera ó de la República, tendrá opcion á reclamar contra cualquier contrata que tenga con los comprendidos en el artículo anterior, sin que antes haya precedido el consentimiento de la policia.

Art. 7º No podrán servir de testigos en ningun instrumento público ni privado, asunto ni causa civil ó criminal, escepto en los casos de

grave urgencia en que no se encuentre otra persona hábil, y despues que el jefe de policia sea certificado por un facultativo de confianza de hallarse en disposicion de que su juicio se haya restablecido algun tanto.

Art. 8º Sus esposiciones no harán fé en juicio, sinó despues de obtenido el consenso de jefe de policia, á virtud del reconocimiento respectivo que mandará practicar de su estado y capacidad, etc.»

Y este decreto brutal y atentatorio, fué cumplido en la cabeza de los que fueron sospechados como contraventores á él.

El que haya viajado alguna vez por las desgraciadas provincias del Interior, habrá sentido el corazon conmovido más de una vez, por la leyenda popular de aquellos tiempos desventurados, donde siempre ha habido un fraile Aldao, menos que él, menos impió, pero igualmente sanguinario y feróz.

Porque aquellas pobres provincias, desde entónces, hasta época muy reciente, han vivido siempre bajo la punta del puñal ó la lanza de algun caudillo.

La vida y atrocidades del fraile Aldao no pueden encerrarse en un solo capítulo, pues ella dá vasto é interesante tema para un libro voluminoso.

La muerte de este bandido fué un justo castigo del cielo, que se reprodujo más tarde en la feroz doña Maria Josefa Ezcurra.

Preso y procesado por sus inmensos crímenes, el fraile Aldao fué atacado de dos enfermedades tremendas.

La descomposicion del cuerpo y el delirium tremens.

Los sufrimientos de este bárbaro eran espantosos.

El delirio hacia desfilar ante su imaginacion febriciente, los cadáveres ensangrentados de todas sus víctimas, danzando en horrible confusion.

Otras sentia sobre su cuerpo la presion de las heladas manos de aquellos cadáveres, que querian llevarlo consigo á recibir el eterno castigo á sus delitos.

Entónces aquel miserable se ponia á llorar como un niño, dando alaridos terribles y suplicando á los centinelas no se alejaran de su cama.

Otras veces su delirio le hacia contemplar á las mujerzuelas que habian contribuido á aquella decrepitud prematura, brindándole con vasos llenos de sangre y con cráneos llenos de vino.

Y el fraile Aldao disparaba de estas visiones para caer en otras peores todavía.

Su cuerpo enfermo empezó á cubrirse de llagas horribles que fueron convirtiéndose en úlceras nauseabundas, que empezaron así á brindarle la muerte bajo la forma más tremenda.

Aquí empezó la verdadera espiacion de este gran miserable.

Devorado por las úlceras, sus sufrimientos se hacian cada vez más insoportables.

Su rostro se habia convertido en un inmenso cáncer lleno de insectos que devoraban su centro putrefacto y sanguinolento.

Sus delirios asumian formas atroces.

Los cadáveres de sus victimas se le aproximaban entónces armados de fierros enrojecidos para con ellos revolver la inmensa llaga que se estendia ya por todo su cuerpo.

Entónces el fraile Aldao se estremecia y empezaba á retorcerse el suelo, golpeando furiosamente su cabeza, como un hidrófobo último período.

Y sin embargo este gran criminal, así mismo, **no queria morir.**

Tenia un terror pánico al eterno castigo y queria evitar la presencia del Sér Supremo aún á costa de aquella vida maldecida.

Así fué muriendo poco á poco aquel facineroso, devorado por sus llagas y los insectos á ellas consiguientes.

La descomposicion de su cuerpo se produjo antes que la muerte, al estremo de que en sus últimos momentos no habia quien se atreviese á pasar á diez varas de su calabozo infecto.

Su agonia duró cuarenta y ocho horas, en las cuales no pudo recibir el más misero socorro, por la razon que hemos espuesto ántes.

Este fué el terrible castigo impuesto por la providencia al verdugo de Mendoza y demás provincias vecinas, castigo que debian haber recibido todos los hombres de aquella época única en nuestra historia.

El fraile Aldao fué el más terrible de los sicarios de Rosas.

El General Oribe no le fué en zaga.

Aunque no tenia tan arraigados como aquel, los vicios de la crápula más rematada, era un bandido de una perversidad refinada hasta su último límite.

Ya hemos tenido ocasion de dar una muestra de la manera con que trataba á sus mismos prisioneros ó capitulados, como los del Quebracho.

Secundado con el cobarde Mariano Maza, sus maldades eran terribles.

Pueden juzgar de ellas nuestros lectores, por el siguiente parte que copiamos testualmente:

Catamarca, 29 del mes de Rosas de 1841.

¡Viva la federacion!

« Despues de más de dos horas de fuego, y pasando á cuchillo toda la infantería, ha sido derrotada toda la caballería y el cabecilla solo huye por el cerro de Ambartis, se le persigue y pronto estará su cabeza en la plaza, así como ya lo están las de los titulados ministro Gonzalez y Dulce y tambien la de Espeche, Gobernador que puso el Pilon.

(Pilon era el apodo con que los bandidos de Rosas designaban al General Lamadrid).

« En fin, la fuerza de este unitario tenaz, pasaba de seiscientos hombres y todos han concluido, pues así les prometí pasarlos á cuchillo.»

Suyo:

MARIANO MAZA.

Este parte espantoso pueden hallarlo nuestros lectores en la *Gaceta Mercantil* del 6 de Diciembre del mismo año, de donde lo tomamos.

En esta misma *Gaceta* se encuentra la nota que con fecha 8 de Octubre del mismo año pasa Gondra, y en cuya nota se destaca el siguiente párrafo clásico:

« Así como la cabeza del salvaje Acha está puesta sobre un palo en el camino de Mendoza, de igual modo la de los salvajes Avellaneda, Gobernador de Tucuman y Casas, están en la plaza de Tucuman.

ADEODATO GONDRA.»

De la muerte de este verdadero mártir de la tiranía, el bandido Oribe en su célebre parte fechado en Metan, se ocupaba de esta manera:

«Márcos M. Avellaneda, titulado Gobernador General de Tucuman, Coronel José M. Videla, Comandante Lucio Casas, Capitan José Espejo, Teniente Leonardo Souza. fueron ejecutados en la forma ordinaria, á escepcion de Avellaneda á quien le mandé cortar la cabeza, que será colgada á la espectacion de los habitantes, en la plaza pública de Tucuman.»

Hé aquí la manera con que los esbirros de Rosas procedian en nuestras provincias hermanas, tratando á sus habitantes como la mazorca trataba á los de Buenos Aires, en sus calles y plazas mas centrales.

El delito de no ser federal, habia que pagarlo con la cabeza.

Por su parte, los nuevos gobernadores de Tucuman, Catamarca y Corrientes, que querian mostrarse á la altura de la federacion más sangrienta, tiraban decretos tremendos, que hallamos en la *Gaceta* de 29 de Enero del 42 y 20 de Setiembre del mismo.

Para no fastidiar á nuestros lectores con tanta transcripcion vamos á estractar los párrafos más famosos de aquellos decretos brutales.

El artículo 5º del que espidió el Gobernador de Tucuman, dice:

«Todos los argentinos están autorizados á quitar la vida á los comprendidos en el anterior artículo (salvajes unitarios) en cualquier lugar del territorio de la República.»

El artículo 3º del que dió el gobernador de Corrientes, dice:

«Todo el que mantuviese correspondencia con los antedichos unitarios ó á favor de estos implorase la clemencia del Gobierno ó por algun medio se les probase adhesion á ellos, son incursos en la misma pena de muerte.»

El de la Catamarca por su parte, queriendo ser aún mas bárbaro y mas esplícito, decreta:

«Considerando que es un crímen el mirar á los malvados y fascinerosos unitarios con clemencia, el Poder Ejecutivo, etc., etc.

Art. 1º Quedan proscritos para siempre y fuera de la ley, todos los individuos de uno y otro sexo que se hallen alistados en las filas de las dos divisiones de bandidos y salvajes inmundos unitarios.

Art. 2º Son comprendidos en el artículo anterior todas las personas de uno y otro sexo que hubiesen cooperado y prestado su influencia á los perversos asestadores del órden actual.

Art. 3º Será igualmente comprendido en el artículo 1º todo aquel que auxiliare, protejiere ó escondiese á alguno de los dispersos, debiendo dar parte inmediatamente que llegase á su noticia la presencia de un disperso, etc., al juez ú oficial de su departamento.»

No queremos cerrar esta série de transcripciones, sin consignar la nota insolente y bárbara, con que el célebre General don Prudencio acompañaba la cabeza del noble Castelli.

Hé aquí ese documento tan estúpido como brutal:

Al Sr. Juez de Paz y Comandante Militar de Dolores.

Chascomús, Noviembre 20 de 1839.

Con la más grata satisfaccion acompaño á usted la cabeza del traidor forajido, unitario salvaje Pedro Castelli, general en gefe de los desnaturalizados sin pátria, sin honor y sin leyes, para que la coloque en medio de la plaza á la espectacion pública.

«La colocacion de la cabeza debe ser en un palo muy alto, debiendo estar bien asegurada para que no se caiga y permanecer así miéntras el superior gobierno disponga otra cosa, debiendo transcribir esta misma nota á S. E. nuestro ilustre Restaurador de las Leyes, para su satisfaccion.

PRUDENCIO ROSAS.»

Como se vé, la influencia maldecida de Rosas llegaba hasta las provincias más lejanas, donde se cometian crímenes tan espantosos como los ejecutados en Santos Lugares, bajo la famosa vigilancia de Antonino Reyes.

La cadena de estos crímenes, principió en el bárbaro fusilamiento del señor Cullen, gobernador de Santa-Fé, que tuvo el valor de rebelarse contra las hostiles órdenes que recibia del tirano.

Esta fué la oleada de sangre, que partiendo de Santa-Fé, llegó hasta la cabeza del mártir Avellaneda, padre de don Nicolás y del señor Márcos Avellaneda.

Apenas tuvo Rosas conocimiento de la muerte de don Estanislao Lopez, eterno gobernador de Santa Fé, pensó en el reemplazante de aquella entidad funesta, que asegurara allí la influencia federal.

El general Lopez era además poseedor de la correspondencia íntima de Rosas, correspondencia que queria recorger á todo trance, pues entre ella habia cartas que lo comprometian, revelando sus más negros manejos políticos.

Nadie mejor para esto que el señor don Domingo Cullen, ministro del general Lopez, que debia estar en todos sus secretos.

Rosas escribió á Cullen y le envió un emisario para que aceptara el gobierno de Santa-Fé donde él lo sostendria con todo el poder y recursos de Buenos Aires.

Pero el astuto tirano imponia á Cullen condiciones y compromisos que éste debia aceptar préviamente.

El primero y mas importante de todos era el de entregarle toda la correspondencia secreta que habia mediado entre él y Lopez.

El segundo, derogar una resolucion de la Sala de Santa-Fé, que era la de mandar un representante que negociase con los franceses cesacion del bloqueo para aquella provincia.

El tercero era simplemente el de uniformar su política con la de Rosas, es decir, instalar la mazorca en Santa-Fé.

Rosas temia que, tratando con los franceses y protejido por estos, la provincia de Santa-Fé se escapara de sus garras, y de ahí surgia el empeño por derogar aquella resolucion legislativa.

La posicion de Cullen era vidriosa.

Negarse, importaba declararse en abierta oposicion con el tirano, y por consiguiente renunciar á su cabeza que caeria un dia ú otro.

¿Cómo aceptar, por otra parte, el pacto terrible que le imponia el tirano?

El señor Cullen salvó momentáneamente el apuro, aceptando todo y reservándose interiormente todo el derecho de proceder como su carácter se lo aconsejase.

Sostenido por Rosas, Cullen fué elegido gobernador, bajando á Buenos Aires, pocos dias despues de asumir el mando á conferenciar con Rosas, y trayendo parte de la correspondencia pedida, pues aún no la habia recojido toda.

Rosas recibió á su nuevo aliado de una manera fastuosa, alojándolo

en su propia casa, y dándole á su despedida un banquete espléndido, como prenda de amistad y de alianza.

Engañado Cullen con la política de Rosas cuyas tinieblas no conocia, regresó á Santa-Fé muy dispuesto á cumplir muchos de los puntos pactados, y en primera línea la resolucion legislativa de que hemos hablado.

Antes de derogarla, Cullen tuvo una conferencia con el Ministro Inglés Sr. Mandevile, quien le abrió los ojos haciéndolo desistir de todos sus propósitos.

Cullen se habia apercipido á tiempo del abismo á que iba á rodar.

Viendo Rosas que pasaban los dias y el gobernador Cullen no cumplia lo pactado, empezó á sospechar de él y le exigió la inmediata derogacion de aquella ley, á lo que Cullen no accedió alegando diversos pretestos.

Era esto lo único que se necesitaba para atraerse inmediatamente la cólera del tirano.

Fulminó contra Cullen todas sus iras y anatemas, declarándolo salvaje unitario, y poniéndolo por consiguiente fuera de toda ley.

No tardó el desgraciado Cullen en esperimentar todo el peso de aquel ódio infernal.

Puestos en juego todos los recursos del tirano, y movidos hábilmente los hombres que allí le permanecian leales, estalló, cuando ménos se pensaba, una revolucion contra Cullen.

Vana fué toda resistencia y toda lucha.

La revolucion estaba apoyada con elementos poderosos, y Cullen tuvo que caer, reemplazándolo el Gobernador Ibarra, amigo íntimo de Cullen.

Ibarra, léjos de perseguir al amigo caido, lo albergó en su casa, protegiéndolo contra los furiosos revolucionarios que pedian su cabeza.

Pero la sola caida de Cullen, no bastaba á saciar la venganza del tirano, que queria á todo trance la cabeza del salvaje unitario Cullen.

Y solicitó de Ibarra su entrega, para castigar ejemplarmente el delito de alta traicion de que lo acusaba.

Pero Ibarra que era un hombre leal con sus amigos y que algunos servicios debia á Cullen, se negó á entregarlo diciendo que harto castigado estaba, y siguió teniéndolo en su casa.

Pero no era Rosas hombre de renunciar así á dos tirones á u venganza acariciada.

Viendo que nada conseguiria con sus pedidos, empezó á tram una intriga que le diera por resultado la posesion de la cabeza Cullen.

Con la infernal habilidad que para la intriga tenia, envió á Santa-Fé emisarios secretos, sin más objeto que ganarse á fuerza de dinero y promesas, al secretario de más confianza del Gobernador Ibarra.

Ya Rosas habia escrito á éste, preparando el terreno, que no se descuidara porque sabia que Cullen preparaba una contra-revolucion.

Pero Ibarra no creyó el aviso, sospechando que lo que Rosas queria era la entrega de su huésped.

Contestó, sin embargo, que agradecia la noticia y que estaria sobre aviso.

Preparado así el golpe, Rosas hizo falsificar una carta de Cullen al seeretario comprado, invitándolo para traicionar á Ibarra, á quien matarian en el primer momento para mejor éxito de la revolucion.

Esta carta, admirablemente falsificada, debia ser presentada á Ibarra

por su mismo secretario, añadiendo datos verbales que no dejarian la menor sombra de duda en el espíritu del Gobernador.

Y así sucedió fatalmente.

Ante aquella carta, que era indudablemente de puño y letra de su amigo, ante las revelaciones de su íntimo secretario, que coincidian con los avisos de Rosas, Ibarra tuvo un desencanto doloroso y una indignacion terrible.

No tuvo ni siquiera el coraje de interrogar á aquel á quien creia un miserable que le preparaba el puñal de los asesinos, en pago de la hospitalidad recibida.

Y lo mandó sacar de su casa y encerrarlo en la cárcel.

El desgraciado Cullen, por más que torturaba su espíritu, no podia esplicarse cambio tan repentino.

Era indudable para él, que alguna intriga habia de por medio, pero necesitaba conocerla para justificarse y destruirla.

Pidió hablar con el gobernador, pero este ni siquiera se dignó contestarle.

¿Para qué renovar la herida que aquel desencanto habia abierto en su corazon?

En esta situacion vino una nueva nota de Rosas pidiendo á Ibarra remitiese á Cullen á Buenos Aires para juzgarlo.

Y aquel, que no se sentia con fuerzas suficientes para hacer juzgar y castigar al amigo traidor, fué débil y lo mandó entregar á los agentes de Rosas.

Cuando Cullen supo esto, no le cupo ya duda de que se trataba de alguna hábil intriga, y que entregado á Rosas moriria de una manera horrible.

Y solicitó por última vez una conferencia con su amigo.

Pero este llevó su inflexibilidad hasta la más extrema dureza, negándose terminantemente á hablar con él.

El desgraciado Cullen fué conducido hasta el Arroyo del Medio con toda consideracion.

Allí los agentes de Ibarra lo entregaron al Edecan de Rosas, Pedro Ramos, que lo esperaba con alguna fuerza.

Ramos llevaba instrucciones terminantes y órdenes ineludibles de Rosas, para proceder desde el momento en que se recibiese del preso.

Fué desde entónces que empezó el martirio del señor don Domingo Cullen.

Así que lo recibió en su cuartel, Ramos le remachó una barra de grillos, notificándole que se preparara á morir porque iba á ser fusilado.

—Pero ¿cual es el motivo de mi muerte? preguntó.

Por lo ménos tengo el derecho de saber por qué se me fusila.

—No me lo ha dicho el ilustre Restaurador, respondió Ramos secamente, y nada puedo responder yo.

Prepárese pues, que lo voy á fusilar.

Pensando en los séres queridos que dejaba sobre el mundo, pidió útiles y permiso para escribir algunas cartas, pero todo le fué negado.

—No tengo órden de darle otra cosa que un confesor, si lo quiere, dijo Ramos, y basta de jeremiadas que no estoy para aguantarlas.

Cuando los que lo habian acompañado hasta allí se prepararon á regresar, Cullen llamó al oficial y le dijo de una manera severa:

—Dígale á Ibarra que no sé porque causa me ha entregado á mis verdugos, aunque me supongo que todo será obra de una intriga infame.

Que yo lo perdono, pues estoy convencido que ha obrado como un instrumento ciego, porque harto castigado estará cuando reconozca toda mi inocencia!

Iba Cullen á seguir hablando, cuando el sable del oficial de guardia, cayendo sobre su cabeza, le cortó la palabra.

Cullen se resignó entónces á correr su mísera suerte, y enmudeció desde aquel momento, siquiera para evitar que lo maltratasen como ya lo habian hecho.

Desde aquel momento, solo desplegó los lábios para aceptar al cura de San Nicolás, que le ofrecieron para que lo ayudara á bien morir.

Tremendo trance es morir de aquella manera impotente, en medio de un porvenir risueño y una naturaleza que brinda la esperanza de vivir largos años.

Pero es más terrible y desconsolador el trance, cuando se apura léjos de los séres que más se quieren, y sin el consuelo de dejar siquiera, una palabra, un consejo para los hijos!

El señor Cullen fué así fusilado, veinticuatro horas despues de llegar al Arroyo del Medio, sin que sus verdugos quisieran darle, á pesar de los ruegos del sacerdote, un vaso de agua que pedia con ademan desesperado, porque la sed lo enloquecia.

Su muerte fué penosa, porque no se le fusiló militarmente, sinó á balazos, que sus asesinos podian tirarle á voluntad.

El, moribundo, suplicó se le hiciera una descarga para morir prontamente.

Pero entónces el edecan le comunicó que cumplia las estrictas órdenes del gran Restaurador.

¡Pobre Cullen! sin tomarse el trabajo de quitarle los pesados grillos fué abandonado allí su cadáver, que hubiera servido de alimento á las aves y animales salvajes, sin la piedad de aquel noble cura, que lo sepultó esa misma tarde.

Para los que puedan dudar de este hecho inícuo, hé aquí el parte que con tal motivo pasó el Edecan Ramos:

¡Viva la Confederacion Argentina!

¡Mueran los salvajes unitarios!

Arroyo del Medio, Junio 22 de 1839.

Al Exmo. señor Gobernador y Capitan General, nuestro ilustre Restaurador de las leyes, Brigadier D. Juan Manuel Rosas.

Excmo. señor:

Recibí del Teniente Coronel Graduado y Edecan del Excmo. señor Gobernador y Capitan General de la Provincia de Córdoba, el reo de lesa Nacion unitario Domingo Cullen, y en virtud de las órdenes de V. E. fué fusilado, habiendo recibido los auxilios espirituales por el señor sacerdote de San Nicolás, D. Ramon Gonzalez Lara.

Dios guarde la importantísima vida de V. E. muchos años.

Excmo. señor

PEDRO RAMOS.

Habiendo impuesto lijeramente al lector de lo que sucedia en las provincias del Interior, bajo el sable de los tenientes de Rosas, volvamos á los grandes crímenes de que era teatro Buenos Aires.

ASESINATO DE MONES RUIZ

El furor de los degüellos era creciente siempre.

Y la sociedad, aterrada con aquel sistema de gobierno que amenazaba prolongarse hasta no dejar con vida ni una cabeza unitaria.

Cada dia eran diez ó doce personas conocidas, cuya vida habia sida arrancada por el puñal de la mazorca.

El jorobado Zapata, hombre estimadísimo por su ilustracion y honradez, habia sido degollado á pesar de su persona inofensiva y agena á la política.

Zapata vivia de dar lecciones de aritmética, porque el comercio estaba muerto en Buenos Aires para todo el que no era un federal furioso.

Pero Zapata no pudo dar un dia la suma que le exigió uno de los jefes de la mazorca y fué clasificado de salvaje unitario.

Una noche que se retiraba tranquilamente, de una de sus lecciones, fué detenido por un grupo de mazorqueros, que empezaron á darle de golpes.

— ¿Por qué me pegan? preguntó el mísero. Me confunden acaso con algun otro?

— ¿No sos el jorobado Zapata?

— Sí, pero en ello no hay delito.

— ¡Que marche! que marche el unitario! gritaron los bandidos.

Y á pesar de sus protestas lo llevaron á golpes hasta el hueco de los Sauces.

Allí, sin mas trámite ni mas causa, fué degollado á cerrucho.

Muchos de aquellos hombres amenazados de muerte, resolvieron por lo menos vender cara la vida.

Entre estos puede figurarar en pimera línea un señor Paso, hermano de don Martiniano, perseguido por la sola cuenta del asesino Parra, Coronel de los ejércitos de Rosas, en premio de sus muchas maldades

Prevenido Paso por un amigo, andaba siempre armado de un baston de estoque, que mas propiamente podia llamarse una espada envainada en un baston.

Una noche al ir á cerrar su botica fué asaltado por seis mazorqueros que puñal en mano le exijieron la entrega de la cabeza, como si solo se tratara de una droga cualquiera.

Habituados estos bandidos á no encontrar resistencia en sus víctimas habian penetrado á la botica y pensando ya en saquearla como si Paso hubiera sido degollado.

Pero estaba de Dios que aquella noche habia de ser de duelo para la mazorca.

El valiente Paso blandió en la mano su terrible estoque, y antes que los asesinos pudieran acudir á la defensa, cayó sobre ellos come una tormenta.

Y el primero que tuvo la desgracia de quedar á su alcance, rodó por el suelo con el corazon atravesado de una terrible estocada.

Los asesinos, con aquel ataque enérgico y terrible, se sobrecogieron sin saber qué partido tomar.

Pero animándose unos á los otros, cayeron sobre Paso lanzando gritos de muerte.

Sereno y avisor, Paso evitaba los golpes que le dirigian con admirable destreza, espiando un momento oportuno para dar otro golpe mortal.

El combate era rudo y fatigoso.

Habia que luchar contra cinco, é imponerlos pronto con otro golpe de muerte.

De otro modo, Paso seria muerto estenuado por la misma fatiga que empezaba ya á sentir.

Por fin se presentó el momento que con tanta paciencia espiaba desde el principio de la lucha.

Uno de los asesinos se descuidó, contando con que harto tenia que hacer la víctima contra cuatro verdugos.

Y este descuido le valió la muerte.

Rápido y firme, sin descuidar la defensa, Paso se tendió á fondo en una estocada habilísima y el segundo bandido rodó al lado del otro.

Al recobrar la guardia hirió á un tercero, decidiendo así el combate.

Cobardes por naturaleza, los asesinos retrocedieron y emprendieron la fuga en todas direcciones, dejando en la botica los dos cadáveres.

Era el primer caso de aquella naturaleza que sucedia en Buenos Aires.

El peligro, léjos de disminuir con esto, habia aumentado.

Dentro de media hora, ó antes tal vez, nuevos mazorqueros acudirian á la botica, llamados por los que habian huido, y el fin de la lucha no era difícil preveerlo.

Paso lo comprendió así, é inmediatamente huyó de su botica, yendo á esconderse á casa de un buen amigo.

Los asesinos no tardaron en llegar, reforzados con serenos, pero solo encontraron los dos cadáveres y los frascos de drogas para descargar sus iras.

Todo lo que no pudieron utilizar lo despedazaron, y salieron en seguida en busca de Paso, pero toda diligencia fué vana.

El boticario habia desaparecido.

En vano rodearon la casa y establecieron vigilancia — todo fué inútil.

Paso, entretanto, despues de permanecer más de un mes en casa de su buen amigo, pudo embarcarse para Montevideo, mediante un disfraz de gallego.

Fué el primer hombre que salvó la vida, merced á su entereza y su bravura.

El otro caso análago que conocemos fué más interesante si se quiere, puesto que en él figura una dama.

Un señor Martinez que vivia al lado de lo que hoy se conoce por capilla del Cármen, y que antes tenia un nombre mas gráfico, fué clasificado de salvaje unitario, y señalado á la mazorca como es consiguiente.

El delito de Martinez era ser paquete y no usar bigote.

Martinez tenia dinero y sabido es que esta clase de víctimas eran las preferidas por aquellos asesinos siempre ávidos de robo.

Sabiendo Martinez que estaba sentenciado, y no pudiendo fugar por el momento, se resolvió á no salir á la calle, y en caso de ser atacado en su casa, defenderse hasta donde le fuera posible.

Martinez era casado con una dama tan enérgica como él mismo.

Quiso hacerla salir á casa de unos parientes, para evitarle algun espectáculo terrible, pero ella, con una arrogancia que no es estraña á la mujer criolla, declaró que, desde que habia peligro, no se moveria de su lado.

— No temo á la mazorca, agregó cariñosamente, y no he ligado mi vida á la tuya para abandonarte cuando hay peligro de muerte.

Era proverbial en el barrio la union de aquel matrimonio, para quien la existencia era una eterna luna de miel.

Conociendo intimamente á su consorte, Martinez no insistió más y se dispuso á afrontar el peligro cualquiera que fuese.

Desde que supo que la mazorca rastreaba su cabeza, se proveyó de cuatro pistolas de gran calibre, y de un puñal de hoja segura y fuerte.

Con aquellas armas y atrincherados en su casa, los esposos Martinez podrian defenderse hasta de veinte hombres.

Siendo seguras las paredes, apenas caia la tarde, cerraban cuidadosamente la puerta de calle, no dejando más que una sola luz prendida: la de la sala.

Allí dormian, pues querian estar prontos á la primer señal de alarma.

Martinez presumia que en caso de ser asaltados, lo serian durante la noche, y dormia con todas las armas cargadas, y prontas para entrar en combate.

El barrio era apartado y por consiguiente no seria de temer que los asaltantes recibieron refuerzo.

Como lo esperaba, una noche á eso de las once llamaron fuertemente á la puerta.

Los gritos de ¡mueran los salvajes unitarios! abran á la sociedad popular restauradora! no les dejaron duda de quiénes eran los visitantes.

Era la mazorca, que sabiendo que no habia en la casa más que los esposos Martinez y tres criadas viejas, caia en escaso número.

—¡Esperen un momento! gritó Martinez desde la sala, que ya voy á abrir.

Y miéntras los esposos se preparaban, los asesinos se dejaban caer de los caballos, repiqueteando la puerta con el cabo de los facones.

En dos minutos, Martinez y su señora estuvieron listos.

Apagaron la luz y tomando cada uno un par de pistolas, salieron al zaguan.

La oscuridad era total.

Viendo que no se les abria pronto, los asesinos empezaron á golpear de una manera desaforada, salpicando los golpes con palabrotas y amenazas de las más federales.

Martinez se acercó á la puerta, tomando la derecha, y descorrió los pasadores.

Su esposa quedaba á la izquierda, con una pistola en cada mano, y pronta á hacer fuego.

—¡Empujen nomás! gritó Martinez — y los cuatro ó cinco asesinos abrieron la puerta de golpe, colándose al oscuro zaguan.

Inmediatamente brillaron dos relámpagos seguidos de dos poderosas detonaciones y uno de los asaltantes cayó lanzando terribles alaridos.

Tan inesperado y brusco fué el ataque que los demás asesinos quedaron estáticos en el umbral de la puerta.

El terror de que eran presa, fué hábilmente aprovechado.

A la voz de ¡ahora! dada por Martinez, lucieron o ros dos fogonazos, otros dos estampidos estremecieron las paredes del zaguan, y otro de los asesinos rodó por la vereda, retorciéndose en convulsiones terribles.

Habia recibido en pleno pecho uno de aquellos enormes proyectiles.

Como si hubieran visto un ejército, los otros saltaron á caballo con tal precipitacion y echaron á correr de un tal modo, que un par de minutos más tarde no se percibia ni el rumor de los caballos.

Martinez sacó él mismo á la calle el cadáver que habia quedado en el zaguan y volvió á cerrar la puerta.

En seguida cargó nuevamente las pistolas y se preparó á repeler un segundo ataque, esta vez desde la azotea.

La señora estaba tan tranquila como él mismo.

Pensando en el chasco que habian llevado los asesinos, acariciaba gentilmente á su esposo, haciéndose presente que la prudencia aconsejaba huir ahora.

—Ellos han de volver, pero con lo que les ha pasado, serán más numerosos y precavidos.

Martinez cedió á los ruegos de su jóven esposa, y antes de que amaneciera el dia, despues de recorrer los alrededores, salieron de la casa á buscar refugio en la de un amigo de confianza no sin llevar en la cintura las enormes pistolas.

Como su esposa lo preveia, la mazorca volvió á la tarde siguiente, Pero solo halló los muebles de la casa en que satisfacer su venganza.

Los pájaros habian volado.

La casa fué saqueada y roto todo aquello que no pudieron robar, teniendo que regresar sin haber podido vengar á los compañeros.

Dos dias despues, y disfrazados de marinos, los esposos Martinez se embarcaban por el muelle á las once de la mañana y mientras con mas ahinco se les buscaba en la ciudad.

Para mejor remontar su ejército con buenos soldados, Rosas habia inventado un procedimiento que no podia dejar de darle soberbios resultados.

Las personas de fortuna que no eran unitarias, pero que tampoco podian clasificárselas de federales, eran reducidas á prision por sospechosas.

Como caer preso importaba casi siempre una sentencia de muerte, el terror se apoderaba en seguida de estas personas, elegidas siempre entre la primera sociedad.

Para obtener su libertad, estas personas tenian que entregar un número de personeros que variaba entre dos y cincuenta.

Bien entendido, por supuesto, que el personero que desertaba debia ser reemplazado por cuenta del que lo puso á quien volvian á aprehender.

De entre la larga lista que figura en el Archivo de Policia, bajo esta carpeta: «Unitarios tomados para el servicio de las armas y número de individuos puestos en su reemplazo,» entresacamos los siguientes conocidos nombres, el número de personeros que tuvieron que dar por su libertad.

Mamerto Mones Ruiz y Antonio Mones Ruiz, 4 personeros; Ra Diaz, cuatro; José Maria Bustillos (hoy general), dos; Miguel

Sarrachan, diez; Manuel José Cobos, veinte; José Fernandez, veinte; y Antonio Cabral cuatro.

Ignacio Fernandez, diez; José Gregorio Acuña, gran salvaje unitario, *cincuenta*; y otros *cincuenta* el insolente salvaje Bartolomé Gorondona.

Bonifacio Salvadores, cinco y dos mil pesos, y Tiburcio Fernandez, diez y cuatro mil pesos.

Doctor Ascola, veinte; Silverio Ponce de Leon, veinte; Juan Maria Gutierrez, diez; Sinforiano Huertas, diez; Manuel Aldame, diez; Manuel Larguero, diez, pero siendo un furioso unitario y amigo de Lavalle, fué ejecutado á cuchillo en 17 de Julio.

Ramon Sotelo, diez; Santiago Sotelo, diez; Juan Madrid, veinte; Crispin Peralta, veinte, y Santiago Albarracin, veinte.

Podriamos copiar centenares de nombres, pero la lista seria demasiado larga, siendo bastante los nombrados para dar una idea del procedimiento.

Y antes de concluir este curioso capítulo, vamos á transcribir la siguiente carpeta, que es de las más curiosas en el Archivo de Policia:

« Relacion de unitarios que deben ser espiados y otros aprehendidos y remitidos á la cárcel pública. »

El doctor Ascola, á la Policia, el abogado Campos, á la cárcel, el doctor Ibarbás, idem, José Maria Gallardo, idem, Angel Molino Torres, idem, el clérigo Agüerro, á la Policia, Gregorio Gomez Orcejo, á la cárcel, el clérigo Gregorio Gomez, á la Policia, José Julian Arriola, á la cárcel, Ambrosio del Molino Torres, idem, Miguel Azcuénaga, idem, y José Riso, idem.

Al doctor Cernadas se le prevendrá que no puede usar la divisa federal y que marche en el término de tres dias, desterrado á la estancia de don Juan J. Viamont, de la que no podrá alejarse á más de dos cuadras, ni podrá tampoco tener correspondencia ni por escrito ni por palabra con persona alguna, sin prévia órden superior.

Gervasio Armero, á la cárcel, incomunicado, debiéndosele interrogar sobre la complicidad que tenga con el unitario salvaje y traidor Gregorio Tagle.

Juan Fernandez (médico) y su hijo, espiarlos, como tambien á los salvajes Juan N. Fernandez, Pedro Hernandez, Agustin Herrera, Miguel Jordan, Cárlos Lamarca, Benito Llorente, Lorenzo Melgar, Juan J. Martinez, Antonio Martinez, Antonio F. Fonte, Juan M. Fonte, Nicolás Fonte, Luis R. Machado y Vicente Mañay.

Ladislao Martinez, y el doctor Medina, á la cárcel.

Los tres Nazar, cuñados de Vidal, espiarlos, como tambien á Ignacio Nuñez, Fernando Otero, José M. Obleros, Manuel Pinedo, Mauricio Pizarro, Blas José Pico y Olallo Pico.

José M. Riglos, á la cárcel, José S malo é hijos, espiarlos, Miguel Sanchez y José M. Salvadores y Angel Salvadores, idem, Márcos Salas y Gregorio Silva Ceballos, idem.

Gregorio Tagle, á la cárcel, Victorino Sanchez y José M. Zelaya espiarlos, Salas, corredor intruso, idem, Rafael Saavedra, idem.

Al montevideano Solsona, espiarlo, como así mismo á Jorge Terrada y Natal Torres.

Al alcalde del partido de San Pedro, Alfonso Ramarle, decirle de parte de S. E. que estraña mucho que un federal como él, tenga comunicacion y visita con un pícaro como Miguel Azcuénaga.

Y se le advierte para que en adelante no tenga relacion con semejante canalla unitaria.

A Villegas la misma órden que á Cernadas.

Hacer espiar las casas de Valentin Gomez, de Zenon Videla y Yaques, compañero de este último.

Castañon y su hijo, á la cárcel, Pablo Gomez y Mariano Salas, idem.

A la cárcel tambien los unitarios Mariano Salas, Agüero, sobrino del clérigo, Plácido Viera y Manuel Arroyo.

Espiar á los unitarios José Arroyo, Matías Seguí, José M. Aparicio, Ramon Amoroso, Féliz Alzaga, Gregorio Arellano, Pedro Agrelo, Dionisio Vayo, Bustillos hijo, Mateo Vidal y Domingo Vanegas.

Luis Vegas y Vicente Echavarria, á la cárcel, y espiar á José M. Coronel, Marcelino Carranza, Epitacio del Campo, Dámaso Campos y Clemente Cueto.

Los dos Garmendia, á la cárcel, Dorrego, espiarlo, Dominguez, espiarlo, Pedro Escribano y su hijo, idem, Pedro y José M. Echenagucía, idem.

Lista, sobrino de Viamont, á la cárcel, Cárlos Lamarca y José M. Riglos, idem.

Al unitario Azcuénaga, ponerle grillos, Manuel Carreras y el paquete Osna, á la cárcel.

A la mujer de Despui, intimarle que marche precisamente en el paquete *Agustina*.

A la hermana de Armero, que cuando vaya á la cárcel la metan dentro y al alcaide tambien.

A Arriola prevenirle que tiene su quinta por prision en la que debe permanecer durante dos meses.

Vencidos estos, tendrá la ciudad por cárcel, de la que no podrá salir más que hasta su referida quinta, hasta nueva resolucion del Gobierno.

Que tenga entendido que, en lo más mínimo que vuelva á cometer contra la causa Nacional de la Federacion, contra su libertad é independencia, ó contra la marcha del Gobierno, será castigado con toda severidad, y hasta con la última pena si fuera necesario.

Mariano Moreno, á la cárcel, Tiburcio Fernandez, idem, á Sanchez el Comisario Pagador, la misma órden que á Cernadas.

Al Jefe de Policia que pase á recibir órden superior sobre lo que debe hacerse respecto á la mujer del salvaje unitario Rica, que segun parte del Juez de Paz de Dolores se halla en esta ciudad.

Prevéngase al unitario Juan Roballe que entregue mil quinientos pesos y seis personeros para soldados.

Vigilar en sus casas hasta nueva órden, á los salvajes unitarios Mariano Drago, Francisco y José María Gutierrez, el doctor Vejiga Viola, el hijo de Castillote, Antonio Somellera, el loco Suarez, el cordobés Castellanos, y Ramon Santa Cruz.

Todas estas órdenes, instrucciones y otras que no publicamos por no cansar al lector, se hallan escritas del puño y letra del mismo Rosas.

Vengamos ahora el asesinato del señor Mones Ruiz, respetable y antiguo comerciante.

Era don Antonio Mones Ruiz, un hombre de gran carácter y de una rectitud á toda prueba.

Como él no se mezclara para nada en los sucesos políticos, nada temia de la reinante mazorca [illegible] diesen meterse jamás con él

Todo lo que pertenecía á Rosas le merecia el más profundo desprecio, desprecio que no se tradujo jamás en hechos ni manifestaciones, por el peligro que pudiese correr su familia.

Mones Ruiz tenia una fortuna bastante en aquella época, para no necesitar de nadie y vivir con entera independencia.

Aunque él vivia en ese retiro, no sucedia lo mismo con sus dos hijos Antonio y Mamerto, jóvenes llenos de patriotismo y entusiasmo, que pertenecian al círculo de los unitarios más consecuentes y tenaces.

Mamerto, sobre todo, llevaba su entusiasmo juvenil hasta hacer demostraciones que en aquella época solian costar fácilmente la cabeza.

El señor Monez Ruiz solia amonestar á Mamerto, recomendándole más prudencia y recato.

Pero cuando se tiene diez y ocho años, la prudencia se echa á la espalda porque á uno le parece poderlo todo superar.

El señor Mones Ruiz tenia tambien hijas mujeres, pero estas no salian del hogar, para no ponerlas eu contacto con aquella terrible atmósfera de sangre y de crímenes de toda especie.

Ningun federal se habia metido hasta entonces con el señor Mones Ruiz, generalmente estimado.

Fué en el año 39, cuando tuvo su primer dificultad, dificultad que lo llevó hasta la tumba.

En aquel año, por el mes de Rosas, el tirano habia hecho levantar suscriciones populares, para reclutar soldados contra Lavalle.

Su ejército era bastante fuerte, pero aquel era un medio que además de soldados, debia proporcionarle ocasion de mortificar á todo aquel que no fuese un federal declarado.

Las comisiones encargadas de recolectar fondos se dedicaron á su tarea, acudiendo con preferencia á los hombres ricos cuya situacion política no estaba bien definida.

Todos contribuyeron.

¿Cuál era el valiente que por no contribuir con un personero se esponia á cargar con la clasificacion de salvaje unitario?

Una de aquellas comisiones se presentó un dia en casa de Mones Ruiz, situada en la calle de Cangallo, donde hoy está la confiteria de Godet.

Iba á pedirle contribuyera con un par de soldados, ó algu a suma de dinero, para combatir á Lavalle.

Ya hemos dicho que Mones era un hombre de gran carácter, para cuyo corazon bien templado el miedo era un misterio.

Recibió á la comision amablemente, pero, con una entereza fenomenal para la época, se negó á contribuir con un solo centavo.

—Para la paz, les dijo, todo cuanto poseo está á disposicion del Gobierno.

Para la guerra, me niego redondamente.

Amo demasiado al país para contribuir á que se siga ensangrentando.

Amigos suyos, algunos de los que formaban la comision, le hicieron notar que aquello era una imprudencia.

—Déjese de caprichos, don Antonio, y apúntese en la lista.

Aunque usted no sea un federal, todos saben que tampoco es un unitario.

No se comprometa entónces haciéndose clasificar de enemigo del Gobierno.

—¡Es que yo no puedo obrar contra mis sentimientos!

No quiero contribuir para que los argentinos se maten, y no contribuyo—hé ahí todo.

Como no tengo delito, no tengo que temer la clasificacion de unitario.

Ya saben que yo no me meto en estas cosas.

A pesar de todas las observaciones que se le hicieron, no quiso dar para la suscricion, despreciando los peligros que se le anunciaron.

Como era de esperarse, aquella negativa no podia quedar impune, y Mones Ruiz fué clasificado de salvaje unitario, clasificacion que se hizo estensiva á su hijo Mamerto, unitario de corazon como su hermano.

La accion policial no podia dejar de seguirse á la clasificacion.

Y así sucedió, cuando el comerciante creia que el incidente habia pasado así no mas.

A principios del año 40, una noche en que Mones Ruiz iba personalmente á cerrar la puerta de la calle, para mayor precaucion y seguridad, fué asaltado por una partida de serenos, que lo redujo á prision.

Mal negocio era el de caer preso en aquellos tiempos, cuando durante la noche no se oía en la ciudad otro ruido que el de las descargas con que en la cárcel se fusilaba á los prisioneros.

La partida penetró á la casa, de donde salia poco despues acompañada del jóven Mamerto Mones Ruiz.

Padre é hijo fueron conducidos al terrible cuartel de serenos, de que era jefe sombrio Nicolás Mariño.

Ambos fueron tratados federalmente, es decir con una buena dósis de golpes de sable é insultos de todo género.

Dos dias despues de llevar vida tan federal, se les notificó de órden suprema que, aunque eran unos salvajes unitarios, podian salir en libertad, entregando cada uno dos personeros para el ejército.

Era aquella la consecuencia de no haber querido contribuir á la suscricion popular contra Lavalle.

Apretado de aquella manera, el señor Mones Ruiz tuvo que aflojar los personeros, felicitándose de que la cosa no pasara de ahí.

Solo así consiguieron salir en libertad.

Pocos dias despues, el jóven Mamerto recibió una nota por la cual se le comunicaba que, habiendo desertado los dos personeros que habia puesto, tenia que reemplazarlos en el perentorio término de veinticuatro horas.

Fuese ó no cierta la desercion, no habia mas remedio que cumplir la órden, ó esponerse á que, en vez de dos, fueran diez los personeros que se mandaran poner.

Esto determinó al jóven Ruiz á emigrar á Montevideo, como ya lo habian hecho tantos otros.

Estaba clasificado de salvaje unitario y era preciso vivir alerta.

Desde entónces las pequeñas y grandes miserias empezaron á sucederse unas á otras, contra aquella familia.

Entre otras propiedades, Mones Ruiz poseia una casa situada en la calle de Maipú entre las de Temple y Tucuman.

Esta propiedad estaba alquilada á una familia francesa, honesta y acomodada.

Pero los franceses habian caido en desgracia y eran tan perseguidos como los mismo u·

Se quería un pretesto para embargar los bienes de Mones Ruiz y repartírselos, y era esta la causa principal de la persecucion que se le hacia.

Con el prestesto de que en las habitaciones de la casa habia papeles celestes y blancos, cayó allí una noche la mazorca, y empezó á destruir cuanto habia, despues de aplicada una buena paliza á los franceses de ambos sexos que la ahitaban.

Al mismo tiempo se habia mandado decir á Mones Ruiz, que es presentara al momento en la casa á recibir órdenes sobre cambio de papeles.

Cómo en la órden se leia la palabra *inmediatamente* y el señor Mones Ruiz no estaba en su casa, su hijo Antonio, una criatura, se trasladó prontamente á la casa creyendo asi evitar alguna desgracia.

En momentos que él entraba, los señores mazorqueros concluian de sacudir á los franceses la segunda tunda.

—Y tu padre? porqué no ha venido? preguntó al jóven el que parecia mandar á los bandidos.

—Mi padre no estaba en el escritorio cuando se recibió la órden, pero usted puede indicarme á mí lo que haya que hacer.

—Lo que hay que hacer es degollar á todos ustedes, por que son una manga de sabandijas, malditos unitarios!

¿Porqué tiene el salvaje de tu padre este papel celeste en la sala?

El jóven, aterrado con lo que se le decia, trató de disculparse del mejor modo que le fué posible, pero su inocencia solo sirvió para exasperar mas á aquellos miserables.

—Si hubiese venido tu padre, le dijo el famoso jefe, ya estaba degollado—y tú, para que no te metas á disculparlo ni á asumir su personeria, toma.

Y uniendo la accion á la palabra, principió á aplicarle sendos puñetazos y patadas.

El pobre niño lloraba alegando que ningun delito habia cometido, pero esto solo sirvió para que le doblaran la dósis.

Llorando de dolor y de terror, el pobre niño regresó á su casa refiriendo lo que le habia pasado.

El señor Ruiz evitó que aquella escena se repitiera, teniendo cuidado que en sus casas no hubiera cosa alguna de aquel color peligroso, y decidió emigrar tambien si aquella situacion afiijente no se modificaba.

Despues de esto, parecia que los habia dejado tranquilos.

O querian confiarlos con una fingida indiferencia para dar mejor el golpe de gracia, ó no encontrando motivo suficiente habian resuelto dejarlo tranquilo.

Así pasó todo el año 41, en que los degüellos y mazorcadas disminuyeron un poco, para empezar con más furia y encono desde los primeros meses del año memorable de 1842.

Una tarde de aquel funesto mes de Abril, en que los degüellos llegaron á su mas terrible apogeo, se hallaba el señor Mones Ruiz sentado á la puerta de su casa conversando con su hijo Antonio.

Este jóven, que como lo hemos dicho ya, era una criatura, era el dependiente del señor Mones y su inseparable compañero.

El padre se lamentaba con el hijo de los horrores de que eran teatro las calles de Buenos Aires y le prodigaba sus cariñosos consejos para que evitara cualquier desgracia ó malquerencia.

—Parece que ya no se ocupan de nosotros, decia, y que nos dejan vivir en paz.

Vale mas así, pues de lo contrario hubiera sido necesario huir de aquí.

Así hablaban tranquilamente padre é hijo, cuando vieron que se detenia en la esquina un grupo de tres hombres de sospechosa catadura.

—Esos no andan con ninguna intencion cristiana, dijo á su hijo el señor Mones Ruiz.

Están vacilentes como el que medita una mala accion.

El jóven miró hácia el grupo, y aunque los que lo componian se habian atado la cara cuidadosamente para desfigurarse, el niño pudo conocer á aquellos hombres, uno de los cuales vive aún y se ocupa de procurador.

El señor Mones Ruiz tenia ya la intencion de retirarse al interior de la casa, cuando aparecieron los hombres, pero la curiosidad de ver la direccion que tomaban, lo retuvo en la puerta de calle.

Aquellos hombres permanecieron largo rato parados en la esquina, sin que al parecer hubieran fijado la atencion en Mones Ruiz y su hijo, lo que alejó en ellos cualquier sospecha que pudieran haber concebido.

De pronto se pusieron en camino tranquilamente, en direccion á la casa de Mones Ruiz, sin mirar á los que aún permanecian en la puerta.

Todos ellos venian emponchados, lo que no era de estrañarse, pues el poncho era una prenda federal, sin la cual nadie se atrevia á andar.

Indiferente tambien, el señor Mones Ruiz pareció no haberse fijado en los que se aeercaban y siguió conversando con su hijo.

Lentamente se aproximaron aquellos hombres como si fueran á pasar de largo, pero al llegar á donde estaba Mones Ruiz, su actitud cambió por completo.

Se detuvieron bruscamente delante de él y sacó cada cual de debajo de su poncho una pistola, de las llamadas de bala de onza, que traian ya amartillada y lista para el asesinato que iban á cometer.

Y antes que Mones Ruiz pudiese darse cuenta de lo que le sucedia, sin atinar á meterse dentro, siquiera, aquellos miserables apoyaron las pistolas en su pecho y dispararon sobre su corazon noble.

Aquella escena pasó como un relámpago.

Sin reparar en el niño á quien el hecho habia dejado estático, los asesinos apretaron el paso y desaparecieron rápidamente al volver la esquina de Suipacha.

El señor Mones Ruiz, llevó las manos al estómago, vaciló, y tarde ya, quiso retirarse precipitadamente de la puerta.

Y cruzó el zaguan con cierta rapidez, pudiendo llegar al patio.

Su desgraciado hijo, que al verlo caminar y murmurar algunas palabras, no pudo darse cuenta de lo terrible de aquella situacion, corrió al patio y quiso estrechar entre sus tiernos brazos al señor Mones Ruiz, preguntándole si no tenia nada.

Pero en aquel momento el padre, á quien solo un supremo esfuerzo de voluntad habia sostenido en pié, rodó por el patio arrojando un vómito de sangre.

Habia recibido dos de las balas en el centro del estómago y otra en el costado derecho.

Mones Ruiz se oprimia fuertemente la herida del estómago, que debia hacerlo sufrir horriblemente.

—¿Qué tienes, padre mio? preguntó con su voz cariñosa, ahogada por el llanto que lo sofocaba.

Y le quitó su mano del estómago.

Un chorro de negra sangre partió entónces del agujero abierto por las balas y bañó el rostro pálido del niño.

Espantado entónces, fijó la mirada llorosa én el rostro del padre y encontró aquellos ojos fijos é inmóviles, que la muerte empezaba á bañar de una capa vidriosa.

Lo llamó, trémulo, pero el moribundo no respondió.

Se estremeció de una manera poderosa, y quedó allí rígido como un cadáver.

Acababa de morir, sin haber podido pronunciar la más insignificante palabra.

El niño entónces, dominado por la tremenda situacion que empezaba recien á comprender, salió á la calle en demanda de auxilio.

Algunos vecinos que, como ellos, estaban á la puerta de la calle, habian visto cometer el crímen y se habian metido dentro, más que ligero, huyendo el bulto á igual suceso.

El pobre niño se encontró solo, desamparado, con el cadáver del padre.

Recien aquella criatura se daba cuenta de su horfandad y de la situacion desesperante en que quedaba.

Media hora despues, su hermano Mamerto venia en direccion á su casa á despedirse del padre, pues tenia arregladas sus cosas para volverse á Montevideo.

Dos cuadras antes de llegar, fué atajado por varios amigos, que le indicaron se volviera, pues su casa estaba rodeada por la mazorca.

—¿No ha sucedido nada? preguntó el jóven.

—No, pero si usted va puede suceder alguna desgracia.

Sin duda es á usted á quien están esperando.

Ante semejante aviso el jóven se retiró y venciendo mil dificultades se fué á Montevideo.

Recien allí supo la sangrienta trajedia de que habia sido teatro su casa.

El jóven Antonio, por su parte, dándose cuenta de la situacion, empezó á comprender que era necesario sepultar aquel cadáver querido.

Pero ¿de quién valerse? cómo hacerlo?

Asesinado por la mazorca, Mones Ruiz habia quedado en peores condiciones que un virulento ó un leproso.

¿Quién se atrevia á acercarse á su cadáver para ser clasificado de salvaje unitario?

En la casa no quedaban mas que sus hermanas, tiernas y delicadas niñas, que ninguna ayuda podian prestarle, y un sirviente que, tan aterrado estaba, que aún no se habia movido del sitio en que recibió la noticia.

Con un ánimo asombroso en su tierna edad el jóven Mones Ruiz salió en busca de un cajon, para colocar el cuerpo querido.

Y como mas próximo á su casa, se dirijió entónces al establecimiento fúnebre situado á la sazon frente á San Miguel.

Como era natural, dominado por la impresion terrible del triste suceso, lo primero que hizo fué referir al dueño de la cajoneria, la manera cómo su señor padre fué asesinado.

Fué esto lo bastante para que el negociante se negara á hacer la venta.

—Perdone, jóven, le dijo, pero yo no puedo venderle el cajon sin peligro de mi propia vida.

—Pero entónces ¿cómo entierro yo á mi padre?

—Difícil me parece: hay una órden que prohibe vender cajones para los individuos clasificados de salvajes unitarios, los que deberán ser enterrados por la autoridad en la zanja comun.

—¡Pero esto es espántoso!

—¡Y qué quiere que le hagamos!

Si llegan á saber que yo le he vendido el cajon, ya puedo empezar á fabricar el mio—y yo tengo una familia numerosa, que quedaria espuesta á morir de hambre.

El jóven insistió, suplicó de todos modos, pero inútilmente.

El negociante no queria esponer su cabeza y el porvenir de sus hijos.

Los salvajes unitarios muertos por la mazorca quedaban en las condiciones de cualquier perro.

No habia negociante que les vendiera un cajon, fraile que les dijera una misa, ni amigo que lo acompañara á su última morada.

Los mismos hijos, sus consortes, sus padres, no podian honrar su memoria ni aún con el miserable luto de sus cuerpos.

Cualquiera de estas faltas era castigada con el puñal de la mazorca.

El jóven Mones Ruiz se retiró de allí presa de la mayor desesperacion.

No teniendo cómo enterrar á su padre, al fin vendria la autoridad á arrancarle su cadáver que seria conducido á la fosa comun en un carro de la basura, y tal vez al lado de los perros que la Policia hacia matar á la madrugada.

Es difícil que ningun hombre haya pasado por situacion mas desesperante!

Conteniendo con grandes esfuerzos el llanto que lo ahogaba, el jóven regresó á su casa, sin saber qué partido tomar.

Allí lo esperaba como una tabla de salvacion en medio del naufragio, el vecino José Quinteros, amigo antiguo de la familia, que acababa de saber lo que sucedia.

El jóven Mones Ruiz se arrojó en sus brazos y le refirió lo tremendo de su situacion.

Al fin hallaba un seno amigo, sobre el que podria desahogar la pena que lo afligia!

Aquel hombre leal y honrado, consoló al jóven en cuanto le fué posible, y se ofreció á ir en busca de un cajon.

—Es preciso no decir una palabra acerca de la manera que ha muerto el amigo.

Diremos que ha muerto de viruela y asi nos venderán el cajon.

Yo voy á buscarlo.

Efectivamente, poco despues salia á la calle y ocultando hasta para quien era el cajon, consiguió que le vendieran uno, no sin vencer algunas dificultades.

Así el jóven Mones Ruiz tuvo como acomodar el cuerpo helado de su señor padre.

Faltaba ahora lo mas difícil: la conduccion del cadáver á la Recoleta.

Otro vecino iba á prestarle aquel servicio inestimable.

Frente á la casa de Mones Ruiz, vivia un señor Dejean, dueño de una panaderia.

Por el solo hecho de ser francés, Dejean no estaba bien visto por la autoridad.

Pero, espíritu noble y bravo corazon, aquel hombre ejemplar despreció los peligros que provocaba y se trasladó á casa de su jóven vecino.

Dejean era un hombre cuya fortuna le permitia pasar una vida independiente y creia estar así á cubierto de toda necesidad.

Pero era precisamente su fortuna el aliciente que para perseguirle debia tener la federacion.

Así Dejean se hizo cargo del precioso cadáver y lo condujo él mismo al cementerio, sepultándolo como correspondia á una persona de posicion y de medios.

Al siguiente dia del asesinato y por consejos del mismo Sr. Dejean, el jóven Mones Ruiz, se ponia al frente de los negocios de su señor padre, empaquetando y ocultando todos aquellos papeles que pudiese necesitar algun dia.

La mazorca no podia tardar en venir á trabar el embargo y era necesario estar preparado para que no se llevara algun papel de interés, y sobre todo algun documento de crédito.

Además de los artículos del negocio, habia en la casa, en las últimas piezas, un depósito de comestibles, destinados esclusivamente al consumo de la familia.

Esto era: arroz, azúcar, aceite y demás artículos de primera necesidad en una casa.

Con ellos, la familia de Mones Ruiz podia pasar un largo tiempo, sin necesitar de nadie.

Las consecuencias de los servicios prestados por Quinteros y Dejean, no tardaron en hacerse sentir.

La mazorca acudió una noche en tropel á casa de éste, é hizo lo que entónces era de práctica.

Despues de destrozar cuanto habia en la casa, y como por via de prevencion dieron á Quinteros tal paliza, que lo dejaron por muerto.

Y como la persecucion siguiera al estremo de no poder salir á la calle sin recibir un susto, emigró á Montevideo, teniendo que abandonar familia é intereses.

Dejean fué más feliz que su vecino, pues un amigo le previno que aquella noche la mazorca debia ir á su casa, á vengar el delito de haber acompañado el cuerpo del salvaje unitaro Mones Ruiz.

Persona apreciadísima por sus bellas prendas personales, y muy bien relacionada, el señor Dejean ocurrió al Cónsul francés, en demanda de auxilio, por la noticia que se le habia dado.

Como los asesinatos á los franceses mas distinguidos que residian en Buenos Aires se repetian con aterrante frecuencia, los Varangot, Dupuy y tantos otros, el Cónsul francés mandó á la casa de Dejean, perfectamente armada, una guardia de ocho marineros, que al efecto hizo desembarcar de uno de los buques de guerra de su nacionalidad

Esta guardia se alojó en el zaguan de la casa con órden de defender á todo trance la vida é intereses de aquel compatriota.

Esto, miéntras Dejean arreglaba sus cosas para partir á Montevideo, pues ya su vida en Buenos Aires corria gran peligro.

Conforme se lo habian anunciado, esa noche cayó á su casa la mazorca, en son de degollina y dando desaforadas voces de muerte.

Pero al hallar en el zaguan aquel peloton de marineros franceses, en aires de dar una batalla, tuvieron á bien retirarse, amenazando volver en mayor número para degollar á todos los esclavos del *guarda chanchos*.

Dejean no esperó esta vuelta.

Arregló sus asuntos á gran prisa, y bajo el uiforme de aquellos mismos marineros, se embarcó á bordo del buque de guerra al dia siguiente, que lo condujo á Montevideo.

De esta manera y gracias al enérgico apoyo de su Cónsul, el señor Dejean pudo salvar su cabeza.

Cuando la mazorca volvió á su casa no halló ni víctima ni marineros, contentándose con despedazar cuanto halló en la casa, como era natural, despues de robar todo lo que era de fácil conduccion.

La autoridad en seguida, declaró los bienes de Mones Ruíz, bienes de salvaje unitario, y naturalmente se echó sobre ellos con gran avidez, porque estos representaban un botin de primer órden.

Despues de embargado todo, se presentaron en la casa de negocio.

Registraron la casa pieza por pieza, embargando hasta los libros de comercio y papeles que el jóven no habia podido vender.

Todo lo del negocio y lo de la familia misma, fué embargado para venderse en remate público.

Revisando las habitaciones, los mazorqueros dieron con el depósito de comestibles, destinado al consumo de la familia.

Precioso botin aquel, donde figuraban algunas cuarterolas y cajones de excelente vino!

El jóven hizo presente que aquello no debia formar parte del embargo, porque era lo único con que contaria la familia para vivir.

Pero esta observacion le costó un buen puntapié, advertencia saludable, pues le previno que no debia hacer observaciones.

Aquella canalla lo embargó y lo selló todo, sin perdonar el poco dinero que habia quedado en un cajon del escritorio.

Lo único que quedaba en pié era un magnífico perro terranova, fiel compañero del señor Mones Ruiz.

Pero poco debia de durarles aquel recuerdo vivo del padre desgraciado.

Pocas noches despues, y solo por el placer de hacer daño, el magnífico terranova era degollado á la puerta de la casa.

Y no pararon aquí las miserias contra aquella familia de niños.

Burlándose del dolor de aquellas pobres niñas, todas las noches enviaban á la puerta de la casa, una media docena de negros descamisados y andrajosos que les daban música, de aquella música imposible y esclusivamente de la época, quemando al retirarse bombas en las ventanas.

Las niñas se encerraban en sus piezas para no oir aquel carcasmo cobarde, pero se les hizo prevenir que si no salian á agradecer las músicas, serian azotadas.

Y el jóven Mones Ruiz se veia obligado á salir á la puerta y dar las gracias á los que iban á burlar la muerte de su padre.

El 30 de Marzo, la autoridad decretó grandes luminarias en la ciudad, en festejo del cumpleaños del tirano.

Quién se hubiera atrevido á faltar á la consigna!

La mazorca recorria aquella noche todas las calles, con órden de saquear toda casa y degollar á los salvajes unitarios que hubieran tenido la insolencia de no iluminarlas.

Y el jóven Mones Ruiz, para evitar una desgracia á sus hermanas, tuvo tambien que iluminar la suya, festejando el natalicio del asesino de su padre.

En aquel mes, se desbordó la mazorca de un modo terrible, haciendo aquel barrio teatro de sus cobardes hazañas.

La familia de Real, que vivia en la esqnina de Cuyo y Artes, fué asaltada una noche y castigada de una manera feroz.

A las señoras se les cortó el cabello, pegándoles en la cabeza el célebre moño punzó, miéntras á los hombres se les golpeaba hasta dejarlos por muertos.

Las familias de Terrada, de Salas y de Molina Cascallares, que vivian Cangallo y Suipacha, fueron tambien asaltadas y castigadas de una manera brutal.

Se creia que muchas de ellas no podrian sobrevivir á los golpes recibidos!

A la casa del doctor don Julian Fernandez, acudia la mazorca, afilando sus enormes cuchillos en un escalon de piedra de la casa.

Los hijos de Fernandez, mozos alegres y patriotas, habian sido señalados como salvajes unitarios y la mazorca iba allí á degollarlos.

Así lo decian á grandes gritos mientras afilaban los chuchillos.

La señora de Fernandez era una de aquellas matronas valientes y decididas, que ante la vida de sus hijos era capaz de pelear al mismo diablo, si este se hubiese presentado en trage de mazorquero, amenazando su vida.

Así es que en cuanto sintió las voces y supo de lo que se trataba, corrió á la puerta de calle y echó el cerrojo.

Adentro estaban sus hijos.

Nuestro lectores recordarán que en aquellos tiempos se cerraban las puertas de calle con una cadenita á cuyo estremo habia una bola.

La bola corria por una canaleta colocada en la otra hoja de la puerta que quedaba con una endija por donde podia introducirse bien una mano.

Pero la puerta no podia abrirse sin cerrarla primero, para sacar la bola de la canaleta, á cuyo estremo se hallaba el agujero por donde salia.

Allí se plantó la valiente señora, miéntras sus hijos, avisados por ella, se salvaban saltando las paredes de la vencidad y pasando á otras casas.

Ciegos de ira lor mazorqueros empujaban la puerta, pero la cadena resistia y prometia resistir mucho más.

Los degolladores metian entónces la mano armada del puñal por la rendija, tratando de herir á la señora.

Pero ésta les oprimia el brazo entre las dos hojas de la puerta, evitando que fueran á herirla.

Un sudor frio bañó de pronto la frente de la noble dama.

La canaleta donde entraba la bola de la cadena empezaba á ceder, y en pocos momentos mas la puerta se abriria.

Es que todavia no tenia la certeza que sus hijos se hubieran salvado.

Por fin y despues de dos minutos largos como un siglo, vino una sirvienta y le dijo al oído:

—Los niños están ya á salvo, señora: hace mucho rato que saltaron la pared.

Aquella mujer valiente hasta la exajeracion, se retiró entónces de la puerta radiante de alegria.

—Ahora, les dijo, pueden ustedes entrar cuando la cadena ceda, me es indiferente.

Falta del sosten que le habia prestado su cuerpo vigoroso, la canaleta se rompió, abriéndose la puerta con gran estrépito al chocar sus hojas contra la pared.

La mazorca saltó al patio como la ola que salva el muro contra el que se ha estado estrellando largo tiempo.

Y el grito de ¡mueran los salvajes unitarios! se dejó oír de una manera tremenda.

La señora habia quedado allí de pié, sonriente y serena.

Miraba todo aquel aparato de muerte de una manera fria é indiferente.

Parecia que, salvados sus hijos, ella no corriese el menor peligro.

—¿Dónde están? preguntaban enfurecidos, blandiendo los chuchillos ante la fisonomia apacible de la señora.

—¿Dónde están quiénes? preguntaba ella tambien mofándose de los asesinos.

—Tus hijos! tus inmundas crias, salvajona! respondia el coro de energúmenos.

—Pronto, á cantar donde están ó te tocamos el violin.

—¿Mis hijos?

Oh! no se incomoden en buscarlos—no es el puñal de la mazorca que los va á hallar á tiro!

—Miéntes, aquí están!

—Pues búsquenlos, búsquenlos á ver si los encuentran.

Aunque el valor se impone, y el valor de la señora de Fernandez habia dominado desde el principio á aquella chusma, era peligroso irritarla más.

Todos ellos se desparramaron por la cas, buscando en todos los rincones y despedazando muebles y cuanto hallaban al paso.

Pero las víctimas no parecian, y la señora seguia sus movimientos con su sonrisa burlona.

Ciegos de ira, vinieron sobre ella, exigiéndole que les habia de decir dónde estaban los jóvenes Fernandez.

—Ya les he dicho que están muy léjos de aquí—no se hagan ilusiones ni se tomen trabajos inútiles porque no los han de encontrar.

Los bandidos aquellos, reventando en despecho, se lanzaron sobre la señora y empezaron á golpearla furiosamente.

Y ella, como persona avezada al peligro, quiso defenderse en retirada, lo cual consiguió bizarramente, hasta llegar á la puerta de una pieza.

Pero allí fué acometida con mas encono, por la brava resistencia que habia hecho, y recibió dos golpes que la postraron en tierra.

Como aterrados ante la accion cobarde que acababan de cometer, los asesinos se pusieron en retirada.

Ya no tenian qué hacer en la casa, puesto que todo lo habian despedazado ó robado, mientras buscaban á los jóvenes, que habian salvado la vida gracias á la entereza y valor de su señora madre.

— ¡Vayan no mas! les gritó ésta aunque débilmente, pero lo que es á mis hijos, no los tocan ustedes—se han de quedar con las ganas. Mazorqueros ¡bandidos!

Los asesinos oyeron esta palabra, pero no se atrevieron á volver.

El valor asombroso de aquella señora los habia dominado.

Solo de esta manera se esplica que no la hubiesen degollado como lo hicieron con algunas otras.

Dicen que Rosas nunca dió órdenes de degüello contra las señoras.

Sin embargo, la mazorca no procedia nunca sin órden, y desde que sus miembros degollaban á tal ó cual persona, era porque habian recibido la órden.

Desde el fusilamiento del feroz Moreira, que hemos ya narrado con sus sangrientos detalles, ningun mazorquero ni sereno se atrevió á degollar por su cuenta.

Temian correr la misma suerte del gran asesino.

Así es que se puede asegurar que todos los degüellos practicados el año 40 y 42 fueron ordenados por Rosas.

No se esplica de otra manera que los asesinos degollaran en la misma plaza Victoria á las 12 del dia, como al Dr. Zorrilla, y clavaran su cabeza en las rejas de la Pirámide, á la vista de los empleados de la Policia.

Ni se esplicaria tampoco que se hubieran atrevido á apuñalear al Presidente de la Cámara en su propio despacho.

Es que la mazorca no era mas que el brazo con que Rosas heria á sus enemigos y á los que no lo eran.

La familia de Ureta, que vivia donde hoy es el Hotel de Roma, la de Villanueva y la de don Evaristo Villarino, fueron tambien asaltados y azotadas.

En el Mercado del Plata, hueco conocido entonces por Plaza Nueva, para complemento de horror en que habian convertido aquel barrio, fué declarado federalmente depósito de muertos.

Allí se llevaban los cadáveres de los degollados durante la noche, para que el carretillero de la Policia los levantara al dia siguiente.

Allí fué conducido el cadáver del señor Nóbrega, padre de Cármen y de la noble Julia Nóbrega, donde permaneció una noche esperando la carretilla.

Nóbrega habia sido asesinado en Barracas, de la manera que nos ocuparemos mas adelante, y transportado envuelto en un cuero hasta aquel paraje, para que su cuerpo sirviera de escarnio público.

Entretenidos en estos nuevos crímenes y azotainas, la mazorca dejó en paz á la desgraciada familia de Mones Ruiz, hasta que satisfecho su objeto, aquel miserable hizo cesar los degüellos, con aquel famoso decreto, que era una confesion tácita de ser él el autor de aquellos crímenes.

Hé aquí la parte más esencial de aquel documento dirigido al Jefe de Policia.

Como complemento de la prueba del hecho en cuestion, tenemos el decreto de Rosas, fecha 31 de Octubre de 1840, publicado en la *Gaceta* de 4 de Noviembre de dicho año.

Este documento clásico que lleva la sola firma de Rosas, datado en el partido de Moron y cuando en Buenos Aires habia un gobernador delegado, es el reconocimiento espontáneo que el tirano hacia de sus crímenes.

Es el último grado de cinismo á que puede llegar un malvado, cuando se embriaga con el heroismo del crímen, porque sin duda Rosas se cria entónces un héroe, cuando al primer sonido de su voz, al primer signo de su voluntad, desaparecieron como por encanto los degolladores, restableciéndose el órden momentáneamente, y dando tréguas al pavor de que estaba poseida la poblacion entera.

Es necesario consignar los considerandos de este importantísimo documento, porque ellos encierran la condenacion de su autor, revelan su maldad, prueban su ignorancia, y lo presentan al mundo civilizado como el asesino impudente de sus compatriotas.

Dicen así:

«Considerando que cuando la provincia fué invadida por las hordas

de los salvajes unitarios, profanada con su presencia, con sus atrocidades y sus crimenes, la exaltacion del sentimiento popular no podia dejar de sentirse bajo lo terribles aspectos de una venganza natural.

«Que entónces no habria sido posible ahogarlas en un pueblo tremendamente indignado por tamañas perfidias, sin poner su heroismo, su lealtad y su patriotismo á una prueba incompatible con su propia seguridad.

«Que el ardor santo con que los federales se han lanzado contra sus enemigos al ver conculcados sus mas caros derechos por la traicion, ingratitud y ferocidad de los salvajes unitarios, indignos del nombre argentino y de la patria en que nacieron, será para siempre un testimonio noble del amor intenso de los federales á la independencia, y servirá para enseñar á los que obsecados se arrastrasen sobre la huellas del crímen.

«Que en esta tierra de órden, de libertad y de honor, no hay para los ciudadanos garantia más sólida que el respeto al dogma sacrosanto de la opinion pública, que ha proclamado la federacion de la Republica, la completa sumision á las leyes y la obediencia á las autoridades constituidas.

«Pero que si es laudable una espresion tan ardorosa y vehemente de patriotismo, justo es tambien que un pueblo valiente, siempre dispuesto á todo lo que es grande y generoso, cuando acaba de afianzar sus derechos por una convencion honorífica con la Nacion Francesa, cesando con ella las diferencias que sirvieron de apoyo á los salvajes traidores unitarios, vuelva á gozar del sosiego y seguridad en que el Gobierno lo habia conservado á costa de fatigas inmensas, *para que la autoridad pueda contraerse esclusivamente á esterminar para siempre el bando salvaje de inmorales aventureros que infestan la República*, *y afianzarle su poder y ventura.*

«Por tales consideraciones, el Gobierno ha acordado y decreta:

«Art. 1º Cualquiera individuo, sea de la condicion ó calidad que fuese, que atacase la persona ó propiedad de argentino ó estrangero, sin espresa órden escrita de autoridad competente, será tenido por perturbador del sosiego público y castigado como tal.

«Art. 2º La simple comprobacion del crimen, bastará para que el dilincuente sufra la pena discrecional que la suprema autoridad le imponga.

«Art. 3º El robo y las heridas, aunque sean leves, serán castigados con la pena de muerte.

«Art. 4º Las autoridades, etc., etc.

Firmado

ROSAS.

«Rosas segun sus palabras, consideraba como *espresion laudable y ardorosa de vehemente patriotismo,* los crímenes que se cometian entónces por lo que él llamaba la *efervescencia popular.*

«Pero que cuando este pueblo valiente, añade, *acababa de afianzar sus derechos por una convencion honorífica con la Nacion Francesa, debia gozar del sosiego y seguridad en que el Gobierno lo habia conservado.*

«Es decir que Rosas confiesa que antes de esa convencion y del afianzamiento de esos derechos, era lícito lo que se ejecutaba por la *efervescencia popular.*

«El degüello, los asaltos, los insultos, el robo, el vejámen á las señoras, y cuantas felonias se cometian á pretesto de ese furor santo en que los salvajes unitarios habian puesto *á los patriotas federales,* eran actos lícitos, eran derechos lejítimamente empleados, eran obligaciones sagradas del patriotismo.

«Pero este paréntesis que Rosas hacia á esos horrendos crímenes con motivo de la convencion con el Emperador de los Franceses, era, segun lo dice el decreto, para que la autoridad pudiese contraerse esclusivamente á *esterminar para siempre* el bando salvaje de inmorales aventureros que infestaban la República.

«Vemos pues, que era solo una trégua al degüello, era un corto intérvalo que daba el tirano á los instrumentos feroces de sus crueldades para que estas volviesen á repetirse con mayor exageracion si era posible, rodeando al crímen de esos atavios infernales que hacen temblar de pavor, y cuyos caractéres quedan impresos indeleblemente en la memoria de los pueblos.

Sigamos nosotros el camino de estos horrores que costaron á la poblacion de la República, la vida preciosa de sus hijos más dignos y más patriotas.

DON TOMÁS REBOLLO

El señor don Tomás Rebollo, antiguo vecino y propietario de la parroquia de Balvanera, era un hombre cuya fortuna cuantiosa le habia labrado una posicion independiente y espectable.

Hombre noble y bravo, de una honradez política á toda prueba, habia sido partidario del sistema Dorreguista, es decir, el sistema federal tal cual lo entendia y lo hubiera practicado el desgraciado Manuel Dorrego.

Desde que Rosas asumió el mando, y al amparo de las facultades estraordinarias empezó á cometer toda clase de horrores, el señor Rebollo se concretó á los hornos de ladrillos que poseia, despues de maldecir el sistema federal, y hacer una oposicion enérgica á las facultades estraordinarias.

Hombre bravo y leal, no se ocultó para hacer la manifestacion de sus ideas sanas, y no faltó la espía que llevara el cuento á oidos del Restaurador de las leyes y bolsillos unitarios, quien lo declaró *Lomo negro*, que como se sabe, era un punto menos que salvaje unitario.

Sin embargo Rebollo se preocupó muy poco de esta clasificacion cuando la conoció, y siguió entregado á los hornos que trabajaban constantemente y al cariño de su familia, que le compensaba largamente las fatigas del dia.

Pero Rebollo no contaba con el peor enemigo que poseia: su fortuna.

Clasificado de lomo negro, se apurarian á embargarle sus numerosos bienes, como enemigo de Dios y de los hombres.

Y para trabar mejor el embargo, no era estraño que la mazorca tomara ingerencia en su manera y modo de respirar, modificándolo á su antojo.

La órden de asesinarlo vino despues, pero de una manera que no pudo efectuarse.

El puñal del tirano.

La persona que recibió el encargo de limpiarse á Rebollo, era un federal que le debia muchos servicios de importancia.

Duro era el trance para el asesino, que tendria que elejir entre Rosas y Rebollo, pero su astucia lo sacó del apuro.

Como el sistema de declaracion estaba perfectamente montado, este hombre temia avisarle ó hacerle avisar á Rebollo que se precaviese.

Pero tampoco quiso ejecutar la órden recibida.

Una feliz idea vino á salvarle de trance tan apurado.

Entre los conocidos que tenia en aquel barrio, habia uno que pasaba por federal y que á más de ser amigo del señor Rebollo le debia servicios de importancia.

Es claro que si este individuo conocia el hecho, daria aviso inmediato á Rebollo y éste podria salvarse.

Pero ¿cómo hacer la prevencion quedando completamente á cubierto?

Aquí era donde estaba la verdadera dificultad que supo vencer admirablemente el astuto agente de la autoridad.

Llamó al amigo agradecido del señor Rebollo, y le dió la siguente comision.

—Desde este momento me espías tú á don Tomás Rebollo, de manera que no dé éste un paso sin que yo lo conozca.

—Pierde cuidado que quederás contento.

—Pero mira, mucho cuidado, y que él no se sospeche la cosa, porque estoy encargado de darle un buen tajo en el pescuezo.

—No tengas cuidado, repito, que quedarás complacido.

Y se separaron con la condicion de que, ántes de pegar el tajo, el federal verdadero lo prevendria al falso.

Este se fué á su casa, situada al lado de donde vivia Rebollo, calle Rivadavia, 1161, hoy; despues de meditar un momento sobre el terrible encargo que se le diera, se decidió á prevenir á su protector y amigo.

Para mejor reserva se fué al fondo de la casa y llamó á Rebollo por sobre la pared.

Allí le refirió rápidamente lo que habia sucedido, sin sospecharse ninguno de ellos que el aviso era intencional.

Rebollo comprendió que el peligro era sério y quiso evitar sobre todo, un disgusto terrible á su señora y sus hijos.

Al efecto, y no siéndole posible salir inmediatamente de Buenos Aires, como era su deseo, alquiló en el acto la casa de la calle Chacabuco, núm. 13 hoy.

Allí pensaba trasladar á su familia y despistar á la mazorca miéntras preparaba su fuga.

Estando ya para trasladarla y habiendo mandado algunos muebles, se presentó en su casa de la calle Rivadavia, entónces Federacion, un oficial de Policia, exhibiendo una órden firmada por Juan Mauuel de Rosas que debia cumplirse sobre tablas.

Esta órden, que fué mostrada á la señora por no estar Rebollo en aquel momento, era concisa y terrible.

Por ella se intimaba á la policia que en ese momento fuesen embargados los hornos de ladrillo, casas de negocios y todo lo que fuese de propiedad del salvaje unitario José Rebollo.

«Debe incluirse en el embargo, terminada la órden, la casa que habita el referido salvaje unitario, que será desalojada inmediatamente.»

Triste y dolorosa situacion la de aquella pobre señora!

Sus siete hijos, tiernos todos, se habian agrupado llorosos á su al-

que algun dia podamos ajustar cuentas.
... nces hirió á Rebollo en el pecho, de varias estoca... de bastante gravedad, lo que confirmó más á la ...ima que no se trataba de matarlo.
... cobarde en cuanto comprendió que las heridas podian ... riesgo, lo hizo cargar con los asesinos entre los pon... lo condujo hasta la cárcel, asegurando que para reducirlo ... habia sido necesario herirlo.
... de curar sus heridas, pues se conocia que por el momento ... otro propósito que mortificarlo, Rebollo fué alojado en la ... crujia, junto con otras ilustres víctimas del malvado Rosas. ... familia quedó así entregada á la más horrible orfandad.
...posa, la señora doña Rufina Orma, comprendió que era ne...ario hacer algo para no morir de hambre ella y sus hijos.
...quella madre digna y valiente, tomó una resolucion heróica.
Por medio de sus relaciones, y ocultamente, consiguió que algunos ...eros le dieran trabajo, costura de zapatos, y aquellas manos ar...as, sin acobardarse por ello, adoptaron aquella ruda industria que ...sentaba la vida de sus hijos.
El primer dinero que pudo ahorrar sobre su propia hambre, lo em...ó en tabaco y empezó á fabricar cigarros de hoja, que vendia en ...s almacenes y que le dejaban mayor utilidad.
La pobre dama trabajaba dia y noche y ganaba lo suficiente para ...rir las necesidades de sus hijos, y enviar á su esposo algunas pro...siones, valiéndose de manos piadosas y amigas.
La señora Estanislada Arana de Anchorena, le tendió su mano pro...tectora, interponiendo muchas veces su buena influencia, para que permitieran recibiese Rebollo los socorros que le enviaba su buena esposa.
Eran antiguas y buenas amigas, y como la de Anchorena gozaba de prestigio y era atendida, á ella ocurria en sus trances más duros.
La señora de Rebollo lo habria pasado bien y se hubiera considerado feliz en medio de su trabajo y de su miseria.
Pero el peligro que corria su esposo y el martirio de su prision, eran pensamientos que la hacian vivir en medio de la zozobra mas desesperante.
El tremendo juez de paz de Balvanera, don Eustaquio Gimenez, fué el encargado de perseguir á Rebollo y su familia, encargo que cumplió al pie de la letra, pues de todos modos no tenia mas remedio.
La casa de la calle Rivadavia, embargada con cuanto contenia, fué ocupada por el famoso capitan Farias y una compañia de soldados que tenia á sus órdenes.
Así el aposento fué declarado por el capitan su alojamiento particular, miéntras las lujosas salas y demás piezas se convertian en *cuadras* para la compañia.
Ya se figurará el lector el estado á que quedaria reducido aquel mobiliario rico en unas partes y lujoso en otras.
Las demás casas de Rebollo, edificadas en la manzana de Rivadavia, Piedad, Azcuénaga y Larrea, fueron repartidas entre los capitanejos de la mazorca, que las declararon su propiedad y de las que estuvieron apoderados hasta despues de la caida del bandido Rosas.
Es incalculable el martirio que sufria Rebollo en su miserable prision.
Diariamente sacaban de allí dos ó mas compañeros para ser fusilados.

Y él esperaba que el dia menos pensado le llegara su turno.

Despreciando la muerte en sí mismo, Rebollo no podia menos que aterrarse cuando pensaba en el abandono y miseria en que quedaria sumida su pobre familia.

El no la veia desde que fué preso, pero los que le traian los socorros y alguna que otra carta de la señora, le impusieron de que, gracias á los cigarros de hoja, no carecian de nada.

Y al pensar la decision abnegada de su esposa, se distraia de sus propios dolores.

Siete meses duró aquel terrible cautiverio, siete meses terribles, en los que Rebollo envejeció diez años.

Al fin de este tiempo entró el alcaide un dia, á leerle una nota del ilustre Restaurador.

Rebollo se aterró un momento y reconcentró todo su pensamiento en su familia.

Aquella no podia ser otra cosa que una órden de muerte, igual á las que llegaban todos los dias, motivando la salida de los compañeros que debian ser fusilados en el Retiro ó en cualquier otra parte.

Cuando el alcaide hubo leido toda la órden, Rebollo quedó largo rato embargado por el más franco asombro.

Aquella era una perfecta órden de libertad, firmada por Rosas y en la cual se le prevenia que hasta nuevo aviso debia tener la ciudad por cárcel.

Esto pasaba por el año 1841.

Creyendo que aquello podia ser una broma del alcaide ó una pesadilla suya, ni siquiera se detuvo á pensar á que milagro fabuloso se debia aquella órden.

Solo tuvo palabras para preguntar cuándo se iba á dar cumplimiento á aquella órden.

—Inmediatamente, dijo el alcaide—vamos saliendo.

Y Rebollo, sin tomar su sombrero y sin arreglar siquiera el desórden de su barba y cabello, apenas se vió en la puerta de la calle, tomó la direccion de su casa á todo lo que le daban las piernas, no parando hasta que no estuvo al lado de su amante esposa.

El placer que esperimentó aquella desgraciada familia en el primer momento, fué verdaderamente supremo.

Por mas de dos horas no cesaron de prodigarse sus cariños y sus palabras mas amables.

Y Rebollo no encontraba frase suficientemente espresiva para ponderar la sublime abnegacion de su noble esposa.

Pasado el primer momento de aquella dulce embriaguez, fué necesario hablar del porvenir.

Y Rebollo afrontó valientemente la situacion.

—No me queda otro camino que huir de Buenos Aires, para salvarme y salvarlos á ustedes.

Hoy me dan la ciudad por cárcel para tenerme seguro y degollarme mañana si se les ocurre.

Ahora es el momento oportuno de obrar por que como recien me sueltan no han de creer que piense en huir por temor de ser preso de nuevo y fusilado.

Así, voy á prepararlo todo para mañana mismo si es posible.

Tú podrás seguirme muy fácilmente por medio de la señora de Anchorena.

Yo no me atrevo á llevarlos conmigo, porque entorpecerian mi accion y los espondria á una desgracia.

La señora combatió al principio el plan de Rebollo, peró cedió al fin, ante la idea de que la noche menos pensada pudieran degollarlo.

Rebollo envió á buscar un hombre de su entera confianza, que tenia barcos, y con él concertó su fuga, de manera que al otro dia á las 12, lo esperaria con una lancha en el bajo de las Catalinas.

No podía darse nada mas audaz que este proyecto.

La costa estaba vijiladísima, á causa de los unitarios que emigraban

Pero Rebollo habia observado que la gran vijilancia se ejercia durante la noche.

Con el precedente que nadie hasta entónces se habia atrevido á escapar de dia, los encargados de vigilar la costa no se ocupaban de ello, diciendo: el mejor vijilante es la luz del Sol.

Además de esto, la barca elejida no podia ser mas aparente.

Sabido es que en Buenos Aires, en aquella época, no se habia perdido la costumbre de la siesta

Todos la dormian, mucho más aquellos bandidos de la mazorca que pasaban la noche de degollatina y tranca.

Todo esto lo pensó y calculó Rebollo antes de decidirse, en la seguridad de que podia embarcarse sin ser sentido.

Al dia siguiente á las 11 de la mañana, salia de su casa vestido con el traje usual á los que trabajan en pequeñas embarcaciones.

Entre su ancha faja colorada, llevaba un puñal corto y fuerte, y una pistola en el bolsillo del pantalon.

—Si me sorprenden cerca del rio, por una casualidad, pensaba, no hay porqué desesperarse.

Todo asesino es cobarde y no seria estraño que me les escapara.

Ya se habia despedido de su familia, á la que dijo esperaba muy pronto en Montevideo.

—No tengas cuidada por mí, que Dios vela por los buenos, habia dicho á su esposa.

He tomado precauciones que no me pueden fallar.

Yo me embarco fatalmente, y suceda lo que suceda, á las 12 en punto, porque el lanchon sólo me espera hasta la doce y cuarto.

Así es, que si á las dos de la tarde no recibes ninguna noticia alarmante, puedes tener la seguridad de que yo estoy en salvo.

Rebollo caminó por la calle Rivadavia hasta Reconquista, tomando ésta hasta Córdoba.

Las pocas personas de facha federal que halló en el camino pasaron por su lado sin siquiera mirarlo.

Tenia el aspecto de un infeliz.

En la esquina de Córdoba dobló y tomó decididamente el camino del bajo, divisando ya el lanchon que se mecia tranquilamente sobre las aguas á media cuadra de la orilla.

Eran aquellos parajes, en esa época, completamente solos y abandonados.

Alguno que otro marinero ó compadrito, eran las únicas personas que lo frequentaban en las horas del dia.

Por la noche era diferente; las patrullas que vijilaban la costa pasaban, y se cruzaban con mucha frecuencia, ó se detenian en las pulperias del bajo á beber una copa ó armar un gran bochinche.

—Me parece que estoy salvo, pensó Rebollo, haciendo una carica á la culata de la pistola.

Ahora no temo una sorpresa y aunque se me hiciera, me parece que no me impedirian el viaje.

Y sin alterar el paso en lo mas mínimo, y observando los alrededores con todo disimulo llegó á las toscas.

Allí estaba el lanchon en cuya popa parecia echar la más dulce siesta el marinero que lo mandaba.

Rebollo entró resueltamente al agua, sin tomarse siquiera el trabajo de quitarse el calzado.

Parecia uno de aquellos Napolitanos, mas haraganes que un cachorro de Terranova.

Cuando su mano trémula tocó la borda del lanchon, aquel hombre tan bravo y audaz se conmovió profundamente.

Echó una dolorosa mirada á la ciudad donde dejaba lo que mas amaba en el mundo, levantó á Dios en señal de gracias su corazon leal y noble y subió á bordo del barco salvador que se puso en perezoso movimiento.

Y así llegó hasta el bergantin que debia llevarlo hasta Montevideo, sin que nadie se hubiese apercibido de su fuga.

Su gran audacia lo habia salvado.

Aquel dia, tan feliz para él, fué de una ansiendad terrible para la pobre señora.

Esta no podia desechar el terror que la dominaba.

A cada momento le parecia que le traian la noticia de que Rebollo habia sido sorprendido y fusilado.

Pero el tiempo pasaba sin recibir noticia alguna.

Cuando cayó la noche, la señora se tranquilizó algo, pero no pudo conciliar el sueño.

A la mañana siguiente se fué á ver á la señora de Anchorena, con la que le ligaba, segun hemos dicho ya, una buena y antigua amistad.

Por ella sabria con toda seguridad si Rebollo habia sido preso.

La señora de Anchorena mandó preguntar á quien debia saberlo y la contestacion fué la siguiente:

«Esté tranquila, mi amiga, porque Rebollo salió en libertad anteayer.

Aunque tiene la ciudad por cárcel si no dá que sospechar, pronto le levantarán esa cláusula.»

En vista da tal contestacion, la señora de Rebollo pidió á su amiga le consiguiera los pasaportes, lo que le fué muy fácil, pues solo se trataba de la familia y no del salvaje Tomás Rebollo.

La señora, al dia siguiente se embarcaba tranquilamente en busca de su marido, á quien la autoridad suponia en su casa.

De este modo Tomás Rebollo y los suyos pudieron escapar al puñal de la mazorca, aunque dejándola dueña de todos sus bienes.

Cuando el General Oribe sitió á Montevideo, don Tomás Rebollo tomó en el acto las armas en la plaza sitiada.

Oribe no era mas que un miserable teniente de Rosas y combatir contra él, era combatir contra la tirania de la patria.

El gobierno de Montevideo, conociendo su honradez política y la bravura de su espíritu, le dió de alta en su antiguo grado de Teniente Coronel nombrándolo Fiscal Militar.

Pero no era aquel su puesto.

Rebollo era un hombre de accion, más aparente para un puesto de peligro y de responsabilidad.

Encontrándose sin jefe la Fortaleza del Cerro, el gobierno le dió aquel mando, en la seguridad de que aquel [illegible] defendida en caso de ataque.

El Comandante Rebollo ocupó su nuevo y espectable puesto, donde bien pronto pudo confirmar la opinion que de él se tenia.

Rosas que no creia en la lealtad ni honradez de hombre alguno, á causa de los hombres serviles que lo rodeaban, en cuanto supo que Rebollo era el jefe del Cerro, le envió un emisario, haciéndole las más halagadoras protestas.

Sabia que Rebollo estaba en una miseria absoluta, y creia que esto contribuiria al logro de sus esperanzas.

El emisario de Rosas propuso á Rebollo que entregara la Fortaleza del Cerro á cambio de desembargar sus bienes y entregándole préviamente una fuerte suma de dinero en oro.

Si no tenia confianza para regresar á Buenos Aires Rosas ofrecia además hacerlo conducir á cualquier puerto de Europa que él indicara, y aumentar todavia la suma de dinero si la ofrecida no le parecia suficiente.

Rebollo tuvo la enorme paciencia de escuchar hasta el fin aquel mensaje insolente.

Cuando su portador terminó, con una sangre fria á toda prueba le contestó en los siguientes términos:

—Diga usted al restaurador de las leyes, de mi parte, que estoy dispuesto á entregar la Fortaleza del Cerro, á una sola condicion.

Iba el mensajero á darle un abrazo, cuando deteniéndolo suavemente, agregó:

—La condicion mia es que se ha de poner al alcance de mis cañones.

Juro que en seguida entrego la plaza.

Mohino y casi acontecido, el federal mensajero se alejó sin atraverse ni aún siquiera á saludar á aquel hombre digno.

—Y siento ahora no ser un malvado, agregó Rebollo, acompañándolo unos pasos, porque tendria el gusto de colgar á usted de una buena viga para escarmiento de bribones.

Y el Comandante Rebollo dió cuenta del incidente, á su gobierno en una estensa nota, que se conserva en el archivo de aquella época tan gloriosa para Montevideo.

Rebollo y su familia permanecieron en Montevideo, sufriendo la más terrible miseria hasta despues de la batalla de Caseros que dió en tierra con la mas vergonzosa de todas las tiranias.

LA MUERTE EN EL ALMA.

Una de las víctimas de la tirania de Rosas que más respeto merece, es la noble y digna anciana doña Josefa C. de Orona, que aún sobrevive á sus desventuras como un lamento eterno.

Esta anciana respetable hoy, y cargada de tristes y fúnebres recuerdos, era en aquellos tiempos una hermosa dama, á cuyo alrededor sonreian todas las felicidades que puede brindar la vida.

Era rica, tenia un esposo amante y digno, y cuatro hijos virtuosos que la querian con idolatria.

Y toda aquella felicidad suprema, todo aquel porvenir venturoso, fué convertido en un porvenir de sangre, luto y miseria, por aquel malvado tirano, verdugo y sepulturero de una sociedad que ningun mal le habia hecho.

Los ojos de esta anciana están hoy entorpecidos por los años y las lágrimas vertidas.

Su voz suena como un gemido, y la espresion de su fisonomia es un sollozo desgarrador.

Veamos esta historia de lágrimas y de sangre.

Doña Josefa era esposa del Coronel don Pedro Orona, brillante y lucido oficial, primero, y jefe despues del ejército de la Independencia.

Sin haber reparado en aquella guerra titánica, Orona formó parte del ejército del Brasil, donde cada soldado fué un héroe.

El Coronel Orona vivia en Bueuos Aires con su familia y con todas aquellas comodidades que puede ofrecer una fortuna, que aunque no muy cuantiosa, era bastante para asegurar el porvenir de una familia.

Cuando Rosas empezó á cometer los horrores que hemos narrado, la indignacion de aquel bravo guerrero no tuvo límites.

Aunque cansado y algo enfermo de tanto batallar, en la primera oportunidad favorable se fué con Lavalle, á quien ofreció el contingente de su corazon y de su espada.

Lavalle, conocedor de los méritos de este jefe, no pudo menos que demostrarle espresivamente, toda la importancia que daba á su valioso contingente.

El Coronel Orona empezó así con el General Lavalle, aquella campaña llena de sinsabores y de miseria.

El Coronel Orona, junto con otros oficiales del ejército libertador, fué hecho prisionero en Lujan y remitido al campamento general de Santos Lugares.

Habia formado entre las filas de Lavalle y ya se sabia que éste era delito que se pagaba con la cabeza.

Desde Lujan hasta los dominios del funesto Antonio Reyes, el Rosas de Santos Lugares, fué vejado con la mayor cobardia y saña.

Y el digno jefe que sabia que todo era inútil para modificar aquel tratamiento inícuo, no desplegó sus lábios ni siquiera para quejarse.

Llegado á Santos Lugares, donde se le formó la infaltable carpeta, fué puesto en capilla y se le notificó que á las veinticuatro horas seria fusilado.

El Coronel Orona, que sabia de antemano que este seria su fin, no les hizo ni siquiera el honor de sorprenderse.

Oyó indiferente lo que se le notificaba y preguntó solamente si le permitirian escribir cuatro líneas para su familia.

Un momento despues volvia el oficial de capilla, con la contestacion del pedido.

No se daba permiso ni aún para escribir una sola línea.

—Está bien, contestó con el mayor desden supremo.

Y acordándose de sus hijos, una lágrima rodó por sus pómulos tostados y varoniles.

Al dia siguiente á la diana, fué sacado de la capilla y conducido al cuadro formado por la guarnicion del campamento.

Allí se mandó se arrodillara, pero él, con una insolencia suprema guardó silencio y cruzó sus brazos sobre el altivo pecho.

Pretendieron forzarlo á obedecer, pero todas las tentativas se estrellaron contra una energia soberbia é indomable.

Fué preciso fusilarlo de pié, sin que la impresion de la muerte lograra borrar de sus ojos aquella punzante espresion de soberbia hidalga.

El Coronel Orona murió cómo un verdadero leon, dejando por muchos dias, en el campamento, una impresion estraña, que no pudieron borrar la sucesion de crímenes de que aquel campamento era teatro diariamente.

Su pobre viuda recibió aquel golpe en medio del corazon.

Amaba entrañablemente á su esposo, y no sabia ni aún que hubiera caido prisionero, cuando se le dió la noticia de su fusilamiento.

Quiso ponerse luto, pero una órden de la Policia le hizo entender que el luto era una honra fúnebre, y que los salvajes unitarios no tenian derecho á ser honrados ni aún por sus propios hijos.

La señora devoró su dolor y sus lágrimas, esperando en que vendrian dias mejores para ella y para la patria.

Don Vicente Gonzalez, miembro influyente de la federacion, vino á colmar la copa de aquel d lor horrible.

Eustaquio Orona, el hijo mayor del Coronel, era un jóven lleno de mérito, á quien sonreia un porvenir brillante.

Lanzado en la corriente de ideas de su señor padre, Eustaquio era un unitario de los más entusiastas, y convencido de que aquel estado de cosas no podia durar mucho tiempo.

—Rosas tiene que caer pronto, pensaba el jóven: ya el general Lavalle está en campaña y no tardará en venir sobre Buenos Aires.

Demasiado inocente y crédulo en la amistad, no ocultó estas ideas, que manifestaba á todo aquel en quien creia ver un amigo.

Eustaquio, arrastrando á sus tres hermanos menores en la corriente de sus ideas, se preparaba á presentarse al general Lavalle, en cuanto estuviera próximo á Buenos Aires.

Cuando los cuatro jóvenes tuvieron conocimiento de la horrible desgracia que habia caido sobre ellos, juraron vengarse de una manera terrible.

Aquel asesinato no podia quedar impune, y el castigo á sus autores lo aceptaron ellos como una herencia sagrada.

Juan Manuel Rosas y Antonino Reyes, quedaron sentenciados desde entónces á una muerte terrible, en la primera oportunidad que les deparára la suerte.

Desde entónces solo vivieron para la realizacion de aquella venganza, que intentarian por turno, á medida que fueran pereciendo en su demanda.

El plan de los jóvenes Orona, llegó á oidos del citado Gonzalez, que se propuso seguir todos sus pasos, á fin de echarles el guante en primera oportunidad.

Y la fatalidad empujó á Eustaquio hácia aquel hombre perverso, cuyo primer deber de conciencia era defender á la federacion en todos los terrenos.

De acuerdo con sus hermanos, Eustaquio habia resuelto aproximarse á Santos Lugares, para ponerse en contacto con Antonino Reyes.

Y el medio de que se valió fué alguna relacion que tenia con Gonzalez.

—Yo lo recomendaré allí, le decia éste, y á pesar de ser usted hijo de un unitario, lo han de ocupar, desde que es buen federal.

El jóven creyó en las promesas de aquel hombre y se entregó á él por completo.

Entre tanto, doña Josefa, que veia por todas partes el fantasma de los asesinos de su marido, no dejaba de aconsejar á sus hijos la mayor moderacion y sobre todo, la mayor cautela en la emision de sus ideas.

La pobre señora creia que de un momento á otro la asesinarian los hijos como habian asesinado á su esposo.

Seguro ya perfectamente de que Eustaquio Orona era un irreconciliable enemigo de la federacion, Gonzalez decidió darle el golpe de gracia y quitarse un peligro de encima.

Porque el jóven Orona habia heredado la decision y el valor de su padre, al estremo de que su enemistad importaba un sério peligro.

Gonzalez lo llamó un dia, y le dijo que se presentaba una buena oportunidad para recomendarlo á don Anton nó.

—Ya hemos hablado algo, le dijo, de modo que con cuatro letras que yo le dé, puede usted obtener cuanto guste.

Y Gonzalez le entregó una carta para don Antonino Reyes, en el campamento de Santos Lugares.

—Es una recomendacion en regla, le dijo, con ella no necesita Vd. más para llenar su objeto.

Lleno de alegria, el jóven Orona tomó la carta que le daba Gonzalez, y se preparó para marchar á Santos Lugares.

—Voy á llevar la carta, dijo á sus hermanos, y de paso tantearé el terreno.

Me parece que dentro de poco nuestro buen padre podrá descansar tranquilo, porque será vengado.

El jóven llegó al campamento, con su carta en el bolsillo, que le garantía un buen recibimiento.

Desde que pisó aquel maldecido campamento, fué presa de una impresion terrible.

A cada momento le parecia marchar sobre la sangre de su padre, y en cada uno de los soldados que hallaba al paso, le parecia ver uno de sus asesinos.

Conteniendo el raudal de ira que iba aglomerándose en su corazon sensible, buscó al jefe de aquel campamento execrado y le entregó la carta de que era portador.

Aquel hombre miró al jóven que estaba aparentemente tranquilo, como si hubiera querido leer hasta el fondo de su espíritu.

—¿Y usted sabe lo que trae? preguntó sonriendo.

—Cómo no, señor, creo que es una carta de introduccion en la que algo se debe hablar de mi persona.

—Efectivamente, y más de lo que usted supone.

Antes de entrar en materia voy á hacerlo acompañar hasta uno de los cuarteles inmediatos, donde hablará con su jefe.

Creo que él ha de poder atenderlo en el sentido cariñoso que indica Gonzalez.

Y llamando al oficial que tenia cerca, le pidió acompañara al jóven Orona hasta el cuartel de la Escolta y entregára aquella carta á su jefe, el mulato Rosas, de quien hemos hablado ya con alguna detencion.

El mulato recibió la carta que sé hizo leer con el mismo oficial que se la entregara, porque él no sabia leer *en carta*.

Aquella era una órden perfecta para fusilar al joven Orona, en cuanto llegara al campamento.

El mulato se acercó entónces al jóven y con la insolente crueldad que le era habitual, le preguntó quién habia llevado esa carta del amigo Gonzalez.

—Yo mismo, contestó el jóven, á quien incomodaba profundamente y sin saber porqué, la cínica espresion de aquel bellaco.

—¿Y Vd. sabe lo que dice esta carta?

—Sí, contestó secamente el jóven, disgustado de tener que hablar con aquel hombre.

—Me parece que no, observó entónces el mulato, porque si Vd. supiera lo que ha traido, no estaria tan garifo.

A ver Alferez, añadió llamando á uno de los muchos tipos que habia allí cerca:

Léamele esta carta al amigo á ver que cara pone.

El alférez tomó la carta y la leyó, no sin tener que deletrear un poco.

Ni un rayo caido á los piés del jóven hubiera producido más terrible estrago.

Sintió que la sangre abandonaba sus venas, agolpándose al corazon, se estremeció de una manera poderosa, y mascó, mas bien que pronunció estas palabras:

—Eso es una ínfamia de tal calibre, que no la creo.

Necesitaria leer la carta.

—Pues pásesela, Alférez, dijo el mulato, que nada importa que la vea.

El jóven arrebató la carta y devoró su contenido en menos de dos segundos.

Lo que el mulato Rosas le habia dicho era una verdad tremenda.

Aquello no era mas que una órden para fusilarlo.

La sorpresa fué tan grande, que el jóven quedó mirando estúpidamente al mulato, que sonreia como un malvado.

—Pero ¿por qué causa se me quiere fusilar? preguntó al fin, queriendo dominar el terror que lo embargaba.

—Esas no son cuentas mias sinó del amigo Gonzalez, respondió el mulato riendo siempre.

Cuando él lo manda hacer es porque tendrá sus razones.

—Pero esto es imposible, usted no irá á dar cumplimiento á esa órden, que á pesar de leerla, creo firmemente que ella debe ser una broma del señor Gonzalez.

—Broma ó no, para mí es séria y la voy á cumplir.

—Pero esto es monstruoso! déjeme usted escribir cuatro letras á Gonzalez, y verá cómo esto no pasa de una broma, harto pesada, sin duda.

—Ni media linea, amigazo.

Yo tengo que cumplir la órden ahora mismo, porque no me gusta que me vayan á echar una ronca.

El espanto más profundo se habia apoderado del jóven.

Creia que aquello podia ser una broma bárbara, pero empezaba á ver preparativos capaces de aterrar al espíritu mejor templado.

Pensó entónces en su buena madre y sus hermanos y sintió que el llanto se le agolpaba á los ojos, sin poderlo remediar, no por lo que en sí le importára la muerte, sino por recibirla tan léjos de ellos y de una manera tan bárbara.

El mulato Rosas habia mandado buscar ochos tiradores y hacer los preparativos del caso.

—Un momento, dijo entónces Orona, que iba recobrando el imperio de si mismo á medida que el trance tremendo se acercaba.

—Creo que no se me negará el derecho de despedirme de mi madre y de mis hermanos.

Voy á escribir para ellos cuatro palabras.

—He dicho que ni una sola.

Aquí se me manda fusilarlo limpiamente y yo nada tengo que hacer con parentelas ni con escritos de nadie.

—Pero esto es un asesinato cobarde é inícuo, gritó el jóven con entereza.

Esta es una villania incalificable.

—Menos insolencias y al avío, porque si traigo yo la macana, concluye la fiesta aquí no más.

Viendo el jóven que la cosa era formal y que se trataba de asesinarlo con todo el aparato de las ejecuciones militares, hizo un esfuerzo, serenó su espíritu y se preparó á morir como un bravo.

Los ocho soldados, con un oficial á la cabeza, lo esperaban á pocos pasos de allí.

El jóven Orona, completamente tranquilo, avanzó altivo y sereno, hasta donde se le indicó, y se le mandó arrodillar para recibir la muerte.

—Yo no me arrodillo sinó ante Dios, dijo, y Dios no puede estar aquí porque aquí no hay más que asesinos.

Y cruzó los brazos como su padre, sobre el pecho, despues de descubrir su frente ancha y juvenil.

—Es preciso que se ponga de rodillas! gritó el mulato.

—Prueba asesino á ver si lo consigues.

El mulato Rosas se lanzó sobre el jóven y empezó á golpearlo de una manera espantosa.

Pero no hubo forma de hacerlo arrodillar.

Tantos y tan récios fueron los golpes, que rendido y estenuado, el jóven cayó al suelo, delante de los ocho asesinos.

Se le golpeó nueva y ferozmente, pero no pudieron doblar aquella voluntad firmísima.

Ya Orona ni si quiera les hacia el honor de contestarles.

Esperaba ansioso la descarga que pusiera fin á tanta infamia.

—¡Acérquense y tírenle ahí no más! gritó el mulato, retirándose del lado del jóven.

Y los soldados se acercaron haciendo fuego cada cual por su cuenta y como mejor les dió la gana.

Así se cometió aquel segundo asesinato que iba á llevar el segundo golpe de muerte al seno de aquella familia desolada ya.

Cuando recibieron la noticia de este nuevo crímen, el mayor estupor se apoderó de todos.

¿Qué motivos habian tenido aquellos miserables para matar á Eustaquio?

El mismo que tendrian para seguir matando á los que quedaban: Ser hijo de un salvaje unitario.

Este nuevo é inesperado golpe, sumió á la señora en una especie de idiotismo, del que vino á sacarla otra infamia que era el encuadramiento de las anteriores.

Al segundo dia de haber recibido la tremenda noticia, se presentaba en su casa un grupo de mazorqueros, cantando las más deshonestas y miserables canciones, de moda entre ellos.

El grupo entró á la casa sin que ninguno de sus habitantes se opusiera.

Estaban embargados por el dolor que en ellos habia causado la ·te de Eustaquio, y poco les suponia que los mataran á todos. ·mazorca, segun sus hábitos y costumbres, registró toda la casa, ıanto halló á mano y despedazó lo que no pudo llevar.

—Bueno, dijo troncoso, que era quien la mandaba:
Ustedes salgan á la calle sobre tablas, que voy á cerrar.
—¿A estas horas? preguntó llorando aquella infortunada señora.
¿Y cómo es posible que salga á la calle con mis niñas?
¿Y á donde se figuran ustedes que puedo ir á las doce de la noche?
—Al infierno!—esa no es cuenta mia.
A la calle todo el mundo, antes que les rompa el alma.
Los tres jóvenes aconsejaron rápidamente á la señora, obedeciera la órden.
—Es preciso, madre mia, de lo contrario realizarán la amenaza y esto será nuestra muerte.
Aterrada la pobre señora formó un grupo de sus tiernas hijas y salió acompañada de los tres hijos que le quedaban.
No podia darse situacion más espantosa, y sin embargo la suerte le reservaba aún los golpes más duros.
Aquella noche tuvo que pasarla vagando por las calles, huyendo de los numerosos grupos de mazorqueros que las cruzaban en todas direcciones.
Aquí empezó la viacrucis más terribles.
Al dia siguiente, recien pudo la señora ocultarse en casa de una familia amiga, con sus hijos.
Los tres hijos que le quedaban, ávidos de venganza, y temiendo correr la suerte de su padre y hermano, se separaron allí de ella para emigrar á la Banda Oriental y formar en las filas de Lavalle.
La pobre señora, comprendiendo que ménos peligro corrian en un campo de batalla que permaneciendo en Buenos Aires, les dió su bendicion rogándoles se embarcaran esa misma noche, si era posible, y le hicieron saber si habian salvado.
Aquellos tres jóvenes salieron de allí decididos á arrostrar todo peligro, menos el de quedar en Buenos Aires.
Consiguieron hablar con un señor Peralta, que huia esa misma noche, y éste les ofreció un asiento en su ballenera.
—A las ocho, en el bajo de la Recoleta, les dijo.
—Por lo menos, respondieron ellos, en caso de una sorpresa, tendrá usted á su lado tres hombres de corazon y decididos.
A las ocho menos cuarto los tres hermanos esperaban en el punto indicado, donde segundos despues llegaba el señor Peralta.
Hizo éste la seña convenida y en el acto se descalzaron todos entrando al agua.
Semejante á una sombra leve, bordejeaba sobre las aguas, á una cuadra de la orilla, la embarcacion salvadora.
Habian andado la mitad del camino cuando sintieron un tropel de caballos, voces y tiros.
Los cuatro suspendieron la marcha, evitando hacer ruido y esperaron llenos de ansiedad.
Si los habian visto, estaban perdidos.
Pero el tropel pasó sin detenerse, y los tiros, como un éco se perdieron en la distancia.
O era una patrulla que los venia persiguiendo y les habia perdido la pista ó iba persiguiendo á otros fugitivos menos venturosos.
Los cuatro hombres avanzaron entónces tan aprisa como pudieron, hasta llegar á la ballenera.
Esta se hizo á la vela sobre tablas.
Habria marchado apenas unas tres cuadras, cuando sintieron distintamente otro tropel y otro tiros.

Por los fogonazos de las pistolas, se convencieron que el grupo que hacia fuego, estaba precisamente en el punto donde ellos se habian embarcado.

Era indudable que aquella patrulla les habia andado siguiendo la pista, que habia perdido gracias á un par de minutos de retardo.

La salvacion entónces venia á ser milagrosa.

—Apure por Dios, patron! dijeron los cuatro á un tiempo, temiendo que aún pudiera sucederles algo.

—No tengan miedo, respondió el noble genovés—*semu in sarvo.*

Y en salvo estuvieron efectivamente.

La pobre señora recibió cinco dias despues esta feliz noticia, que en algo venia á mitigar las penas pasadas, penas que habian de repetirse poco despues.

A los dos ó tres dias el gobierno mandaba remator todos los bienes pertenecientes á la familia del salvaje unitario Orona, sin reservar ni siquiera las camas.

Al dia siguiente al remate, llegó del campo un hermano de la señora de Orona.

Siendo los dos únicos hermanos que vivian, se amaban entrañablemente.

Conociendo las desgracias de que era víctima su hermana, venia á averiguar si eran ciertas, y á ofrecerle su amparo en el pueblo de su residencia.

Ignorando que la casa se habia rematado, á ella se dirigió, en la seguridad de encontrarlos á todos, pues apenas eran las nueve de la noche.

Siendo la ciudad un teatro de crímenes, no estrañó hallar la puerta cerrada.

Se acercó y llamò suavemente.

La casa estaba habitada por el mismo grupo que la asaltó, que aún no habia salido á sus degollinas.

La puerta se abrió cautelosamente v apareció un hombre, que preguntó ¿quién es?

El hermano de la señora se nombró y se dispuso á entrar.

La puerta le fué franquedada enteramente.

No habia dado cuatro pasos en la zaguan, cuando ocho ó diez puñales se clavaban en su pecho, al mismo tiempo que el filo de otro se deslizaba por su pescuezo.

La víctima cayó sin pronnnciar una sola palabra.

Despojado de cuanto llevaba encima fué arrojado sa cadáver á la calle, para que á la madrugada siguiente lo recojieran los carros de la basura.

La señora recibió este nuevo golpe y cayó en una especie de locura de la que la arrancaron los cuidados de sus cariñosas hijas.

La suerte que corrieron los tres hijos que huyeron con Peralta no se conoce todavia.

Se supone moririan en alguno de los tantos combates que libró el ejército libertador, ó entre los cientos prisioneros que degollaron las hordas de Oribe.

Nos hemos acercado á la noble anciana para averiguar si esto era cierto, y hé aquí la respuesta que nos dió entre lágrimas y sollozos:

— Nada sé aún de aquellos tres pedazos de mi alma que los he llorado como si hubieran muerto y descenderé muy pronto á la tumba con esta amarga pena, que no han podido borrarla de mi espíritu, ni los años ni los cariños de mis hijas.

PALERMO!

Si terrible fué el campamento de Santos Lugares, por los crímenes horribles que allí se cometieron, no lo fué menos Palermo.

Palermo entónces era una gran poblacion, perfectamente organizada y mejor cuidada.

Los grandes parques, magníficamente plantados, ofrecian puntos de vista y de recreo sumamente deliciosos.

La quinta del tirano, verdadera residencia de príncipes, estaba montada con todo el confortable de la época, y en relacion á las sumas fabulosas que en su conservacion gastaba el tirano.

Todo era rico, inmensamente rico, como podia tenerlo un hombre [illegible] [illegible]ia de los tesoros del Banco de la Provincia, sin el menor control.

Allí vivia el tirano con su hija Manuelita, y desde allí espedia todas sus tremendas órdenes.

En su quinta tenia el despacho, de que era jefe don Pedro Regalado Rodriguez, hombre bueno y honorable, á quien ayudaba en sus tareas una lluvia de escribientes de todo pelaje.

En su escritorio guardaba Rosas el dinero que hacia traer del Banco, dinero que derrochaba á manos llenas.

Cuando el dinero se concluia, enviaba una nueva órden al Banco y bien pronto era reemplazado.

Rosas nunca cerraba los cajones donde guardaba el dinero.

Algunos de los escribientes, viendo que Rosas no contaba jamás el dinero ni llevaba cuenta de lo que sacaba ó mandaba sacar, solian avanzar al cajon y alivianarlo de algunos pesos.

Generalmente salian bien en sus escursiones monetarias, pero Rosas que era sumamente astuto, solia notar la falta de algun paquete que él no habia usado.

Entónces, sin decir una palabra, tendia su mirada azul y penetrante por el despacho, examinando el rostro de los escribientes.

De pronto se detenia en uno, el mas aplicado al trabajo, y lo llamaba.

— ¿Dónde está el paquete de dinero que falta de aquí? preguntaba lacónicamente?

El escribiente palidecia, se turbaba y barlotaba algunas palabras inteligibles apenas.

— Señor, Exmo. señor, yo no sé, porque no me he acercado nunca aquí.

— Pocas bromas y á decir donde está el dinero.

El escribiente, presa de un jabon de arroba, miraba á sus colegas como quien pide auxilio y replicaba:

— Señor excelentísimo, juro por la memoria de la venerable esposa de V. E. que yo no sé nada del dinero que V. E. me pregunta.

Rosas se levantaba entónces de su escritorio, tomaba al escribiente por las orejas, y empezaba á sacudirle una verdadera lluvia de puntapiés y de trompadas.

— ¡Cañallas! gritaba dirigiéndose á todos, yo los voy á enseñar á ser más respetuosos, pícaros ladronazos!

A la primera en que incurran los voy á mandar al cuartel de Hernandez para que les haga sacudir quinientos azotes!

El puñal del tirano.

Para librarse de aquella tormenta de golpes, el escribiente concluia por tirarse al suelo, haciéndose el muerto, y era allí donde recibia los últimos puntapiés.

El castigo pasaba, pero el delito volvia á cometerse, á pesar de la amenaza de remision al cuartel del Coronel Hernandez.

Era tal la penetracion de la mirada de aquel hombra que solo una vez se equivocó en las trompeaduras á sus escribientes.

Siempre el trompeado habia sido el que hizo desertar los pesos del escrítorio.

Este sistema de castigo corporales, lo observaba Rosas con cuantas personas lo rodeaban, fueran de la gerarquia que fueran.

Cuando se trataba de un dependiente, eran puntapiés y trompadas.

Cuando era un militar, fuera de la graduacion que fuera, este se volvia un par de gorrazos.

A Rosas no lo rodeaban sinó hombres serviles que sufrian todo género de humillaciones, con tal de poder medrar su posicion y su fortuna...

Y el mismo Rosas que los conocia, los despreciaba profundamente.

Por eso los manejaba á gorrazos, ó les hacia burlar con los locos que tenia en la quinta, para divertirse.

Figuraba en primera línea el célebre don Eusebio, gran mariscal de la América de Buenos Aires, venceder de Ayacucho y otros títulos no menos famosos.

El tal don Eusebio de la federacion, era un pillo redomado, que habia descubierto que, haciéndose el loco, pasaba una vida regalada y divertida.

Él tenia derecho de decir la mayor insolencia al personaje más encumbrado, ya por cuenta de don Juan Manuel ó ya por la suya propia.

Rosas festejaba ruidosamente estas insolencias, y el que las recibia no tenia más remedio que aguantarlas por no disgustar á don Juan Manuel.

Este pillo se habia identificado con Rosas, hasta el punto de adivinar en una mirada, cuál de las personas presentes era la más antipática á Rosas.

Y era sobre esta que dejaba caer el fárrago de sus insolencias ó sátiras deschavetadas.

El loco se le acercaba, lo miraba detenidamente, y empezaba á apreciar farsáicamente las prendas de su traje, ó á hacer de sus facciones comparaciones ridículas.

La victima, sin atreverse á protestar, sonreia y sufria todo aquel ridículo, aunque en sus ojos podia verse lucir el deseo de aplastar á aquel pillo que se hacia el loco.

Rosas mandaba al titulado loco que cesase en sus farsas, pero este, en vez de obedecer las duplicaba.

—Si el señor no se enoja, mi padre, replicaba, él con su nariz de espumadera me dice que puedo seguir entreteniéndome.

Y la farsa y loqueros seguian, hasta que la víctima quedaba completamente humillada.

Otras veces era Rosas quien mandaba á don Eusebio, de gran uniforme, para que entretuviera á tal ó cual persona, miéntras él demoraba un momento.

—Aquí me manda mi padre Juan Manuel á que le haga sociedad, decia el loco.

Y se instalaba allí á decirle insolencias de todo calibre, por cuenta de locuras.

Y don Juan Manuel, que todo lo veia desde algun escondite, reia como si le hicieran cosquillas al contemplar la cólera del paciente.

Y cuando no tenia con quien divertirse, era el loco entónces la víctima.

Pero sufria con pacencia todo género de herejías, á trueque de pasar aquella gran vidorria, titulándose gran Mariscal de la América, hijo de don Juan Manuel y novio de Manuelita.

Y Rosas que de todo y todos se burlaba, solia mandarlo en mision oficial al Obispo Medrano, al jefe de Policia ó al Capitan del Puerto don Pedro Jimeno, á quien el tirano gustaba enormemente mortificar.

Seguia en categoria al loco ó titulado loco, Eusebio de la Federacion, el reverendo mulato *Biguá*, personaje sacerdotal, á quien el tirano daba el título de Su Paternidad, y que era tan loco como don Eusebio.

Lo que hay es que Biguá era un pobre idiota que habia columbrado la conveniencia de hacerse el loco para pasarlo bien, y lo hacia, aunque con menos arte que Eusebio.

Cuando Rosas lo pillaba en algun grave delito de imbecilidad, le sacudia una de rebencazos de primer órden, que su paternidad recibia con religioso recogimiento y sin la menor protesta.

Pero él solia tomar sus buenas revanchas.

Cuando tenia sueño, iba y se tendia en la mejor cama de la quinta, fuera de quien fuera, con escepcion de la de Rosas y Manuelita.

El dueño de la cama venia á exigir su devolucion, pero Biguá se hacia el loco y le sacudia algun botinazo ó cosa parecida.

Muchas veces el dueño de la cama, que era el coronel Ravelo ó algun otro por el estilo, daba al loco una buena paliza.

Entónces se armaba en la quinta una de todos los diablos.

Averiguaba Rosas lo sucedido, y ponia las cosas en su lugar, siempre en beneficio del loco, que juraba un buen desquite á su adversario.

Y este desquite era siempre terrible, pues consistia en alguna farsa jugada en presencia de Rosas, y por consiguiente libre de peligro.

Habia además en Palermo, el loco Bautista, único que lo era realmente, y un negrito Marcelino, á quien Rosas estaba enloqueciendo á fuerza de maldades y garrotazos.

Completaban la diversion del tirano, lo que él llamaba su cuadrilla de gallegos, infelices que habian caido á Palermo para mal de sus pecados.

Estos infelices pasaban una vida verdaderamente mártir.

Los gallegos eran unos cuatrocientos, que el tirano tenia divididos en tropillas, segun su espresion, con distintos cargos.

La tropilla del capataz Francisco, no tenia otro quehacer que cuidar los avestruces de la quinta, con esmero y prolijidad.

La tropilla de Ramon, tenia á su cuidado los patos, ganzos y cisnes que embellecian el lago.

La tropilla de Domingo no tenia más quehacer que limpiar las jaulas de los monos y tenerlas en un aseo irreprochable.

La tropilla de Ramon solo se ocupaba de escandillar los zapallos, sandías y melones, y la de Agapito, que era la más numerosa, tenia á su cargo los árboles de Palermo, que debia regar diariamente y limpiarlos de las hojas secas, bichos de cesto, y nidos de pajaritos

Rosas paseaba diariamente por los bosques y la gran quinta, inspeccionando y escudriñándolo todo.

Desgraciados los gallegos si veia una hoja seca en un árbol, una rama en los sembrados ó una basura en la jaula de los monos!

Se armaba de una vara de sauce y llamaba y hacia formar en dos filas á la tropilla responsable de la falta.

Primero les echaba una gran ronca, por animales y gallegos, les ofrecia destinarlos á los cuerpos de línea y concluia por sacudirles con la vara de sauce una terrible paliza, de la que no se escapaba ni el mismo capataz.

Y los pobres gallegos aguantaban todo aquello, pues si protestaban, sabian que solo lograrian recibir tres ó cuatrocientos azotes en el cuartel de la escolta.

—Ustedes son una manga de animales, les decia.

Yo les voy entónces á abrir las entendederas á garrotazos ó los voy á reventar — una de dos.

Así se veia á aquellos infelices mirar á Rosas como mono que mira al organero cuando éste levanta el látigo, y dedicarse á sus fatigas sin descanso ni trégua.

En el mismo trabajo que se les sorprendia al rayar el alba, podia vérseles bajo los rayos caniculares del sol de las 12.

Es que Rosas guardaba para los gallegos su ódio más vehemente, y castigaba en ellos la menor falta, con un rigor terrible.

Cuando las cuadrillas fueron aumentadas, habia una destinada á perseguir los hormigueros.

A cada gallego de estos se le señalaba un espacio de terreno que debia conservarse sin hormigas, bajo la esclusiva responsabilidad del gallego que lo cuidaba.

En esta cuadrilla formaba un gallego Ortega, pobre diablo de una imbecillidad sin límites y de unas entendederas á prueba del más nudoso tala.

Una de las tantas madrugadas en que el tirano salia de la cama buscando pretexto para hacer alguna maldad, tocó al pobre Ortega recibir el más cruel de todos los castigos aplicados en Palermo.

En momentos que Rosas cruzaba por un montecito de duraznos, reventaba uno de esos hormigueros que dan salida á millones de hormigas aladas.

Nuestros lectores saben que los hormigueros en cierta época del año, revientan de la noche á la mañana y en ménos de media hora se cubren los alrededores de una espesa capa de hormigones colorados, cuya sola marcha sobre la piel, por ligera que sea, causa una roncha incómoda.

El tirano se cruzó de brazos y estuvo más de cinco minutos contemplando la salida de aquella muchedumbre verdadera, si es que se puede aplicar la palabra.

Al cabo de este tiempo, la boca del hormiguero se habia agrandado para dar más cómoda salida á los insectos.

Rosas hizo seña á un soldado que por allí cruzaba, y mandó llamar al capataz de la cuadrilla encargada de los hormigueros.

Recien venia el dia, y los pobres gallegos estaban desayunándose á gran prisa para entregarse á sus tareas.

Cuando supieron que el *patron* estaba levantado, aquellos infelices se agarraron la cabeza con ambas manos, y armado cada cual de su herramienta, se desparramaron por aquella magnífica estension de terreno.

El capataz llamado, encomendándose á su patron Santiago, se presentó inmediatamente al tirano, entre llorando y riendo.

Ya calculaba que algo negro les iba á suceder.

Rosas estaba aún de pié, mirando salir las aladas hormigas.

Cuando el mísero gallego vió de lo que se trataba, no pudo contener el llanto y encomendándose á todos los santos del almanaque se echó de barriga al suelo, tal fué el afan de arrodillarse.

—Por San Benito! gritó, llorando como un recien nacido—no me fusile usted que mia no es la culpa!

—No se trata de eso, animal, respondió el tirano dándole una patada.

—¿Quién es el encargado de que aquí no haya hormigas?

—Orteja, señor, esclamó el pobre gallego sin dejar de llorar.

Pues que venga aquí ese animal, antes que le mande cortar las orejas y el rabo.

Pálido como un cadáver y temblando de espanto, á pocas varas de allí estaba el desventurado Ortega.

Sus viejas mechas se le habian erizado sobre la cabeza, y se veia que estaba conteniendo el llanto á duras penas.

Como los demas peones, habian salido corriendo á su trabajo, pero al ver allí al *patron*, se habia quedado inmóvil.

Al oir la voz y la amenaza con que se le llamaba, el pobre gallego hizo un esfuerzo como si desclavase los piés del suelo y caminó vacilante y lívido hasta Rosas.

—Vos sos el encargo de este pedazo, no? preguntó al gallego, señalándole aquel hervidero de hormigas.

—Si señur, peru es el cuentu que anoche, cuandu fuime á costare, no habia hormija ninjuna.

—¿Y porqué esta mañana no lo has sacado?

—Ainda nu tive venidu al trabaju.

—¡Muy lindo, muy lindo!

—¿Como te llamas vos?

—Orteja, para servir á usted.

—¡Ortega, animal!

—Si señur, Orteja.

—Ahora te voy á dar Orteja, bestia.

Verás que remedio te aplico yo para que te acordes que no sos Orteja sinó Ortega.

—A ver aquí.

No bien habia llamado Rosas, cuando acudieron mas de cuarenta hombres entre gallegos y soldados.

—A ver, repitió Rosas, á buscar ortigas, y que cada uno me traiga un buen puñado.

Todos desaparecieron como en funcion de magia y dispararon al bajo á buscar ortigas.

Los soldados, poco piadosos por naturales, y habituados además á aquellas maldades, reian como unos condenados, adivinando lo que iba á hacer el patron.

Pero los gallegos, que no alcanzaban la infernal intencion del tirano, se agachaban á buscar la mejor mata del yuyo pedido.

Ya Rosas habia hecho desnudar al pobre Ortega, que esperaba el fin de todo aquel aparato que no alcanzaba.

Cuando volvió cada uno con un buen manojo de ortigas se dirijió al gallego y mostrándole el yuyo, le dijo:

—Esto se llama ortiga como vos te llamas Ortega.

—Ortija, si señor.

—Bueno, voltéenlo á ese y secúndanle una manga de ortigazos.

Los milicos se precipitaron sobre Ortega y empezaron á sacudirle de lo lindo.

El pobre gallego, que no conocia las propriedades del yuyo, no se esplicaba aquello.

Pero bien pronto empezó á sentir aquella picazon desesperante, y á pedir por todo lo que hay en el mundo que lo soltáran.

—Por Dios, gritaba, no me hajan más mal, ya no dormiré más y me pasaré todo el tiempo cuidando que no venjan hormijas.

—No, animal, esclamó Rosas, riendo desaforadamente con las contorsiones del gallego.

Esto es para que aprendas por ortigas que te llamas Ortega y no Orteja.

Aquello era repugnante.

El pobre gallego se retorcia por el suelo dando terribles alaridos y con el cuerpo cubierto ya por una inmensa y rojiza llaga.

El infeliz gallego se torcia todo, llorando de una manera conmovedora.

Pero sus gritos eran sofocados por las carcajadas de Rosas y de los milicos crueles, que estaban en su elemento.

Entretanto las hormigas seguian saliendo hasta ofrecer una gran circunferencia movible.

Al cuarto de hora de aquella infernal diversion, mandó Rosas que soltáran á Ortega.

En cuanto el gallego se vió libre pegó un brinco estupendo, y se echó á correr por Palermo com un verdadero loco, sin llevar mas traje que su inmensa llaga.

Y atropellaba los árboles y las plantas y las personas, dando alaridos indescriptibles.

Rosas en cuclillas y teniéndose el vientre con ambas manos, lo miraba disparar y reia como si estuvieran haciéndole cosquillas en todo el cuerpo.

Y los soldados reian hasta acalambrárseles las mandíbulas, no solo de la figura del gallego, cuanto por dar gusto al patron.

—Bueno, dijo este por fin, y sin dejar da reir.

Ahora abran un poco la boca del hormiguero con un cuchillo.

Y la *boca* fué abierta en un minuto, dando paso á un millon de hormigas.

—Ahora, repitió, que me traigan á Ortega.

Y los milicos se desparramaron por el bosque en busca del mismo Ortega, que seguia corriendo como un loco y lanzando gritos cada vez mas desesperantes.

Como fiera perseguida por indios, aquellos desalmados le hicieron un cerco al gallego, y lo trajeron así donde estaba Rosas que reventaba de risa.

Los soldados, á la algazára se habian ido aumentando en el camino, de modo que cuando Ortega llegó al hormiguero venia perseguido por mas de cien hombres.

Cuando llegó allí lo sujetaron fuertemente, esperando las órdenes del patron.

Palermo se habia alborotado con los gritos y las carreras.

De todas partes habian acudido curiosos, contándose entre ellos hasta el mismo Eusebio de la Federacion, gran Mariscal de América.

El pobre gallego ofrecia un espectáculo capaz de enternecer á un caribe.
El cansancio de la carrera habia secado su boca, al estremo de no poder pronunciar una palabra.
Tenia la lengua de fuera y el cuerpo ferozmente llagado, pues el pobre gallego para encontrar alivio, se rascaba de una manera desesperante.
—A ver, dijo entónces Rosas, para quien aquel espectáculo era como cosquillas:
Siéntenmelo á ese pillo en la boca del hormiguero!
Los milicos arremetieron sobre Ortega trabándose una lucha desesperada.
El gallego se defendia como un animal verdaderamente, mordiendo las manos á los soldados para que lo soltáran, lo que aumentaba la alegria de Rosas.
Por fin, atado de piés y manos, fué volteado como una res de matadero, y sentado sobre la entrada del hormiguero.
Las hormigas, que son bravísimas, se lanzaron sobre aquel cuerpo que les cerraba el paso, y bien pronto lo cubrieron completamente.
El gallego mordido por mas de cincuenta mil hormigas sobre la inmensa llaga de su cuerpo, hacia esfuerzos supremos y contorsiones tremendas para librarse de aquel martirio indescriptible, y cada esfuerzo, cada contorsion, era saludada por un coro de carcajadas.
Renunciamos á pintar aquella escena brutal en todos sus detalles, porque todo seria pálido al lado de la realidad espantosa.
Cuando Ortega empezó á desmayar, vencido por el dolor y la desesperacion, Rosas lo hizo soltar.
Entónces se vió á aquel hombre, echando espuma por la boca y arrancando á puñados las hormigas adheridas á su cuerpo, echar á correr, no ya como un loco, sino loco verdaderamente.
Salió de Palermo en camino á la ciudad y no se volvió á ver por allí.
Los estudiantes de Hospital del Hombres, de época más reciente han conocido á este pobre loco, en su eterna mania de creerse devorado por las hormigas de todo el mundo.
Cuando aquella rueda de asesinos festejaba con grandes risas los últimos alaridos de Ortega, se acercó don Eusebio á felicitar á su padre por tan famosa travesura.
El tirano entónces, revistiéndose de gran seriedad, dijo al loco:
—Un gran Mariscal de América, debe conocerlo todo.
Así es preciso que te sentes un poco donde ha estado Ortega.
El loco, que conocia las estrañas de su padre quiso disparar, pero fué trincado á tiempo.
No le valieron sus gracias ni sus bufonadas.
Rosas lo hizo desnudar de medio cuerpo y sentarlo en la boca del hormiguero.
El loco chillaba como un cerdo, pero fué sujetado allí, y obligado á permanecer cinco minutos al cabo de los cuales hacia formal renuncia de su título de gran mariscal, si tales sustos le hacia pasar.
El espanto de don Eusebio y su llanto desconsolado, fué el fin de fiestas de aquel hecho salvaje cuyo recuerdo fué el tema preferido de todas las conversaciones durante mucho tiempo.

———

Rosas amenizaba estas crueldades con farsas inícuas, de que eran víctimas las personas que iban á verlo por asuntos públicos ó por adulonerias privadas.

Los estranjeros que le servian eran tratados con el mas marcado desprecio, no llamándolos jamás por su nacionalidad.

Todo español era para él un gallego, todo italiano un *gringo* y todo francés un siervo de Luis Felipe el guarda chanchos.

Los locos de Palermo que sabian que con esto daban gusto á Rosas, los anunciaban de aquella manera siempre.

A don Pedro de Angelis, por ejemplo, lo anunciaban de esta manera:

—Ahi esta el gringo don Pedro.

Este, ántes de entrar, oia la insolencia de los locos, pero no se daba por apercibido.

Don Pedro era un vividor en toda regla, lo único que lo preocupaba era complacer al tirano para poder medrar con su amparo.

Sumamente desarreglado no tenia hora fija para comer.

Comia indistintamente á las seis de la tarde, como á las dos de la mañana, obligando á su hija á seguir aquel sistema desordenado.

La perversidad de aquel hombre ruin y malvado, llegaba hasta hacer á su propia hija, víctima de sus más groseras bromas y farsas, que ella sufria con santa resignacion.

Manuelita no era una belleza ni una mujer linda, siquiera.

Pero su fisonomia estada bañada por una espresion de bondad dulcísima que la hacian simpática y agradable.

Era el secretario privado de Rosas, y la única persona que estaba interiorisada en todos sus asuntos.

Su espíritu bello no se contagió jamás con las perversidades que se desarrollaban diariamente á su alrededor, y muchas veces con sus ruegos y caricias logró arrancar de su padre el perdon de alguna víctima.

Manuela no tuvo nunca sobre Rosas la influencia que se ha querido atribuirle.

Pero ella entendia todas las rarezas de aquel carácter incomprensible y solia aprovecharse de sus momentos débiles.

En la posicion escepcional en que estaba colocada, adulada por todos, de la manera más servil, podia haberse hecho soberbia ó altanera.

Pero siempre humilde y buena, supo captarse el cariño de amigos y enemigos.

Y aquel sér eminentemente bondadoso, pasó en Palermo momentos harto amargos.

Los gritos de los soldados que castigaban allí cerca, ó el ruido de alguna descarga en los cuarteles, la conmovia de una manera terrible.

Su vida durante los últimos diez años de la dictadura, fué una cadena de sinsabores y momentos amargos.

No tenia una sola amiga de corazon, en quien poder desahogar sus penas.

Porque las mujeres que la rodeaban eran las esposas de aquellos furiosos federalazos, que la llenaban de cariños y obsequios para seguir medrando.

Así el mismo reconcentramiento del dolor, era en ella una enfermedad que torturaba su espíritu.

Algunas personas que han escrito sobre la tirania de Rosas, refieren los horrores de que este miserable hacia víctima á su hija, pero esto no es cierto.

Aquel miserable no pasaba de hacerla correr con el venerable Viguá ó don Eusebio, á quienes mandaba le dieran un beso.

Y esto era solamente cuando no tenia con quien divertirse.
Porque Rosas necesitaba siempre una víctima, y cuando no la tenia, echaba mano de su propia hija.
La cuestion para él se reducia á reir á costillas de álguien.
Cuando comia, sobre todo, era cuando aguzaba mas su espíritu perverso.
Siempre tenia á su mesa personas á quienes hacía quedar á comer intencionalmente, para divertirse con ellas.
Y ya haciéndoles tomar de improviso algunas cucharadas de caldo excesivamente caliente, ya haciéndoles repetir diez ó doce veces el mismo plato, los mortificaba á su satisfaccion.
Siempre á su mesa estaban sentados el reverendo padre Viguá y el loco Eusebio, que eran los encargados de lanzar al rostro de las visitas las más insolentes groserias.
—Repita de este guiso que es excelente, decia Rosas, alargando un enorme plato de guiso, á la víctima elegida
Escusado es decir que este guiso estaba preparado con agí cumbarí, en cantidad suficiente para hacer bramar á un toro.
El invitado no se atrevia á negarse, y tragaba aquel segundo plato, junto con las lágrimas arrancadas por el picante.
—Parece que le ha gustado, eh? preguntaba el tirano.
Tomo otro poquito, y le estiraba un tercer plato.
—Gracias, señor, está muy rico, pero he comido demasiado.
—Vamos, vamos, no haga cumplimientos conmigo, que parece me desairara.
Va á tomar este otro poquito.
Y le pasaba un tercer plato, que más bien parecia una fuente.
El hombre hacia un esfuerzo terrible, tomaba un vaso de agua para mitigar el ardor de la boca, y se agachaba al tercer plato.
Pero el ardor era tanto, que no era posible disimularlo más.
Los ojos se inyectaban de sangre, por sus pómulos caía una lluvia de lágrimas, pero seguia comiendo por temor á una herejia.
Aqui terciaba Viguá ó don Eusebio con alguna bufonada que levantaba un coro de carcajadas.
—Mi padre, decia el loco, no le dés más guiso, porque apenas puede comer los pucheros que está haciendo.
Parece un pavo atorado.
Las bufonadas seguian, el guiso se iba repitiendo, hasta que el dolor, pudiendo más que el miedo, le hacia declarar que aquello estaba ferozmente picante y que no podia comer más.
—Pero lo hubiera dicho usted ántes! esclamaba Rosas entónces.
Yo creí que se estaba usted chupando los dedos!
A ver, su paternidad, alcance al señor un vaso de agua!
Y daba un moquete á Viguá, que siempre estaba al alcance de su mano.
—Vamos, no me pegue! á mí no me pica el guiso y lo quiero comer tranquilo! gritaba el idiota volviendo á meter el hocico en el plato.
Pero un segundo moquete más récio que el primero le advertia que debia obedecer.
Y el reverendo padre, con la cara llena de grasa, se levantaba refunfuñando y alcanzaba al señor su propio vaso, que aquel tomaba de miedo, como habia comido el guiso.
Por fin, como quien tiene una braza de fuego en el estómago, la

pobre víctima se oprimia el cuerpo con las manos y salia del comedor sin darse cuenta de nada.

Aquel cáustico de ají le devoraba las entrañas.

Rosas entre tanto reia como un bienaventurado.

En seguida, y como para no dejar enfriarla cosa, obligaba á los locos á fuerza de puñetazos á comer igual cantidad de guiso, que abandonaban el comedor, echando cuanta palabrada se les venia á la boca.

En las comidas oficiales, el aspecto de la mesa no cambiaba respecto á este género de bromas.

Era preciso que siempre hubiera una víctima que divirtiera á los demás.

Cuando no era don Pedro de Angelis, era Jimeno, y cuando no era Jimeno era alguno de esos grandes personajes que el público los creia de grande influencia federal.

El aspecto de estas comidas, tenia además el sello característico de la mazorca.

No faltaban nunca diez, veinte ó mas damás invitadas, por supuesto de la flor de la federacion.

El asiento de don Juan Manuel, era entónces en el centro de las damas.

Hermosisimo por naturaleza y de la más encumbrada posicion, una galanteria del tirano, era un honor inestimable para las damas infaltables á las fiestas de Palermo.

Aceptaban un trago, despues de comer, como una distincion insuperable, y salian á dar una vuelta por el bosque.

Desgraciado el marido celoso á quien Rosas barruntaba su debilidad pequeña del espiritu, porque entónces se complacia en martirizarlo verdaderamente.

La esposa del celoso era el tema de todas sus galanterias durante el tiempo que duraba la comida y la preferida para dar el paseo por el bosque.

Y como lo hacia de manera que los demás notáran la cosa, el pobre marido estaba peor que San Lorenzo en la parrilla, si es verdad que el tal San Lorenzo fué asado alguna vez.

Cuando los celos del marido pasaban de punto, Rosas le preguntaba si estaba enfermo.

Alguno aprovechó aquella pregunta para significar que sí, y que muy á su pesar iba á retirarse.

Pero este alguno se arrepintió muy pronto de su temeridad.

—Hola, coronel Hernandez, dijo el tirano una tarde en que se repetia por milésima vez aquella escena.

Lleve un poco al señor al cuartel de la Escolta, que allí los milicos son muy entretenidos y lo destraerán un poco.

Lo primero que cruzó por el majin del paciente fué que se trataba de fusilarlo, apresurándose á darse por curado.

Con semejante receta, ningun marido volvió á enfermarse ni mucho menos á pretender retirarse antes de la hora.

A la fiesta siguiente, el primero en ser llamado, era el que más mortificado estuvo en la anterior.

Y cuidado con faltar que estaba espuesto á que la mazorca le jugara una mala pasada.

A veces, antes de acostarse ordenaba que al dia siguiente fueran convidados á Palermo todos los panaderos y lecheros, ó simples paseantes que encontraran los agentes de Palermo.

Y al dia siguiente, cuando se levantaba habia formado en el gran patio y al rayo del sol, unos doscientos hombres por lo menos.

Rosas les hacia abrir filas como si se tratára de militares, y cruzando por delante de ellos les empezaba á echar una diatriba, asegurándoles que lo único que merecian era que les hiciera pegar cuatro tiros.

Y cuando aquellos infelices estaban convencidos de que los iban á matar, los hacia romper filas y les soltaba un grupo de soldados que les dieran de palos para hacerlos andar mas pronto.

Otras veces se entretenia en decretarse honores desde Palermo, para ocupar la atencion pública y hacer alarde de fuerza.

Con este motivo, dió en Palermo el siguente curioso decreto, que pueden confrontar nuestros lectores en el libro 15 del Registro Oficial de aquella época:

Viva la Confederacion Argentina!

Mueran los Salvajes Unitarios!

Decreto:

Art. 1º La apertura de la Santa Iglesia Catedral, reparada de la gran ruina que la amenazaba, se hará el diez del corriente Noviembre, víspera de la fiesta del glorioso patron de esta ciudad.

Art. 2º La salida de la corporaciones y empleados civiles y militares presididos por el Gobernador de la Provincia y en su defecto por el Ministro de Relaciones Esteriores, saldrá con direccion al templo en el órden prevenido en el formulario, á las nueve en punto del once.

Art. 3º Las tropas de la guarnicion estarán formadas á las siete en punto de la mañana en dos alas, de la Fortaleza al arco principal de la Recoba, de allí á las cuatro esquinas de la Catedral y en seguida hasta la puerta del templo.

Art. 4º El General que desempeñó las funciones de Mayor General en el ejército que espedicionó en los desiertos del Sud en los años 1833 y 1834, acompañado de los jefes y oficiales que hicieron la campaña, y que actualmente se hallan en esta, llevarán en sus manos la bandera del mismo ejército.

Los dos jefes de más graduacion de aquellos se colocarán á derecha é izquierda del referido General, llevando en sus manos el uno la medalla y el otro la espada con que la honorable Representacion de la Provincia condecoró al General en Gefe (Rosas).

Art. 5º Igualmente los espresados jefes de la derecha ó izquierda, llevarán la coraza del famoso cacique *Chocori;* y el arco, flechas y lanzas del no menos afamado Cacique del Chaco, que remitió á dicho general en Jefe su muy amigo y compañero, el Exmo señor Brigadier General de la Nacion, don Estanislao Lopez.

Art. 6º Colocados en dos alas, y en el expresado órden los mencionados jefes y oficiales, y el Mayor General en el Centro, al final de ellas saldrán de la Fortalesa á las ocho y media de la mañana con direccion al templo, en cuyo acto se hará un salva de artillería de 21 cañonazos.

Art. 7º Al presentarse en el templo ante el santo Patrono, darán frentes las dos alas y por entre ellas marchará el Mayor General, y pondrá á los piés del Santo, la bandera, la espada, la medalla y demas trofeos referidos. En seguida dirigiendo la palabra al Santo le dirá:

«Sin duda que las glorias militares que han inmortalizado á este

pueblo, tan heróico como generoso, han sido conseguidas bajo el amparo de un Patrono, como vos, que siendo á un mismo tiempo Santo esclarecido, y militar valiente, probasteis en las guerras contra los bárbaros de las fronteras romanas, que las virtudes cristianas pueden reunir la bravura, la piedad, la libertad, la defensa de los derechos, y el amor á la humanidad.

«A nosotros tambien nos ha cabido la fortuna de conducir á vuestros hijos los *Porteños*, hasta los confines del desierto, donde se asilaba la ferocidad de los bárbaros, para ser el azote constante de esta tierra.

«Aquí está la bandera que condujo de triunfo en triunfo á este virtuoso ejército.

«Ella queda en vuestras manos, como un testimonio de gratitud debido á la victoria que nos ha concedido el Sér Supremo por vuestra intercesion.»

Art. 8º Acto continuo regresará á incorporarse con los jefes y oficiales, cada uno en sus recpectivos lugares, en el ala militar que ya debe ir en marcha para el templo, formando la comitiva del Gobierno.

Art. 9º En una lámina de plata, que el mencionado General en jefe del Ejército quiere que se construya á su costa, se grabarán los nombres de los mil setecientos veinte cristianos que han sido salvados del cautiverio, la que concluida será dedicada y entregada á la Santísima Virgen de Mercedes, redentora de cautivos, en el dia de su funcion.

Art. 10 Comuníquese, etc., etc.

Rosas hacia todo el despacho en Palermo, despacho que se repartia entre el Gobernador de la Provincia, pantallon federal, el jefe de Policía, Don Antonino Reyes, y diversos jueces de Paz.

No se movia una paja en Buenos Aires que no obedeciera una órden del tirano.

El abarcaba todos los ramos de la administracion.

Así se le verá intervenir en las cuestiones internas de las familias ó mandar cortar la cabeza al que habia cometido el delito de ser paquete ó afeitarse el bigote, dejando su barba en forma de U.

Rosas era un farsante, que no perdia ocasion de burlarse de los más altos empleados de la administracion en las notas oficiales más sérias.

Y vamos á dar una prueba de ello, con la mas curiosa de todas sus resoluciones administrativas que cita el señor Barbará.

Rosas habia nombrado Jefe de Policía interinamente, á don Juan Moreno, oficial mayor de la Policía.

Queriendo Moreno, que era un infeliz, hacer méritos para conservar el puesto, dirigió á Rosas una bombástica nota, encareciendo algunas mejóras que necesitaba el Departamento.

Notaba como de la más alta conveniencia la necesidad que habia para la moral pública y buenas costumbres, que las presas existentes en la cárcel pública, fuesen remitidas al cuartel general de Santos Lugares.

Este pedido lo fundaba en que era muy irregular la presencia de mujeres en la cárcel, que solo servian para ocasionar escándalos.

Rosas se impuso de esta nota, confesando que era la más graciosa que habia leido en su vida, é hizo llamar á Palermo á don Benedicto Maciel, oficial 1º del Ministerio de Gobierno, á quien dictó la siguente resolucion

No estando conforme el Gobernador de la Provincia con la disparatada nota del Jefe interino de Policia, en que se pide que las presas relacionadas sean destinadas al servicio de la Sastreria del Cuartel General, pero sí que lo sean á una que se forme al cargo de dicho jefe de Policia para su instruccion y enseñanza, vuelva al mismo este espidiente con las clasificaciones de las presas enunciadas, en las que han recaido los correspondientes decretos, para que proceda del modo siguiente:

1º Buscará una casa aparente y segura á fin de evitar el escalamiento de D. Eusebio el de la Santa Federacion y guerrero de la Independencia, con la comodidad y estension necesaria, en un punto saludable y con suficiente terreno para el cultibo de los nabos y otras legumbres, que alquilará por cuenta del Estado.

2º En dicha casa serán colocadas las presas y las mas que á esa prision y servicio fueren destinadas.

3º Tendrá una guardia de Policia compuesta de aquellos individuos de reconocida moralidad y buenas costumbres á quienes no se les haya conocido propension á la mujeres, á cuyo efecto se creará una compañía de *línea* ó se aumentará la que existe.

4º Tendrá la cárcel un alcaide y una alcaidesa que sean antipáticos á sí mismos, para el cuidado, órden y moralidad y demás correspondiente.

5º Habrá una pieza destinada para capilla, y un sacerdote capellan *pagado* por el Gobierno el último dia de cada mes, para que confiese, diga misa los Domingos y dias de ambos preceptos entre semana, y los de oir misa y trabajar.

6º Tendrá la casa cárcel, un médico de *reconocida moralidad* cuya asistencia á las enfermas será pagada el último dia de cada mes por el Estado.

7º Las presas ganarán por su trabajo de *cuarenta* á *sesenta* pesos mensuales segun su más ó menos desempeño. Y serán abonadas el último dia de cada mes.

8º Estarán las presas aseada en su vestido y recibirán un vestuario el dia de su entrada á la cárcel, procurando que en su confeccion no se empleen colores *celestes ni verdes* ni otros combinados que usan las inmundas *sabandijas* salvajes unitarias. Despues será de su cuenta vestirse con decencia, del jornal que ganen, siéndoles absolutamente prohibido hablar ni ocuparse de cosas que no sean pertenecientes á sus obligaciones.

9º Tendrá cada presa un catre, un colchon y dos almohadas, dos fundas, dos *frazadas* y una colcha, un lavatorio, un espejo, un baul y peines, todo costeado por el Estado, á la entrada de las presas á la cárcel y conservado despues por ellas en el mejor estado con su *jornal*. El Jefe interino de Policia procurará que la ropa interior de las presas no aparezca cargada con color azul claro que tire á celeste y que suelen usar, cuya moda hará que desaparezca como un ultraje hecho á la causa de la federacion y de la América.

10 Habrá una mujer aparente, pagada por el Estado el último dia de cada mes para *enseñarles los rezos necesarios*, hacer coro en la capilla, y el rosario por la noche.

A efecto que no se introduzca una confusion en el rezo de las letanias de la vírgen, en latin, asistirá las primeras noches el Padre Camargo ó Fray Fernando capellan de la Quinta, que lo entiende mejor, y podrán instruir á la mejor rezadora.

11 Tendrá un sastre que no sea *carcaman*, pagado por el Estado el último dia de cada mes, que será encargado de cortar las piezas de vestuario del Estado, y demás que deberán coser las presas.

12 Los géneros necesarios serán suministrado por don Simon Pereyra al jefe interino de Policia que observará si su calidad y demás circunstancias son conformes á lo convenido, y habrá en la casa cárcel un almacen para su depósito y para la ropa hecha que alli debe irse conservando á la disposicion del gobierno.

13 En la cárcel de presas no podrá introducirse ninguna persona que no sea de los empleados que la custodien, ni licores de ninguna especie y estará sugeta al reglamento y órdenes vigentes, respecto de la cárcel del Cabildo.

14 El jefe interino de Policia, si considerase conveniente esta resolucion la irá poniendo en práctica y proponiendo todo el aumento y mejoras de que puede ser susceptible; pues que la presente es solamente una *base* ó *compendio reducido* sujeta á todas las reformas que aconseja un maduro exámen en tan grave asunto que puede comprometer el *órden social y los intereses de la América*.

15 Si por el contrario el jefe interino de Policia *piensa* que esta resolucion no puede ser conveniente, ni realizable, ni *provechosa* á la moral, á los intereses del Estado, y á las presas, devolverá este expediente al Gobernador de la Provincia con las clasificaciones que e son adjuntas.

Y habiendo el jefe de Policia manifestado al Gobernador que considera en todo muy conveniente esta resolucion, publíquese el presente decreto á los efectos consiguientes.

Rosas.

Por órden de S. E.
El oficial 1º del Ministerio de Gobierno,

Benedicto Maciel.

LA MUERTE DEL HÉROE

Mientras Buenos Aires se ensangrentaba de esa manera, el bandido Oribe, con su poderoso ejército se enseñoreaba en las provincias del interior, degollando sus más ilustres hijos y cometiendo toda clase de horrores.

Benavides acababa de triunfar del Coronel Acha en San Juan, que tuvo que capitular y entregarse, junto con el Comandante don Rufino Ortega.

Pacheco, que era la vanguardia del Oribe, iba en persecucion del General Lamadrid, para destruir su ejército, que era la última ame naza que pesaba sobre la federacion.

Desmoralizado el ejército del heróico Lamadrid, con los contrastes sufridos por Lavalle, y por la gran miseria en que se le tenia, defeccionó y se desbandó poco despues de roto el fuego.

Lamadrid fué derrotado completamente.

Pero aquel espíritu fuerte que no se arredraba ante nada, volvió á juntar algunos cuerpos, y presentó de nuevo batalla al General Pacheco, que volvió á vencerlo despues de un rudo y corto cambate.

El General Lavalle, entonces, desencantado y perdida por el momento toda esperanza de hacer algo, despues de estas derrotas de

Lamadrid, que emigró á Chile, marchó en direccion á Bolivia, con los pocos hombres fieles que aún le acompañaban.

El Comandante General de la Provincia de Salta, D. Mariano Boedo, quiso privarle el paso y salió con alguna fuerza á su encuentro.

El General Lavalle organizó sobre la marcha la escasísima fuerza que aún lo acompañaba y cayó sobre Boedo, derrotándolo y haciéndolo su prisionero.

Algo consolado con aquel favor de la suerte que tan adversa le habia sido, el General siguió á Jujuy, alojándose en casa de su amigo el señor Bedoya.

Allí permaneció algunos dias reposando de sus largas fatígas y sinsabores.

Todo el interior estaba dominado por Rosas y sus hombres.

Para perseguir los restos de los ejércitos unitarios y concluir con los que anduvieran por ahí ocultos, se habian organizado partidas que asolaban los pueblos, azotando, degollando y robando todo aquello que hallaban á tiro de uña.

El General Lavalle seguia en casa de Bedoya, esperando un momento oportuno para seguir á Bolivia, donde pensaba fijar su residencia, hasta alentar alguna nueva esperanza de triunfo.

Una de estas partidas, mandada por un gaucho Bracho, de apellido, penetró en Jujuy buscando al General Lavalle que el tal Bracho sabia que estaba allí oculto.

Al poco tiempo de andar en el pueblo, Bracho sabia ya que Lavalle estaba en casa de Bedoya y que se encontraba solo, acompañado de un par de ayudantes.

La casa fué perfectamente cercada, por la numerosa partida, que empezó á hacer fuego de fusil, al acaso, sobre las habitaciones.

El General Lavalle no estaba solo, pero en cuanto vieron que la casa estaba rodeaba y que perecerian sin remedio, los que lo acompañaban saltaron las paredes y fueron salvándose como pudieron.

El General Lavalle se encerró en la pieza que ocupaba, dispuesto á vender su vida lo más caro que le fuera posible, si aquella pieza llegaba á ser asaltada.

No contaba con más auxilio que el que pudieran ofrecerle un par de pistolas y su legendaria espada.

Armas que en manos de un hombre de su temple bastaban para contener é imponerse á aquellos descamisados y asesinos.

Esperando los acontecimientos y los giros de aquel asalto, el General miraba costantemente por el ojo de la llave.

Cansados de hacer fuego inútilmente, Bracho dispuso que los asesinos se desparramaran por la casa hasta dar con el General Lavalle.

Bracho se acercó á la pieza donde éste permanecia.

El General se puso á observarlo atentamente por el ojo de la llave sin perderle uno solo de sus movimientos.

Pero por la misma proximidad á la puerta no pudo ver que el gaucho sacaba una pistola de bala de onza.

Sintiendo el ruido que hacia al armarla, el General siguió mirando para no perderle movimiento.

En aquel mismo instante Bracho abocaba su pistola al ojo de la llave, con ánimo de hacer saltar la cerradura y franquearse la puerta.

Lavalle no pudo ver la accion, creyendo tan solo que el ojo de la llave quedaba obstruido por el cuerpo de aquel hombre.

Bracho hizo fuego y al sentir arrancarse la cerradura, sintió en la pieza un ruido que lo dejó helado.

Era el ruido peculiar de un cuerpo que cae pesadamente al suelo pero sin haber lanzado un grito, sin hablar una sola palabra.

Empujó la puerta armando su otra pistola en precaucion de cualquier peligro, y entró.

Allí estaba tendido sobre un gran charco de sangre, el cadáver de aquel hombre ilustre y esforzado.

Aquella bala maldita habia penetrado en el ojo, rompiéndole el cráneo y haciendo saltar la masa cerebral, cuyos pedazos podian verse incrustados en la pared opuesta.

La muerte habia sido instantánea.

Tan inesperado era aquello, que el gaucho quedó aterrado ante su propia obra.

Se retiró de la casa y se alejó con su partida no sin haber ántes despojado al noble cadáver de los valores que tenia encima.

La noticia se desparramó en el acto por toda la poblacion.

Entónces acudieron los Comandantes Lacasa y Molina á convencerse de aquella terrible verdad.

Estos dos jefes eran los más leales ayudantes y amigos del general Lavalle.

Habian compartido con él todas las penurias de aquella campaña funesta y no habian querido abandonarlo en su último trance; el más amargo de todos.

Grande fué el dolor que esperimentaron al ver sin vida y con la cabeza destrozada, á aquel hombre tan digno de una muerte feliz!

Agobiados por un dolor íntimo y puro, acomodaron el cadáver para acompanarlo en su última y más penosa peregrinacion.

No podia escapar á su penetracion que, repuestos de la sorpresa y obedeciendo órdenes de los bandidos que estaban en el poder, volverian á mutilar el cadáver, como habian hecho con el noble Avellaneda, para enviar sus orejas ó su cabeza, como un presente al ilustre restaurador de las leyes.

Acomodaron el cadáver de la mejor manera que les fué posible y ocultándose hasta el estremo de viajar de noche solamente, emprendieron viaje á Bolivia, donde dieron sepoltura á aquel cadáver ilustre.

Cuando Rosas conoció el fin del General Lavalle, su alegria no reconoció limites.

Aquella muerte fué festejada come un plausible acontecimiento, mandando sus órdenes más terminantes para que le fuera remitida la cabeza del General.

En la ciudad todo era cohetes y músicas, bailes y todo género de fiestas.

En Palermo y Santos Lugares, la fiesta rayaba en frenesí.

Con la derrota de Lamadrid y la muerte de Lavalle, la Federacion quedaba imperando en toda la República.

¿Quién se atreveria á levantarse en armas contra Rosas?

Todos los gobernadores de las Provincias, colocados por Oribe, prévia aprobacion de Rosas, servian al tirano, sirviéndose á ellos mismos, pues comprendian que era la única manera de conservarse en el poder.

El tirano mandó buscar á Bracho, para felicitarlo personalmente y premiar su accion federal.

Era Bracho un pobre gaucho oscuro y bruto; sin mas mérito que el de haber combatido en las filas federales, y haber prestado á *la patria* el casual *servicio* de dar muerte al más ilustre y noble de sus hijos.

Bracho llegó á Buenos Aires y fué conducido á Palermo donde lo recibió el mismo Rosas, llenándolo de felicitaciones y presentándolo á toda la córte federal, á quien hizo agasajar y cumplimentar al gaucho miserable.

Los copetudos hacian asco de alternar con él, pero Rosas estaba presente y no habia mas que doblar la cabeza.

Las damas federales colmaron de regalos y zalamerías á aquel tristemente célebre personaje, que se creia estar en una especie de cielo.

¡Cómo no ser galante con el matador de Juan Lavalle!

Las pobres familias unitarias escuchaban toda aquella fiesta y algazara devorando sus lágrimas.

Para ellas la muerte de Lavalle importaba la muerte de toda esperanza de libertad y fin de la sangrienta tirania.

Ya Rosas, sin enemigo que temer, se lanzaria con más ahinco que nunca á los más bárbaro crímenes.

Bracho, en premio de su accion, fué hecho teniente del ejército, despues de habérsele entregado cien mil pesos, y un rico uniforme para que fuera á pasearlo á la ciudad.

Con lo que el gaucho echó una soberbia y una altaneria inaguantables.

Sintiéndose llamar por Rosas amigo, miraba á todos por arriba del hombro, dándose los aires de un gran personaje, aires que le habian imbuido los cumplimientos y adulonerias de Palermo.

Porque como Rosas lo regalaba, todos los buenos federales quisieron hacer lo mismo.

Era tal la importancia federal que se dió á este tipo, que era el mejor empeño para otener algo del tirano.

Los federales más copetudos lo llevaban á su casa para tener el gusto de obsequiarlo y oir de sus lábios la narracion del fausto acontecimiento.

Bracho hacia lo que queria, hasta mamarse en el mismo salon de Rosas y obtenia cuanto pedia.

Hasta que se volvió á su provincia lleno de dinero y obsequios que no podia apreciar porque ni siquiera conocia su aplicacion.

Oribe, entretanto, hacia todo género de pesquisas para dar con el cadáver de Lavalle.

Todo su ejército se hallaba ocupado en buscar el cadáver del General Lavalle, para cortarle la cabeza y mandarla salada al gran Americano, para que la colgara en las fiestas que se celebraban en festejo de aquella muerte.

Las autoridades de todos los pueblos, como lo comprueba el señor Lamas en sus *escritos políticos*, se ocupaban esclusivamente en abrir los sepulcros, buscando el codiciado cadaver.

Y en los cementerios tenian lugar entónces escenas de las más brutales y execrables.

El cadáver, que segun ellos, tenia facha de pertenecer á salvaje unitario, era mutilado de una manera feroz, cortando las orejas de los que aún no estaban bastante corrompidos.

Los féretros se quemaban y el cadáver era arrastrado hasta la fosa comun, porque un salvaje unitario no tenia derecho de ser enterrado como gente.

Aquello era el delirio del crimen llevado á su faz más repugnante.

Los curas de las parroquias se apresuraban á certificar que no

habian dado permiso de defuncion para el ilustre difunto, librándose así de atropellos bestiales.

Porque las partidas federales penetraban á las sacristias á revisar los libros, y las escenas del cementerio se repetian allí aunque en menor escala.

Si en los libros que registraban hallaban la defuncion de algun salvaje unitario, daban golpes al cura, al sacristan y á cuanto monigote andaba por la iglesia.

No contentos con esto, bajaban á los santos de sus nichos y los azotaban con sus rebenques, porque eran unos pillos protectores de salvajes unitarios, y que así escarmentaban en ellos los demás santos para que no se metieran á proteger inmundos enemigos de la gran causa federal.

Pero el cadáver no aparecia por parte alguna y Rosas apremiaba á Oribe exigiéndole su inmediata remision.

—Ya he mandado hacer activas pesquisas, decia en una nota aquel bandido, sobre el lugar en donde está enterrado el cadáver, para que le corten la cabeza y me la traigan.

Para que llegue allí en mejor estado he dispuesto que la encierren en un cajon de sal.

Y de ese modo podrá detenerse la descomposicion, pues es lástima que en las fiestas que allí se celebran, no figure la cabeza de tamaño bandido.

Pero toda pesquisa fué inútil!

Todos los cementerios se profanaron, todas las tumbas se abrieron, pero el ilustre cadáver no pareció en ninguna de ellas.

Por fin Oribe tuvo noticias de que el cadáver habia sido transportado á Bolivia por los dos leales ayudantes del General.

Inmediatamente dirigió una nota al General Urdimenea, pidiendo la estradicion del cadáver del gran bandido, segun este miserable!

Y eran tales los términos de aquella nota dejando traslucir de lo que se trataba, que Urdimenea, lleno de horror, rechazó aquella exigencia brutal, lo que dió márgen á la célebre cuestion con Bolivia.

El cadáver del ilustre argentino descansaba en paz en tierra boliviana, gracias á sus dos leales y bravos amigos.

La mazorca tuvo que pasarse sin la cabeza de Lavalle, que pensaban haber engalanado con moños celestes, perejil y cebollas, como engalanaban las que se exhibian colgadas en los puestos de carne del mercado.

Pero á pesar de no tener la cabeza, la muerte de Lavalle se festejó en Buenos Aires con toda pompa federal.

Por órden de Rosas, el famoso y federal cura Gaete, dispuso la célebre borrachera y orgía que se celebró en la Piedad.

Aquello fué una verdadera saturnal corregida y aumentada por la crema de la federacion.

En las grandes naves del templo se habian apiñado los mismos miserables que se reunian en la casa del desgraciado don Lúcas Gonzalez.

Mujeres de mala vida y perdidos de toda especie, mezcladas con curas, compadritos, militares y personajes de la administracion, bebian desaforadamente á la salud de Bracho y del Restaurador de las leyes.

Y mientras la orgía y la borrachera estallaba en todos los ámbitos, el cura Gaete, tan ébrio como sus oyectes, lanzaba estentóreas pré-

dicas, asegurando que la muerte de Lavalle, del asesino Lavalle, era un presente que la divina providencia hacia á la divina federacion.

Las mujerzuelas gritaban en su fraseología nauseabunda, mientras los hombres invitaban á beber á los santos y les arrojaban el líquido á la cara, porque decian que los desairaban.

Es que la borrachera llegaba á su apogeo.

Y los perdidos de toda la ciudad iban cayendo á la fiesta y reclamando su correspondiente racion de vino.

Gaete era el ídolo de la fiesta.

Las mujerzuelas lo rodeaban reclamando su bendicion con destemplados y aguardentosos gritos, proponiendo en cambio un amor sin límites, un amor federal.

Y era preciso reservar el vino de las limetas que consumia con verdadera voracidad.

Aquella orgía duró miéntras los concurrentes pudieron tenerse en pié.

No quedaba una imágen en su sitio, yendo muchas de ellas á parar al medio de la calle, esperando una mano caritativa que les pusiera divisa para poder regresar á ocupar su nicho.

Terminada la fiesta, la iglesia presentaba todo el aspecto de una crujia.

Grupos de mujeres que dormian envueltas en sus harapos sobre enormes charcos de vino, que sus estómagos no habian podido retener.

Y grupos de hombres, que con el brazo doblegado por el alcohol, afilaban ó hacian el ademan de afilar sus facones, al compas de la *refalosa* que cantaban en coro imposible.

El cura Gaete recorria los grupos bendiciéndolos y recibiendo los bravos de aquellos criminales.

Este cura Gaete, es el mismo que publicaba un aviso á los verdaderos federales, como el siguiente, que copiamos de *La Gaceta Mercantil* del 16 de Octubre de 1840:

«El cura de la Piedad, doctor don José Tomás Gaete, convida con solo esta invitacion á sus amigos, que son los verdaderos federales, para que le acompañen el lúnes próximo 19, á las 5 de la tarde, á los maitines, y al otro dia mártes á las diez de la mañana, á las exéquias fúnebres que se han de celebrar con la mayor solemnidad, en la parroquia de nuestra señora de la Piedad, por el bien del alma de la finada heroina, madre de la Confederacion Argentina, doña Encarnacion Ezcurra de Rosas.

«A cuyos actos no se permitirá ningun salvaje unitario ni federal á medias, porque sus oraciones no son admitidas ante los ojos de Dios, por ser unos perjuros.»

Esta sola pieza dá la medida de aquel bergante, el más ruin de todos los federales que vistieron sotana.

Terminada la gran fiesta de la Piedad, tuvo lugar una más magnífica, si es posible, en la plaza de la Concepcion, al aire libre.

Esta fiesta, de órden de Rosas tambien y en festejo de la muerte de Lavalle, era organizada por Salomon y Cuitiño, que se habian empeñado en sacar la oreja al cura Gaete.

Allí el honorable público asistente, tenia el derecho de acercarse á las tinetas de vino, y meter en ellas el hocico, no retirándolo hasta no haber chupado en toda regla.

Dadas las condiciones del local y la profusion de tinetas con vino,

la concurrencia era diez veces mayor que la que habia asistido á la Piedad.

Todo el barrio de la Concepcion estaba en la plaza, hablamos del barrio federal.

Las músicas se oian en todas partes y los gritos de mueran los salvajes unitarios! atronaban la plaza.

Por entre todos los grupos se veia pasar la siniestra figura del Coronel Cuitiño palmeando en el hombro á sus muchachos, é invitándolos á echar un último trago.

El cura Gaete fué invitado especialmente por Salomon y Cuitiño, que querian hacerlo salir con el mayor brillo de la fiesta.

Y el cura asistió, sin duda para dar mayor solemnidad al acto de empinar el codo.

—Donde quiera que se beba por la federacion y por el esterminio de los salvajes unitarios, dijo, ahí he de estar yo.

La santa madre Iglesia y la santa causa de la federacion me encontrarán siempre listo para servirlas.

Esta fiesta hizo época en el populacho, que recordó con placer, durante mucho tiempo, la cantidad enorme de vino que se habia consumido.

—Es en vano, decian:

En fiestas que dirijen el Coronel Cuitiño y Salomon, ni una mula nos gana á beber.

Es negocio de ir hasta con garganta prestada.

Dos dias con sus correspondientes noches duró esta orgía, que hubiera sorprendido al mismo estimable Baco, elevado á la categoria de dios.

Ahora, el gran mundo federal celebraba tambien sus fiestas de copete, en relacion á los personages que en ellas tomaban parte, pues lo que es en el fondo, era exactamente igual á las que ya hemos descripto.

En casa de la terrible María Josefa, tuvo lugar un gran baile y cena, al que no se permitió faltar ninguno de los personages de la época ni de los unitarios que tenian fuertes razones para conservar íntegro su pescuezo.

Doña Maria Josefa, tan maldecida como su mismo cuñado, estaba radiante de ferocidad y de joyas.

Cada vez que se acercaba una copa á los lábios, esclamaba con su voz de sable patrio:

—Por Dios que siento que no sea sangre del cobarde Lavalle—La beberia con suma delicia.

Es lástima que los bolivianos nos hayan robado las entrañas de este bribon!

Y bebia como un sargento de línea, sin que se notase en sus piernas la menor impresion.

—Veremos de quién se agarran ahora los unitarios salvajes y puercos para hacerse matar como chanchos!

Ya no les queda ni el más ruin de los cabecillas.

Cuentan que en lo mejor del baile, se apareció de gran uniforme el gran Mariscal de la América de Buenos Aires, don Eusebio de la Federacion.

—Aquí me manda mi padre, dijo, para que baile un minué con la señora doña Maria Josefa.

Y al decir esto, el loco hacia las contorsiones más graciosas

s

la

to
el

·lla

hija
rovi-

nigos

menos

le Go-
odo lo
portase

·moria de
o querian
desde el
ndas crias.
señaló su

ligh life, salian las turbas de mazorqueros ébrios que se desparramaban sembrando el terror por la ciudad.

Al hablar de ellos en sus *Neurosis* el distinguido doctor Ramos Mejia, trae los siguientes párrafos, que queremos transcribir en corroboracion de lo que hemos dicho:

«Los mazorqueros se repartian en grupos de cincuenta ó cien por distintos puntos de la ciudad.

Y allí donde hubiera una familia comprometida entraban y registraban hasta la última pieza, cometiendo toda clase de tropelias.

Si alguna mujer habia olvidado el moño, se lo pegaban en la frente con brea, ó intimada por cuatro manos crispadas y vigorosas y arrojándola al suelo, la desmayaban á rebencazos.

Desgarraban los papeles que cubrian las paredes, los muebles y cortinados que fueran celestes, destruian á sablazos los cuadros y llevaban hasta la cama donde dormia algunn niño, para cerciorarse si tenia las condiciones necesaria para ser un completo federal.

Y de allí volvian á salir para continuar sus depredaciones y se veia á la gente aterrorizada disparando por las calles y el ruido de las puertas que se cerraban iba repitiéndose de cuadra en cuadra, y de manzana en manzana.

Es que el terror se habia apoderado de todos los ánimos.»

Si la fiesta de doña Maria Josefa hubiera durado una semana, la poblacion de Buenos Aires que no era federal conocida, hubiera disminuido en un setenta per ciento

Felizmente despues de la segunda noche de orgia, la esclarecida federala cayó rendida por el cansancio y el licor.

Don Eusebio se quejó amargamente á su padre de la paliza recibida, y esto le valió un buena rebenqueadura, por sin vergüenza y por no haber cumplido el programa.

Pero no por esto doña Maria Josefa se escapó de una buena reprimenda.

Al dia siguienie entraba en su casa el coronel Corvalan, edecan de S. E., y le notificaba el profundo disgusto que le habia causado su conducta para con don Eusebio, previniéndole que cuidado como se volviera á repetir.

La Maria Josefa se tragó aquella amarga píldora, buscando alguna familia unitaria á quien soltar sus hombres leales.

Era esta la panacea eficaz que tenia para todos sus malos humores y reprimendas por el estilo.

Este sér maldecido de quien no nos volveremos á ocupar, tuvo una muerte terrible, análoga á la del fraile Adao, como justo castigo á sus grandes crímenes.

Postrada por una enfermedad cutánea de las más espantosas, todos sus amigos empezaron á alejarse y á huir de ella como de un sér maldito.

Su cuerpo se habia transformado en una inmensa llaga, y su cabeza toda reventada ofrecia el espectáculo más repugnante.

No quedaron rodeándola mas que aquellas negrillas de todo pelage que le habian servido de espias á los Unitarios y que tenia que pagarlas á peso de oro para que no la abandonáran.

La enfermedad y los dolores á ella consiguientes, habian revuelto todo el abismo de su espíritu perverso, haciéndola inaguantable para las mismas que le devoraban el dinero en cambio de una asistencia mercenaria, hecha de mala voluntad.

Estas mismas se le fueron separando gradualmente despues de hacer la bolsa y despojarla de una cantidad de alhajas.

Doña Maria Josefa sentia todo esto, pero estaba inmóvil en la cama, sin tener un solo sér que la amparase.

Por fin la última negra se retiró llevándose su última alhaja y la harpia, maldeciendo del cielo y de la tierra, quedó entregada á su propia desesperacion, sin tener quien le alcanzára un vaso de agua.

Un mulato borrachon, que habia tomado su casa por alojamiento gratuito, fué á acompañarla, encontrando las piezas muy confortables.

Se alojó en la sala y dormia sobre los sofáes de damasco.

Y esta misma compañia solo sirvió para desesperarla más todavia, pues cuando le pedia le alcanzara algo, le gritaba:

—Espere la bruja, si quiere, que ahora estoy ocupado,

Así murió este sér perverso, que habia emlpeado su vida en hacer todo el mal posible.

En su últimos dias, presa de un delirio espantoso, veia desfilar ante su cama á todas sus victimas que la emplazaban para el dia de su muerte con terribles amenazas.

Y rindió su espíritu perverso en medio de sufrimientos múltiples y creyéndose estrangulada y devorada viva por esqueletos de formas caprichosas y aterrantes.

Murió sin haber conocido lo que era una caricia.

Parecido á este fué tambien el fin del célebre Mariño, jefe de la banda de asesinos conocida por serenos.

El mismo Rosas ordenó que los coches de su acompañamiento guardáran una distancia de seis varas por lo ménos para evitar el contagio de la peste.

Este ha sido el fin, mas ó menos, de todas las fieras de aquella época.

El fin de ellos ha sido siempre trájico.

Solo dos, los más crueles, han escapado á este castigo.

Rosas, que se dice murió tranquilo en su lecho, rodeado de su hija y de sus nietos, y otro de sus Tenientes á quien la divina Providencia, no ha señalado aun su fin.

Sabe Dios cuál será este!

La muerte de heróico Lavalle dejó por el momento sin enemigos á la santa causa de la federacion.

Los degüellos cesaron entónces y las persecuciones fueron menos violentas.

Pero los fusilamientos siguieron siendo siempre el sistema de Gobierno de aquel malvado, que se habia propuesto enterrar todo lo que no fuese federal bien definido, es decir, todo lo que no importase la aduloneria y el crimen en su último grado.

LOS FRAILES

Rosas, que no habia respetado nada, ni la vida ni la memoria de sus padres, la emprendió con los frailes y clérigos que no querian prestarse á todas las infamias de la federacion, y predicar desde el púlpito el esterminio de los Salvajes Unitarios y sus inmundas crias.

Los jesuitas y los franciscanos fueron los primeros que señaló su dedo fatídico á las turbas desenfrenadas de la mazorca, despues de haberlos hecho amenazar de todas maneras.

Porque entre el clero hay tambien hombres de carácter y un hombre de carácter era forzosamente enemigo de Rosas.

La primera escena de sacrilegio y de sangre tuvo lugar en la iglesia de San Miguel.

La mazorca creia que allí se habia refugiado la familia de don Lúcas Gonzalez, cuya muerte trágica hemos narrado ya.

En vano el cura aseguró de la manera más formal que allí no habia ninguna familia oculta.

En vano se opusó á un registro en el templo; la mazorca no hizo caso de semejantes argumentos, y penetró en la iglesia en pandilla dando desaforados gritos de muerte, y blandiendo los sables y los chuchillos.

El cura y el teniente, comprendiendo que su resistencia solo serviria para irritar á aquellos bandidos, se metieron en las piezas, abandonándoles el templo.

Pero poco despues fueron sacados de allí por el pescuezo, y obligados á acompañarlos á un registro general.

No dejaron recobeco ni sótano que no registraran con creciente avidéz.

Estaban persuadidos que allí se ocultaban personas de la familia de don Lúcas Gonzalez y querian encontrarlas á todo trance.

Y á medida que iban perdiendo la esperanza se irritaban más y la emprendian á golpes con los sacerdotes que negaban la afirmacion.

—Ustedes saben donde están, decian, y los ocultan, porque tan salvajes unitarios son ellos como ustedes!

Pronto, á decir donde están.

Y pretendian con amenazas de muerte arrancar un secreto que no existia.

El pobre teniente cura no podia ya tenerse en pié

Los golpes recibidos eran superiores á su físico miserable y ya le habian roto el cráneo de un golpe de sable.

—Decí donde están porque te vamos á matar.

—Y cómo quieren que diga dónde están personas cuya misma existencia ignoro?

Y los golpes se repetian hasta que fué preciso abandonarlo porque no podia tenerse en pié!

Los santos fueron bajados de los altares y azotados delante del cura que oraba silenciosamente, pues creia llegado su último momento.

Toda la iglesia fué registrada y tratada como casa de salvajes unitarios.

Robaron lo que era de plata y despedazaron todo aquello que no tenia para ellos el menor valor, ó que no podian llevar consigo.

El cura quedó tan estropeado como el teniente, y si no murieron á consecuencia de aquellos golpes, fué á causa de la asistencia que les prestaron unas buenas viejas de la vencidad.

El obispo Medrano tuvo conocimiento de este escándalo terrible, pero guardó silencio.

Estaba dominado por el terror y era además un anciano détil que hasta la memoria empezaba á perder.

Rosas empezó así una terrible persecucion al clero y á los frailes, que aseguraba estaban minando la federacion.

Solo los curas como Gaete y comparsa que formaban parte de la mazorca, escapaban á esa persecucion espantosa.

Rosas habia puesto los puntos al convento de los seráficos padres franciscanos.

En aquel convento tenian lugar algunos pequeños escándalos entre sus santos habitantes, escándalos que habian llegado á conocimiento de Rosas como todo lo que pasaba en la ciudad.

Entre los santos varones que habitaban este convento, habia un fraile Solis, cuyo nombre aparecia siempre mezclado al de conocidas y hermosas damas.

Era este un fraile de una belleza notable é interesante.

Sus grandes y hermosos ojos azules, bañados de una espresion de infinita dulzura, inundaban irradiando su luz, aquel semblante de líneas suaves y correctas.

Solis vestia, no ya con elegancia, sinó con riqueza.

Por la abertura intencional de sus hábitos se veia siempre una riquísima pechera abotonada con brillantes; y la riqueza excepcional de sus pañuelos de mano, llamaban la atencion de cuantos los veian.

De palabra fácil y melodiosa, el fraile Solis se hacia simpático desde el primer momento, pues tenia el don especial de cautivar el espíritu de la persona que con él hablaba.

La crónica escandalosa de aquellos tiempos aseguraba que el tal frailes Solis solia abandonar los hábitos de cuando en cuando y salir en traje federal á correr la tuna y campear fruta pintona.

Los cuentos de sus conquistas amorosas se repetian en todas partes con el nombre de las damas cuyo corazon habia sido incendiado por el seráfico fraile.

Estos cuentos y chismes pusieron en alarma al reverendo fray Aldazor, Prior del convento que resolvió llamar al órden al lujoso padre Solis.

Pero éste negó firmemente todos los hechos que se le imputaban, asegurando que mal podia corregirse de faltas que no habia cometido.

El Prior levantó el gallo, pero se encontró con que el fraile lo levantaba mucho más.

Amenazó y se encontró á su vez amenazado.

Fray Aldazor reunió entónces á los hermanos, para tomar una medida séria, no solo ya contra los actos inmorales de fray Solis, sino contra su descarada rebelion.

Aquí fué donde se armó la gran tremolina!

La autoridad del Prior estaba minada, al estremo de que cincuenta frailes se levantáran contra Aldazor en defensa de Solis.

Fray José Maria Fernandez y Fray Domingo Cobos hicieron una defensa clásica de fray Solis, asegurando al Prior que si se metia á perseguir iba á sublevar contra él á toda la Comunidad.

La cuestion no podia ser más grave.

—Me veré en la necesidad de poner sus faltas á la moral en conocimiento de quien corresponda, habia dicho el Prior haciendo su último argumento.

—No me opongo, habia replicado Solis, pero en ese caso se me provocará á que yo tambien haga conocer, no solo sus aventuras sino sus desventuras amorosas.

Esto levantó una grita de todos los diablos.

Los partidarios de Solis, que eran los más, se pusieron de pié apoyando al fraile, y de pié se pusieron tambien los pocos que sostenian la autoridad del reverendo Prior.

Hubo arremangada de manteos y el ruido de algunos puñetazos en ajeno pulmon dieron la señal de la batalla.
Los hermanos se dividieron en dos bandos, en que vinieron tambien á afiliarse las devotas de más copete.
Aldazor se encontró en una situacion más tirante de lo que habia creido.
No le era posible luchar contra los partidarios de fray Solis, pero tampoco podia guardar silencio y someterse á las irregularidades cometidas por su rival.
Fray Aldazor redactó una nota jesuítica y vigorosa, en la que narraba los escándalos de que era teatro el convento, por la conducta libertina é intolerable del fraile Solis.
En esta nota que dirigió al Ilustre Restaurador de las leyes, pedia á éste que tomára una de sus sabias medidas para librar de un cataclismo á la Comunidad, porque ya habia llegado el caso incalificable de irse á las manos.
Rosas conocia ya de antemano todo lo que le referia Aldazor, y no estaba esperando sinó la oportunidad de hacer una de las suyas, oportunidad que vino á brindarle el incauto Solis.
En amores con una dama, Solis pasaba en su casa las horas que debia dedicar á la meditacion de la celda.
La dama esta tenia una hija, que á sus vez tenia una relacion amorosa aunque más pura y legítima.
El jóven que la festejaba tuvo sus sospechas de que el fraile tenia sobre ella las pretensiones amorosas que se atribuian á la madre y resolvió jugarle una mala pasa.
Al efecto lo esperó una madrugada al volver la esquina y cuando el fraile se retiraba, lo acometió, con un nudoso tala que esgrimió lo más vigorosamente que le fué posible.
Pero se encontró con que fray Solis no era manso, ni de puños ni de corazon, y que á falta de garrote devolvia los puñetazos con una fuerza poco comun.
El escándalo fué magistral!
El jóven esforzado, despojado de su tala tuvo que abandonar el campo de batalla, no sin haber perdido en la refriega algo de su inocente chocolata.
La aventura cundió por todas partes, y de ella se aprovechó Rosas para meter mano en el órden de la Comunidad.
Ese mismo dia á la tarde, y en forma de decreto, el Restaurador de las leyes pasaba al Jefe de Policia una nota que copiamo del archivo de Policia, página 271:
Art. 1º El Jefe de Policia pasará al convento de San Francisco é intimará al Padre Guardian la entrega de los cinco religiosos Fray Ramon Sabaté, Fray Ramon Traveria, Fray Domingo Cobos, Fray José Sevilla, y Fray José María Fernandez, y los conducirá presos á la cárcel central de Policia donde serán completamente asegurados, lo mismo que el fraile Francisco Solis.
Art. 2º Estando ya bien asegurados en la casa central los seis religiosos espresados, les intimará de órden del gobierno que no saldrán de la prision en que están, sinó cuando quieran embarcarse y transportarse á su costa, bajo partida de Registro, á un puerto de la Europa, dando fianza al gobierno el capitan del buque que los transporte, de cumplir exactamente esta obligacion.

ROSAS.

La noticia de la prision de estas seráficas personas, se desparramó por la ciudad con la celeridad consiguiente.

Fray Aldazor se refocilaba de su triunfo, y volvia á recuperar la autoridad perdida, mediante un discurso de escarmiento á los demás hermanos.

Entre tanto la turba de damas mezcladas á aquellas aventuras que tan federal fin habian tenido, se ponia en movimiento ocupando sus relaciones del candelero.

Y los empeños á Palermo empezaron á llover intercediendo por los frailes presos.

Pero el ilustre don Juan Manuel sonreia con infinita pilleria, asegurando que harto hacia con desterrarlos simplemente.

—Que suelten la fianza requerida, decia, y que se vayan á donde Dios y Cupido los ayuden, pero yo no los quiero más en el país.

De nada sirvieron los empeños puestos en juego y fué preciso cumplir el decreto.

La misma dama heroina de la última aventura otorgó la fianza exigida por el decreto de Rosas, y de esta manera aquella media docena de frailes logró salir del pais, felicitándose íntimamente de llevar el cuero y los huesos en perfecto estado de integridad.

La turba federal y mazorquera los acompañó hasta el embarcadero, llenándolos de insultos y propinándoles algunos terronazos de tierra, que felizmente no les causaron el mayor mal.

Despues de esta aventura, Rosas no descansó en su persecucion á los frailes, y la emprendió con los jesuitas que vivian frailunamente en la Iglesia del Colegio.

Los reverendos padres jesuitas que estaban en la Iglesia del Colegio, se habian negado varias veces á ciertas demostraciones federales á que accedía el resto del clero, por su propia conveniencia y conservacion.

En las fiestas que se hacian continuamente, celebrando el natalicio de Rosas, su advenimiento al gobierno, ó funerales por doña Encarnacion, era de práctica colocar el retrato del tirano en el altar mayor, ó colgarlo en todos los del templo.

Los jesuitas eran los únicos que no se habian prestado á ese sacrilegio, por que se creían amparados por sus hábitos y por el mismo templo que habitaban.

Los Jueces de Paz y jefes de mazorca, se habian quejado muchas veces de esta grave insolencia, pero el tirano habia hecho la vista gorda, esquivando dictar una resolucion al respecto.

Los jesuitas, que conocian las quejas, habian interpretado mal el silencio del tirano, atribuyéndolo á temor de Dios, pues Rosas pasaba por muy religioso, aunque era capaz de colgar á la misma Virgen María y hacerla pegar con brea un parche colorado.

Esto envalentonó á los seráficos padres jesuitas, hasta hacer caso omiso de cualquier amenaza que les viniese por conducto del Juez de Paz de la Parroquia ó Comisario de la seccion.

Cierto dia se presentó una comision de vecinos, exigiendo á los jesuitas colocaran el retrato de S. E. en el altar mayor, pues se iba á celebrar una funcion de la mayor importancia federal, en todos los templos de la ciudad.

Esta funcion tenia por objeto dar gracias á Dios por haber librado la importante vida de S. E. del puñal de los unitarios.

Ya se sabe que Rosas finjía cada tanto tiempo un horrible asesi-

nato que no era otra cosa que un pretesto para asesinar él á determinadas personas.
Los honestos jesuitas se negaron á la federal pretension, asegurando que los altares se habian hecho para adorar á Dios y no para rendir homenage á los miserables gusanos de la tierra.
El ilustre Troncoso que era el encargado de hacer la intimacion, se sobrecogia de una manera sombría.
—Sepa el fraile ladron, dijo al prior ó guardian, que S. E. el ilustre Restaurador de las leyes está arriba de todo, entiende? y que ha de poner el retrato donde se mande.
—Atrás el impío! salga el condenado! gritó el fraile, en el pináculo de la indignacion.
Y le señaló la puerta con un dedo rígido.
Troncoso tuvo intencion de ensartarlo de una puñalada, pero no se atrevió.
Recordó que á pesar de las infinitas quejas, Rosas no habia dispuesto nada contra los jesuitas y tuvo miedo de disgustar al *patron*.
—Está bien, fraile pícaro, salvajes unitario, dijo retirándose.
Yo me voy así no más por no hacer una herejia, pero escuche lo que voy á decirle.
Si el dia señalado para la funcion no está el retrato del gran Rosas en el altar mayor, y todos ustedes no se presentan con la divisa federal vamos á hacer con ustedes un ejemplar que han de recordar miéntras haya frailes haraganes y jesuitas sobre la tierra.
Y salió del templo echando las más federales ternos.
El fraile se preocupó poquísimo de estas amenazas.
Sabia que nada se intentaria contra ellos sin órden de Rosas, y estaba convencido que éste no los perseguiria por temor de Dios.
Inesplicable error, partido de la mente aguzada de un jesuita.
Troncoso dió cuenta al Juez de Paz y á sus compañeros Cuitiño y Parra, y estos llevaron la respuesta del jesuita al terrible Rosas.
—Ah! hijo de mala madre! esclamó el tirano al conocerla:
Como no obedezca á lo mandado, ya veremos quién es el gusano!
Si esos frailes roñosos, añadió, no cumplen la prevencion de Troncoso, queda retirada de hecho la proteccion federal que se les ha dispensado.
Esto equivalía á una órden terminante de mazorcada, y que queria decir:
«En ese caso, pueden ustedes hacer con ellos lo que más rábia les dé.»
Era la manera con que daba á sus asesinos las órdenes de degüello ó de azotaina.
Los bandidos aquellos salieron de Palermo con el corazon henchido de federal entusiasmo, y meditando ya lo que harian con los frailes en el caso seguro de que no cumplieran lo ordenado por el amigo Troncoso.
El dia de la funcion llegó, y la federacion de aquella parroquia asistió á la que debia celebrarse en el Colegio, con tanta pompa.
Pero ni el retrato de Rosas estaba en el altar mayor, ni los honorables frailes lucian la divisa ordenada por Troncoso.
El prior ó guardian de los frailes era tan caprichoso como jesuita y no habia querido ceder á la indicacion de otros frailes mismos, que le dijeron era conveniente hacer lo que era de práctica en los demás templos, pues hacer otra cosa seria ponerse mal con la autoridad y provocar un descalabro.

Concluida la funcion á las siete de la noche, los frailes, una vez salida la concurrencia, cerraron el templo y se fueron á los enormes cláustros á reposar las fatigas de la funcion en medio de la habitual y suculenta comida.

Ninguno podia imaginarse que aquella misma noche habian de sentir las consecuencias de la terquedad de Superior.

A eso de las ocho de la noche, se hallaban nuestros jesuitas alrededor de una mesa digna de Eliogábalo.

Sin que esto importe una ofensa, todos sabemos que los frailes en general son amigos de la buena mesa y de los manjares fuertes y bien condimentados.

Pero los jesuitas son mucho más aficionados á bocados régios, que las demás Comunidades.

El pavo relleno y el lechon adobadito son como quien dice su puchero habitual.

Y los beatíficos dulces y famosos vinos, regalos de penitentes, por supuesto constituyen lo vulgar de su bodega.

Así la categoria ó gerarquia de un jesuita se puede adivinar en el volúmen de su barriga, pues segun su puesto en la órden se dá una vida mas ó menos regalada.

Así á las ocho de la noche los jesuitas del Colegio estaban sentados alrededor de una mesa opipara, donde figuraban los mejores bocados del arte culinario.

Los jesuitas allí reunidos serian unos cincuenta, poco mas ó menos, que variaban entre los treinta y sesenta años.

El olor de la comida y el espectáculo magnífico que ofrecian los botellones rehenchidos de vino, habia alegrado á los honestos frailes, cuyos ojos parecian pinchar ya la comida que humeaba sobre la mesa.

Cuando el superior tomó asiento en la cabecera y se sirvió el primer plato, la conversacion general rodaba sobre la amenaza de Troncoso, y el ningun caso que de ella se habia hecho.

Pero cuando rodaron los primeros cadáveres de los botellones y su contenido pasó á los santos estómagos, este tema fué abandonado para dar preferencia á otros más alegres y joviales.

Los primeros vasos habian vuelto á los jesuitas mas juguetones que gatos chicos despues de comer.

Quien referia su vida y milagros, con todo el colorido que puede emplear un estudiante travieso; quien referia su última aventura amorosa ó la de una hija de confesion; y quien en fin daba cuenta de sus más famosos proyectos de seduccion y los medios de que pensaba valerse para llegar al logro de sus ambiciones.

Y todos reian de una manera descomunal, ponderando la travesura del tal hermano y el espediente de tal otro.

Y los platos seguian llegando unos detrás de otros, y los botellones destripándose con una actividad poco frailuna.

Estaban en lo mejor de la comilona, cuando sintieron resonar en la puerta grandes aldabazos y voces que se daban en la calle de una manera poco tranquilizadora.

El comedor cambió de aspecto instantáneamente. Cada fraile se colocó las manos sobre las orejas á imitacion de bocina, para prestar mayor atencion, y escucharon un momento.

Los golpes y las voces seguian sonando en un crescendo terrible.

Pero del comedor no se podia entender bien lo que decian aquellas voces.

Iban ya algunos frailes á levantarse para averiguar lo que sucedia, cuando se apareció en el comedor el hermano portero, lívido como un cadáver y temblando bajo la impresion de terror más espantable.

—¿Qué sucede? preguntaron todos á la vez.

El hermano portero estuvo un rato sin atinar á pronunciar una palabra.

—¿Que sucede? pronto, caramba! preguntó el Superior poniéndose de pié.

—Sucede, balbuceó el pobre portero, que concluyó de aterrarse ante la espresion de amenaza del fraile, que los que golpean la puerta son nada menos que la Sociedad Popular.

Y al decir esto empezó á gemir y á lloriquear de puro miedo.

—Pero ¿qué es lo que dicen? qué quieren? volvió á preguntar el fraile cada vez mas amenazante.

—¡Abran las puertas á la Sociedad Popular Restauradora!

¡Abran ó las echamos abajo!

¡Mueran los jesuitas!

¡Mueran los salvajes unitarios!

Y otras amenazas terribles, sollozó el portero.

Yo creo, terminó ya dando rienda suelta al llanto, que si entran nos van á degollar á todos.

De abajo se siente cómo afilan los cuchillos en las piedras del atrio.

Ni la presencia de un vijilante en medio de una reunion de muchachos jugadores á la cuarta; ni un garrote de tala zumbando sobre los componentes de una cita amorosa; ni un sálvese quien pueda! en noche de barullo, produjo jamás efecto más terrible que el que produjo en la reunion de frailes la última aseveracion del hermano portero.

Quien palideció como un cadáver, quien se sintió el estómago descompuesto, quien tuvo ganas de llorar y quien en fin manifestó su pavor de diferente manera.

Pero los cincuenta frailes se abalanzaron sobre las tejas, colgadas en las perchas del comedor, disponiéndose á la fuga.

Y los golpes y las voces parecian multiplicarse.

El mismo padre Superior, acometido de fuertes escalofrios, tomó su teja y miró en direccion á la huerta.

Y todos aquellos hombres, envueltos en sus negros mantos, huyeron como reunion de ratas sorprendidas por un perro ratonero.

El fraile Magesté ganó la gran quinta de la Iglesia y se agazapó entre el plantio y la verdura.

Los demás atropellaron en todas direcciones, buscando una puerta de salida, puesto que la boca de la cueva se las habian ganado.

Los mas flojos, de puro miedo, no atinaron á dar un paso; ganando bajo la mesa.

Otros mas animosos pudieron llegar á su celda, donde se encerraron famosamente, mientras el hermano portero lloraba como un recien nacido, recorriendo las celdas en todas direcciones, no hallando un sitio donde meterse.

Pocos momentos despues la puerta era forzada, y los mazorqueros se desparramaban á su vez por las celdas como unos condenados.

Aquel grupo de foragidos venia previsto de grandes rebenques y nérvios de toro.

Los frailes habian tenido la buena precaucion de apagar las luces, de modo que la pesquisa en busca de víctimas se hacia más difícil,

Pero las luces fueron prendidas poco á poco y la mazorca empezó á recorrer las piezas infinitas de los cláustros.

El primero que cayó entre las garritas de la Santa Federacion, fué el hermano portero que se habia tapado la cabeza al sentir el tumulto, como las perdices que creen que escondiendo la cabeza se han escondido todas.

Un par de azotes de mano maestra le hicieron lanzar un alarido formidable y ponerse en pié con una precipitacion eléctrica.

—No me maten! no me maten! gritó, que yo soy un pobrecito que no hace mal á nadie!

Una estruendosa carcajada saludó aquella queja lastimera, y media docena de vergazos retumbó sobre aquellos honorables pulmones, como sobre un bombo.

— Socorro que me matan! gritó el mísero, vírgen Maria que me asesinan! gritó de la manera más elegiaca.

— Tengan piedad de mí que yo no soy más que el hermano portero y á nadie puedo haber ofendido.

— ¿Dónde están los demás? preguntó el ilustre Troncoso palmeando el cuello del fraile como para no dejarle duda de sus intenciones.

El pobre portero empezó entónces á gritar como un cerdo que presiente su fin.

— En todas partes, señor, en todas partes, dijo.

Han salido del comedor donde estaban cuando ustedes llegaron, y se han desparramado buscando cada cual la guarida mas segura.

La mazorca empezó á correr en todas direcciones, miéntras el grupo principal, con Troncoso á la cabeza, invadia el comedor, para mejor orientarse en sus pesquisas.

Allí fueron pescados tres pobretes á quienes el susto por una parte y una caricia de Baco por otra, no dejaban mover.

Estas fueron las primeras víctimas.

Sacados de bajo la mesa empezó la azotaina más brutal.

En vano pedian misericordia: los bastones y los rebenques no dejaban de trabajar un solo momento.

Los gritos de las víctimas unidos á las maldiciones de los asesinos, resonaban de una manera imponente en los desiertos y espaciosos cláustros.

Los tres frailes tomados bajo la mesa fueron golpeados hasta que quedaron postrados, sin aliento ni aún para quejarse.

Del comedor empezaron á recorrer los cláustros celda por celda, forzando las puertas de las que estaban cerradas.

Ocho frailes mas que fueron hallados, recibieron una manda de azotes terrible, y algunos de ellos un par de tajos con que la santa federacion quiso coronar la obra.

Los demás jesuitas no pudieron ser hallados de manera alguna.

En vano se registró todo, en vano se buscó hasta en algunos sótanos: imposible les fué encontrar una víctima más.

Todo el afan de Troncoso era hallar al Superior, para cortarle las orejas, segun decia, y enseñarle así á ser mejor hablado y obediente.

Y aguzaba su injenio y el de los mazorqueros que lo seguian.

Pero el Reverendo, metido entre los sembrados de la huerta, estaba seguro de no ser hallado, porque la quinta era muy intricada y los sembrados tupidos y compactos.

Los demás frailes habian tomado las de Villadiego por las puertas que dan salida á las calles de Bolivar y Moreno, refugiándose en las

casas amigas de la parroquia, los que pudieron, y en San Francisco y Santo Domingo los demas.

La mazorca tuvo que contentarse con lo hecho y con estropear la Iglesia para despuntar el vicio.

Como la mesa estaba preparada y cubierta de manjares y buenos vinos, la honorable mazorca tomó posesion del comedor, y se sentó á seguir la comida que habian interrumpido.

Inutil es decir que una hora despues estaban todos borrachos, jurando por el Restaurador de las leyes que no habian de descansar hasta no dar con el resto de los jesuitas y cortarles la cabeza.

Despues de comer, decidieron dar otra manita á los pobre que habian quedado en el suelo postrados por los golpes recibidos.

Los afeitaron en seco, con sus enormes cuchillos, la corona y el cerquillo, donde pegaron con cola los moños y las divisas con que iban provistos.

Porque Troncoso, como lo habia ofrecido, habia llevado todos los elementos necesarios para federalizar á toda la Comunidad.

El resto de las divisas y moños se los pegaron á los santos.

Con lo que quedó terminada aquella mazorcada monumental.

Los jesuitas que estaban en el convento y que no habian sido hallados, permanecieron en sus escondites hasta el dia siguiente, en que, disfrazados y aprovechando la tranquilidan en que la ciudad quedaba á la siesta, fueron saliendo y buscando refugio entre sus relaciones.

La mazorca al Colegio levantó en la ciudad, al dia siguiente, una grita de todos los diablos.

Los federales se creian obligados á hacer manifestaciones en contra de los frailes, porque esto era quedar bien con el Gobierno.

Y los unitarios, aterrados, tomaban sus medidas para escapar á la matanza.

— Si esto hacen con los sacerdotes en las iglesias, decian, qué no harán con las familias en sus casas!

Y el terror cundia por todas partes, y cada cual buscaba un medio de salvacion, ya en la fuga, ya encerrándose en sus casas de donde no salian sinó por una necesidad imperiosa é ineludable.

Rosas, cuando supo lo que habia sucedido, se hizo el indignado, pero aseguró que los frailes eran los que tenian la culpa de todo, pues ellos provocaban las iras de los leales federales, con manifestaciones unitarias.

No solamente no se hizo nada, ni aún para cubrir las aparencias, sinó que el Gobierno mandó salir fuera del país á los jesuitas, en el término perentorio de veinticuatro horas.

El jesuita que despues de eso fuera encontrado en la ciudad, seria reducido á prision, ateniéndose á las consecuencias de su dosebediencia.

El decreto fué acojido con un terror descomunal.

Los jesuitas no se atrevian ni aún á cumplirlo, porque para ello tendrian que salir á la calle ¿y cómo se esponian á arrostrar las venganzas de la mazorca?

Los más varoniles se disfrazaron de particulares, y empezaron á embarcarse á gran prisa, para que las veinticuatro horas no los tomaran en la ciudad.

Los menos animosos, que habian encontrado albergue en los conventos, allí se quedaron, vistiendo el hábito ya de los Franciscanos, ya de los Domínicos.

De esta manera lograron burlar las iras de la mazorca, que enconada, los buscaba por todas partes, no ya con la intencion de molerlos á palos como la noche anterior, sinó de degollarlos impiamente.

No se volvió á ver por las calles de la ciudad, ni un solo fraile que las cruzára, porque ninguno se atrevia á salir á la calle.

Solo se veian de cuando en cuando, los Franciscanos que cruzaban del convento á la Policia, á confesar á los presos que debian de ser fusilados.

Y estos salian porque la autoridad los mandaba buscar, y comprendian que el resistirse solo importaria agravar la causa y esponerse á que en sus conventos se produjeran escenas como las que habian tenido lugar en el Colegio.

Muy felicitado fué Rosas por la esplusion de los jesuitas, que libraba al pais de una lepra espantosa.

Entre estas felicitaciones, y en primera línea, figuraba una carta de don Tomás Anchorena, que aplaudia frenéticamente la medida.

Tenemos á la vista la carta poco edificante á que nos referimos, como la contestacion del gran Rosas esplicando las causas que lo habian obligado á adoptar tal medida.

«Son unos pillos, decia, que pasan la vida en una holganza sempiterna, ocupados solo en comer todo género de manjares y en atentar contra el órden del pais y la santa causa de la federacion.

Las beatas que los visitan con grave escándalo de la sociedad, son las causantes de las orgías y escándalos que con harta frecuencia se han repetido en esos barrios.

Por eso el Gobierno ha creido que debia hacerlos salir del pais para que todas estas iniquidades terminen de una vez,

Mucho lo sentirán las referidas beatas á quienes con esto se les priva de sus más entretenidos placeres, pero el Gobierno, ante todo, tiene que velar por el bienestar y conservacion del sistema federal.

Así concluyeron por entónces los honorables jesuitas, que habian de venir más tarde á plantear los colegios de educacion como el del padre Cabezas en San Martin.

La guerra contra la gente de sotana, empezaba cruel y sangrienta.

Con esté género de guerras los señores padres han podido desplegar siempre poderosos medios de defensa.

Ellos han puesto en juego todos sus elementos, y mal que mal, han sacado sus ventajas.

Porque no se les puede negar su habilidad pasmosa para los trabajos bajo cuerda, y su constancia infatigable para no soltar la tajada que han logrado agarrar alguna vez.

Pero Rosas no les habia dejado ni siquiera el misero recurso del pataleo.

Habia puesto el dedo en la llaga, de manera que no les quedaba otro recurso que bajar la cabeza y obedecer.

Así se les veia abandonar el pais precipitadamente, tomándose solo el tiempo muy necesario para esconder sus riquezas y que éstas no fueran tomadas por la federacion.

Y estas riquezas mismas eran la causa de persecucion tan encarnizada.

Los jefes de la mazorca comprendian que los frailes eran ricos, y al perseguirlos, perseguian tambien estas riquezas, aumentadas en su cifra real, por la federal codicia.

Buenos montones de oro fueron á parar á los bolsillos de la mazorca.

Pero las sumas gruesas, las cantidades de importancia, fueron salvadas con tiempo, enterrándolas en parajes imposibles de descubrir.

Parece que estas sumas han sido sacadas mas tarde, cuando nuestros gobiernos fueron más mansos con los señores frailes y de ahí se esplica la inmensa fortuna de ciertas Comunidades religiosas, fortunas tan grandes, que á pesar del gran sijilo en ocultarlas, el pueblo ha podido olerlas á través de los viejos y poderosos muros de sus conventos.

Rosas siguió la persecucion á los frailes por todos los medios á su alcance ya anónimamente, por medio de la mazorca, ya personalmente con decretos que llevaban su firma al pié, mandándolos prender unas veces y fusilar otras.

Y esta persecucion tenaz y sangrienta no se limitó á los frailes como parecia, sinó que se hizo estensiva hasta hombres eminentes y patricios respetables, como los Juarez y los Frias, que hallaron un calvario en los Santos Lugares de Rosas bajo el gobierno de don Antonino Reyes.

Los Juarez pudieron salvarse en la emigracion, despues de mil persecusiones y desventuras.

Pero no sucedió lo mismo con los Frias, que pagaron con la vida su abnegacion y su patriotismo santo.

El presbítero don Cesáreo Gonzales, fué otra de las víctimas que pudo salvar la cabeza en la inmigracion.

Hombre de carácter y de verdadera virtud, se habia negado siempre á sancionar con actos religiosos, las iniquidades cometidas por Rosas y sus bandas de asesinos.

La escuela del tremendo padre Gaete no estaba con las condiciones de su corazon y no lo contaba entre sus émulos.

—Mire que lo van á degollar, solian decirle sus amigos.

Hay fuerza mayor, amigo mio, y usted debe ceder á ella, pues su primer deber cristiano es conservar su vida.

Le recordaban el precepto aquel de ayúdate y te ayudaré.

Pero el noble sacerdote no queria abatirse de sus creencias ni de sus principios.

Los actos de elevar preces al Creador Supremo por el natalicio de Rosas, ó por el aniversario de su gobierno, repugnaban poderosamente á su conciencia elevada y preferia á cometerlos, arrostrar todas las iras federales.

Rosas lo señalo á la la mazorca y la mazorca empezó á perseguirlo.

El presbítero Gonzales fué avisado á tiempo, y no pudiendo embarcarse por el momento, se ocultó en casa de una familia amiga, que vivia en el estremo opuesto á su domicilio habitual.

Cansada de buscarlo la mazorca, que le habia perdido la pista, empezó á asaltar las casas donde suponia estaba oculto.

Muchas fueron las familias víctimas de esta federal sospecha.

La mazorca penetraba verga y puñal en mano.

—¿Dónde está el fraile salvaje unitario Gonzales? preguntaban los que encabezaban el grupo.

—Lo ignoramos, era la natural respuesta.

Antes venia aquí pero hace mucho tiempo que no lo vemos.

La pesquisa empezaba entonces bajo los más groseros insultos y el resultado natural era no hallar allí á Gonzales.

La ira de los mazorqueros era enorme entónces.

Querian á todo trance le dijeran dónde estaba Gonzales, y como no podian satisfacerlos, aquella ira se descargaba sobre los inocentes habitantes de la casa.

Las mujeres eran azotadas despiadadamente y si hallaban algun hombre, podia éste considerarse feliz si solo se contentaban con darle alguna puñalada.

El presbítero Gonzalez tuvo noticia de estas iniquidades y quiso presentarse á la autoridad, para que su persona no fuera más la causa de semejantes males.

Pero la familia que lo amparaba se opuso enérgicamente.

—Con este paso usted se pierde, sin el menor beneficio para persona alguna.

El mal causado ya no tiene remedio y el mal público es de todas maneras inevitable.

¿Qué sacará usted con hacerse degollar?

Solo satisfacer la sed de sangre de aquellos malvados.

Y cediendo á aquellos leales consejos dejaba criar la barba y el cabello, para adoptar despues un disfraz que le permitiera salir á embarcarse sin temor de ser reconocido.

Rosas estaba irritadísimo con la ineficacia de las pesquisas mazorqueras.

Segun todos sus datos é informes habia la seguridad de que Gonzales no se habia movido de Buenos Aires, y esto lo empeñaba más en reducirlo á prision y castigar en él el doble delito de ser unitario y de haber dado tanto trabajo á sus agentes.

Fué entónces que libró contra él á la Policía órden de prision, órden que copiamos del archivo, pag. 380 número 63:

«El Jefe de Policia tomará las medidas tendentes para reducir á prision al padre jesuita salvaje unitario Cesáreo Gonzales colocándolo en un calabozo de la cárcel pública, incomunicado.

ROSAS»

Pero las diligencias de la Policía fueron tan inútiles como las que habia hecho la mazorca.

Solo logró dar con un cáliz con patena de propiedad del jesuita, pieza artística y de gran valor, que mandó entregar á los franciscanos por el siguiente decreto que tomamos tambien del archivo:

«Dispone el Gobierno que se entregue al guardian del convento de San Francisco, el cáliz con patena perteneciente al presbítero prófugo salvaje unitario Cesáreo Gonzalez.

ROSAS»

Como se vé se suponia que Gonzalez habia logrado fugar, pues á estar en Buenos Aires, la Policia habria dado con él.

Gracias á esta creencia pudo Gonzalez escapar con mayor facilidad.

Se le habia proporcionado un traje de marinero francés, facilitado por el cónsul de aquella nacion, y echándose al hombro una bolsa de galletas cruzó el muelle por entre los mismos asesinos que vigilaban allí á todas horas.

De esta misma manera, aunque empleada con mayor malicia, pudo escapar tambien el señor Sagari, que habia vivido oculto en los zótanos del noble Dejean, durante varios meses, para salvar su pescuezo comprometido.

Dejean, de quien ya nos hemos ocupado con motivo del asesinato

del señor Mones Ruiz, ocultaba en los zótanos de su panaderia á varios unitarios comprometidos, entre ellos el señor Sagari.

Como Dejean era procurador de los buques franceses que llegaban y permanecian de estacion, á su casa iban continuamente marineros de aquella nacionalidad, que acarreaban hasta el muelle las bolsas de galleta y pan.

Dejean tenia siempre en su casa un par de uniformes de marinero, para usarlos en caso de peligro.

Siendo Sagari uno de los más comprometidos de sus huéspedes, y estando en vísperas de fugar él mismo, se convino en vestirlo de marinero, que se echase al hombro una bolsa de galleta y saliese entre el grupo de marineros que conducian otras bolsas.

Sagari se cortó la barba, desfigurándose cuanto le fué posible y vistiendo el uniforme francés quedó completamente transformado.

Tomó su enorme bolsa, y despues de dar las gracias á su generoso bienhechor, se echo á la calle acompañado de un cabo de escuadra y tres marineros más, como él, conductores de otras bolsas.

El ojo más esperimentado no hubiera reconocido en él á un unitario en fuga.

Así marcharon hasta el muelle, sin el menor tropiezo.

Pero al poco andar, los marineros se encontraron con un grupo de bandidos, capitaneados por el célebre Badia, que sin duda espiaba á algun infeliz de quien tendria noticias debia embarcarse ese dia.

Badia era uno de los que habian perseguido á Sagari, cuando buscó asilo en casa de Dejean.

Hombre tímido y que deseaba conservarse á toda costa, por su familia, se asustó de un modo terrible.

Creyó que se trataba de aprehenderlo á él, que le habian conocido, y le entró tal temblor, que apenas podia sostener la bolsa.

Como era natural, al verlo los bandidos se detuvieron y lo miraron con curiosidad.

Sagari concluyó de aterrarse, soltó la bolsa y empezó á dar traspiés como un ébrio.

Felizmente el cabo de escuadra que lo acompañaba se dió instantaneamente cuenta de la situacion y concibió un plan de salvacion.

Tomó á Sagari bruscamente por el pescuezo y le dió un empellon diciéndole en un español detestable.

Sin vergonza! canai, borrach! ya te enseñaran á bordo á fair esa figur endesom!

No es mala palís la que te esper.

Arrastró en seguida la bolsa y siguió dando formidables empellones á Sagari, hasta que llegaron al bote salvador.

Los mazorqueros reian alegremente, no solo de la tranca del uno, como de la geringonza del otro.

—Adios don Pepe! gritó Badía aludiendo á la tranca.

Y todos se pusieron á mirarlos embarcar, pues suponian que el borracho iria al agua.

Pero no fué así.

Cuando Sagari se consideró fuera de peligro, sintió renacer su alma y pudo caminar con más firmeza.

De este modo se salvó Sagari y todos los unitarios que habia escondido en su casa el noble Dejean.

Sigamos ahora con la mayor iniquidad que contra el clero cometió Rosas.

LOS CINCO MÁRTIRES

El bandido Oribe secundaba en las Provincias las iniquidades de Rosas, anticipándose á muchas de ellas, como por ejemplo á la persecucion de los frailes y sacerdotes más distinguidos.

Oribe habia declarado fuera de la ley á todo hombre de sotana, segun su espresion, que no predicara en el púlpito la santidad de la corona federal.

Era preciso recomendar en el nombre de Dios, aquel inícuo y criminal sistema, para escapar al cuchillo mellado de los soldados de Maza, que eran los más prácticos en *violin* y *violon.*

De otra manera, los sacerdotes estaban perdidos y podian elevar de antemano sus preces, por el descanso de su alma.

Muchos sacerdotes pagaron con la cabeza el delito de no haber querido santificar los crímenes monstruosos de la federacion.

Y así mismo hubo siempre sacerdotes que, seguidos bajo el mismo sable de Oribe, replicaron terminantemente «no quiero» al recibir la órden de predicar de aquella manera impía.

El mismo fraile Aldao en Mendoza y San Juan, no solo persiguió muchos sacerdotes, clasificándolos de Unitarios, sinó que se limpió unos cuantos que tuvieron el valor moral suficiente para reprocharle sus maldades.

Oribe parodiando ó tratando de parodiar á Rosas, empezó su persecucion á los sacerdotes como si deseara saborear en ellos todas las gradaciones del martirio.

Los hacia subir sobre burros cubiertos de trofeos celestes, los llenaba de cintas y moños de aquel color, y los hacia pasear por toda la ciudad con la cara vuelta al anca.

Y aquellas pobres victimas tenian que soportar resignadas aquella vergüenza, y la rechifla de los pilluelos y de la soldadesca incitada para burlarlos.

El bandido á quien se le ocurriese darles un golpe á la pasada ó llenarlos de injurias, podia hacerlo seguro de que su accion sería mirada como el deber cumplido.

.El fraile Aldao procedia como verdadero alcoholista.

Hacia bañar á los sacerdotes tachados de unitarios, en pipas de aguardiente ó caña, que se repartia en seguida como reliquia, entre los miserables que aplaudian sus iniquidades.

Al rededor de dos ó tres pipas de estos donde se bañaban otros tantos sacerdotes, se armaba un baile verdaderamente infernal, presidido por el fraile Aldao y una cuadrilla de las damas de su corte.

Raras damas por cierto, que se disputaban con el fraile impio la supremacia en el deber.

Aquello era monstruoso.

Voy á hacer frailes en aguardientes, decia Aldao, como quien trata de hacer damascos ó guindas.

Y aquellas mujerzuelas le saltaban al cuello animadas de un placer infinito.

Bailaban al rededor de las pipas, de donde sacaban el contenido en vasos, á pesar del clérigo ó fraile allí sepultado hasta el cerquillo.

Y el baile y la jarana seguian hasta que la última de ella caía aplastada por el alcohol.

Y Aldao era siempre el último en caer.
Parecia que su estómago privilegiado no sintiese el fuego del aguardiente.
Muchas veces sucedia que los frailes en la pipa de aguardiente, se lo pasaban de una casa á otra, como angelito destinado á velorio.
Todas aquellas mujeres, si tales pueden llamarse, querian dar baile en su casa y era preciso contentarlas á todas por igual, para que la paz reinara entre ellas.
Y así la pobre víctima iba pasando de casa en casa como cadáver de velorio.
Dos ó tres veces sucedió que al mandarlos salir de la pipa, ni siquiera contestaron.
El alcohol habia cocido sus miembros y articulaciones hasta postrarlos para siempre.
Pocas horas sobrevivieron á aquel baño de cuatro ó cinco dias, segun los bailes á que habian asistido.
Oribe, que festejaba con alegres carcajadas la ocurrencia del fraile, galopaba veinte ó treinta leguas para asistir á estas fiestas que, segun decia, le regeneraban el corazon.
Cuando el feroz asesinato del noble doctor Avellaneda en Tucuman, y sus leales compañeros, la sociedad de aquella heróica provincia quedó sumida en el mayor espanto.
¡Que iba á ser de ella bajo el puñal de semejantes galeotes!
Los hombres más espectables huian al confin de la República, miéntras las clases más acomodadas temblaron pensando en el peligro á que quedaban reducidas sus familias.
El tremendo Maza, de maldecida memoria, se habia apoderado de la ciudad, practicando con sus soldados, en los habitantes, los actos de la más refinada maldad y cruel cobardía.
Los crímenes más abominables fueron cometidos en el cuartel de aquel mónstruo, que hacia de ellos verdadero alarde y vanagloria.
Los unitarios que se prendian, eran conducidos al cuartel de Maza, quien los destinaba á asistentes de sus soldados.
Y tenia que desempeñar allí los oficios más humillantes, bajo el garrote de aquellos misebles.
Ellos eran los encargados de hacer de comer á los soldados, de limpiarles el correaje y desempeñar todos los demas oficios domésticos.
Y cuando el soldado no encontraba bien lo que habia mandado hacer, la emprendia á golpes con la víctima hasta postrarla.
Los que aquellos desventurados sufrieron durante el tiempo de la prision, no es imaginable.
A las tardes, iba Maza al cuartel á presenciar la lista y á observar las diversas caras y espresiones de aquellos desventurados.
Y por el simple hecho de no ser de su agrado, por chocarle el color de los ojos ó el tamaño de la nariz, decia al soldado que tenia más cerca:
—Degüelleme esa porqueria que está comiendo carne de más y no sirve para maldita la cosa.
El prisionero era sojuzgado, ahí no más lo volteaban y cumplian la órden salvage que se les habia dado.
La cabeza era separada del tronco, arrojándose este último al campo y conservando la primera como un trofeo, en los muros del cuartel.
Así se divertia el foragido Maza en la espléndida ciudad de Tucuman.

Y así como trataba de aquella manera cruel á los hombres clasificados de salvages unitarios, no era más blando con las señoras.

A muchas de ellas las redujo á prision por ser esposas ó hermanas del tal ó cual salvage prófugo, obligándolas á cebar mate para él y sus oficiales.

Y el lector puede ya figurarse á qué clase social pertenecian los oficiales que servian con Ramon Maza!

Pero ninguna de estas fué sometida á la pena de azotes.

Esta suprema cobardia quedaba reservada esclusivamente al gran Rosas!

Habia entónces en Tucuman dos sacerdotes Frias, hermanos ambos del conocido y respetado patriota don Féliz.

Estos sacerdotes, indignados con la conducta de aquellos malvados, sin reflexionar el peligro á que se esponian, resolvieron emprender una santa cruzada contra aquellos cobardes, levantando el espíritu enervado de las masas.

Asi en vez de predicar en favor de la federacion, como se habia ordenado á todos los sacerdotes, tenian sus reuniones, donde tramaban un movimiento regenerador, tendente á arrojar de Tucuman aquella *cadena de galeotes.*

A estas reuniones asistian otros tres sacerdotes, argentinos tambien, cuyos nombres no hemos podido averiguar.

Todos los documentos registrados con este objetos, hablan de cinco sacerdotes enviados de Tucuman por Oribe, pero no consignan más nombres que el de los hermanos Frias.

El mismo archivo de Policia solo habla de los cincos sacerdotes que remitió Oribe, pero no consigna sus nombres.

Uno de ellos, segun hemos averiguado extra-oficialmente, era un doctor Echenique, de Santiago, hombre sumamente digno y respetable.

Llenos de espias por todas partes, los cinco sacerdotes no tardaron en ser descubiertos y vendidos á Maza, quien los mandó prender sobre tablas, con una partida de sus más miserables soldados.

A no haber sido por la fisonomía respetable é imponente de los hermanos Frias, antes de ser conducidos al cuartel hubieran sido azotados é insultados de todas maneras.

Pero aquellas dos nobles y reposadas fisonomías, aquel aire de suprema superioridad, impusieron á los soldados, de manera que no tuvieron el coraje de dirigirles el menor reproche, no ya injuria.

Los hermanos Frias, como todos los hombres de aquella familia, eran dos personas de elevado carácter y de una ilustracion poco comun en aquella época.

No temian á los asesinos de Maza, y marchaban con la cabeza erguida y la mirada serena.

—Están ustedes presos de órden del Comandante Maza, les dijo el oficial que con aquel objeto habia allanado la casa.

Es inútil toda resistencia porque me obligarian á matarlos como perros unitarios que son.

—Estamos dispuestos á seguir á ustedes á todas partes, dijo uno de los Frias.

No hemos cometido delito alguno y nada tenemos que temer.

—Eso lo veremos despues, frailes salvajes unitarios! dijo el oficial. Eso se lo contarán al Comandante.

De tal manera miró Frias á aquel miserable que ese fué su primer y último insulto.

Los sacerdotes no volvieron á ser molestados en todo el camino.
Pero no debia suceder lo mismo con el insigne bribon de Maza.
Apenas los vió venir, antes de que ellos pudieran oir lo que les decia, empezó á insultarlos de la manera más soez y federal.
—Al fin he trincado cinco frailes para que con ellos se divierta el General! gritó.
Ya verán esos pícaros cómo castigamos nosotros á los que se meten contra la federacion.
—Insultar á sacerdotes que no tienen más armas de defensa que la resignacion, es poco noble y poco valeroso, replicó dignamente Frias.
Insultarlos sin motivo y sin causa es un crímen!
—Yo te he de dar crímen, bribon! replicó Maza, exasperado por la magestad de aquel sentimiento y la superiorioridad moral que sobre él tenian aquellos hombres.
—Allí te las entenderás con el General, que se pinta solo para entenderse con frailes.
Pero antes te las vas á entender conmigo, que no me pinto menos, añadió particularizándose con Frias.
El sacerdote lo miró y se contentó con sonreir, significando su más completa indiferencia.
Los cinco sacerdotes fueron conducidos á la cuadra de los soldados, y destinados como los demás unitarios, á servirles de asistentes.
Mostrando que en ello no se hacian la menor violencia y que se habian completamente resignados á su suerte, los cinco sacerdotes hacian hasta con complacencia, cuanto los soldados les mandaban.
Aceptaban humildemente el miserable pedazo de tumba que se les daba como único alimento y lo recibian dando las gracias.
Esta conducta disgustó profundamente á Maza, porque él queria, no solo hacer sufrir á aquellas cinco víctimas inocentes sinó oirlas quejarse y lamentar su suerte.
Desde el momento que ellos aceptaban resignadamente el tormento impuesto, era necesario por lo menos, condenarlos á algun otro que los hiciese quejar.
Así ordenó á su tropa, si es que como tal podia considerarse aquella amalgama de criminales de toda especie, que cada vez que mandaran hacer algo á los sacerdotes, les sacudiesen un palo, como por via de correccion.
Los sacerdotes habian logrado sobreponerse de una manera estraña á aquellos bandidos, pero estos, que tenian más temor á los rigores de Maza, que respeto por sus asistentes, se apresuraron á cumplir la órden al pié de la letra.
Aquí empezó el verdadero martirio de aquellos hombres.
Porque los soldados empezaron á pegarles por temor, y para salir del mal paso, concluyeron por sacudirles por lujo, ó como quien dice para darle gusto al brazo.
No se dirijian á ellos sin darles algun golpe de palo ó de sable.
Pero no por esto perdieron ellos su actitud mansa y resignada.
No se les oyó la menor espresion ágria ni la menor queja.
Eran hombres firmemente resignados á correr su suerte, sin preocuparse de mayores ó menores amarguras.
Maza estaba dado el diablo con aquella conducta que contrariaba sus instintos perversos.
No le faltó intencion y deseo de mandarles hacer una travesura

en el cuello, pero como sabia que aquella remesa daria sumo placer á Oribe, decidió mandarselos, consolándole los horrores que con ellos haria el General.

Lo único que sentia era no poder gozarse en los procedimientos á que fuera de toda duda serian sometidos.

A los tres dias de tenerlos consigo, llamó á los sacerdotes, á quienes les previno que habia decidido enviarlos al General Oribe, donde recibirian mejor trato.

—Es tan pobre nuestro alojamiento aquí, les dijo que me ha sido imposible proporcionales mayores comodidades.

Pero al lado del General ustedes encontrarán, no solo mayores comodidades, sinó un trato como el que merecen personas tan dignas y elevadas.

Para mayor comodidad de ustedes, voy á hacerles dar las cinco mejores mulas que puedan encontrarse en la Provincia.

Y despues de esta sátira federal, les hizo seña de que podian retirarse.

Antes de salir, los hermanos Frias tomaron la palabra para espresar su reconocimiento.

—Quedamos intimamente agradecidos á todas sus atenciones, dijeron, de las que llevamos recuerdos que no podrán nunca borrarse.

—Pierdan ustedes cuidado que ya se borrarán, repuso Maza, y sinó, se los harán borrar por fuerza las que recibirán del General Oribe.

—Lo dudo mucho, añadió entonces Echenique.

De todos modos, si de nuestro espíritu se borran sus leales y cristianas consideraciones, ahí queda Dios encargado de premiarlas.

Su justicia es una é infinita!—ya tendrá ocasion de esperimentar el señor comandante!

—Agradeceré mucho por mi parte que ustedes que son sus ministros, se empeñen con Dios para que el premio venga pronto por que no hay cosa peor que estar esperando lo que nunca ha de llegar.

Y soltó una ruidosa carcajada.

Al otro dia despues de lista de diana, salian del cuartel de Maza en direccion á Córdoba donde se hallaba Oribe, los cinco religiosos.

La promesa de las mulas era una sátira como todo lo demás, pues debian hacer la jornada á pié miéntras los soldados y el oficial que los escoltaban montaban mulas de primer órden.

Al verlos pasar, Maza les dedicó su última injuria y su última amenaza, que ellos aparentaron no oir.

—Ya sabe mi oficial, dijo al que mandaba la escolta:

Al primero que se mueva me le toca el violin y me remite la cabeza.

La carta con que los remitia, aunque no hubiese llevado firma al [illegible]

Señor General don Manuel Oribe, decia;

Tengo la mas viva satisfaccion de remitir á V. E. cinco frailes de los salvajes Unitarios de esta ciudad, más emprecinados y más conspiradores contra la Santa causa de la federacion.

Estos grandes bribones estaban tramando una revolucion contra el gran sistema federal, cuando sorprendidos por mí, fueron reducidos á prision.

Comprendo que con esta gente no puede usarse de ninguna concesion y que yo debia haberlos hecho degollar.

Pero he pensado despues que con esto hubiera robado un legitimo placer á V. E.

Preferí remitirlos vivos para que V. E. haga de ellos lo que mejor estime.

Los remito vivos entónces, reiterando que esos cinco frailes importan un peligro para nosotros, por la cantidad de gente inocente é infeliz, que ellos arrastran, por el número de relaciones que pueden tocar entre los cinco, y porque son Salvajes Unitarios empecinados, enemigos de Dios y de los hombres.

Con este motivo tengo el honor de saludar al señor General á quien Dios guarde.

M. MAZA.

Tanto el oficial como los soldados que componian la custodia, habian sido elejidos entre los más feroces, de manera á quedar seguro que el viaje, para las víctimas seria una cadena de terribles desvenventuras y dolores.

Durante las primeras doce leguas, todo marchó bien.

Pero á medida que los sacerdotes empezaron á cansarse, empezaron tambien las injurias y las amenazas de todo género.

El reposo de aquel dia fué corto y amargo.

El oficial los hizo pasar de pié, sin permitirles sentarse.

El segundo dia de la jornada se hacia mas duro.

Las piernas estaban fatigadas, los cuerpos mal alimentados y la planta de los piés convertida en una ampolla.

Y no hubo remedio!

Fué preciso seguir la marcha bajo el sol abrasador de aquellas regiones tropicales, ó esponerse á ser apaleados por aquellos mercenarios.

Marcharon tambien el segundo dia, á pesar de las ampollas que ya se convertian en llagas.

El tercero y el cuarto dia, ya toda la voluntad de aquellos mártires fué inútil para hacerles dar un paso.

Cayeron estenuados de dolor y de fatiga, sin poder moverse.

Entónces empezaron los golpes y los martirios.

Los soldados apaleaban á los sacerdotes, segun la órden recibida, con cuidado de que aquellos golpes no fueran á causar herida en la cabeza.

Y el oficial hacia pruebas de una crueldad refinadísima, desde ponerle los dedos en cepo de piolines hasta acercarles la brasa del pucho á la llaga de los piés.

Pero todo fué inútil.

Aquellos hombres habian marchado hasta agotar su último esfuerzo.

Así es que cuando cayeron, fué porque no tenian un átomo mas de fuerzas para estar en pié.

Fué preciso alzarlos en áncas para seguir la jornada.

Así llegaron al campo de Oribe, postrados por la fatiga, la fiebre y el dolor.

El hambre los hacia sufrir de una manera indescriptible pues desde que se pusieron en marcha no habian comido mas bocado que los mendrugos que arrojaban los soldados.

Así fueron entregados al General Oribe, junto con la carta de remision.

Oribe venia en esos momentos de hacer una larga jornada, así que decidió no ocuparse hasta el otro dia de los prisioneros que se le anunciaban.

Cuando leyó la carta de Maza se iluminaron sus ojos pequeños y penetrantes, como los del tigre á la vista de la presa.

—Es bueno escarmentar á esta gente de sotana, dijo la hiena del Quebracho, pero escarmentarlos de una manera que escarmienten todos los que vayan quedando.

Y haciendo que presos y custodia se alojáran en las cuadras de su escolta, se echó á dormir la siesta.

Los desventurados sacerdotes tuvieron siquiera aquella tarde y aquella noche de reposo.

Y aunque sobre un suelo lleno de pozos y tolondrones, durmieron con envidiable placidez.

De aquel sueño delicioso que les hacia olvidar las fatigas pasadas, fueron sacados bruscamente por las caricias de agena bota.

Era que los despertaban, como se despierta á los presos.

El General los llamaba á su presencia.

Aunque el dolor de los piés era inaguantable, hicieron un esfuerzo tremendo, y siguieron al guia.

Este los condujo al alojamiento de Oribe, que los esperaba con su espresion feroz y sanguinaria.

El continente noble y digno de aquellos hombres, impuso al soldadote algun respeto, respeto que disipó bien pronto su feroz instinto de destruccion.

—¿Que tal?—les dijo—conspirando contra los federales, en alianza con nuestros mas crueles enemigos?

—Nosotros no conspiramos contra nadie, pues harto que hacer tenemos con las funciones que nos impone nuestro ministerio.

—Sin embargo, aquí hay una nota del Comandante Maza, en que me dá buenos detalles de las iniquidades cometidas por ustedes.

—El Comandante Maza puede decir lo que mejor le parezca, pero no pasará de ser una impostura.

Ese no es un hombre sinó una fiera terrible.

Ni aún en el caso de ser cierto lo que asegura, es perdonable la zaña feroz que ha desplegado con nosotros.

—Es verdad, debia haberlos hecho degollar.

—Hubiera sido más humano.

Y en nombre de esa misma humanidad, pedimos se nos haga fusilar en el acto, si es que no hemos de ser tratados como hombres, ya que no como sacerdotes.

—Y se quejan los canallas! exclamó Oribe.

A ver, ¿cómo se llaman ustedes?

Cada uno de los sacerdotes se nombró, con una tranquilidad que demostraba la entereza de aquellos espíritus.

Cuando Oribe escuchó el apellido de Frias, se trasformó completamente y se vió como una nube de sangre que encapotaba su mirada terrible.

—¿Qué son ustedes del Frias, del mazorquero maldito que anda de secretario del asesino Lavalle?

—Hermanos, replicaron los dos levantando la frente noble, con un orgullo infinito.

—Ah! miserables frailes unitarios! les gritó levantando sobre ellos el rebenque.

Y todavia niegan lo que asegura Maza!

Recien ahora van á llevar su merecido.

A ver! gritó dirijiéndose al oficial—que los pongan en el cepo,

por ahora, miéntras se hace la nota de remision á S. E. el Restaurador.

Y cayó como una hiena, rebenque en mano, sobre los sacerdotes que salian de su tienda.

Frias, que á la salida ocupaba el último puesto, fué el que recibió la lluvia de golpes.

—El señor tenga piedad de tu alma! murmuró como única queja, como único lamento.

Oribe en el acto mandó á su secretario hiciese la nota de remision de aquellos cinco malvados.

—Me apresuro á remitirlos pronto, dijo, porque tengo miedo de no dar este gusto al Gobierno si los conservo cerca de mí.

Me sucede lo mismo que á Maza.

Tengo un gran deseo de hacerlos degollar.

«Entre esos cinco bandidos, decia á Rosas, van dos hermanos del Secretario que acompaña al asesino Juan Lavalle.

«Estos eran el alma del movimiento que tramaban contra la causa de la Federacion, sin duda combinados con el asesino Lavalle, por intermedio de su secretario.

«Es tal la indignacion que siento, Exmo. Sr., que no sé cómo me contengo y no hago con ellos un ejemplar.

«Pero ya V. E. les demostrará que, por magnánimo que sea V. E., es inexorable cuando se trata de crímenes como el que han cometido estos malvados!»

Y despues de un cúmulo de consideraciones, sin más aconsejaba que ni siquiera se debia ahorrar con ellos martirio alguno.

Al otro dia de madrugada, los cinco sacerdotes salian en direccion á Buenos Aires, escoltados por otros diez soldados y un oficial.

Jamás fué tan duro y amargo el camino á la tumba!

El cepo de la noche anterior, aunque mortificante, siquiera les habia servido de descanso, por haber tenido que estar estirados en el suelo.

De modo que, aunque los continuos golpes é injurias les habian dejado poco tiempo para dormir, habian descansado algo de las fatigas de la pasada marcha.

Antes de salir de aquel campo maldecido, vino Oribe á darles la despedida.

—Oigan bandidos, les dijo:

Sépanse que si no los he hecho degollar, no es por falta de ganas, sino por no privar al Restaurador de este gusto.

Harto desquitado estoy, pensando en el fin que les espera.

Y dió la señal de marcha despues de haber dado de golpes con el rebenque á aquellos desventurados.

Si espantosa fué la primera marcha al campamento de Oribe, más espantosa fué todavía aquella marcha á Buenos Aires.

Porque ya sus piés venian llagados y estenuados sus físicos.

El martirio era tal, que aquellos espíritus tan fuertes se encontraron vencidos al extremo de pedir por favor se les permitiera reposar un poco.

—Basta con el reposo de la noche, decia el oficial.

A mí se me ha ordenado que marche rápidamente y que no tome más tiempo de reposo que el necesario para no postrar las mulas.

—Quiere decir que las mulas son más dignas de consideracion que cinco hombres que vienen en nuestro estado!

Haga usted lo que quiera, amigo mio, pero yo le garanto que dentro de poco no bastará toda nuestra buena voluntad para hacernos dar un paso.

—Entónces recurriremos al cuchillo que suele ser más fuerte que la mejor voluntad.

Los sacerdotes se estremecieron de horror, pensando en los medios empleados anteriormente para hacerlos caminar.

No todos ellos tenian el valor de los hermanos Frias.

Los otros tres eran hombres tímidos hasta cierto punto, que si no se habian desplomado ya era por la palabra y el ejemplo de sus compañeros.

Y apesar de todo esto, aquella marcha no fué tan terrible como la que hicieron por aquel mismo camino los prisioneros del Quebracho!

A estos siquiera se les arrojaba los desperdicios de la soldadesca para calmar el hambre, y se les permitia beber á discrecion cuando pasaban por algun arroyo ó riacho.

Sin embargo la fatiga era enorme y el dolor de los piés inaguantable.

Donde quiera que posaban la planta, dejaban una marca sangrienta, pues ya las llagas empezaban á convertirse en úlceras, á consecuencia del calor abrasador del suelo.

Echenique, más débil de físico que sus compañeros, fué el primero en caer, sin un átomo mas de fuerza.

El oficial intentó hacerlo levantar y seguir caminando, pero aunque el sacerdote trató de obedecer, no le fué posible.

Entónces sacó el sable para valerse del primer recurso, pero los otros sacerdotes se interpusieron.

—Es inútil, dijeron los Frias, pues siendo el objeto no demorar la marcha, los cuatro lo ayudaremos á andar.

El oficial guardó el sable y consintió en aquella ayuda.

Parecia un hombre bueno en el fondo, y que necesitaba hacerse una gran violencia para cumplir las órdenes recibidas.

Sin duda el temor de ser delatado por sus mismos soldados, lo hacia ser más duro de lo que hubiera querido.

Solo, su conducta hubiera sido otra.

La marcha siguió entonces de aquela manera rara y solemne.

Echeñique marchaba entre sus cuatro compañeros, á quienes miraba con una ternura íntima.

—No se molesten, hermanos mios, les decia.

De todos modos voy á morir, porque conozco que la vida se aleja ya de mi cuerpo.

Déjenme, déjenme, así tal vez me maten y dejaré de sufrir más pronto.

—Paciencia, hermano mio, paciencia! decíanle los Frias animándolo.

Debemos cumplir con la divina máxima «ayúdate y te ayudaré.»

Y Echeñique sonreia entónces, con una dulzura de otro mundo.

El oficial estaba profundamente conmovido con aquella tocante escena, haciendo todo lo posible por dominarse.

Pero no habia remedio para él.

Era preciso cumplir las órdenes recibidas, ó esponerse á caer en un bárbaro castigo.

La fatiga propia unida á las que les causaba el sosten prestado al compañero caido, iba concluyendo poco a poco con la escasa fuerza que les quedaba.

A la media legua de camino, caia otro de ellos postrado por el dolor de las plantas laceradas.

Se intentó hacerlo marchar, pero tambien sin resultado alguno.
Entónces los tres que aún quedaban en pié cargaron tambien con él, prévio consentimiento de oficial.
Esta nueva carga debia concluir pronto y forzosamente con la entrega de los tres que á duras penas, aún se tenían en pié.
Los soldados miraban al oficial, estrañando su conducta y como preguntándole si no se hacia nada para divertirse.
El oficial comprendió aquellas miradas y se convenció que no era posible continuar asi.
En aquel momento el grupo de sacerdotes se detenia, vacilante.
El señor Frias miró al oficial con ojos de suprema agonia.
Este se estremeció y miró á su vez á los soldados.
No era posible seguir dispensando á las víctimas tantas consideraciones.
—¡Adelante! dijo, tratando de dar á su voz un timbre de severidad.
No es posible perder mas tiempo.
—Un momento, un minuto de reposo, replicó Frias, y continuamos.
—Ni un momento mas — sigan la marcha!
—Déjennos á los caidos, murmuró débilmente Echeñique.
No se hagan maltratar los que aún puedan seguir andando, pues al fin y alcabo nada ván á remediarnos.
—O todos ó ninguno, contestó aquel mártir y único en pié, quedó al lado de los caidos.
El oficial vacilaba—aquel cuadro era imponente.
Pero más imponente era la mirada de Oribe en su recuerdo, y la avidez con que lo contemplaban los soldados.
Se decidió por fin á finjir una crudeldad que no sentia y mandar á los sacerdotes siguieran marchando, bajo la más rigorosa amenaza.
Pero cuatro no podian marchar y Frias estaba decidido á no abandonarlos.
De todos modos, de poco le hubiera servido obedecer solo, desde que hubiera caido á los cincuenta ó cien pasos.
—Bueno, hacerlos andar! gritó el oficial.
Los soldados levantaron entónces á los caidos y los pusieron en pié, pero volvieron á caer como otros tantos cadáveres.
Habituados á aquellas escenas, empezaron á descargar sobre ellos una lluvia de verdaderos puñetazos, que arrancaban á las víctimas ayes lastimeros.
Aquello era horrible.
Los sacerdotes estaban tan postrados que ni siquiera intentaban evitar equellos golpes.
Frias miró al oficial de una manera suplicante y éste no pudo proseguir presenciando aquel espectáculo.
—Alto! dijo, que cada cual se eche uno en encas y andando.
El General me ha impuesto penas severas si estos no llegan vivos á su destino, y es bueno no apurar la cosa, porque me parece que no aguantan mas.
Los soldados obedecieron sin vacilar y se echaron á las ancas los sacerdotes.
—Me veo obligado á proceder así, les dijo, anticipando una esplicacion que ninguno le pedia.
Es preciso que los entregue vivos y sanos y me parece que si apuramos la cosa no llegan ni los huesos.
Las soldados nada contestaron y siguieron marchando, no si sa-

cudir de cuando en cuando un chirlazo al que traian en ancas, como por via de equivocacion.

Aquel era un nuevo martirio, insoportable tambien si se prolongaba mucho.

Fuera del canónigo Frias, que aún se mantenia en pié, los demás sacerdotes no habian podido montar y venian atravesados al anca de los mulos, como sacos de harina.

Además de lo violento de la posicion, los huesos de los muslos, con el tranque de la marcha, les producian dolores endiablados.

Asi llegaron hasta San Nicolás donde intentaron nuevamente hacerlos marchar, pero inútilmente.

El descarne de las llagas los habia dejado tan sensibles, que la sola idea de pararse los hacia estremecer.

Fué preciso seguir así viaje hasta Santos Lugares, fúnebre sitio de reposo.

Una vez allí, iban á dejar de padecer, pues todos ellos contaban con ser inmediatamente fusilados.

Hemos probabo mas de una vez, con todo género de documentos, que en la historia de Rosas no hay exajeracion posible.

Santos Lugares es un abismo que si se fuera á revolver y escudriñar daria temas monstruosos y haria revelaciones que serian justamente tachadas de fantásticas.

El martirio de los Frias fué uno de ellos.

¿Qué los llevaba á ensañarse contra sacerdotes indefensos, que ningun mal habian hecho ni podian hacer á la federacion?

Solo les guiaba el placer de un espectáculo de sangre y el deseo de hacer el daño, completamente por hacerlo.

Tantos los sacerdotes como la nota de remision, fué entregada al sombrio don Antonino Reyes de triste memoria.

Esta era la primera estacion de todo pliego, de todo prisionero remitido por las autoridades de campaña.

Desde allí don Antonino ponia carpeta á los unos y agregaba la clasificacion de los otros, á cuyo pié debia poner Rosas la sentencia inapelable de muerte ó de azotes y á las armas.

Estas tales clasificaciones no eran otra cosa que una agravacion de la causa, corregida y aumentada como si se quiera invitar al tirano á escribir el terrible *fusílese*.

Los cinco sacerdotes fueron pasados al cuartel de la escolta, miéntras se enviaba á Rosas la nota con que venian, y resolvia éste lo que habia de hacerse.

Los sacerdotes no podian estar sinó acostados.

Pidieron un colchon ó algunas mantas pero les fueron negadas, porque todavia no habia resolucion sobre ellos.

Rosas recibió la nota de Oribe poniéndose de un humor de todos los diablos.

—¿Con que los Frias? esclamó.

Bueno, es preciso decirle á Reyes que los trate rigurosamente miéntras resuelvo.

Quiero que sea duro con éllos, sobre todo con esos dos Frias, hermanos del que anda con Lavalle.

Pronto devolveré la carpeta.

Ahora si que empezaba el verdadero martirio de los sacerdotes.

En cuanto él supo que Rosas queria que los tratasen mal, los cinco fuerons metido en un corral de chanchos, aquel mismo corral que habia servido para martirizar á los prisioneros del Quebracho.

Allí los encerraron como otros tantos, para que fuera la diversion de la soldadesca.

Entre el fango del corral se hundian sus piés por completo, lo que era un veneno para las llagas.

Aquella tarde y noche, no lo pasaron tan mal.

Pero al otro dia, cuando el sol iba calentando el fango levantando un olor irrespirable, su situacion empezo á ser desesperante.

No habia un solo trecho de corral, que no fuera un lodazal de donde salian emanaciones nauseabundas.

Esa tarde se les dió de comer, pero arrojandoles la comida por sobre los palos del corral, lo mismo que habian hecho otras veces con los chanchos que lo ocupaban.

Al principio, aunque el hambre era mucha no se atrevian ni á mirar aquella comida.

Pero cuando el hambre apretó un poco y se hizo sentir con todo su rigor, no tuvieron más remedio que comer aquellos mendrugos revolcados en el fango.

Entónces la soldadesca aplaudia frenéticamente, los gestos de repugnancia que hacian al comer y la manera cómo trataban de limpiar los bocados.

El hambre, aunque de esta manera repugnante, se calmó un poco, pero quedaba la sed horriblemente aumentada por la comida y los rigores del sol.

Aquellos labios febriles, se movieron con una ansiedad conmovedora, pidiendo un trago de agua para calmar la sed.

Pero la soldadesca se les reia en las narices, invitándolos á chupar el cieno del corral.

Los cinco sacerdotes habian tomado una espresion cadavérica imponente.

Los ojos hundidos entre las órbitas, por el hambre y la falta de alimentos, brillaban con un fulgor siniestro por la sed devoradora que secaba sus labios.

El color lívido de la piel y la flacura de sus miembros temblorosos, los hacia parecer espectros animados por alguna pila eléctrica.

De cuando en cuando, alguno de aquellos malvados se acercaba al corral con un jarro lleno de agua.

Los sacerdotes con una espresion de ansiedad suprema, se acercaban á los palos, estirando los brazos en actitud de beber.

Pero de allí eran rechazados á golpes en medio de las carcajadas sonoras, con que la soldadesca festejaba aquella desesperacion tremenda.

—Agua! un poco de agua! gritaban, teniendo que hacer un esfuerzo para despegar la lengua del paladar.

Pero el agua no venia y ya la muerte abatia sus negras alas sobre aquellos cuerpos agonizantes.

Los pié de los sacerdotes habian perdido ya su forma humana por la descomposicion de la carne.

El lodo y el sol habia podrido las llagas por donde asomaban los huesos.

Entónces aquellos hombres empezaron á pedir la muerte, con la misma vehemencia que habian pedido agua.

—Por Dios! decian, mátennos pronto, porque así estamos muriendo de una manera maldecida!

Pero las más impías carcajadas seguian espondiendo á las súplicas conmovedoras de aquellas pobres víctimas.

Aquella tarde llegó un chasque de Palermo con un pliego para don Antonino Reyes.

Era la órden, para que aquellos cinco sacerdotes fueran fusilados.

Hemos sabido que don Antonino Reyes está en Buenos Aires, desde hace algunos dias.

Él puede desmentir, si se atreve, lo que vamos narrando.

Él puede decir si aquellas cinco nobles victimas, no fueron martirizadas del modo que hemos dicho, y asesinadas segun lo verá el lector más adelante.

Cuando Reyes se impuso de aquel pliego órden, en que se le mandaba fusilar á los cinco sacerdotes, recomendándole sobre todo á los hermanos Frias, á quienes queria se tratase como los más salvajes Unitarios.

En el acto fué llamado el mulato Rosas, de quien hablamos ya detenidamente, y á quien se le encomendó el cumplimiento de aquellas disposiciones, pues nadie más á propósito que él para cumplirlas llenando los deseos del ilustre Restaurador.

El mulato Rosas pegó un balido de placer, preguntanto á qué hora debian ejecutarse los sacerdotes.

—Mañana á la madrugada, entre un cuadro formado por las fuerzas del cuartel general.

El Capellan del Ejército los prestará les auxilios necesarios.

El mulato Rosas se separó de Reyes para empinarse un medio frasco de ginebra.

Cuando el mulato iba á ejecutar órdenes como ésta, necesitaba preparar el espíritu.

Y la preparacion la hacia consistir en una cuarta de caña ó aguardiente con que se entonaba y se *hacia humano*.

Esa tarde se hizo cargo de los cinco sacerdotes, á quienes fué á visitar al corral.

Alumbrado por la ginebra, Rosas iba ávido de comenzar sus crueldades.

—Qué tal? dijo á aquellos cadáveres agitados por un pequeño soplo de vida.

¿Cómo se sienten ustedes para soltar el uniforme de vivos?

—Bendita sea la mano de quien nos venga la muerte, porque ella nos habrá librado de esta vida insoportable.

—No se apuren, que tenemos que proceder con todas las reglas del arte.

Yo les voy á pegar mañana cuatro tiros, pero ántes tengo yo que arreglarlos á mi gusto, para que hagan una buena figura.

—Pronto, por Dios! dijo Frias, mostrando sus piés monstruosos, convertidos en una llaga infecta y verdosa.

—Ah! eso es muy bueno, dijo el mulato, pero será preciso, que las manos hagan juego.

Y su mirada brilló con espresion de la hiena que presiente una víctima.

Frias no se dió cuenta de estas palabras y siguió pidiendo al mulato que los hiciese fusilar [illegible], sin esperar al dia siguiente.

—Ya vuelvo, ya vuelvo, dijo el mulato, saliendo con paso vacilante. Voy á mandarles una copa para que se entonen, y en seguida les [illegible] unos cuatro ó seis soldados baqueanos, para que hagan las cosas bien.

El puñal del tirano.

Frias creyó que aquellos soldados vendrian á fusilarlos y levantó su espíritu á los misterios de lo eterno.

Por fin iban á dejar de sufrir, á olvidar en el horror de la tumba, el infierno de dolores que habian sufrido en aquellos pocos dias.

Y comunicó á sus compañeros, llenos de tranquilo bienestar, que por fin iban á concluir de sufrir.

Aquellos cinco hombres que con tanta entereza y valor habian sufrido tanto maltrato y tanta tortura, se estrecharon en un abrazo íntimo y lloraron silenciosamente.

La tumba tenia para ellos un atractivo supremo.

Hacia media hora que estaban entregados al recuerdo de la vida que pronto habian de abandonar, cuando aparecieron en el corral unos de los soldados de la escolta que enviaba el mulato Rosas á ejecutar los arreglos de que habia hablado.

Los sacerdotes creyeron que se trataba de fusilarlos y se despidieron unos de otros, viniendo á situarse frente á los soldados.

Pero éstos no traian armas de fuego, lo que llamó la atencion de Frias, que era el que tenia la mente más tranquila.

—¡Qué, ¿no nos ván á fusilar? preguntó.

—Creo que hasta mañana nó, contestó uno de ellos.

Ahora los vamos á acomodar no más para que estén listos para mañana.

Y empezaron á sacar algunos maneadores y sogas que llevabán preparadas.

Frias se estremeció ante aquel aparato, que le daba á entender se iban á consumar con ellos nuevos horrores.

En aquel momento brillaron sobre los palos del corral, los ojos feroces del mulato Rosas que venia sin duda á dirijir lo que él llamaba un arreglo para fusilar.

—¿Cuáles de ustedes son los Frias? preguntó Rosas echándose de bruces sobre los palos.

—Yo uno, contestó el que aún estaba de pié.

Ese es el otro, y señaló á su hermano que parecia un cadáver y que estaba echado en el fango.

—Bueno, á esos me los atan aquí, que quiero tenerlos cerca.

Los soldados se apoderaron de los dos hermanos, y los amarraron á los palos del corral, del lado donde estaba el mulato.

La tranquilidad volvió al espíritu de las dos víctimas, que creyeron era aquel el banquillo improvisado para fusilarlos en el acto.

Cuán léjos estaban de su espíritu los horrores que habian de seguirse!

Los otros tres fueron amarrados un poco más léjos, en los mismos palos.

—Bueno, dijo entónces el mulato, en cuyo acento se adivinaba la cantidad de alcohol que habia bebido aquel dia.

A mí me han recomendado que los atienda á ustedes con preferencia, y es por eso que les voy á hacer mi mejor cariño.

Y se dirigió á los Frias que lo miraban aterrados.

Ellos estaban fuertemente atados por el pecho y la cintura á los palos.

Los brazos estaban tambien atados en forma de cruz, dejando las palmas vueltas para afuera.

En seguida sacaron sus cuchillos, que empezaron á asentar sobre la bota, con espresion feroz.

tar con sus verdaderos colores, todo el horror d'
.uacion desesperante.

.quello no podia ser otra cosa que preparativos de degüello.

Y los sacerdotes, ante aquella actitud, se estremecian horrorizados.

Bien pr..ato se convencieron que la misma muerte á cuchillo habri
.ido una ventaja.

Cuando los soldados tuvieron sus cuchillos listos y bien cortantes
se acercaron á las víctimas y principiaron una operacion monstruosa

Les despalmaban las manos para que, segun la espresion del mu
lato Rosas, hicieran juego con los piés.

Los sacerdotes, fuertemente amarrados, no podian moverse, haciéndolos la desesperacion dar gritos que se sentian en todo el campamento.

Y el mulato Rosas reia con sus gruesos labios y los soldados hacian el coro miéntras seguian cortando.

A los gritos de las víctimas y risas de los verdugos, acudieron al corral los soldados y oficiales más entrañudos, que tomaron parte en la fiesta.

Los sacerdotes gritaban y suplicaban por todos los santos, que los degollaran pronto, á lo que el mulato respondia:

—De buena gana, conejo, lo haria, si no fuera que tengo órden terminante de fusilarlos.

—Pues fusile os pronto, que esta agonía es tremenda.

—Es preciso esperar á mañana, no hay remedio, pero podremos matar el tiempo de cualquier manera.

No hay cuidado que diversiones no nos han de faltar.

Era pues, preciso apurar el martirio hasta su última gota!

Los sacerdotes quedar n allí amarrados, con sus manos destilando sangre, mientras el sol y las moscas hacian su obra de descomposicion.

Aquello era horrible!

Y así pasaron el resto del dia y toda la noche, agonizando de aquella manera tremenda.

Al otro dia por la mañana, solo los hermanos Frias y Echeñique conservaban un poco de vida.

Los otros dos sacerdotes habian muerto, pues no habian tenido la fuerza necesaria para resistir aquella última prueba.

A las seis de la mañana estaba formado en el campamento el cuadro donde debian ser ejecutados los sacerdotes.

En el centro se habian colocado los cinco banquillos donde se les debia dar la muerte.

La noche anterior habia venido otro chasque de Palermo, reiterando la primera órden y recomendando que á los hermanos Frias no se les tuviera la menor consideracion.

Cuando todo estuvo dispuesto, el mismo mulato Rosas fué al corral á buscar las víctimas.

Los dos sacerdotes muertos fueron los primeros en ser sacados y llevados á los banquillos, donde fueron amarrados y donde les vendaron los ojos como si estuviesen vivos.

En seguida trajeron á Echeñique, que amarraron tambien entre los dos cadaveres.

Rosas y algunos bandidos como él quedaron en el corral, haciendo con los Frias algo de monstruoso.

—Me parece que les ha crecido un poco el pelo en la corona les

dijo, y es preciso afeitarla para que vayan al banqu decencia del caso.
É hizo acercar los soldados.
Aquellos dos séres tan mutilados ya, no ofrecían la menor resistencia.
Creian que más de lo sufrido no podia intentarse contra ellos y suponian que, aunque groseramente, solo se trataba de afeitarlos.
Porque realmente no se podia suponer que el horror llegara á tal extremo.
Los soldados se acercaron á ellos, y con una crueldad que supera á todo lo conocido, principiaron á desollar aquellas cabezas venerables en todo el círculo que marcaba la tonsura.
Y asi, con la cabeza sangrienta y mostrando el hueso desnudo, fueron conducidos al banquillo, agonizantes.
Una vez atados, se hicieron venir los tiradores, y con todo el aparato de aquel acto solemne, los tres moribundos y los dos muertos, fueron pasados por las armas.
Este fué el fin horrible de aquellos cinco sacerdotes, que tanto honor hacian á nuestro clero.
Pasemos, pasemos sobre estos horrores para ocuparnos de lo que sucedia en la ciudad.

UNA INFAMIA

De todas las iniquidades cometidas por Rosas á causa de delaciones, figura en primera línea el asesinato de don Jacinto Machado y su hijo, jóven de diez y seis años, lleno de vida y esperanzas.
Era don Jacinto Machado un cumplido caballero, dueño de numerosas haciendas y de campos de gran valor.
Una de estas estancias, la más valiosa de todas, era la conocida por Lomas de Machado, en el partido de la Loberia.
Don Jacinto Machado, padre del benemérito Coronel de este mismo apellido, era un hombre sumamente laborioso y activo.
Viajaba con mucha frecuençia por los pueblos del Sud, hasta Dolores y Chascomús, haciendo negocios de hacienda, para lo cual tenia gran inteligencia y tino.
Machado, como todo hombre de corazon, era unitario, como lo era todo, con su corazon y su inteligencia.
Pero tenia muy buen cuidado de no dejar traslucir su modo de pensar, porque sabia que su cabeza no habia de permanecer mucho tiempo sobre sus hombros.
Patriota y despreocupado de sí mismo, no ocultaba su modo de pensar en politica, porque tuviera miedo ó porque su persona y su vida merecieran para él la menor atencion.
Es que tenia idolatria por aquel hijo que lo acompañaba en sus faenas de campo y por el que tenia un cariño delirante.
Si él era clasificado de Unitario y perseguido como tal, no seria solo él el que sufriria las consecuencias.
Su hijo pagaria el modo de pensar del padre, con los intereses que embargaria el fisco, ó con la vida que le arrebataria la federacion.
Si huia y lo llevaba consigo, esponía á aquel hijo querido á sufrir todo género de miserias y correr los peligros naturales de aquella época espantosa.

Si la felicidad de aquel hijo querido podia comprarla con solo el silencio y disimulo sobre su modo de pensar ¿porqué no hacer este pequeño sacrificio?

Tiempo habria despues para desahogarse, pues aquella tiranía oprobiosa no habia de durar mucho tiempo.

Así, lejos de manifestar, ni aún en el seno de la vida privada, su modo de pensar, se finjia un federal tranquilo, pero un buen federal.

Visitaba á los jueces de paz de los partidos vecinos, con quienes habia hecho una gran amistad.

—Yo les tengo envidia, solia decirles, porque no tengo ni la mitad del carácter que se necesita para ser un verdadero federal.

Para ello se necesita carácter y energía, cosas que yo no tengo, pues fatalmente soy medio flojonazo.

Y por flojonazo era tenido, aunque era un hombre de un valor terrible y de una fibra estupenda.

Los Jueces de Paz lo tenian por un federal en toda regla, aunque por un federal con el que no podria contarse en caso de p ligro.

Y lamentaban esto, porque con un poco de valor, Machado hubiera sido un partidario de primera fuerza.

Y esa misma timidez y cobardía que demostraba, era hija del cálculo.

—Si se aperciben que tengo tantas entrañas como el mejor, pensaba, son capaces mañana de mandarme cometer un asesinato, y entónces si que me descubren por completo.

Vale más pasar por federal cobarde, que nada me ha de echar al bolsillo porque me crean lo uno ó lo otro.

Insigne charlatan, tambien por cálculo, comentaba las noticias que iban con referencia á Lavalle y á los unitarios de la ciudad.

—¡Parece increible! gritaba con una indignacion artisticamente imitada, que por unos cuantos pícaros ande la Provincia agitada y sobre las armas.

Esos tales Unitarios deberian convencerse que el país no los quiere, y que con estos levantamientos lo único que sacan es hacerse odiosos.

Y por consejos y muchas veces por órden terminante de su padre, su hijo tenia que espresarse en los mismos términos, aunque su corazon juvenil y entusiasta, ardia en santo patriotismo.

Y el jóven á su vez se contenia cuanto le era posible, por no comprometer la existencia de su padre, y echar por tierra su gran obra de disimulo.

Esta conducta pública no le habia hecho mal, ni al padre ni al hijo, ante los patriotas del Sur, que empezaban entónces á idear la gran revolucion de que ya nos ocupamos.

Ellos sabian que podian contar con aquel corazon hasta el último latido.

Sabian que Machado era un hombre bravo y caballeresco, hasta el punto de contribuir con su cuerpo y con su dinero en cualquier movimiento revolucionario tendente á dar en tierra con el poder de Rosas.

Así es que escuchaban con la mayor tranquilidad las noticias que de Machado circulaban, dándoles tanto crédito, como si hubieran oido decir que don Martinez Marcelino Castro era un federal.

—Yo tengo un hijo, les dijo un dia de espansion solemne, por cuya vida y felicidad tengo que velar.

Yo no podré entónces dar la cara de frente sinó en un movimiento que ofrezca una seguridad de triunfo.

Pero miéntras ese momento no se presenta y se trate de prepararlo, ahí está toda mi fortuna, hasta el último carnero, á disposicion del gran partido Unitario.

Hagan uso de ella, amigos mios, que harto compensado estoy con haber contribuido á la felicidad de la pátria.

Los Unitarios del Sud guardaron aquella promesa que sabian venia de un corazon leal, y aplaudieron al amigo y aliado su estratagema para salvarse y salvar á su hijo.

Era tal la confianza que tenian por su parte en Machado los federales, que cuando Rosas mandó levantar informaciones á los Jueces de Paz, respecto á los Estancieros del Sud, todos se desgajaban en elogios de Machado.

—Es un federal de los buenos, decian.

Jamás la causa de la federacion habia tenido un partidario tan leal y abnegado.

Porque lo primero que se veia en la poblacion de Machado, era un retrato de Rosas, de cuerpo entero, puesto en un marco lujosísimo.

Cuando los patriotas del Sud iniciaron su gran cruzada, don Jacinto Machado fué puesto en el secreto, solicitándose su ayuda como amigo de causa.

—En todo lo que valgo, contestó.

Dispongan ustedes de cuanto me pertenece, como si de ustedes fuera, pero c mo les dije ántes, yo no los puedo seguir hasta no ver el rumbo que toma el movimiento.

Si yo me muevo de aquí ya, este muchacho haria lo mismo y yo no puedo comprometer así su vida.

Si por otra parte é', queda aquí á pesar de irme yo, sobre él descargarán la ira que sientan al saber lo que ellos llamarán mi traicion.

Si se pudiera arrollar siquiera la fuerza de Granada y don Prudencio, no hay duda que el país es nuestro.

—Granada es nuestro, está solemnemente comprometido, y se plegará á nosotros con toda su tropa.

—Pues entónces no hay que hablar, terminó Machado.

En cuanto la incorporacion de Granada á nuestro ejército sea un hecho, yo me presento al cuartel á hacer servicio.

Pero ántes no quiero comprometerme.

Granada estará todo lo comprometido que se quiera, pero yo no le tengo confianza.

En último momento es muy capaz de venirse sobre ustedes y hacer una zapallada.

—No crea, el compromiso de Granada es con Maza, y no se ha de atrever á faltarle, porque dados los elementos de aquel, la revolucion tiene que triunfar, y entónces adios Granada!

—Me alegraré mucho, pero yo quiero verlo plegarse.

Pocos dias despues de esta conversacion, don Marcelino Martinez era portador de la terrible noticia de la traicion de Martinez Fonte y el fusilamiento de Maza, alma del movimiento.

Nuestros lectores conocen los detalles de estos sucesos tristes.

—Ahora, dijo Machado al conocer la nueva, atengámonos á nuestras propias fuerzas.

Granada creo que hará todo, ménos plegarse á la revolucion

C utela, amigos mios, cautela.

—No importa, todo está preparado.

Nos falta Maza, pero ahí están sus elementos y el General Lavalle que viene de un momento á otro.

Los patriotas del Sud, como se sabe, no desmayaron.

Alentados por Castelli, Martinez, Rico, Ramos, Mejia y demás, tomaron sus medidas para hacer estallar el movimiento, creyendo que los elementos preparados por Maza responderian en la ciudad.

Y se produjo aquel acto de sublime audacia, en Dolores, donde se hizo pedazos el gran retrato de Rosas existente en el Juzgado, y se pisotearon las divisas y los bustos.

Ya conocen nuestros lectores el desenlace de este triste drama y sus más bellos epi odios.

Los pasamos por alto entónces, para volver al Sr. Machado, protagonista de este dramático capítulo.

Machado se vino á la ciudad acompañado de su hijo, pues su hijo estaria más seguro, y para él siempre habia tiempo de tomar un fusil y acudir por la parte Unitaria.

Nada tenia que temer personalmente, pues junto con él venian algunos otros Jueces de Paz, huyendo de la guerra.

En la ciudad se refugiaron todos, hasta que pasase el chubasco y pudiesen volver sin peligro á la campaña.

Aquí, por el informe *invoce* de aquellos Jueces de Paz, quien habia de tener el menor recelo.

Estuvo en la ciudad contemplando con un interés febril la manera como iban á defenderse y sobre todo, si se pronunciaban algunos de los cuerpos comprometidos con Maza.

Segun la actitud de éstos, iria ó no al lado de sus amigos.

Pero todo salió como él lo habia sospechado.

Muerto Maza, la revolucion del Sud se perdió. Granada no cumplió su palabra y la sangre de aquellos patriotas entusiastas fué el único punto que se produjo.

Triste y mústio, Machado salió de la ciudad en direccion á su estancia de las Lomas.

Pensaba en sus nobles amigos que habian pagado con la vida su accion heróica, y se felicitaba intimamente de haber sido tan precavido y desconfiado.

Su jóven hijo era el que no podia contener su indignacion.

Solo el respeto que sentía por todo lo que su padre le indicaba, podia contener las palabras de furor en su boca juvenil.

Todo era ruina y espanto en la campaña.

Los federales, pasado el primer jabon, habian comenzado todo género de tropelias y crímenes.

Dolores, donde se habia pateado el retrato del ilustre bribon, fué el teatro de todas las venganzas y de todas las persecuciones.

—Este ha de haber andado con ellos, decian los federales.

Tiene cara de Unitario, y de unitario malo: caigámosle.

Y cuando la persona así clasificada acordaba, ó se apercibia que era sospechosa, era cuando ya tenia el cuchillo en la garganta.

Y esta más ó ménos era la situacion de la campaña en general.

Las autoridades federales que habian salvado el pellejo como un milagro, volvian á ocupar sus puestos, llenas de odio y deseo de venganza contra aquellos que las habian corrido.

Por esto es que los saqueos y asesinatos se repetian á cada instante, en las personas menos conocidas.

Aquellos estancieros ricos que el Juez de Paz no se atrevia á *lim-*

piarse por sí, los saqueaba en sus intereses y los remitia bajo segura custodia á Santos Lugares, con un parte que equivalia á diez condenas de muerte.

Aquí era donde entraba el trabajo más importante de D. Antonino.

Hacer la clasificacion del preso y ampliar la nota de remision para remitirla á Palermo, de donde volvia con esta palabra al pié:

«Fusílese.

ROSAS.»

Así el señor Machado atravesó hasta Dolores, presenciando todo género de atrocidades.

En la ciudad habia hecho refrendar sus pases, etc.; de manera que no fuera detenido ó no fuesen á fusilarlo por equivocacion.

En su tránsito fué detenido varias veces y conducido al Juzgado de Paz, por sospechoso.

Pero mediante la exhibicion de su pase, se le dejaba tranquilo, tratándosele con el mayor respeto.

Solo en Chascomús tuvo que sufrir una detencion de cuatro horas.

Machado y su hijo habian sido conducidos ante la importante persona del Juez de Paz, que los miraba de arriba á abajo, sin saber por dónde empezar las preguntas.

Este Juez era un paisano bruto y perverso, cuyas iniquidades le habia deparado aquel puesto.

—Señor, le habian dicho á Rosas, ese hombre no sabe leer y no puede ser Juez de Paz.

—Si no sabe leer y escribir, sabe librarnos de sabandijas malditas unitarias, que es lo que yo necesito.

Mientras sirva bien á la santa causa, está bien donde lo he puesto.

Así el Juez de Paz de Chascomus estaba en aquellas condiciones de ignorancia, pero allí se le habia puesto para que librase al pueblo de los inmundos Unitarios que allí se hospedaban.

Machado presentó entónces sus papeles, pasaporte, etc., pero el Juez de Paz los puso sobre la mesa como si para nada sirvieran.

—Con que, preguntó, considerándose feliz de hallar una pregunta cualquiera que lo sacara del paso:

¿Por qué se anda metiendo con los unitarios asesinos y metiéndose en sus movimientos de revolucion?

—Yo no soy unitario ni me he metido en nada con ellos.

—Es que yo sé que usted es un unitario disfrazado de federal, que Vd. es un pícaro que ha formado parte del ejército unitario cuando el asesino Lavalle anduvo compadreando por aquí.

—Usted se equivoca, amigo mio.

Yo soy Jacinto Machado, conocido en todo el Sur como un buen federal y amigo del gobierno.

Por esos papeles que le acabo de entregar verá usted que se ha equivocado y que no soy la persona que crée.

El Juez de Paz tomó los papeles y empezó darlos vuelta sin abrirlos.

—Es que ahora falsifican mucho las notas, dijo.

—Pero los documentos auténticos se conocen—lea usted el pase solamente, que basta para acreditar quien yo sea.

El Juez de Paz dió un grito, y acudió uno de esos soldados imposibles que existen aún en algunos juzgados de campaña.

—Vaya vea si está don Ramon y llámelo, le dijo.

—Don Ramon no está, contestó el milico, ahora cuando pasó por la puerta, me dijo que iba á una diligencia urgente, y que no volveria hasta lo noche.

—Pues amigo, dijo el juez á Machado, tendrá que esperar aquí hasta la noche, porque como yo no entiendo esta letra menuda, él es el que me lée á mi lo que me mandan de adentro, y el que tendrá que leerme esto tambien.

—Se lo leeré yo, señor, pues es lo mismo.

—Qué esperanza! yo no me fio más que de los ojos de D. Ramon! Los tiempos no están para andarse fiando de todo el mundo!

No habia más remedio que esperar hasta la noche y Machado se resignó.

El jóven era el que estaba como una fiera.

A duras penas podia contenerlo su padre para que no hiciera una embarrada sin compostura.

—Pero, padre mio, decia en voz baja, es que esto no se puede sufrir. Este hombre ignorante y miserable nos está tratando como á dos canallas.

—Peor seria que nos tratara como á dos unitarios, hijo mio.

Es preciso tener paciencia y sufrir.

Guarda tú absoluto silencio, pues si á causa de alguna imprudencia te sucede algo, me habrás dado un golpe de muerte.

—La tendré mi padre, puesto que usted lo manda, la tendré ya que ello es preciso para salvar la vida.

A la caida de la noche, como lo habia prometido, llegó el tan deseado don Ramon, que no era otro que un don Ramon Toledo, muy amigo y viejo conocido de Machado.

En cuanto lo vió, y antes de saludar á S. E. el Juez de Paz, le tendió la mano cariñosamente.

—Usted por aquí! le dijo, cuanto gustazo de verlo!

—Pues aquí me tiene esperándolo, porque me han traido como salvaje unitario y no hay aquí quien lea el pasaporte.

—¿Usted unitario? ah! gente ignorante! dentro de poco esta exajeracion vá á hacerlos prender al mismo Restaurador!

El Juez de Paz estaba como quien vé visiones.

¿Quién era aquel personaje á quien don Ramon trataba de aquella manera, clasificando su detencion de tan brutal como la del mismo Restaurador?

—Aquí están los papeles, dijo alcanzándolos á don Ramon para que los leyera.

—Los papeles de este hombre no se léen, dijo.

El es más federal que la misma federacion; con que déjelo usted ir á donde quiera que tal vez tenga algo que hacer.

El Juez de Paz, lleno de cortesías y comedimientos, le significó que estaba en completa libertad, lamentando el error de sus agentes que allí le habian conducido.

Complacido de que la aventura no hubiera tenido mayores consecuencias, Machado se despidió agradeciendo á Toledo su buena amistad y el servicio que acababa de prestarle.

—Es preciso no detenerse hijo mio: ya ves que echas el diablo andan las cosas.

Puede el diablo que á traves de nuestra capa federal nos descubran el corazon unitario.

Y emprendieron al galope largo el camino de Dolores.

Y pasaron de largo, despues de haber presenciado algunas iniquidades que allí se cometian.

Al llegar al partido de la Loberia, Machado se consideró salvo.

Y miéntras su hijo se dirigia á su establecimiento de las Lomas, él se dirigió á la Estancia el Invierno del señor Baudriz.

El Invierno de Baudriz era un espléndido establecimiento de campo, situado èn el mismo partido de la Loberia.

El Invierno estaba á cargo de la capataza Felisa, mujer capaz de administrar dos establecimientos como aquel, haciéndose respetar del más bravo paisanage.

Doña Felisa era una federalaza de tomo y lomo, muy amiga de Machado, que la agazajaba porque ella estaba relacionada con la flor de la federacion en aquellos parajes lejanos, donde un simple teniente alcade era una potencia terrible.

Una simple delacion de la capataza de Baudriz, bastaba para que el menos sospechado hubiese sido cosido á puñaladas.

Felizmente era una mujer buena, que jamás causó la menor desgracia.

—Dios lo tenga de la mano á tan buen amigo! esclamó así que vió á Machado!

¿Por dónde diablos ha andado que lo hemos perdido de vista?

—Vengo de la ciudad, mi amiga, respondió dejándose caer del caballo, á donde me fuí cuando empezaron estos barullos.

Como yo no soy hombre de armas....

—Y qué noticias me dá por allá?

Dicen que esos pícaros de unitarios se han metido á mano grande, pero que les han pegado un buen sustazo.

—Vea usted, ¡cuánto más les hubiera valido quedarse en sus casas!

—Estos pillos de unitarios, repuso Machado, no sirven mas que para tener el pais revuelto.

Desde que á ellos se les ocurrió voltear al Restaurador, no andan sinó de barullo en barullo y en todos ellos salen como el diablo.

—Pero ¿cómo mas han de salir?.... pero cuente, cuente lo que ha sucedido y á quienes han muerto.

Aquí no se tiene ningun detalle; solo se sabe que han muerto muchos.

—Todos eran estancieros que se metieron á revolucionarios; Rico, don Pedro Castelli y demas amigos, cayeron en poder de las fuerzas del gobierno y pagaron su temeridad con la cabeza.

—Pobres hombres! yo los siento mucho porque al fin eran buenos y conocidos, pero qué le hemos de hacer! el gobierno tiene razon de haberlos difunteado.

—Y todavia no han de escarmentar!

Ya vendrán otros con Lavalle á agitar de nuevo el pais!

Machado tomó un par de mates con que lo obsequió la capataza, apretó la cincha á su caballo y siguió viage á las Lomas, despues de saludar cordialmente á su amiga.

Sin que ninguno de ellos los hubiera visto, en la cocina de la estancia, á tres ó cuatro varas de distancia, habia cuatro personas.

Eran tres peones de la misma, y un allegado al Juzgado de Paz, hómbre de malos instintos y de pasiones feroces.

—Ola! murmuró así que se alejó Machado—con que Lavalle vá á venir y los unitarios ván á armar un nuevo bochinche.

Pero es preciso avisarlo con tiempo para que no nos vuelvan á agarrar sin perros.

Mire quien habia de decir que Machado era unitario!

Y yo que lo tenia por tan de los nuestros!

Aquel hombre era un malvado, en cuyo ánimo la codicia habia engendrado un plan terrible.

Como Machado habia estado ausente durante el movimiento revolucionario, García, que así se llamaba, se habia apropiado una buena cantidad de hacienda que queria conservar á toda costa.

La vuelta de Machado estorbaba sus planes de robo, pues tendria que devolver los animales robados.

Para conservarlos, y aún aumentarlos, era necesario perder á Machado, y como salvaje unitario.

Hombre astuto, comprendió que, para entablar la delacion en toda regla, necesitaba saber dónde habia estado Machado durante el movimiento

Ya su plan lo habia formado, haciendo entender á los peones que estaban con él, de una manera torcida, lo que Machado dijo á la capataza de Baudrix.

—Pronto ha de venir otra espedicion unitaria que será mas feliz que esta.

Así quedaba cambiada la intencion de las palabras de Machado.

García se fué á las Lomas á visitarlo, y desde el primer momento dirigió la conversacion al punto que deseaba herir.

—¿Dónde lo agarró esta patriada, amigazo?

Parece, segun hemos oido, que las cosas han sido duras de pelar, y que los unitarios casi nos embroman.

—Hombre, yo me fui al pueblo, donde he permanecido hasta que todo pasó.

Usted sabe que, aunque federal de corazon, yo no he nacido para la guerra, así es que cuando ví que la cosa se ponia séria, me fuí al pueblo y allí pasé con mi hijo el aguacero.

—Ha hecho bien, canejo.

La cosa se iba poniendo séria y no habia tiempo que perder.

Aquí francamente, hemos andado con un jabon en toda regla, porque estos diablos pasaron como un torbellino, tratando de hacernos á los federales, todo el mal posible.

Puede que con esta hayan escarmentado.

—Son tan duros de cabeza estos diablos, que no estrañaria hicieran otra intentona.

Pero está visto que no pueden con el gobierno y que todo lo que hagan será en su perjuicio.

Machado mandó traer mate para obsequiar á su visita y poco despues, á su llamado, venia su hijo á hacer sociedad á García.

El jóven Machado era, como lo hemos dicho ya, un jóven de gran carácter, á pesar de sus tiernos años, de un valor á toda prueba, y de un patriotismo sin límites.

Odiaba todo lo que pertenecia á la federacion y despreciaba profundamente á sus hombres.

Así es que cuando se encontró con García, palideció hondamente, sintiendo una ráfaga de coraje que del corazon subia á la cabeza.

El jóven Machado amaba á su padre sobre todas las cosas de la tierra, y estaba habituado á respetar su voluntad y su deseo de una manera ineludible.

Por eso ahogaba los impulsos de su corazon y contemporizaba con aquellos malvados á quienes hubiera deseado esterminar.

García era un hombre ordinario, sin educacion ni sentimientos.

Se habia hecho federal porque de esta manera podia dar rienda

suelta á sus instintos feroces, sin temor de ser perseguido por la autoridad á que servia de espía y de sangriento paladin.

Todos lo conocian como un bandido, pero no se atrevian á manifestarle la aversion que les inspiraba por temor á una delacion, ó á ser asesinados por él mismo cuando ménos lo pensaran.

Por eso la presencia de aquel hombre hizo en el jóven Machado una impresion tan profunda.

Si su padre no hubiera estado allí, es seguro que á pesar de todas las recomendaciones no hubiera podido contenerse y le hubiera saltado al cuello.

Largo rato estuvo allí García, conversando de federales y unitarios y tomando mate.

Por fin, despues de muchas felicitaciones por el esterminio de los salvajes Unitarios, montó á caballo y se retiró.

Machado, que habia estado observando á su hijo todo el tiempo que duró la visita, lo llamó cariñosamente tan pronto como García se alejó un buen trecho.

—Es preciso hijo mio, le dijo, que tengas más fuerza de voluntad y disimules cuanto te sea posible la aversion que te inspira esta gente.

Tú no has de odiarlos más que yo mismo, pues conoces mis sentimientos íntimos, y ya ves que llevo mi disimulo hasta conducirme con ellos como el mejor de sus amigos.

Es que esto es necesario para salvar la fortuna y la cabeza.

Tiempos mejores vendrán, hijo mio, y entónces podremos dar espansion á nuestro espíritu y tomar un buen desquite, no lo dudes.

Yo no omito sacrificio para que me tengan por un buen federal.

Y si tú no haces lo mismo, mis sacrificios serán estériles en mi más íntimo objeto—resguardar tu vida que tan querida es á mi corazon.

¿Tú crees que yo podria sobrellevar una desgracia caida sobre tu cabeza?

Vamos, carácter, hijo mio, que es lo único que yo te pido para mi espíritu, disimula como yo y no muestres jamás en tu mirada el rencor que demostrabas á García.

El jóven escuchaba conmovido la palabra cariñosa de aquel noble padre.

Cuando éste concluyó, levantó la juvenil cabeza iluminada por todo el cariño que afluia á su mirada franca y noble:

—Comprendo todo lo que me dices y te juro hacerlo así.

Pero mira, viejo, no sé porqué la visita de este hombre se me ha clavado en el corazon como el anuncio de una desgracia terrible.

Tenia deseos de matarlo con la conciencia de que evitaba una desgracia para nosotros.

Yo tengo el corazon muy leal, viejo, y tengo miedo de ese malvado.

—Esas son preocupaciones hijas de esta época de sangre y maldades.

¿Qué desgracia quieres que nos suceda?

Yo paso por un federal en toda regla, aunque inservible para la causa por ser muy flojo.

De otro modo no hubiera podido librarme de ser encargado de cometer alguna infamia, encargo que hubiera dado en tierra con todos mis propósitos.

Me tienen pues por un buen federal, incompatible y enemigo del bando unitario.

¿Qué desgracia quieres entónces que nos suceda?

Lo que es preciso evitar, á costa de los mayores sacrificios, es que desconfien de tí y tú vas á jurarme que no darás motivo para ello.

—Yo te lo juro, padre mio, sabes que no hay para mí mejor placer que verte contento.

Pero, te lo repito, la visita de este hombre se me ha clavado en el corazon.

No sé porqué quisiera verte léjos, muy léjos de aquí, fuera del alcance del poder de Rosas!

—No seas loco!

Ya verás qué bien lo pasamos haciéndonos los federales, hasta que vengan mejores tiempos.

García, entretanto, rumiando en su imaginacion perversa el plan que habia formado, se dirijió á gran galope al Juzgado de Paz, donde entró como si lo persiguieran todos los diablos.

—Nos amenaza otro peligro, gritó así que se *topó* con el Juez de Paz, pero un peligro más peliagudo que el que acabamos de pasar.

—¿Pero qué peligro puede ser ese?

Vomite, amigo, vomite de una vez que ya me ha puesto en cuidado.

—Y no es para menos! figúrese amigo que se nos viene otra espedicion de salvajes, mejor organizada que la primera y como nos ván á agarrar sin perros, no sé que será de nosotros!

—Pero vamos á ver, ¿cómo sabe usted la cosa?

—De esta manera.

—Machado, á quien todos estamos creyendo un buen federal, es un enemigo que nos está vendiendo.

—¿Don Jacinto Machado?

—El mismo, y el salvaje unitario de su hijo.

—¡No hable bolazos!

—¿Bolazos? escúcheme y verá.

El tal Machado, que acaba de llegar del pueblo, donde habia ido á ayudar la revolucion Unitaria si la sacaba buena, se detuvo á descansar en el Invierno de Baudrix.

Salió á recibirlo la capataza y se pusieron en charla sobre las cosas de la revolucion.

Yo me hallaba en la cocina con dos peones, desde donde por casualidad he oido lo que hablaran.

—¿Qué me cuenta de la revolucion? preguntó la capataza.

—¿Qué le he de contar? que nos ha ido mal porque nos han hecho traicion, ya vé, nos ha ido mal, contestó Machado.

Pero no importa, agregó, porque ahora se prepara la buena: dentro de unos dias llega Lavalle por acá, donde se juntará con los que hemos quedado y entónces veremos si se escapan los que hoy nos han embromado.

—¿Entónces ván á hacer otra? preguntó la capataza.

¿Cuándo ván á escarmentar ustedes?

—Los Unitarios son muy cabeza dura, y no escarmentamos, concluyó Machado.

Lo que es ahora, no nos ha de ir tan mal.

Tomó en seguida unos mates y se fué para La Loma, donde ya estaba su hijo, pues tienen que prepararles caballada á los Unitarios.

—A los infiernos! esclamó el Juez de Paz completamente aterrado, y creyendo como un evangelio la delacion de García.

—¿Y cómo vamos á hacer, sin un soldado, puesto que han llevado todas las fuerzas á Dolores?

Prender á Machado no se puede, porque seria darles el alerta.

¿Qué hacer, caramba?

Poniendo en prensa su federal majin, el Juez de Paz resolvió disimular lo que sabia y mandar una nota al Gobierno avisando lo que pasaba y pidiendo algunas fuerzas para sosten de la autoridad.

En el acto se redactó la nota que debia llevar un chasque, matando caballos.

En ella se daba al gobierno noticia detellada de la conversacion sorprendida por Garcia, y se pedian instrucciones sobre lo que debia hacerse.

«Aunque Machado y su hijo se encuentran en su estancia preparando las caballadas para la revolucion, concluia la nota, no he querido prenderlos por que tal vez no convenga hacerles saber que conocemos su plan.

Por eso pido al ilustre Restaurador me indique lo que debo hacer y mande fuerza necesaria para sostener la autoridad.»

El chasque partió esa misma noche, con la mejor tropilla del Juez de Paz.

Era preciso ganar tiempo á toda costa y andar con veinte ojos miéntras llegaban instrucciones.

La nota llegó á Palermo donde armó un alboroto de todos los diablos.

Recien concluian con un movimiento Unitario y ya se les presentaba otro más poderoso!

En el acto Rosas despachó el chasque con una nota para el Juez de Paz de la Loberia.

En esta se le avisaba que el gobierno tomaba inmediatamente medidas para evitar el mal que se le anunciaba.

Que estuvieran sobre aviso, comunicando cualquier novedad que ocurriera y que respecto á Machado no se le diese nada á sospechar —que el gobierno se encargaba de él.

Esta ocupacion debia ser fatal para el noble Machado.

La calumnia habia sido creida y sus consecuencias terribles no se harian esperar mucho.

Rosas recordaba que Machado le habia sido recomendado siempre como un buen federal, pero la delacion actual echaba por tierra toda recomendacion anterior.

Porque Machado aparecia no solo como un salvaje unitario conspirador, sino que se habia descubierto que sus federales sentimientos habian sido fingidos y que no habia sido él otra cosa que un salvaje unitario espia en campo enemigo.

Primero redactó contra él una órden de prision y remision a Santos Lugares, pero pronto la recogió para cambiarla por una sentencia de muerte como todas las suyas, sin juicio previo, ni aún el de un simple sumario.

Así dirijió una nota á su hermano D. Prudencio, tan bandido como el mismo, de la que estractamos lo siguiente:

«Así es que usted reciba esta, mandará prender con gente de toda su confianza, al salvaje Unitario Jacinto Machado, que debe encontrarse en su estancia de la Loberia.

Conducido á su campamento, lo hará usted fusilar, como á cualquier otro salvaje Unitario que se hallare en su compañia.

El Gobierno está ya cansado de las sabandijas malditas que tienen al pais en continua intranquilidad, obligándolo á ser con ellos tan rígido como le sea posible.

Mandará usted un fuerte piquete al Juzgado de la Loberia, en prevision de cualquier movimiento Unitario, con órden de reducir á prison y remitir al Cuartel General, á todo el que apareciese mezclado a esos movimientos vergonzosos.

No haya piedad para esos malvados perturbadores del órden.

Inmediatamente de cumplida la órden, dará usted cuenta.

J. M. Rosas.

En seguida redactó otra órden para el referido Juez de Paz, en la que se le decia mandase llamar á la capataza de Baudrix, y le tomase declaracion sobre lo que el salvaje Machado le habia dicho.

Esto no era para averiguar el grado de culpabilidad de aquel, puesto que ya lo habia mandado fusilar, sino para ver si se descubria algun otro culpable.

Si Machado le habia dicho que pronto habria otro movimiento, no era difícil que le hubiera nombrado alguno de los cabecillas.

Porque aunque la capataza era una federal insospechable, quien sabe qué motivos tendria él para confiársele así.

El Juez de Paz de Loberia, á pesar del crédito que daba á la delacion infame, no podia convencerse que Machado fuera un traidor á la federacion y mucho menos un revolucionario, dada la timidez proverbial que todos le reconocian.

Desde que recibió la denuncia empezó á observarlo y menos se convencia de ello.

En la loma no se veia ningun movimiento estraordinario, ni nada que indicase remotamente se tratara de organizar caballadas.

—Quiera Dios que esto no sea nada, pensaba el Juez de Paz, que estimaba realmente á Machado.

Puede ser que García haya oido mal.

Machado por su parte, ajeno completamente á lo que sucedia, seguía observando su invariable regla de conducta.

Habia visitado al Juez de Paz, acompañado de su hijo y se habia lamentado con él del mal que los unitarios hacian al país con sus revoluciones desatinadas.

—Ya vé, dijo éste á García cuando Machado se fué.

Usted ha oido mal y su excesivo celo lo ha hecho dar un paso en falso.

Ese hombre es tan unitario como yo mismo.

—No crea usted, contestaba el calumniador.

Es que ese hombre tiene un poder para disimular de primera fuerza.

Eso mismo que le dice es para descuidarlo mejor y que vengan los unitarios por sorpresa.

Créame, amigo, la casualidad nos ha hecho escapar de un gran peligro.

¿Qué seria de nosotros, sin un soldado, desembarcando Lavalle y cayendo aqui de sorpresa una fuerza unitaria?

Aquí el Juez de Paz volvia á vacilar y dudar de su amigo Machado.

Así se hallaban las cosas, cuando á la madrugada del sesto dia se presentó en el partido un piquete de caballeria como de unos ciento cincuenta hombres.

El terror á los unitarios los cegaba de tal modo, que en el primer

momento, á pesar de las divisas y chiripás colorados, creyeron fuesen las fuerzas revolucionarias á que se referia la delacion.

Fué necesario que llegaran á una cuadra del juzgado, para convencerse que eran fuerzas federales.

Estas fuerzas venian destinadas por el General Prudencio Rosas, cien hombres para quedar en el juzgado en prevision de cualquier acontecimiento y cincuenta para ir á prender á Machado y á los que con él se hallasen.

El encargado de esta segunda comision, se puso en marcha acto continuo, para la estancia de la Loma.

Machado, que estaba tomando mate miéntras su hijo volvia de la recogida, salió á recibir aquella gente, calculando iria de paso para algun otro punto.

Consecuente con su modo de proceder respecto á gente federal, invió á los dos oficiales que mandaban el piquete á pasar á las casas y descansar un momento miéntras se refrescaban los caballos.

El capitan juzgó prudente no sacar de su error á Machado, pues permaneciendo allí como visita, pod ia observar mejor lo que pasaba y prender á cuanto sospechoso hubiera allí.

Pues el gran General don Prudencio, en su excesiva prudencia, habia creido que se trataba de sorprender el cuartel general de una conspiracion unitaria.

El capitan y el teniente desmontaron, hicieron echar pié á tierra á la tropa y se colaron á la casas escudriñándolo todo con una mirada ávida.

Machado los obsequió del mejor modo posible, principiando ellos un interrogatorio disimulado, en cuyo objeto el estanciero no podia caer, pues lo que más léjos estaba de su imaginacion es que se tratara de prenderlo.

—¿Y vive mucha gente con usted? pregunto el capitan.

Aquí la vida es solitaria y ustedes tratarán de buscar la mayor compañia posible.

—Esto es solo, es cierto, pero vivimos aquí solamente yo y mi hijo.

Como tenemos tanta relacion en la vecindad, cuando el fastidio es mucho, salimos á hacer nuestras visitas y así vamos matando el tiempo.

Mi hijo anda ahora en la recogida, pero pronto ha de volver y entónces voy á tener el gusto de presentárselo á ustedes.

—Pero la peonada será mucha—la estancia es grande y el trabajo no debe faltar.

—Era mucha, si señor, pero con estos bochinches que los unitarios han dado en meter, todo está paralizado.

Los peones andan escasos porque los han llevado ellos ó están sirviendo al gobierno, así es que por una y otra causa, estamos ahora reducidos á seis peones y el capataz.

En seguida rodó la conversacion sobre los últimos sucesos y preguntaron á Machado dónde estuvo él.

—Yo estuve en el pueblo, respondió el estanciero con finjida humildad.

Yo, como lo saben cuantos me conocen, soy tan federal como el mejor, pero que quiere, amigo, no todos nacen valientes, y yo confieso que no sirvo para estas cosas de guerra.

El ruido de las armas me apichona y me quita toda accion.

Por eso es que mis servicios á la gran causa son todos servicois pacíficos.

Ustedes es diferente, son valerosos por naturaleza y estarán acostumbrados á la guerra.

Ya se vé, aquí no se hace mas que pelear!.......

La conversacion empezó á decaer, el hijo no volvia de la recojida y los oficiales principiaron á hallarse violentos.

Se les habia acabado el tabaco, como se dice, y no se les ocurria ya la menor palabra.

Por fin el Capitan, viendo que habia obtenido ya cuantos informes necesitaba, decidió dar cumplimiento á la órden que allí le habia llevado.

—Pues amigo, dijo entónces el Capitan, vive usted muy solo.

Nosotros creíamos encontrarlo por lo menos, con algunos amigos y con mas peonada.

Cuando íbamos llegando se lo decia así á mi compañero.

—¿Qué, ustedes me conocian desde antes?

—No, pero como veniamos aquí directamente, habíamos pedido informes y se nos habia dicho que esto era muy alegre.

—¿Qué ván á quedarse por aquí? preguntó Machado finjiendo gran alegria.

¡Cuánto lo celebro! así sí que lo pasaremos alegres!

¡Cuánto se vá á alegrar mi hijo!

—No hemos venido á quedarnos.

Tenemos que llevar á cabo la comision que nos ha traido y regresar en seguida.

Machado empezó á sospechar algo malo para él.

Aquella manera de decirlo y el hecho de cumplir una comision en su estancia empezaron á alarmarlo sériamente.

¿Qué podia significar aquello?

—Si yo puedo ayudarlos en algo, dijo, para el cumplimiento de esa comision, ocúpenme con franqueza.

No hagan el menor cumplimiento y trátenme como un amigo viejo.

—Usted puede hacernos un servicio, y es el de no resistirse al cumplimiento de la órden que traemos, pues de este modo, evitaremos disgustos y malos ratos.

Machado palideció densamente y preguntó con voz insegura:

—¿Y cómo he de resistirme?

Pueden decirme ustedes de qué se trata y serán obedecidos en el acto.

—Pues amigo mio, se trata de que tengo órden de prenderlo á usted y conducirlo á presencia del General don Prudencio Rosas.

Supongo que usted no se resistirá, porque seria obligarme á tomar medidas violentas.

Machado quedó trémulo.

Una prision equivalia á una sentencia de muerte.

Morir era imposible y resistirse era hacerse matar.

Machado era un valiente, en toda la estension de la palabra.

Estaba armado, pero ¿qué podia hacer contra cincuenta hombres?

Lo matarian y pegarian despues con su hijo el mal que hubiera podido hacerles.

¿Qué hacer en situacion semejante?

Era preciso decidirse rápidamente y no dar lugar á una escena de sangre que siempre seria funesta.

Machado se dió instantáneamente cuenta de la situacion y adoptó un partido.

El puñal del tirano.

Era preciso darse á preso y partir de allí cuanto antes, para no dar tiempo á que su hijo llegara, porque si este veia aquello trataria de defender á su padre y entónces se produciria la escena de sangre que tanto queria evitar.

—Estoy pronto, dijo entónces, cuando usted guste.

Tengo mi conciencia tan tranquila que no abrigo el menor temor. Esto no puede ser otra cosa que una mala inteligencia.

—Bien, replicó el oficial, entónces no perdamos tiempo inútilmente.

Y llamó un soldado que estaba á poca distancia como si esperara una órden que no tardarian en comunicarle.

El soldado se presentó, llevando en la mano un paquete que, desenvuelto, resultó ser una barra de grillos.

—¿Y para qué eso? preguntó Machado.

Yo no he de huir porque no habiendo cometido delito alguno, nada tengo que temer.

Además, que aunque tal intencion tuviera, me parece difícil realizarlo, rodeado por todos ustedes.

—No es por precaucion, dijo el oficial sino porque tengo que cumplir estrictamente las órdenes recibidas.

En medio de su tremenda desventura Machado podia considerarse feliz.

Aquel oficial parecia un hombre bueno y humano y tenia por lo pronto garantido que no lo martirizarian en el trayecto del viaje.

Remachada la barra de grillos lo sentaron á caballo como mujer, y emprendieron la marcha á gran galope.

En la estancia quedaban veinte hombres á órdenes del Teniente.

—¿Y por qué quedan aquí esos hombres? preguntó Machado pensando en su hijo.

¿Puedo saberlo, señor oficial?

—Si señor.

Estos hombres van á cumplir otra comision más adelante, y como nada los apura, quedarán ahí media hora mas, tal vez.

Más tranquilo respecto á su hijo, puesto que no se trataba de él, Machado empezó á pensar en su propia situacion.

¿Qué podia haber motivado aquella prision tan rigurosa?

¿Por qué se le conducia así, con una barra de grillos como al salvaje unitario más odiado?

Todos lo conocian como un buen federal, no se hallaba comprometido en nada, de modo que no podia darse cuenta de tan inusitada prision.

Y volvió á pensar que todo no pasaria de una mala inteligencia felizmente remediable.

Pero y su hijo ¿cómo quedaba allí su hijo?

Este era el pensamiento único que amargaba aquel noble y sereno espíritu.

—Si viene y le dicen lo que ha pasado vendria á alcanzarme y se haria prender conmigo, agravando mi causa pues entónces estallaria toda su ira tanto tiempo contenida.

¿Y si está envuelto en la misma causa de mi prision y esos soldados han quedado allí para hacer con él lo que conmigo?

No podia darse para aquel hombre situacion más desesperante.

Enel Juzgado de Paz se detuvo un momento el oficial, para hablar con un compañero que allí habia de quedar.

Entónces el Juez de Paz se acercó á Machado diciéndole:

—¿Con que lo llevan? pero amigo, ¿cómo un hombre tan prudente se mete en aventuras con gente tan criminal y perseguida?

—Amigo mio, repuso Machado estrechándole la mano:

Le ruego por lo que más ame en el mundo que si conoce el motivo de mi prision, me lo quiera decir.

—¿Pero usted no se lo supone? ¿no sabe en las cosas que anda?

—Yo en nada ando ni puedo suponerme nada.

Juro á usted por mi hijo que en nada ando metido, y que no puedo atinar con el motivo que tenga esta gente para llevarme de esta manera.

—Pues yo voy á ayudar su memoria.

El motivo que han tenido para aprehenderlo, es lo que usted ha dicho, cuando vino, á la capataza de Baudrix.

Parece que alguien ha oido sus palabras y las ha soplado á la autoridad—esto es todo lo que yo sé.

—Pero si yo nada he dicho á la capataza!

Si ni siquiera hemos hablado de cosas que pudieran comprometerme á mi ni á ella misma!

—No se acorderá usted—parece que usted le ha dicho que pronto vendria otra espedicion de unitarios, y que esta vez no les habia de ir mal, porque habian de concluir con cuanto federal hubiera por aquí!

—Calumnia infame! lo que yo he dicho á la capataza es que estos bandidos Unitarios se habian propuesto no dejar tranquilo al pais con sus revoluciones estúpidas; que la leccion recibida debia escarmentarlos, pero que eran tan cabeza dura, que no estrañaria que volvieran el dia menos pensado con alguna nueva espedicion.

En fin la capataza de Baudrix está viva, ustedes saben que es una federala en toda regla y que no ha de mentir.

Pues pregúntenle á ella misma si es cierto lo que yo digo.

—Pues mi querido amigo, siendo cierto lo que usted me dice, yo le garanto que la cosa no ha de quedar así y que jamás pagará García la mentira que ha echado y el daño que por ello haya usted recibido.

—¿Con qué García es el de la calumnia?

—Hombre, yo no queria, pero desde que se me ha escapado, será porqué Dios lo quiere así.

García es autor de todo este pandero.

—Ah! miserable! razon tenia mi hijo al suponerlo un infame.

Y refirió al Juez de Paz la visita de García y lo que habian charlado con él.

—No se aflija, don Jacinto, dijo el Juez de Paz, que yo quedo aquí para remediar el mal.

Quede constatada, como quedará, su inocencia, que yo me encargo de tomar por usted el desquite, para que nadie tenga nada que decir.

El tal García no se ha de quedar riendo y ha de pagar el mal que ha hecho, con réditos largos.

—Gracias, amigo, yo sabia ya que podia contar con usted!

Ahora solo me queda el mayor de los servicios que quiero pedirle.

Mi hijo queda aquí solo, ya sabe cuanto lo quiero y lo digno de ser querido que es el pobre.

Considéremelo en todo lo que pueda, y sobre todo protéjamelo contra los enemigos y contra García que tal vez intente alguna nueva calumnia.

En aquel momento llegó el oficial, dando la órden de marcha.

—Adiós mi amigo, dijo Machado, no olvide mi encargo.

—Pierda cuidado! ya sabe que lo estimo y que soy su amigo.

Machado siguió viaje, algo mas consolado respecto á su hijo, pero desconsolado completamente respecto á su suerte.

Si le prendian por salvaje unitario, con todo aquel aparato, era cosa resuelta para él que seria fusilado sobre tablas.

Pero ¿qué habia guiado a Garcia a levantar semejante calumnia?

¿Qué razon podia tener aquel hombre para prenderlo de aquella manera?

Parecia su amigo, no habian tenido jamás la menor diferencia ni siquiera un cambio de opiniones que esplicára una infamia de tal calibre.

Y la calumnia debia estar muy bien fraguada cuando se habia procedido con aquella violencia y se habia desplegado tanto aparato.

—Yo trataré de defenderme, pensó Machado, ya que tengo la buena voluntad del Juez de Paz.

Si la calumnia se basa en lo que yo he dicho á la capataza de Baudrix, nadie mejor que ella puede sacarme de este apuro declarando la verdad de lo que ha pasado.

Machado fué conducido hasta el campamento de don Prudencio Rosas, donde se le colocó en uno de los galpones que servian de cuartel, con centinela de vista.

Ya hemos dicho que Prudencio era mucho más cobarde y más feroz que don Juan Manuel.

Se cebaba con los presos con una crueldad inaudita, complaciéndose muchas veces en avisarles él mismo que iban á ser fusilados.

Así es que recibió á Machado de la peor manera que éste podia esperar.

—¿Usted sabe por qué viene preso? le dijo.

—No señor, absolutamente.

—Todos estos canallas son lo mismo.

No hay sinvergüenza de estos que tenga el coraje de contestar: si señor, por salvaje unitario.

—Yo no soy un salvaje unitario, contestó Machado con entereza, y si ha habido una calumnia que me haga pasar por tal ya la destruiré yo, se lo aseguro.

—Antes te destruiré yo á tí bandido, y ya verás de qué modo tan cómico.

Y soltando una carcajada, lo mandó conducir hasta el galpon.

Con aquella manera de ser recibido, Machado comprendió que su causa no tenia remedio, porque habia la decision de matarlo, y pensó en su hijo, con toda la amargura de aquella situacion tremenda.

Durante aquella noche miserable, no pudo conciliar el sueño.

Parecia que el galpon donde lo habian metido era el destinado á los condenados á muerte, pues esa misma tarde sacaron dos para ser fusilados, y otro fué degollado allí no mas de la manera más bárbara.

Alma noble y bien templada, Machado se resignó a su suerte y á dedicar á su hijo querido sus últimos pensamientos.

Al dia siguiente á la tarde se hizo avisar don Prudencio que á la mañana siguiente iba á ser fusilado, que se lo prevenia por si queria hacer alguna revelacion al gobierno.

—Nada tengo que revelar ni que decir, repuso.

Contra los jueces y contra toda causa hay mil medios de defensa pero contra los asesinos no hay ninguno.

Me resigno á mi suerte, teniendo antes el placer de decirle que son unos asesinos y cobardes.

En castigo de esa insolencia, no se le dió de comer aquella tarde.

Discurria Machado el medio de hacer llegar á su hijo su último consejo y su última caricia, cuando su pensamiento fué turbado por un alboroto.

Era un nuevo preso que, á pesar de los grillos, era introducido á empellones al galpon.

—¡Son unos miserables malvados! gritó el recien llegado, y si no me llevan donde está mi padre, á pesar de los grillos les he de arrancar la lengua!

Al sonido de aquella voz juvenil, Machado se estremeció poderosamente y se puso de pié violentamente.

Acababa de conocer la voz querida de su hijo.

—Malditos! malditos! gritaba este—sabe Dios dónde habrán llevado á mi pobre padre!

Y se mesaba los cabellos con ambas manos presa del mayor dolor.

Con un trabajo enorme llegó Machado á donde estaba su hijo y le puso la mano en le hombro suavemente.

Escasísima era la luz que habia ya en galpon.

Pero así mismo, cuando dió vuelta á la presion de aquella mano, el jóven conoció á su padre y se arrojó en sus brazos.

—Por fin te veo y me convenzo que no te han muerto, gracias á Dios!

—Pero tú, hijo mio, ¿cómo estás aquí, por qué causa te han traido?

—Es muy secillo:

Despues de la recojida que duró mucho porque la hacienda se habia retirado y diseminado mucho, regresé con el capataz á la estancia.

Veníamos al paso de los caballos porque me sentia bastante cansado.

No sabia por qué, al aproximarme á la estancia sentia un raro desasociego y pensaba muchas cosas raras.

—¿Si le habrá sucedido algo a mi padre? dije á Martin, sín poder dominar la agitacion que sentia.

—¿Y por qué ha de sucederle? el patron en nada se mete, no alega con nadie ¿que quiere que le suceda?

—Es que no sé porqué estoy intranquilo y así como aflijido.

Desearia hallarme á su lado—galopemos Martin, galopemos.

Y nos pusimos á gran galope.

No puedo esplicarme el por qué, pero á medida que me iba acercando á la estancia, es decir, á la casa, mi angustia era mayor.

Tenia el corazon fuertemente oprimido.

Cuando me hube acercado lo bastante para distingir las personas y no te vi en el patio como siempre, esperándome, corrí en esa direccion para llegar más pronto, desmonté y entré á las habitaciones.

No habia duda, algo habia sucedido.

Un grupo de soldados que allí estaba escondido me tomó por sorpresa, y un oficial me intimó órden de prision.

—¿Dónde está mi padre? pregunté, ¿qué han hecho ustedes de mi

—Su padre ha sido preso como usted, me respondió aquel hombre conducido á donde lo va ser usted mismo.

—Mienten, ¡ustedes lo han muerto!

Yo quiero que me lleven donde esta mi padre, de lo contrario les rompo el alma.

Y saqué la pistola de que siempre ando armado, con la firme intencion de hacerle volar los sesos.

Pero todos se arrojaron encima de mi, me desarmaron y amarraron prontamente.

No tuve otro recurso que empezar á lanzar sobre ellos, con las palabras más duras, toda la hiel que habia amontonada en mi corazon.

Aquellos bandidos empezaron á golpearme entónces, me echaron sobre un caballo, como quien atraviesa una res muerta y me han conducido hasta aquí, donde no esperaba hallarte vivo.

Yo los he injuriado cuanto he podido, por que en mi desesperacion creí que te habian muerto.

Pero desde que no es así, les perdono todo el mal que me han hecho.

Pero ¿por qué te han traido? ¿qué delito has cometido que te veo con una barra de grillos como un criminal?

—Nada que yo sepa, hijo mio, sin duda algun error ó mala inteligencia.

—No padre mio, Dios me perdone, pero juraria que en todo esto anda mezclado García.

No sé por qué desde aquella mañana en que estuvo en casa, aquel hombre se me ha metido en el corazon.

Desde ese dia pienso en él como en mi peor enemigo.

No seria estraño, respondió Machado, que no queria aflijir á su hijo con el conocimiento de toda la verdad.

Pero todo ha de concluir aquí.

Con uno ó dos dias más se aclarará todo y volveremos á la Estancia.

Como habia allí otras personas, padre é hijo tenian que bajar la voz para no ser escuchados.

Pero poco habia de tardar en conocer todo lo terrible de la situacion el jóven, y Machado el golpe más formidable que le reservaba el destino.

Dos horas hacia apenas que el jóven Machado fué introducido al calabozo, cuando se presentó un sargento y dos soldados á ponerle una barra de grillos.

—¿A qué tanto aparato? preguntó el jóven.

Basta con la que él tiene para que yo no me mueva de aquí.

De todos modos yo no he de huir de aquí porque no tengo delito alguno.

—No está de más, amigo, respondió el Sargento sonriendo.

Mañana se los sacaremos despues de la funcion.

—¿Qué funcion es esa, ni que tenemos que hacer con ella? preguntó el jóven.

—¿Cómo no? ¿qué no sabe la funcion de mañana?

Machado, que harto la conocia, hacia señas al Sargento para que nada dijera á su hijo.

Este que vió las señas, palideció y preguntó á su padre qué significaba aquello.

Apremiado por el hijo y temiendo fuera á sospechar la verdad, le dijo que eran algunos presos de los que allí habia, que los iban á fusilar.

El jóven miró fijamente á Machado, como si dudara de la verdad de sus palabras, pero éste resistió sin conmoverse aquella mirada hasta disipar toda duda.

La situacion era violenta.

Tal vez seria mejor ir preparando el espíritu del jóven para que no recibiera de golpe la terrible noticia, pero Machado no se sentia con bastante coraje para hacerlo.

Comprendia que el golpe iba á ser violento, pero temia que si decia á su hijo la menor palabra, éste, llevado de los impulsos de su corazon, se entregaria á tales escenas que atrajese sobre su vida la cólera de aquellos miserables.

Entregado á estos desesperantes pensamientos estaba Machado, cuando se acercó á ellos un oficial, Ayudante del General don Prudencio Rosas.

Este hombre brutal y perverso se dirijió á Machado diciéndole:

Dice el señor General que se reconcilien con Dios como puedan, porque aquí no hay capellan, ni sabe de dónde sacarlo, y como la órden recibida es de fusilarlos en el acto, no puede perder tiempo en mandar campear uno.

Padre é hijo quedaron aterrados.

La noticia no podia ser más brutal ni dada de una manera más perversa.

—Pero ¿á quién van á fusilar? preguntó el jóven, que habia recobrado primero el uso de la palabra.

—¿Cómo á quién? á ustedes mismos.

Vaya una pregunta graciosa.

—¡Pero eso no es posible! gritó Machado dando un rujido y haciendo crujir sus grillos.

A mí, no digo que no, puesto que así lo han dispuesto, pero á él jamás.

—A los dos, si señor, á los dos, miren qué pillos estos!

Se meten á salvajes unitarios revolucionarios y estrañan que se los limpien!

¡Cómo si ustedes fueran á hacer otra cosa si nos hubieran atrapado!

—¡Pero eso es monstruoso! digo que no puede ser! volvió á gritar Machado.

Los dos somos inocentes, y este es un niño incapaz de ofender á nadie ni aún con el pensamiento.

Diga usted al general Rosas que quiero hablar con él una palabra.

—¡No sea zonzo! concluyó riendo aquel miserable mientras se alejaba.

¡Cómo si el General fuese á incomodarse!

Confiésense uno con el otro y hemos concluido.

El jóven estaba anonadado, no por él cuyo espíritu valiente prescindia del trance que le esperaba, sino por su padre á quien amaba entrañablemente.

—¡Con que van á fusilarte! dijo al fin.

¡Con que esta es la funcion de que nos hablaban!

¡Pero no han de fusilarte viviendo yo!

Y empezó á hacer violentos é inútiles esfuerzos por sacarse los grillos.

Pero solo logró mutilarse las piernas, sin poder sacárselos, como era natural.

En su impotencia se puso á maldecir de todo y á gritar iniquidades contra los asesinos de la federacion.

Poco tardó en sufrir las fatales consecuencias de aquel modo de proceder, pues en el acto vinieron y le pusieron una mordaza de un hueso de caracú.

Machado estaba como idiotizado. A la impresion terrible y honda desesperacion del primer momento, se habia sucedido un abatimiento espantoso.

Tenia todo el aspecto de un loco y de cuando en cuando miraba á su hijo con ojos estraviados como si no se diera cuenta de lo que sucedia.

Así pasaron toda aquella noche terrible, presa de una angustia indecible.

A los primeros albores del dia, vino el mismo ayudante que les habia notificado la sentencia de muerte y sacó al jóven la mordaza.

La indignacion habia cedido su puesto al dolor.

Así el jóven, libre de la mordaza, se abrazó á su padre y se puso á llorar.

—Esto es terrible, padre mio, yo quisiera morir ahora mismo, porque no podré ver que te maten sin que me sea posible evitarlo.

—Hijo mio! hijo mio! Dios no puede consentir un crímen semejante, repuso aquel hombre á quien la desesperacion habia doblado por completo.

Esto es horrible.

Pensar que yo te he criado y me he esmerado en quererte, pensar que he vivido para ti y tu porvenir durante diez y seis años, para que unos asesinos, en mi presencia te destrocen el pecho... es horrible y Dios no puede consentirlo!

Sería preciso entónces renegar de la divinidad misma!

—No hay más remedio que conformarse, padre mio, la desesperacion es inútil y es preciso morir tranquilo ya que no se puede morir feliz!

Morir tranquilo cuando se vé asesinar al hijo querido!

Morir tranquilo miéntras agoniza con el corazon despedazado el hijo que ha constituido nuestra felicidad en la vida.

Oh! la muerte! la muerte de los séres queridos debia ignorarse por una eternidad!

Se acariciaban en un estrecho abrazo, cuando apareció un piquete que venia á couducirlos al banquillo.

El jóven dominó su dolor y apareció tranquilo y sereno.

Machado no fué dueño de hacer lo mismo.

El dolor era más íntimo, más potente.

Ambos erguidos y con el paso firme, marchaban al banquillo, colocados entre un cuadro de infantería.

El General don Prudencio á caballo, se preparaba á contemplar la cobarde ejecucion.

Los dos fueron atados en los banquillos y los tiradores se colocaron á su frente.

—Padre mio, padre mio, dame tu bendicion, dijo el jóven—dentro de pocos instantes estaremos libremente reunidos.

Un vértigo cruzó como una espada el corazon de aquel hombre desventurado.

—Malditos! malditos! gritó—hay un Dios en el cielo á cuya justicia eterna no hay poder de escapar.

Maldito tú, tus hijos, Prudencio Rosas! y maldito todo lo que tú ames en la tierra.

—Fuego! gritó don Prudencio, y dos descargas simultáneas resonaron en medio del silencio.

Machado cerró los ojos, y su hijo se estremeció sobre el banquillo, quedando inmóvil en seguida—habia muerto.

—Maldito! volvió á gritar Machado con voz desfallecida y sin abrir sus ojos moribundos para no ver á su hijo.

Maldita sea toda tu raza!...

Y no se le pudo oir más, pues su palabra fué cortada por la voz de ¡fuego! que dejó oir don Prudencio.

Y sonó la tercer descarga que puso fin á aquella noble existencia.

El drama de Machado, como el de Montenegro, quedaba concluido.

Para que el crímen fuese mas nauseabundo, aún á los mismos ojos de quienes lo cometieron, se agregó un detalle terrible.

En cumplimiento de la órden recibida por Rosas, el Juez de Paz de la Loberia llamó á la capataza de Baudrix para que prestára declaracion, y habiendo esta referido exactamente su diálogo con Machado, no cupo ya la menor duda de la inocencia de éste.

El Juez de Paz constituyó entónces en prision á García y elevó á Palermo la declaracion de la capataza.

Pero era tarde ya—el crímen se habia consumado.

La noticia de aquel doble asesinato impresionó profundamente á los vecindarios de aquellos partidos.

Siquiera Machado habia inspirado alguna sospecha por una delacion infame.

Pero su hijo, aquel jóven inofensivo ¿de qué podia acusársele?

El desprecio de todos cayó sobre García, cuyo móvil no fué difícil adivinar.

Como bienes de salvaje unitario, la estancia de la Loma fué embargada con todo lo que contenia, que, como todo lo que en aquella época se embargaba, fué pasando á poder de los más exaltados federales, ó de aquellos que finjian serlo.

Rosas recibió la declaracion de la capataza de Baudrix, pero no hizo alto en ella.

Ya la cosa no tenia remedio y aunque no hubiera tenido él necesitaba aterrar á los salvajes unitarios.

EL DESBORDE

Los crímenes seguian aterrando á los abitantes de la República entera.

Y como si no bastáran á esto los que se perpetraban en Buenos Aires, la Federacion daba á luz documentos terribles, de los que estractamos estos pocos:

Cuatel General en el Ceibal, Sbre. 30.

Entre los prisioneros se halló el ex-coronel Facundo Borda, que fué al momento ejecutado con otros traidores titulados oficiales de entre la caballeria é [illegible]

[illegible]

Cuartel General en Metan, Octubre 3.

Los salvajes unitarios que me ha entregado el Comandante Sandoval, que lo fué de la escolta de Lavalle, Márcos Avellaneda, titulado Gobernador General de Tucuman, Coronel titulado José M. Videla, Comandante Luis Casas, Sargento Mayor Gabriel Suarez, Capitan José Espejo y Teniente 1º Leonardo Souza, han sido al momento ejecutados en la forma ordinaria con escepcion de Avellaneda, á quien mandé cortar la cabeza que será colgada á la espectacion de los habitantes en la plaza pública de la ciudad de Tucuman.

MANUEL ORIBE.

—

Desaguadero, Setiembre 16.

El titulado salvaje, General Manuel Acha, fué decapitado ayer, y su cabeza puesta á la espectacion pública en el camino que conduce á este rio entre la represa de la Cabra y el Paso del Puente.

ANGEL PACHECO.

El obispo de Cuyo, José Manuel Eufrasio, fué electo Gobernador de San Juan, mientras duraba la ausencia de Benavidez, y este fraile venal para conservar tan buena pitanza, empezó á predicar el esterminio de los salvajes unitarios enviando á Rosas cópia de sus sermones.

El tirano con este motivo le dirijió una nota que parece una sátira sangrienta:

Buenos Aires, Noviembre 5 de 1841.

Descargando V. S. I., dice la tal nota, un anatema justo contra los salvajes unitarios, ofrece un lucido ejemplo eminente.

Resalta la verdadera caridad cristiana que enérgica y sublime por el bien de los pueblos, desea el esterminio de un bando sacrílego.

JUAN MANUEL ROSAS.

—

Aderralde, 14 de Octubre.

Sr. Exmo. don Juan Manuel Ortiz de Rosas.

Yo voy en marcha para Catamarca, y solo tengo el tiempo preciso para garantir á V. E. que habrá *biolin* y habrá *biolon*.

MARIANO MAZA.

—

Catamarca, 29 de Octubre.

Al exmo. Sr. Presidente del Estado Oriental del Uruguay, don Manuel Oribe.

Empezó á trabajar el batallon Libertad y su bravo Coronel, no dando cuartel á los salvajes unitarios, que despues de dos horas de fuego. concluyeron con estos pérfidos traidores.

Principiaron á caer en nuestro poder, entregados por la justicia del cielo para escarmiento con su existencia, de salvajes unitarios. Muchos de los prisioneros caudillos y cabecillas, entre los cuales son de espresarse el titulado jefe de la plaza, Pascual Baillon Especbe, los salvajes Gorgónio Dulces y Gregorio Gonzalez, titulado Ministro de Gobierno.

Tambien ha quedado vengado en algunos diputados representantes de esta Provincia, el agravio, injuria y traicion que hicieron á su patria en el pronunciamiento de Mayo del año ppdo.

JUAN E. BALBOA.

Catamarca, 29 de Octubre.

Sr. D. Claudio Arredondo.

Hoy hemos batido en esta plaza al salvaje Cubas, y pasando á cuchillo toda su infanteria.

Se le persigue y pronto estará su cabeza en la plaza, así como lo están las de los titulados ministros Gonzalez y Dulce y tambien la de Especheche.

MARIANO MAZA.

Cuartel General en el Rio Grande del Tucuman.
Noviembre 9, 1841.

Al Exmo. Sr. don Juan Manuel Rosas.

El titulado Gobernador José Cubas, fué tomado por una partida de infantería del batallon Libertad, en la cuesta de la Sierra del Infiernillo y su cabeza fué puesta en la plaza de Catamarca para escarmiento del bando salvaje unitario.

MANUEL ORIBE.

Catamarca, Noviembre 4.

RELACION NOMINAL DE LOS SALVAJES UNITARIOS, TITULADOS JEFES Y OFICIALES QUE HAN SIDO EJECUTADOS DESPUES DE LA ACCION DEL 29.

Coronel Vicente Mercao, catamarqueño.
Comandante Modesto Villafañe, id.
Idem Juan Pedro Ponce, *cordovés.*
Idem Manuel Lopez, español.
Idem Damasio Arias, *cordovés.*
Idem Pedro Ramirez, catamarqueño.
Sargento mayor Manuel Rico, *cordovés.*
Sargento mayor Santiago de la Cruz, catamarqueño.
Idem José Teodoro Fernandez, *cordovés.*
Capitan Juan de Dios Ponce, *cordovés.*
Idem José Salas, catamarqueño.
Idem, Pedro Aranjo, porteño.
Idem, Isidoro Ponce, catamarqueño.
Idem Pedro Barros, catamarqueño.
Ayudante Dámaso Sarmiento, *cordovés.*
Eugenio Novillo, *cordovés.*
Teniente Domingo Diaz, tucumano.

MARIANO MAZA.

Sr. D. Claudio Andrade.

Veinte entre jefes y oficiales salvajes han sido ejecutados, la mayor parte de estos cadáveres, entre estos estan los Ponces y los Arias.

Todos han recibido el castigo merecido.

En fin, mi amigo, la fuerza de este salvaje unitario tenáz pasaba de seiscientos hombres y todos han concluido pues así prometí pasarlos á cuchillo.

MARIANO MAZA.

Estos eran los documentos que leia, aterrada lá poblacion de Buenos Aires, miéntras la mazorca, en sus calles mas principales, azotaba á sus deudos, [illegible] á los sectarios la [illegible] á facon.

Los mismos corredores de Bolsa, personas que no se metian en la politica por ser estrangeros la mayor parte, no escaparon á la federal persecucion.

Un dia del mes de Julio se presentó en la Bolsa de Comercio un comisario de policia y constituyó en prision á todos los corredores, entre los que cayeron el conocido señor Chapeaurrouge y don Juan Manuel Bayá, amigo particular de Rosas, desde su juventud y á quien hemos hecho figurar ya al principio de esta obra.

El jabon era mayúsculo.

Aquella medida no podia responder sinó á un fin altamente federal, y por esto mismo los corredores se sobrecogieron de espanto, no comprendiendo su alcance.

¿Qué podia proponerse el Gobierno reduciéndolos á prision?

Ir preso, en semejantes dias, equivalia á ir al banquillo, pues ya se sabia que de la cárcel se salia muy rara vez para otra cosa que para ser fusilado.

El único que no habia perdido su buen humor, era Bayá, que decia á sus colegas:

—No quieren convencerse que mi tocayo es loco, y loco de remate! Esto no es más que una locura para asustarnos—ya verán como hoy mismo nos sueltan.

Es que estas son malas locuras, decian otros.

Puede darle tambien la locura de fusilarnos, y maldita la gracia que nos hace.

—No crean, no crean! agregaba Bayá alegremente.

No hay causa lógica para que nos fusilen.

Y la hay acaso para que degüellen en la calle á los ciudadanos más respetables?

—Ese es otro cantar que no reza con nosotros—ya lo verán.

Los corredores, sintiendo crecer su cerote, entraron á la cárcel, donde se les alojó entre todos los acusados de salvajes unitarios, lo que acrecentó la desesperacion de los más pusilánimes.

Por no confundirse con aquellos, y caer en alguna de las *sacadas* que hacian de noche, para fusilar, los corredores formaron en un grupo, y se arrinconaron en un ángulo de la crujía.

Allí empezaron á meditar cuál seria la causa de una prision tan inusitada.

En la Bolsa de Comercio no se habia hablado de política ni se habia hecho accion que pudiera clasificarse de sospechosa.

El oro habia subido un poco el dia antes y estaba subiendo más cuando fueron presos.

Pero esto no podia ser la causa de una medida tan violenta.

Mo tardaron mucho en salir de dudas.

A la caida de la noche les llevaron el puchero de los presos, que ninguno de ellos se atrevió á tocar.

Es que Bayá les habia hecho una broma pesada.

—El puchero de los presos, les dijo, se hace con carne de los mismos Unitarios que degüellan, en razon de economia.

Son tantos los presos, que alimentarlos á carne de vaca costaria un dineral.

Y él se puso á comerlo de una manera traviesa, agregando:

—A mí poco me importa eso, porque, yo soy loco por la carne humana.

Algunos, delicados de estómago, empezaban á hacer arcadas, cuando se les acercó el mismo Comisario que los habia reducido á prision.

—De órden superior, vengo á decir á ustedes la causa que ha obligado al Gobierno á proceder con ustedes de esta manera.

Los corredores pararon una oreja de metro y medio, miéntras Bayá seguia deleitándose con su puchero de carne humana.

—Al mismo tiempo, añadió el comisario, vengo á hacer una lista de los presos y de los corredores que faltan.

Cada uno dió con profundo disgusto su nombre y apellido, que apuntó el comisario en una especie de libro de entradas.

—Pues señor, dijo á manera de discurso, una vez que hubo guardado aquella libreta descomunal:

El gobierno ha mirado con profundo desagrado y desconfianza, la rapidez con que ustedes hacian subir el oro ayer.

Convencido hoy de sus sospechas, los ha mandado arrestar, mandándome les diga que ya lo sabe todo—que el oro sube, porque ustedes están comprando oro para el asesino Juan Lavalle y los unitarios que lo acompañan.

Un estrepitoso coro de protestas se levantó inmediatamente.

—Eso no es cierto, eso es alguna infamia que han ido á decir al señor gobernador!

Nosotros no tenemos nada que ver con Lavalle ni los unitarios!

Nosotros no nos mezclamos en esas cosas!

El oro sube porque anda escaso!

—Precisamente, repuso el comisario, y el oro anda escaso, segun piensa el gobierno, porque los corredores lo compran para Lavalle, que lo emplea en hacer la guerra al gobierno.

Los corredores siguieron protestando en todos los tonos, y tratando de llevar el convencimiento al ánimo del comisario, pero esto de poco les sirvió.

—Yo no puedo llevar ninguna respuesta, pues solo me han encargado que les comunique el porqué de la prision de ustedes.

Ahora, si algo se me pregunta, no tendré inconveniente en decir lo que les he oido.

Entre tanto Bayá seguia comiendo su titulado puchero de carne humana, sin decir una palabra.

Al retirarse el comisario, aquello fué más que un clamoreo, un bochinche.

Todos le recomendaban hiciera presente que la acusacion no era cierta, que ellos eran buenos federales y sobre todo, ciudadanos que respetaban las determinaciones del ilustre Restaurador.

Cuando el comisario se fué, todos cayeron sobre Bayá enrostrándole su silencio.

—Caramba! le decian los que con él tenian mayor confianza.

Parece que no jugáras tambien tu pellejo!

Qué indiferencia endiablada se ha apoderado de ti!

—Y qué diablos vamos á remediar con que charle yo tambien!

Si nos han de fusilar, lo mismo han de hacerlo con discurso que sin discurso mio.

Qué bueno estaba el pucherete este!

Decididamente han sido ustedes unos tontos en no comerlo!

Algunos de espíritu más fuerte, se plegaron á Bayá, no para comer aquella tumba espantosa, sino para fortalecer el ánimo.

Los más flojos se entregaron á comentar lastimosamente su situacion angustiosa.

—Estamos señalados como salvajes unitarios! esclamó uno.

No podíamos habernos sacado peor lotería!

—Eso y decirle á uno—arregle usted sus negocios, es exactamente lo mismo.

—¿Y para qué diablos nos habrán tomado los nombres? ¿será para resolver?

—Eso es para irnos elijiendo, contestaba Bayá, siempre de buen humor, á medida que nos vayan mandando al cuartel de Cuitiño, ú otro sitio análogo.

—El diablo te lleve con tu chacota de tan mal gusto!

Y así pasaron toda aquella noche, comentando el suceso y tratando cada cual de librarse del jabon de que era presa.

A eso de media noche, se presentó uno en el patio y llamó por sus nombres á tres individuos.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de todos los presos, que sabian lo que aquello significaba.

Los llamados de aquella manera no volvian más, porque iban á ser fusilados.

Era el suceso invariable de todas las noches.

Los llamados repartian entre sus amigos y compañeros de martirio algunos objetos que les habian dejado, se despedian de todos y marchaban con paso vacilante.

Sabian para que los llamaban.

Poco despues las descargas de fusileria anunciaban á los demás presos que aquellos infelices habian rendido la vida.

Los corredores presos quedaron terriblemente impresionados al presenciar aquello.

Sabian, como todos los habitantes de la ciudad, que las descargas que se escuchaban durante la noche, provenian de los fusilamientos que se hacian en la cárcel, en el cuartel de Cuitiño y en el de Mariño.

Pero nunca habian presenciado la salida resignada de las víctimas que se elegian entre los destinados á morir de aquella manera bárbara.

El mismo Bayá apagó por un momento su buena alegría impresionado por la desgracia agena.

—Todas las noches sucede lo mismo, les dijo uno de los presos que les oia expresar su disgusto.

Cuatro ó cinco de nosotros vamos á engrosar las filas de los que duermen en el Campo Santo!

Yo, en tres meses que hace estoy preso, he visto salir así más de ochenta personas, con igual destino.

Aquella es una hiena que no se harta nunca!

Miéntras más sangre derrama más quisiera derramar!

Yo espero resignado mi turno, porque sé que la cosa es ineludible.

De todos modos algun dia ha de dejar uno esta mortaja de carne con que se cubre los huesos!

Los corredores guardaron silencio, silencio que duró todo el resto de la noche.

Cada cual pensaba en la madre, en la esposa ó en los hijos, que tal vez á aquellas horas estarian entregados á la mayor desesperacion.

Y todos entre sí hacian el firme propósito, si la casualidad los sacaba de allí con vida, no volver á jugar al oro, aunque pudiera ganarse una fortuna.

A la mañana siguiente recobraron algo del ánimo perdido, con la luz del dia.

Todos tenian el semblante más ó menos cadavérico.

La falta de alimento, el insomnio y el terror, se habian estereotipado en los semblantes, con su palidez lívida, sus negras ojeras y el caimiento general.

Solamente Bayá estaba más mirable, sin ofrecer otro rastro que el que deja una mala noche pasada por persona que no está habituada á ello.

Habia enrollado su chaqueta á imitacion de almohada, y se habia echado en el suelo, logrando pescar dos ó tres horas de sueño.

—Alma de cántaro! le dijeron sus amigos, al verlo despertar y desperezarse.

Tiene valor de dormir cuando tal vez están afilando el cuchillo con que nos han de cortar el cuello!

—¿Y acaso con no dormir vóy á impedir que lo hagan?

Siempre tendré esto adelantado!

Cuando una cosa no puede remediarse, soy de opinion que uno debe hacer lo posible por olvidarla.

Y no era que Bayá despreciara el peligro que los amenazaba.

Amaba la vida, porque amaba á los hermanos, á la esposa, á los hijos y á los sobrinos de quienes era el único sosten.

Pensaba y sabia demasiado que faltando él, la miseria llamaria á la puerta de su hogar, y más de veinte existencias queridas serian amenazadas de morir de hambre.

Pero conocia á Rosas desde jóven y tenia el profundo convencimiento de que aquello no era más que una de sus tantas locuras, que no tendria otra consecuencia que aquella prision.

Por eso no se aflijia en lo más mínimo y estaba jugueton como si allí no fuera más que un visitante.

—Caramba! esclamaba de cuando:

Estoy deseando que llegue la hora del pucherete, porque confieso que tengo un hambre de todos los diablos.

El pucherete vino por fin y se repitió la misma broma sobre si era ó no confeccionado con carne de los que degollaban por la noche.

Esta vez Bayá no se lo comió solo como la tarde anterior.

Algunos de los que se habian contajiado con su buen humor y conformidad, enarbolaron sus cucharas y demás adminículos, y se le fueron al humo, fuera ó no de carne humana, y confesando que procederian de idéntica manera aunque fuese de carne de diablos.

Esto arrastró á otros, de modo que esa mañana solo tres ó cuatro de delicadísimo estómago no se animaron á hacer lo mismo.

Y se entabló la más graciosa disputa sobre si era de hombre ó de buey, no pudiendo arribarse á una conclusion amigable.

Aquel dia fué indudablemente más alegre que el anterior.

La confianza de Bayá hizo que á los demás se les pasara el jabon y empezaran á hablar de cosas indiferentes á su situacion, llegando la alegria hasta narrarse cada uno su más famoso par de aventuras galantes.

El tumbeo de la tarde vino á amenizar la alegre charla.

Esta vez no hubo quien le hiciera ascos.

Probablemente aunque hubieran visto una canilla humana boyando entre aquel caldete inmundo, hubieran comido lo mismo.

Los demás presos veian con invencible melancolia aquel alegre banquete de rancho de presos.

No podian esplicarse cómo individuos que estaban en aquel mismo patio, es decir salvajes unitaros condenados á muerte, charlaban y comian tan alegremente.

Concluido el puchero, cada cual se limpió la boca como Dios lo ayudó y cada cual peló un cigarrito y se puso á fumar sin preocuparse de lo que podria suceder aquella noche.

Presos por un Comisario que sin duda tenia órdenes especiales, no habian sido despojados de ninguna de las cosas que llevaban sobre sí.

De modo que cada cual conservaba su dinero y sus avíos de fumar.

En las primeras horas de la noche, el terror mas vago é intimo, vino a echar por tierra toda la alegria que les habia acompañado.

Como en la noche anterior, un empleado de la cárcel entró al patio y pronunció dos ó tres nombres, añadiendo:

—Pueden ir viniendo aquí los nombrados.

Una escena idéntica á la de la noche anterior se produjo entónces.

Aquellos desgraciados se despidieron de sus compañeros tristemente, y se dirijieron donde estaba el que los habia llamado.

Parecia imposible que tanto hombre pudiera resignarse á un fin tan tremendo, sin hacer la menor tentativa de defenderse.

Morir por morir, bien valia la pena de una tentativa á la buena suerte.

Es que todos estaban tan acobardados, el abatimiento, el enervamiento de todo el pueblo era tal, que ninguno se resistia, ni aún ya á la órden de echarse para degollarlo.

Ya hemos dado cuenta de los dos únicos ejemplos que hubo en toda la época de los degüellos, de personas que hicieron armas á la mazorca, y se salvaron despues de un buen desquite anticipado.

Así se veía que los presos nombrados todas las noches, sabiendo que iban á la muerte, marchaban de una manera resuelta, sin la menor idea de resistencia.

Es verdad tambien que la cárcel donde la federacion encerraba á sus víctimas era tal, tal la vida de padecimientos que allí se pasaba, que la muerte era preferible bajo todos estilos, pues en resumidas cuentas, las palizas de los carceleros y de todos los empleados de la cárcel, amenazaban diariamente concluir con sus vidas.

Apenas hacia cinco minutos que aquellos desgraciados habian salido de la cárcel.

Aún los corredores estaban bajo la presion del horror que aquello les habia hecho esperimentar, cuando todos se pusieron de pié, palideciendo intensamente, como á influencia de un golpe eléctrico.

Este efecto era producido por la voz del alcaide que acababa de llevarse tres víctimas, y que parado en el medio del patio gritaba:

—¡Juan Manuel Bayá!

Un estremecimiento poderoso acometió á todos aquellos hombres, estremecimiento de que el mismo Bayá no pudo ménos que participar.

Era indudable que se le llamaba para ser fusilado, como á los otros.

Y si principiaban por él, no tardarian en seguir la lista, segun el capricho del Restaurador.

—¡Juan Manuel Bayá! volvió á gritar el alcaide, mirando con impaciencia el grupo formado por los corredores.

—Ya vá, respondió este, al mismo tiempo que tendia las manos á sus amigos.

—Hasta luego ó mañana, les dijo, pues me han de llamar para cosas

Y si no es así, hasta siempre, amigos mios.

Y desprendiéndose de estos, fué al encuentro del alcaide que ya venia en su busca.

—A ver si se apura, que aquí no estamos para perder tiempo.

—Un momento, amigo, me estaba despidiendo de mis compañeros.

Y siguió escoltado por el alcaide que lo entregó al oficial de servicio.

Aunque habia conservado su buena relacion con Rosas, que sabia perfectamente no era federal, y aunque jamás se habia metido en cosas políticas, no dejaba Bayá de tener su recelo, por la manera con que habia sido sacado de la cárcel.

—Este diablo de loco, por divertirse, pensaba, es muy capaz de encajarnos un buen julepe.

En fin ya veremos lo que resulta.

Entre tanto sus compañeros habian quedado aterrados.

Para ellos, que conocian el mecanismo de la cárcel, no habia duda que Bayá era conducido al cuartel de Cuitiño, ó alguno de los otros sitios donde se fusilaba.

—Empiezan hoy por Bayá, pensaron, y seguirán con otros hasta concluir con todos.

¡Pobre compañero! quien habia de decirle que la cosa seria tan pronta!

La alegría y charla de que Bayá era el alma, desapareció desde aquel momento como por encanto, volviendo los corredores á la tristeza del primer momento; á cada instante creian oir al alcaide que los nombraba para llevarlos á degollar.

Y pasó así un mes largo sin que ningun otro fuera llamado y sin saber absolutamente lo que habia sido de Bayá, aunque lo daban por muerto.

¿Qué habia sido de él?

Acompañado del oficial que lo recibiera en la cárcel, fué conducido á la Cuna, donde se le dió una pieza.

Recien allí el oficial le dirijió la palabra.

—Por órden del señor gobernador se le ha conducido á usted aquí, donde debe permanecer en calidad de preso.

El señor gobernador me ha ordenado además decir á usted que, deseando darle toda la comodidad posible y no pudiendo ponerlo en libertad ahora mismo, lo traslada aquí para evitarle los malos tratos de la cárcel.

Puede usted enviar á su casa por cuanto necesite, porque su prision no importa un castigo hácia usted, sinó una medida de moral que se vé obligado á tomar, para que en la Bolsa no se compre oro para el asesino Lavalle.

Bayá mandó dar las gracias al gobierno, y trató de aprovechar en el acto la mejor noticia que se le habia dado.

Que podia mandar á su casa.

Y envió inmediatamente á calmar la desesperacion á que estaba entregada su familia, por su ausencia.

—Estoy preso, les decia, pero no se aflijan, pues pronto estaré en libertad y podré ir á abrazarlos.

Aquel fué un dia de felicidad para su buena familia, que ignoraba que habia sido de él.

Desde aquel momento no faltó á Bayá absolutamente nada, pues de su casa le enviaban cuanto pudiera necesitar.

El puñal del tirano.

A los quince dias era puesto en libertad de órden del tirano, con recomendacion de no volver á incurrir en igual falta.

Bayá fué á ver á su tocayo, dos dias despues, quien hizo gran farsa de la prision, asegurándole que se habia visto obligado á efectuarla para salvar las conveniencias.

A pesar de conservar su buena relacion con el tocayo, Bayá no se hacia presente ni en el despacho del tirano ni en sus fiestas y bailes à donde concurrian los mismos unitarios que con esa apariencia querian salvar la tranquilidad de sus familias.

A pesar de algunas instancias de federales copetudos, é invitaciones de Rosas, no solo no concurria él, sinó que ni siquiera llevaba á sus hermanas y familia, como se lo rogaban.

Bayá creia que aquello era malo é inmoral y no lo hubiera hecho ni aún con el facon de la mazorca al cuello.

Muchos de sus amigos le criticaban esta regla de conducta, clasificada por ellos de capricho que podia costarle la vida.

Pero Bayá se contentaba con sonreir y replicar: cada uno sabe donde le aprieta el zapato.

Don Simon Pereyra, con quien tenia una buena amistad, no solo le aconsejaba que asistiera con su familia á las reuniones federales, sinó que se hiciera miembro de la Sociedad Popular Restauradora.

—De esta manera, queda usted asegurado, amigo mio, y su familia tranquila.

Mire que haciendo lo que usted hace, se espone usted á que la noche ménos pensada, por equivocacion le corten la cabeza.

Y entónces ¿qué será de los suyos?

¿Qué será de tanto sér amable é inocente que vive de su trabajo diario?

—Trataré de evitar ese descalabro, señor Pereyra, pero no á ese precio.

Yo no puedo llevar á mi familia, á sabiendas, a foco de infeccion, como son las reuniones y bailes federales.

En cuanto á formar entre la Sociedad Popular, primero me hago despedazar, don Simon.

—Es que usted no pertenecerá á ella sinó en la apariencia.

—¡Y que hemos de hacerle! yo ni en broma puedo afiliarme en asociaciones de asesinos, y ya sabe usted lo que es la mazorca.

Como vivo ahora he pasado las peores épocas de la tirania, qué diablo!

Así lo he de pasar hasta el fin, Dios mediante, sin que más tarde tenga que arrrepentirme de una debilidad criminal.

—Pues para vencer su terquedad, dijo entónces don Simon, voy á hacer uso de una cosa que le hubiera querido ocultar por no aflijirlo.

—Diga Vd., señor Pereyra, que yo no me aflijo á dos tirones, porque creo que no hay cosa que no pueda remediarse.

—Pues bien, cuando estuve en un baile que dió la María Josefa, con el pretesto de siempre....

—Sí, pretesto para adorar á Baco.

—Bueno, á propósito de la prision de los corredores, se habló de Vd., y entónces aquella mala mujer dijo en voz alta:

—Ese imbécil no sé por qué quiere darse un tono irritante.

El no asiste á las reuniones y fiestas de los buenos federales, por llamar la atencion sin duda y recordar que ha estado en Europa.

Pues que tenga cuidado en no llamar tanto la atencion, que nos apercibamos del desaire, porque entónces podria costarle caro.

El dia menos pensado le mando una visita que me lo haga entrar en vereda.

—Como Vd. comprende, agregaba don Simon, esto es muy grave, porque importa una amenaza de muerte que Vd. no debe echar en olvido.

¿Por qué esponerse á estas cosas pudiendo pasarlo bien?

—Se guardará muy bien la infame vieja de meterse conmigo, porque demasiado sabe lo caro que podria costarle, repuso Bayá.

No temo nada, amigo don Simon, pero si cualquier peligro me amenazara, puede Vd. estar seguro que no lo evitaria á costa de ir á castigar aquel ser maldecido.

Y doblemos la hoja, porque hasta el ocuparme mucho tiempo de tales personas me hace daño.

En esta y otras tentativas, don Simon no pudo convencer á Bayá de la necesidad imperiosa en que estaba de doblegar su carácter á las circunstancias.

Y Pereyra se aflijía, porque realmente habia oido decir á la Maria Josefa que tenia muchas ganas de dar á Bayá un buen susto, y una buena azotaina á la familia.

—Me lamo por hacerlo, habia dicho la bruja condenada.

No me falta mas que el pretesto y ese lo encontraré pronto, pues para ello me pinto sola.

Sin embargo, Bayá nunca fué incomodado por la mazorca ni por los diversos agentes de la federacion.

El solo se ocupaba en trabajar sin descanso durante el dia, para proporcionar á su familia todas sus comodidades.

Estando estas llenas, aquel noble espíritu reposaba en su propia satisfaccion.

Cuando salió de la Cuna, en libertad, su primer pensamiento miéntras se dirijia á su casa, fué para sus compañeros que seguian en la cárcel, recordando las temorosas desconfianzas de que eran presa.

Así es que despues de tranquilizar á su familia, se ocupó en hacerles saber su libertad, y asegurarles que nada temieran respecto á la vida.

Pero era aquello una empresa imposible.

¿Cómo hacer llegar una carta al patio de la cárcel sin que fuera leida é inutilizada por aquel alcaide famoso?

Tuvo que renunciar á su proyecto, reflexionando que de todas maneras, pronto ellos tambien saldrian en libertad.

Lo que hizo en cambio fué visitar á las familias de los presos, darles noticia de lo que habia pasado, y asegurarles que bien pronto serian todos, como él, puestos en libertad.

Todas las familias estaban entregadas á la mayor desesperacion.

Ellas sabian, como todo el pueblo, que los corredores de la Bolsa habian sido presos, y creian, como todos tambien, que habian sido ya fusilados.

Así es que la visita de Bayá para ellas fué una visita verdaderamente celeste, que les llevaba el consuelo y la esperanza perdida ya.

Porque él les iba á anunciar la vida del sér querido, cuando más amargamente lloraban su muerte.

Bayá no se contentó con esto y hasta facilitó á las que lo necesitaban los recursos pecuniarios de que estaban privadas en tanto dia, porque muchos de ellos, como Bayá, no contaban con más recursos de vida que su propio trabajo.

Cumplido este deber de su corazon bueno y honrado, ya no pensó mas que en su trabajo y los suyos.

Recien á los tres meses despues de estar presos, fueron puesto en libertad los corredores.

Las miserias que habian pasado en la cárcel los habian enflaquecido hasta dejarlos desconocidos.

No se les habia dado otro alimento que el puchero de los presos. terrible puchero en que un poco de agua sucia hacia las veces de caldo y una tumbita miserable el papel de carne.

Asi, aquellos hombres parecian convalecientes de enfermedades terribles.

Aquellos cuyas familias no contaban con mas recursos que lo que diariamente llevaban ellos, fueron á sus casas creyendo presenciar el cuadro de la más espantosa miseria.

Pero gracias á la prevision de Bayá la miseria no habia invadido aún los hogares.

—Qué, ¿vive Bayá? preguntaban al recibir la noticia.

Entónces ¿no lo han fusilado?

Y referian con un resto de espanto, cómo habian sacado de la cárcel á aquel compañero, á quien creian ya en otra vida.

Igual sorpresa recibieron los demás á quienes fué á visitar al dia siguiente.

Todos se asombraban de verlo vivo, pues estaba en la conciencia de todos que habia sido fusilado.

A los dos ó tres dias, cuando se repusieron algo de las miserias sufridas, volvieron á asistir á la Bolsa.

Pero no haya miedo! el oro no volvió á subir más.

INIQUIDADES

Bajo el imperio de la mazorca, ésta no se limitaba solamente á cumplir las órden de degüello que recibia.

Tambien obrada por su cuenta, tratando de ganar el dia de la mejor manera posible.

Uno de los sistemas que mejor resultados les diera siempre, era apersonarse á estrangeros ricos, é intimarles la entrega de tal ó cual suma, bajo apercibimiento de una *refalosa* en toda regla.

Muchos de ellos, por vivir tranquilos y librarse de semejantes enemigos, habian accedido á la imposicion entregando la suma pedida.

Pero otros más valientes, más avaros, ó que no tenian realmente el dinero exijido, se habian negado á entregarlo y las amenazas se habian cumplido totalmente.

La Policia tenia conocimiento de todos estos crímenes, como que recojia los cadáveres.

Pero envuelta en aquel vértigo de sangre, no podia hacer distincion entre los crímenes oficiales y los crimenes particulares.

La mazorca tenía carta blanca para proceder y procedia de la manera que hemos narrado.

Otros semi-jefes de mazorca, como Salvador Moreno, procedian por cuenta esclusiva de Maria Josefa Escurra.

¿Y quién se metia con ella?

¿Quién queria cargar con la odiosidad de la tremenda cuñada del tirano?

Los jefes de la mazorca eran los que imponian las contribuciones de dinero á que nos venimos refiriendo y sus respectivo grupos los encargados de hacerles abonar.

Salomon, por ejemplo, no se metia en estas cosas.

Hemos diseñado ya el perfil de este personage, más bueno de lo que se ha creido, lo suficiente para que el elector haya comprendido su carácter.

Pero Parra, Gaetan, Badía, Amoroso, Alegre, Cabrera y demás, no se andaban con escrúpulos.

Necesitaban dinero, y se lo sacaban al que lo tenia, bajo la amenaza de muerte.

Si pegaba, bien, si nó era preciso matar á algunos de los que se negaban, para ejemplo de los demás.

El desgraciado español señor Cladellas, catalán, creemos, fué una de las víctimas de aquella forma de saqueo, víctima generalmente sentida po. las prendas hermosas de su carácter.

Cladellas era un industrial que tenian por muy rico, porque hacia largos años que estaba establecido y se le veia trabajar contínuamente.

Siendo su oficio el de cordonero, abrió una cordoneria bastante paqueta para la época, en el local que hoy ocupa la casa de Anglade, frente al Hotel de la Paz.

Allí su negocio recibió un gran impulso, impulso que cimentó su crédito de primer órden.

En el barrio, Cladellas más que estimado era querido.

De una honradez acrisolada, y de una generosidad sin límites, era el primero en acudir con su óbolo á las desgracias del vecindario.

Cuando la familia necesitada era la de una salvaje unitario perseguido de cuya casa todos huian por temor de ser clasificados, Cladellas acudia y cerraba todas las llagas abiertas por la miseria y el dolor.

Porque su corazon valiente no temia las persecuciones que con esta conducta provocaba, y porque se creia libre de ellas como estrangero que en la vida se habia mezclado á los bochinches federales ni á los movimientos unitarios.

Bravo como verdadero catalán, se creia suficientemente garantido con un gran garrote que tenia siempre de faccion al alcance de la mano.

La mazorca, para la que nada pasaba desapercibido, habia filiado á Cladellas.

—Este catalán debe ser muy rico, habia pensado Gaetan, no solo por su negocio, sinó por el desprendimiento con que les suelta plata y las familias de la vecindad.

Vamos á hacerle una tanteadita á la bolsa, que no nos vendrá mal.

Y sin más ni más enderezó á lo de Parra, á comunicarle su gran proyecto.

—¿Y le podremos sacar siquiera unos cincuenta mil pesos? preguntó aquel gran bandido.

—¿Como no?

Cladellas es rico y estoy seguro que en socorros ha gastado ya más de esa suma.

—Pues entonces le haremos una entrada luego ó mañana.

Como yo tengo mucho que hacer, te daré los hombres que necesite y usted se encargará del negocio.

—¡Superior! con unos ocho muchachos de los buenos, porque el catalan es bravo, me encargo yo de hacer la cosa completa.

—¿Para cuándo los quiere?

—Mañana al oscurecer yo los tendre conmigo y espiaré el momento oportuno de pegar el golpe.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y los dos bandidos se separaron pensando en la caida que habian de hacer al bolsillo de Cladellas.

El catalan estaba de lo mas ageno al complot que contra el se tramaba.

Con su buena conducta se creia suficientemente garantido, al estremo de que su casa era la última que se cerraba, no ya en la cuadra sino en el barrio mismo.

Cuando alguna vez estando en la puerta, pasaba un grupo de mazorca, lo miraba con la mayor indiferencia y ni siquiera se tomaba la pena de dar vuelta el semblante.

Antes de cerrar su casa, tenia la costumbre de estarse en la puerta tomando el fresco, una buena media hora, al fin de la cual cerraba tranquilamente y se acostaba á dormir.

La noche señalada para el golpe, se hallaba Cladellas, como de costumbre, á la puerta de su casa.

Eran las 8 1/2 de la noche y todas las casas de nogocio se hallaban cerradas, como la mayor parte de las de familia.

Solo se veian abiertas las puertas de alguno que otro federal tan conocido, que á tanto se atrevia.

En la esquina de la Merced, desde temprano, habia un hombre que se paseaba de un lado á otro, como observando la iglesia.

Este individuo no podia conocerse, porque además del gran poncho con que se cubria, tenia atada la cara con un gran pañuelo de seda, como si sufriera de las muelas.

Cladellas lo vió desde el principio, y llevado por las apariencias, creyó que el prójimo aquel observaba la iglesia.

—No les arriendo las ganancias á los padres y frailes que están adentro, pensó. Me parece que aquí vá á haber algo parecido á lo del Colegio.

—Tendremos fiesta en el barrio!

Y haciéndose el indiferente, siguió observando al tipo.

Pero lo que Cladellas no pudo ver, fué un grupo como de cuatro hombres que habia en la esquina de Piedad, y otro en la de Cuyo, cuyos grupos se entendian por señas con el hombre de la Merced.

Aquellos dos grupos eran de mazorqueros, se conocia al primer golpe de vista, cuyo jefe era el hombre de la esquina de Cangallo.

Si Cladellas los hubiera visto; á pesar de su indiferencia, estamos seguros que se hubiera apresurado á cerrar su puerta.

Eran aquellos Gaetan y su gente, que espiaban el momento oportuno para dar el golpe.

—Lo que es yo, pensó Cladellas, así que pasó su media hora habitual de estar en la puerta, me voy á dormir, aunque no tardará mucho en despertarme lo que van á armar éstos en casa de los buenos padres.

Y se dispuso á cerrar la puerta.

Apenas habia hecho un movimiento en ese sentido, cuando lo adivinó Gaetan, que encendió un fósforo y sacó un cigarro.

Aquella debia ser la señal convenida, pues apenas brilló la luz del palito, se sintió un precipitado ruido de pasos.

Eran los dos grupos que avanzaban tan rápidamente como les era posible.

—Vamos, la fiesta va á ser más temprano de lo que yo creia, dijo el aprendiz que enrollaba unos cordones.

El diablo nos lleve si esos que vienen ahí no son los que la van á armar.

Apenas habia concluido de decirlo, cuando tuvo que retroceder á pesar suyo impulsado por un grupo de gente que se metió á la tienda impidiendo cerrar la puerta.

—Vaya una manera de meterse en casa ajena, dijo algo sorprendido. ¿Qué diablos se les ofrece á ustedes?

—Muy poca cosa, replicó Gaetan, que él era, seguido de los ocho hombres facilitados por Parra.

Quiero hablar solamente una palabra con usted.

—Pero para ello no hay necesidad de entrar de esa manera, atropellando á la gente.

Vamos á ver, ¿qué quieren?

Cladellas comprendió desde el principio que se las habia con un grupo de mazorca, pero pensaba que irian á hacerle algunas preguntas sobre la iglesia.

¿Cómo habia de suponerse que eran él mismo la persona que buscaban?

—Cierren las puertas, muchachos, dijo Gaetan á los suyos, que no hay necesidad que nadie se imponga de lo que voy á decir al amigo.

Esto confirmó más á Cladellas en su sospecha, que se trataba de tomarle datos para dar el golpe en la Merced.

—De poco puedo yo servirles, dijo, mirando de reojo su gran garrote, pero en lo que pueda cuenten conmigo.

—Es el caso, principió á decir Gaetan, que el gobierno está muy comprometido, con los gastos extra que le hace hacer el mantenimiento del ejército que se vé obligado á tener.

En esta consecuencia ha dispuesto que los ciudadanos patriotas y buenos, contribuyan con algun dinero al sosten de ese ejército.

Varias comisiones han salido con el objeto de recolectar fondos, y habiéndonos tocado á nosotros este barrio, ocurrimos á usted, como su negociante más rico y respetable para que abra con su nombre la gran lista de suscricion.

Estoy seguro que encabezada por usted, no ha de tardar en llenarse prontamente.

Por verse libre de aquella detestable canalla, dispuesto á darles algo para que se fueran inmediatamente, preguntó cuánto era la cuota.

—Para usted, dijo Gaetan mirándolo fijamente, se ha fijado en cincuenta mil pesos, que serán una porqueria, estamos seguros, en relacion á su fortuna.

Cladellas, á pesar del dominio que tenia sobre sí, quedó sorprendido ante salida semejante.

—Pero ustedes, dijo, deben tener alguna órden escrita para exijir semejante suma.

—¿Qué más órden que nuestra palabra?

Empezamos por usted porque tenemos fé en su patriotismo y generosidad, nada mas.

—Pero la hora no es oportuna para semejante pedido, pues no tengo en casa ni la sesta parte de esa suma.

¿De dónde voy yo á sacar cincuenta mil pesos?

¡Ni que vendiera cuanto tengo, incluyendo mi persona!

Cladellas habia comprendido que se trataba de robarlo, y queria ganar tiempo, y aproximarse disimuladamente á su garrote.

Eran muchos enemigos para él solo aquellos nueve hombres, pero contaba con la cobardia inherente a todo asesino.

—No enbrome amigo! dijo Gaetan—¡que no ha de tener cincuenta mil pesos un ricacho como usted!

Afloje la bolsa y no sea tacaño, que no vale la pena esa porquería, de quedar mal con el Gobierno.

—Aseguro á ustedes que no tengo ni la sesta parte, y aunque la tuviera, la llevaria yo mismo, pero nunca la entregaria á ustedes.

La catalanada empezaba á subírsele á la cabeza y estaba á dos varas de su garrote.

Su aprendiz al ver la cosa mala, se habia acurrucado bajo el mostrador, tratando de hacer el menor bulto posible.

—Pues amigo, repuso Gaetan, si no entrega usted la cantidad que se le ha indicado, nos veremos obligados á proceder—y cuidado que el procedimiento puede ser peor de lo que usted se imajina.

Y desnudó un largo puñal, creyendo imponer al catalán con eso solo.

Pero no sabia qué clase de hombre era Cladellas.

De un brinco estuvo al lado de su garrote, que blandió con brazo formidable y amenazador.

Pero detrás de él habian saltado los ocho mazorqueros, que le aseguraron los brazos antes que pudiera descargar el primer garrotazo.

Los ocho hombres que llevaba Gaetan, eran duros y resueltos, pero Cladellas tenia unas fuerzas de toro y un corazon valiente.

Sintiéndose retener tan vigorosamente, soltó el garrote y quiso avanzar sobre Gaetan, en la esperanza de arrebatarle el puñal.

Pero estaba fuertemente sujeto y no pudo avanzar un paso.

La lucha empezó entónces terrible y encarnizada, porque Cladellas, fuertemente sujeto, no podia ofender á sus adversarios y éstos no querian hacerle mal.

Atenmelo! átenmelo! gritaba Gaetan que ya lo haré yo entrar en razon.

Puede ser que por terco, en vez de cincuenta tenga que vomitar cien mil pesos despues.

El aprendiz, creyendo que lo iban á matar, aprovechó la confusion y saliendo bajo el mostrador se fué para adentro, ocultándose en el último rincon.

Cladellas era un hombre fuerte, terriblemente fuerte y hacia esfuerzos supremos para librarse de aquellos bandidos.

Pero éstos eran ocho, fuertes tambien, y aunque con algun trabajo, lo iban fatigando poco á poco.

Por fin aquella naturaleza robusta tuvo que ceder poco á poco, hasta que cayó doblegado y sin aliento.

Fué entónces que los mazorqùeros lo amarraron fuertemente con sus propios cordones, para que Gaetan, segun decia, lo hiciese entrar en razon.

—Vamos á ver compañero, aulló el bandido—ya vé que con nosotros es inútil resistirse.

Entregue los cincuenta mil pesos y lo dejamos libre, de otro modo le tocaremos una sonata en el gañote.

Y para causarle mayor impresion, le pasó por el cuello el dorso de la daga.

Era una manera de pedir irresistible.
Sin embargo Cladellas, jadeante por la lucha sostenida, volvió á decir que no tenia dinero.
Y no debia tenerlo efectivamente, cuando se resistia á entregarlo ante semejante manera de pedir.
—Pues lo buscaremos primero y despues veremos.
Y los nueve se lanzaron por el negocio en busca de dinero.
En vano dieron vuelta por todo, en vano vaciaron un gran baul lleno de cordones solo encontraron unos seis mil y pico de pesos.
—Se me ocurre una cosa, le dijo entónces Gaetan.
Sabe Dios dónde tenés escondida la plata y no queremos perder más tiempo en buscarla.
No quiero degollarte ahora porque es preciso que reflexionés que es una estupidez hacerse matar por tan poca plata.
Te voy á dar de plazo hasta mañana, para que pensés bien lo que hacés.
Mañana á esta misma hora volveré y, ó vomitas la plata ó te hago vomitar yo las entrañas.
La fisonomia de Cladellas se iluminó al oir estas palabras, y sonrió ante aquella esperanza de salvacion.
—No me creas tan burro, dijo entónces Gaetan, comprendiendo aquella sonrisa.
De la manera que yo te voy á dejar no tienes escape.
A ver, dijo á los suyos, al baul con él.
Los ocho bribones cargaron con el catalan y lo metieron en el baul de los cordones, donde apenas cabia.
Aquí te quedas, comprendes? hasta mañana á la noche que volvamos, veremos si entónces piensas de distinto modo.
Y cerró la tapa echándole la llave.
Ahora á buscar ese pegote que estaba aquí, para llevarlo, porque dejándolo aquí puede alborotar el barrio y no hay necesidad que nadie se aperciba de la cosa.
Poco trabajo costó encontrar al aprendiz, que aterrado ni siquiera trató de hacer resistencia.
Cerraron la puerta de la cordoneria y se alejaron, llevándose al jóven.
Mañana te traeremos otra vez, le dijeron—entre tanto, mucho silencio.
Los vecinos de Cladellas no podian calcular con exactitud lo que habia sucedido en casa de éste.
Algo habian sentido, porque la lucha fué dura y poco silenciosa.
Pero como no se dieron voces algunas, y los mazorqueros cerraron la puerta de la calle, no podian atinar con lo sucedido.
Esperaban que Cladellas abriera su puerta para preguntárselo.
Pero pasaron las primeras horas de la mañana y los vecinos principiaron á alarmarse y hacer comentarios de todo género.
Algunos más curiosos se acercaban á pegar el oido en las rendijas de la puerta, pero no apercibian el menor rumor.
Un silencio de muerte reinaba en el interior del negocio.
¿Avisaremos á la policía? preguntaba uno.
No te metas á camisa lanza, respondia otro, que sabe Dios si no es la misma policía la que ha hecho el pastel.
Y las horas pasaron sin que la puerta se abriese y sin que en la casa se sintieran señales de vida.

—¿Que puede haber hecho Cladellas para caer en desgracia? se preguntaban.

Y no tardaban en darse la respuesta ellos mismos.

Es, decian, que el pobre es muy amigo de servir á quien lo necesita sin mirar para atrás.

¡Quien sabe sinó habrá protejido á algun unitario, amparándolo en su casa y por eso se ha echado encima la federacion!

Y así pasó el dia y la primer noche, sin que el vecindario pudiera satisfacer su curiosidad.

A la hora habitual cada cual cerró su puerta con todo género de precauciones esperando ser más feliz al dia siguiente.

Si Cladellas habia sido llevado á la cárcel, como lo suponian, no habria sucedido lo mismo con el aprendiz y éste podria sacarlos de dudas.

A eso de las diez de la noche, si algun vecino se hubiera atrevido á asomar la nariz á la calle, hubiera visto un grupo de tres hombres que, desprendiéndose del paredon de la Merced, caminaba hasta lo de Cladellas, cuya puerta abrieron, al parecer con su propia llave.

Era Gaetan, acompañado de dos bandidos más, que venia á saber lo que el cordonero habia resuelto.

Como Cladellas estaba atado fuertemente, habia juzgado inútil llevar los otros seis de la noche anterior.

¿Qué podia hacerles el pobre catalán?

Entraron cerrando trás sí la puerta y se dirijieron al baul.

Nadie debia haber entrado allí durante el dia, pues todo permanecia en el mismo estado que lo dejaron.

Gaetan mandó que abrieran el baul, al mismo tiempo que desnudaba su daga.

Sabia que Cladellas estaba perfectamente amarrado, pero era tan bravo el catalán, que no estaban demás aquellas precauciones.

Podia haberse desatado y estar esperando que abrieran el baul, para saltar al cuello del que primero se pusiera á tiro.

Nada va tan lejos como la imajinacion de un cobarde.

A la escasa luz de un cabo de vela, abrieron el baul y miraron dentro.

Allí estaba el catalán en la misma posicion violenta que lo dejaron, mirándolos fijamente.

—Y qué ojazos tiene el puerco! dijeron.

Parece que le cobra á uno alguna cuenta!

—Vamos á ver compadre, preguntó Gaetan acercándose al baul, ¿larga ó no larga la mosca?

Pero Cladellas siguió inmóvil, sin contestar una palabra.

Gaetan lo miró fijo como para concluir de acobardarlo y soltó una maldicion.

Para un hombre de su práctica no habia error posible—estaban hablando á un cadáver.

Le tocó la frente, para mayor seguridad, y aquella frente estaba helada.

Cladellas habia muerto de una manera espantosa.

Demasiado estrecho el baul, habia faltado el aire bien pronto y una agonia cruel y desesperante se habia seguido, produciéndose la asfixia al poco tiempo.

Cladellas debia haber muerto muy poco despues de ser embaulado, pues ya el cadáver exhalaba algunas emanaciones desagradables, lo que indicaba que la descomposicion habia empezado ya.

—Pues señor, la embarramos, dijo friamente el bandido dejando caer la tapa del baul.

No pensó que pudiera suceder semejante cosa, sinó hubiera hecho un par de agujeros en la tapa.

Pero esto no tiene cura ni compostura. Al grano, que es lo que interesa.

Y ayudado por los dos hombres, empezó á hacer un prolijo registro, no tardando en encontrar unos doce mil y pico de pesos, que habia en el cajon de una cómoda.

Registrado todo prolijamente y robado todo aquello que representaba algun valor, Gaetan resolvió retirarse.

Salió dejando la puerta apretada solamente, dobló por la esquina de la Merced y se perdió en la soledad de las calles, siempre acompañado de los dos facineros.

Se dirijió á casa de Parra, á quien refirió el fin trágico de aquella aventura, despues de repartirse el dinero que habia producido.

—Bueno, dijo Parra, dejar las cosas como están, que no faltará quien lo entierre.

A la mañana siguiente, el aprendiz, puesto en libertad, tomó la direccion de Barracas y no se le volvió á ver más en el barrio de la Merced.

Habia cobrado un terror pánico á la casa de su patron.

Como la mañana avanzara sin que la puerta se abriera, como en el dia anterior, los vecinos, ya sériamente alarmados, empezaron á consultarse entre sí sobre lo que debian hacer.

La opinion de dar aviso á la Policía habia prevalecido, é iban á ponerla en práctica, cuando uno de ellos gritó:—la puerta está abierta!

Todos se amontonaron allí inmediatamente.

Y empezó nuevamente la vacilacion sobre si entrarian ó nó.

—¡Coraje! dijo uno de ellos empujando la puerta, que tal vez sea tiempo todavia de prestar algun socorro.

En seguimento de éste todos los demás penetraron á lo del cordonero.

Indudablemente allí habia de haberse cometido un crimen cuyo móvil habia sido el robo.

El aspecto de la casa lo acusaba así al ojo ménos esperto—de otro modo no se hubiera producido tan gran desórden.

Pero Cladellas no parecia por ninguna parte.

Allí estaba su ropa de salir, que todos le conocian, su sombrero y su baston.

Luego él no habia salido á la calle.

Solo que lo hubieran llevado preso, sin darle tiempo ni á ponerse el sombrero.

¿Qué habia sido del catalán?

El mal olor que reinaba en la pieza, habia sido percibido ya por algunos con cierto espanto, pues el olor de un cuerpo humano en descomposicion es inconfundible.

Se buscó entre los armarios, entre los colchones, y hasta en la azotea, sin resultado.

Cladellas no estaba en la casa.

Iban á retirarse ya, cuando un grito, que más parecia aullido descomunal, se dejó sentir, asustando sériamente á los vecinos, que se creyeron amenazados por algun gran peligro.

El que habia lanzado el grito era don José, el chocolatero de la

esquina, que lívido é inmóvil estaba delante del baul que acababa de abrir.

Allí se aglomeraron todos y vieron, conmovidos y aterrados, el cadáver del amigo que habian buscado toda la mañana.

Se puede calcular el disgusto que causaria entre aquella buena gente, industriales casi todos, la revelacion de aquel crimen.

Unos buscaban las manos del cadaver para cortar las ligaduras, otros no pudieron contener el llanto, algunos se retiraron descompuestos por el disgusto y el olor, que empezaba á ser fuerte, mientras los más atinaron á sacar á Cladellas de adentro del baul, en la ilusion de poder volverlo á la vida.

¿Pero que podia hacerse ya con un cuerpo en estado de descomposicion?

Una comision de vecinos se trasladó á la Policia á dar cuenta del hecho y á pedir permiso para enterrar el cadáver.

Todos los que la formaban eran estrangeros para que si en broma fuese á hablarse de salvajes unitarios, pues todos se sospechaban ya que aquella era obra de la mazorca.

No tratándose de un salvaje unitario clasificado, la Policia concedió el permiso que se le pedia y un comisario se trasladó al sitio del crímen.

La Policia debió comprender su orijen en el acto, pues no dió ningun paso en el sentido de hacer la menor averiguacion.

Se limitó á cerrar y sellar las puertas una vez que sacaron el cadáver, y se retiró en seguida dando por terminada su mision.

Los vecinos velaron el cadáver aquella noche y costearon el féretro y el acompañamiento.

Gracias á ellos y al bien que habia sembrado en vida pudo así escapar al carro de la basura, y á la fosa comun, que era cómo, y donde se llevaban las víctimas de la mazorca.

Estas eran las pequeñas iniquidades, las que cometian por su propia cuenta los señores mazorqueros.

Las grandes iniquidades, los grandes crimenes eran los que se cometian á las doce del dia y en los parajes más centrales, como si los asesinos quisieran hacer gala de la impunidad con que contaban.

Entre estos últimos figura al asesinato del Dr. Zorrilla, uno de los actos mas cínicos y escandalosos de la mazorca.

El Dr. Zorrilla tenia su estudio de abogado en los altos de la Recoba, donde está situado hoy el de Leopoldo del Campo, distinguido abogado tambien.

El doctor Zorrilla pasaba diariamente por la Policia, para ir á su estudio, entre once y media y doce de la mañana.

Era su camino habitual, tanto para ir como para regresar.

Permanecia en su estudio hasta las cuatro de la tarde, atendiendo sus clientes, hora á que infaliblemente se retiraba á su casa.

El doctor Zorrilla era un hombre sério y de vida metódica.

Sabia que no estaba bien visto por la federacion, y trataba de no hacerse notar, encerrándose en su casa y haciendo una vida retirada y tranquila en lo posible.

El doctor Zorrilla no era un federal ni siquiera en la apariencia, como muchos.

Usaba la divisa porque otra cosa hubiera sido esponerse á ser apuñaleado en la calle, pero con la menor ostentacion posible.

Zorrilla, como todo hombre honrado y de principios, pertenecia al partido unitario.

Pero por el mismo género de vida que llevaba era un unitario aislado, sin vinculacion personal con sus miembros de accion, puede decirse, porque tenia la esperiencia de que por entónces no podia tantearse nada con probabilidades de éxito.

Sin embargo de la vida retirada que hacia, de no acompañarse de nadie ni mezclarse á los sucesos políticos, el doctor Zorrilla fué mirado como sospechoso, al principio, y como unitario á quien se debia vigilar, despues.

Ageno á esto, el doctor Zorrilla seguia asistiendo á su estudio diariamente por el mismo camino que cruzó desde el primer dia.

Una mazorcada de noche en casa de Zorrilla era imposible.

Tenia puertas de primer órden, muy bien seguras, y que cerraba él mismo prolijamente antes de la oracion, no abriéndolas hasta muy entrada la mañana.

Un atentado contra él era forzoso cometerlo en la calle y en pleno dia, cosa que aún no habia sucedido y en la que ninguno pensaba.

Ya se sabia que los asesinatos y degüellos se cometian despues de oscurecer hasta el aclarar.

Asi es que con estas precauciones, el doctor Zorrilla, como muchos, se creia suficientemente resguardado.

Siendo una persona perfectamente inofensiva como enemigo, no se sabe cual seria el orígen del ódio implacable que desplegó sobre él el tirano, al estremo de señalarlo al puñal de la mazorca y ordenar su muerte.

Los grupos de mazorqueros encargados de cometer aquel miserable asesinato, lo intentaron varias veces sin poderlo llevar á cabo.

En vano habian tanteado con ganzuas la cerradura, en vano habian pretendido forzar la puerta, no habian podido entrar.

Cansado Cuitiño, que era quien habia recibido la órden, de estas tentativas inútiles, avisó de que por el momento le era imposible cumplir la órden sijilosamente.

—Habia que meter bulla y asegurarlo en la calle.

—Pues se le asegura donde se pueda—es preciso ponerlo fuera de toda accion.

Con semejante órden no tenia ya escape el doctor Zorrilla.

Era el primer asesinato que iba a cometerse en plena luz del dia y en los sitios mas centrales, pues que Zorrilla no salia de ellos jamás.

El sabia que tenia encima á la mazorca, por las tentativas de violentar su casa y no se atrevia á alejarse de los barrios concurridos, por los que se transitaba hasta ciertas horas.

Pero era precisamente allí donde lo esperaba el puñal de los asesinos.

Dos partidas se apostaron para asesinarlo, una encabezada por Amoroso, en la calle de Maipú y otra no se sabe por quien, abajo de la Recoba y á la puerta de su mismo estudio.

El doctor Zorrilla tuvo aviso de la partida que lo esperaba en la calle de Maipú y varió camino ese dia.

Al principio decidió no moverse de su casa, pero pensó que aquello solo serviria para aplazar el atentado.

Era preciso salir de Buenos Aires, y salir cuanto antes, pues de lo contrario no habria salvacion posible.

Entónces fué que decidió salir hasta su estudio, eludiendo el camino donde era esperado, para salvar los papeles de interés personal que allí tenia.

Entónces era misma noche ó al dia siguiente, trataria de embarcarse para Montevideo, contando con la buena amistad que lo ligaba al ministro francés.

Si Zorrilla hubiera tenido conocimiento de la segunda trampa que se le habia preparado, se habria guardado muy bien de salir.

Pero cómo pensar que á media cuadra de la policia y á las 12 del dia pudiera cometerse un asesinato!

Zorrilla anduvo con algun recelo hasta la esquina de la Policia.

Una vez que llegó allí i dió vuelta, se quedó completamente tranquilo, pues marchaba entónces bajo el amparo de la autoridad.

A la puerta de la Policia habia vario empleados superiores, á quienes saludó por conocer á alguno de ellos.

Y atravesando la plaza se dirijió á su estudio.

La partida que allí debia esperarlo, no habia llegado todavia.

Zorrilla habia apresurado aquel día su ora de salida y llegaba á su estudio á las 11 1/2, siendo las 12 su hora habitual.

Sin duda los empleados de Policia que saludó en la puerta estaban en el secreto de lo que iba a suceder, pues apenas Zorrilla entró á la Recoba, se metieron adentro.

Zorrilla entró á su estudio y como si no deseara perder tiempo, abrió el escritorio y empezó á revisar los papeles de los cajones apartando aquellos que queria librar de una pesquisa federal.

A las doce ménos algunos minutos, llegaron cinco hombres que componian la partida encargada de darle muerte.

Esperaron un momento y viendo que la víctima no llegaba preguntaron á un hombre que estaba sentado en el cordon de la vereda, si habia llegado el doctor Zorrilla.

—Hace un gran rato que vino, replicó éste, ignorando lo que se tramaba.

Los asesinos se pusieron á hablar en voz baja, decidiendo sin duda cometer el crímen en el estudio mismo, pues se les vió entrar á la casa resueltamente.

El doctor Zorrilla, parado delante del escritorio, continuaba tranquilamente apartando sus papeles, cuando vió entrar á aquellos cinco hombres de terrible aspecto.

En el acto, dado el tipo de aquellos y la manera de entrar, comprendió que venian á realizar la empresa burlada en la calle de Maipú.

El estudio de Zorrilla se componia de dos piezas; aquella donde él se hallaba, y otra cuya puerta de salida estaba más inmediata á la escalera.

En el acto se dió cuenta de su situacion, y como su única defensa estaba en su huida, apoyó la espalda en la puerta que dividía las dos piezas, aparentemente cerrada, mientras preguntaba á lōs recien venidos qué era lo que querían.

—Saliendo por allí, pensaba sin duda Zorrilla, quedo próximo á la Policía, y albergándome allí me libro de ser asesinado.

—¿En qué puedo servir á ustedes? les preguntó por segunda vez, miéntras los asesinos lo miraban fijamente.

—Usted en nada, dijo uno de ellos, nosotros en mucho, respondió el que parecia encabezarlos.

Por lo pronto venimos á hacerle el más importante de todos los servicios.

—¿Y cual es ese servicio?

—Librarlo de un cuero que debe estorbarle mucho, concluyó el asesino con todo el cinismo, al mismo tiempo que sacaba de debajo del poncho la enorme daga.

Los demás imitaron su accion, y puñal en mano se lanzaron sobre el doctor Zorrilla.

Este que esperaba aquel momento, hizo fuerza con la espalda, abrió la puerta y desapareció trás ella volviendo á cerrarla.

Corrió á la puerta de salida y se lanzó por las escaleras con toda la rapidez que le fué posible.

Los asesinos que se habian quedado sorprendidos ante aquella inesperada fuga, al sentir los pasos en la escalera se repusieron y se lanzaron tambien en su persecucion cuchillo en mano.

Poco práctico en aquellas aventuras, al pisar la puerta de la calle, aunque habia llevado bastante ventaja, el doctor Zorrilla era alcanzado por sus asesinos.

Una lucha terrible y repugnante se empeñó entónces entre los verdugos y la víctima.

El desgraciado Zorrilla trataba de evitar los golpes de puñal ya con las manos, ya saltanto de un lado al otro, ya protejiendo la espalda contra la pared.

Y su voz argentina, reforzada por la desesperacion se sentia pidiendo socorro á la autoridad.

Pero los agentes que á cortos intérvalos salian ó entraban á la Policia, se hacian los que no habian oido y ni siquiera miraban para aquel lado.

Y los que eran soprendidos en el tránsito por las voces de socorro, apretaban el paso y ganaban la Policia.

La Policia pues, era cómplice y tenia conocimiento de aquel crímen, cuando de aquella manera se negaba á auxiliar á la víctima.

Algunos desalmados habian hecho círculo ávidos de presenciar aquel asesinato cobarde en el que hubieran tomado parte de buena gana.

El doctor Zorrilla se defendia con una desesperacion terrible, tratando de ganar camino hácia la Policia.

Pero encerrado en un círculo de cinco puñales, no podia dar un paso.

Si evitaba la punta de una daga que le amenazaba el pecho, era para caer en otra que amenazaba su espalda.

Ya habia recibido algunas puñaladas, que no habian sido suficientes para postrarlo.

¿Cómo prolongar más una lucha tan desigual?

El haber evitado la muerte durante tanto tiempo, era ya una hazaña.

Una puñalada más récia y profunda que las otras hizo comprender á Zorrilla que el trance amargo habia llegado.

Pero no por esto dejó de batirse y defender desesperadamente aquel último átomo de vida.

Acosado por los asesinos y mortalmente herido ya, cayó, tratando de incorporarse sobre el brazo derecho.

Fué aquel el momento supremo.

Lo estiraron en el suelo sujetándolo fuertemente, y miéntras uno le echó atrás la cabeza tomándolo del pelo, otro empezó la terrible operacion del degüello

Aquello fué tremendo,

Zorrilla defendió su cuello hasta el último estertor de la agonía.

El degüello, á consecuencia de no estar muy filosa la daga con que se practicaba, habia durado un buen par de minutos.

Una gran griteria se produjo en seguida, mezclada á formidables vivas y mueras.

Era el festejo que hacia aquella canalla del crímen que acababa de consumar.

Un espectáculo irritante empezó á reunir bajo la Recoba un buen número de curiosos federales.

Era que los asesinos, habiéndolo tomado por las piernas arrastraban por la espaciosa vereda el cuerpo mutilado de la noble víctima.

Otros arrojaban al aire la cabeza, barajándola como hacen los muchachos con una naranja.

Los mismos empleados de la Policia habian salido entónces á la puerta, á reir con aquel espectaculo feroz.

Concluido éste, la autoridad envió el carro de la basura á recoger el cuerpo.

La cabeza fué llevada por el grupo, para servir de espectáculo en el mercado adornada de perejil, y cortarle las orejas, para las sartas que se remitian á Palermo.

Este fué el crimen mas cínico de cuantos se cometieron en aquella época maldecida.

Al dia siguiente aparecia clavada en la reja de la pirámide de Mayo, la cabeza ensangrentada de Yané, asesinado en su propia casa de Barracas.

De este sangriento episodio nos ocuparemos más adelante.

Él por si solo constituye una de las trajedias más dolorosas de aquella época maldecida.

En aquellos mismos dias era asesinado en su quinta en Barracas tambien, el señor Nóbrega padre de la inolvidable matrona Julia Nóbrega de Huergo y Cármen Nóbrega de Avellaneda.

Para comprender el carácter noble y delicado de aquel hombre basta el corazon de sus dos hijas citadas.

No lo educa en aquella riqueza de sentimientos sublimes, sino un hombre de espíritu elevado y gentil.

Ellas han enjugado sobre la tierra, más lágrimas que las que hizo verter la muerte de aquel padre irreemplazable, haciendo el apellido de Nóbrega sinónimo de caridad y de consuelo.

¿Cuál era el crimen del señor Nóbrega?

¿Por qué el puñal asesino de los sicarios de Rosas iba á clavarse en aquel noble pecho y á separar de aquel tronco vigoroso la inteligente cabeza?

Es que Nóbrega no pertenecia á la mazorcá, ni aun siquiera al gremio de los federales finos.

Muchas veces habia sido invitado para formar parte de la Sociedad Popular Restauradora, pero siempre habia respondido á la invitacion con su sonrisa más cáustica y su mirada más despreciativa.

Cuando los que le habian hecho la propuesta eran amigos que le daban aquel consejo como único medio de salvar la cabeza, les habia dicho:

—No sean tontos, yo ni por broma, ni por conveniencias personales, ni aún por salvar la cabeza, puedo afiliarme á una sociedad de asesinos que, tarde ó temprano han de caer bajo el peso de la ley.

La época de la justicia no puede tardar en llegar, y ya verán ustedes el fin de todos aquellos miserables.

Si el de la propuesta era uno de tantos federales flojos con quienes conservaba amistad, su respuesta era más dura.

—Yo no he nacido asesino, decia, y en el único caso en que concebiria poder serlo, seria tratándose de matar al que de esta manera cobarde y maldecida ensangrienta el suelo argentino.

Nóbrega vivia entónces en la quinta de Barracas, que en aquella época era una chacra magnífica.

Vivia en compañia de un capataz de toda su confianza, y de un peon de cuya lealtad ejemplar tenia todo genero de pruebas.

Entretenia la via cultivando y esplotando su chacra, y no venia á la ciudad sino por alguna necesidad imperiosa.

—Así estoy libre de alguna mala tentacion, decia, de persecuciones tambien, porque no viéndome nadie, no se acordarán de mi ni se meterán conmigo para nada.

Y habia logrado así su objeto de que no lo recordaran ni se ocuparan de él.

Pero las respuestas que daba siempre á los que iban á brindarle un puesto en la mazorca llegaron á oidos de Rosas, y estos chismes se tradujeron bien pronto en amenazas y persecuciones.

Nóbrega no tenia miedo á la mazorca.

Habia tomado en su quinta buenas medidas para su seguridad personal, y esperaba cualquier avance para contenerlo como era debido.

Las autoridades de Barracas, aunque sabian que Nóbrega no era un federal, lo estimaban por sus prendas personales, al estremo de comunicarle cualquier órden que referente á él hubieran recibido.

Aquellas órdenes, debido á los chismes de los amigos y á las imprudencias de Nóbrega, no tardaron en llegar, lacónicas y terminantes como todas las que en igual sentido emanaban de Rosas.

El Juez de Paz de Barracas, decian, espiará personalmente y hará espiar la quinta del salvaje unitario Nóbrega.

A la menor señal de hostilidad contra el órden de cosas actual, se le remitirá preso al cuartel general de Santos Lugares.

Ahora, si el hecho que hubiera de imputársele fuera de gravedad, el Juez de Paz de Barracas procederá como en casos análogos, con toda severidad y rigor, dando cuenta en seguida.

El Juez de Paz de Barracas, se vió sigilosamente con Nóbrega y le exhibió la órden que acababa de recibir.

—Es preciso que se guarde amigo, le dijo, y que no cometa la menor imprudencia.

Ya sabe usted que este género de órdenes hay que cumplirlas á todo trance, y espero que usted no me pondrá ni se pondrá en un caso desesperante.

—Pero si yo nada hago ni digo que pueda perjudicar al gobierno! Yo no me meto en politica ni en nada que á politica se refiera, como usted lo sabe bien.

Yo vivo aqui ignorado de todos y sin dar lugar á la menor sospecha.

—Es que usted se olvida del modo con que responde siempre á los que vienen á hablarle de Sociedad Popular Restauradora y otras cosas.

Sin duda, algun ha ido á soplar lo que usted le ha contestado, y ahí tiene usted la esplicacion de esa órden.

—Bien sabe Dios que lo único que á mi me ata es mi familia!

Si no fuera por estas criaturas inocentes y amables á quienes todavia hago falta, hace mucho tiempo que andaria compartiendo las penurias gloriosas de los unitarios que andan con Lavalle!

Por esta misma razon, amigo mio, puede usted estar seguro de que nada intentaré.

Mis hijos son la mejor garantia de que seguiré siempre como hasta hoy, ocupado solo del cuidado de esa posesion que tal vez la codicie alguno de ellos y sea ese solo el origen de semejante órden inmotivada.

—Por mi parte, puede vivir tranquilo, amigo mio, en la seguridad que cualquier nueva órden que sobre usted reciba, será usted el primero en conocerla. . . . . . .

—Gracias, amigo mio: sabia que era usted un corazon hidalgo.

Yo le prometo que por mi causa, no ha de recibir el mas leve disgusto.

El Juez de Paz se retiró con las mismas precauciones que habia venido, satisfecho de haber cumplido aquel deber imperioso de la amistad franca y cordial que lo ligaba á Nóbrega.

Este por su parte se quedó meditando en el aviso, y en el orígen de aquella órden.

Solo á dos causas podia atribuirla racionalmente.

A un interesado en su chacra para adquirirla á buen precio, si era embargada ó rematada, ó á una treta ingeniosa para hacerlo ingresar á las filas federales, intimidado por aquella órden, que bien podia ser seguida por otra de degüello.

—Si la órden que me han mostrado es auténtica, pensaba Nóbrega, no hay duda que es lo primero.

¿En qué me he metido yo para que manden espiarme como á un revolucionario?

Esto mismo me inclina é creer que sea una broma y una órden falsa para que me haga federal atemorizado por ella.

Sin embargo, el Juez de Paz sabe que no soy hombre de atemorizarme ni de formar por ninguna consideracion humana en las filas de esos malvados, aun en el mas pasivo de los roles.

A pesar de todas estas reflexiones, Nóbrega resolvió aislarse del todo, y no recibir ni aun á los mismos amigos que vinieran á verlo.

Queria conservar á todo trance la tranquilidad de la familia y conservarse él tambien por lo que ésta lo necesitara.

Faltando él ¿qué podia ser de aquella familia que aún lo necesitaba como un guia indispensable?

Luego caido él, quién le aseguraba que su familia no seria víctima de la miseria más espantosa, como todos aquellas familias cuyo jefe habia muerto bajo el puñal de la mazorca ó habia tenido que emigrar del país para garantir la vida?

Los dias fueron pasando, sin que ninguna nueva órden le fuera comunicada por su amigo el Juez de Paz.

Este habia acusado recibo de la órden, asegurando que hasta aquel momento nada habia notado en Nóbrega que pudiera hacerlo sospechoso, pero que como el Supremo Gobierno no podia equivocarse, desde ese momento tomaria sus medidas para asegurar al salvaje unitario citado, en cuanto se moviera, que el gobierno podia descansar por completo en su celo pr[illegible] federal

Hasta ahora, concluia, se ha tenido á Nóbrega por un buen federal, pero despues de la órden recibida, será tratado en todo y por todo con el rigor reservado á los más criminales salvajes unitarios.

Y estableció realmente, prévia explicacion á Nóbrega, un servicio de vigilancia en los alrededores de la quinta.

—Esto es solo para que no vaya algun soplon á decir que no he cumplido la órden " que no se vijila la quinta.

Usted puede ma... ,arse como si no hubiera semejante vijilancia, pues nada ha de ... cer de todos modos que pueda comprometerlo.

Nóbrega se c... enció entonces que la órden aquella era auténtica, y que no se tr... .oa de treta alguna para hacerlo afiliar entre los federales.

Nóbrega decidió entonces no moverse de su casa sino para ausentarse á Montevideo, en el caso que las hostilidades contra él se hicieran efectivas.

Queria conservarse á todo trance para su familia, y para ello era preciso evitar todo peligro, para lo cual contaba con la amistad del Juez de Paz, que le daria aviso oportunamente.

Pero Nóbrega no contaba con que una órden de degüello se podia mandar cumplir de Palermo, directamente, encargándola á cualquier grupo de mazorca, que fué lo que sucedió.

Como pasó cerca de un mes sin que el Juez de Paz pasara informe alguno sobre Nóbrega, sospecharon que andaba remoloneando, y mandaron á la mazorca se entendiera directamente con el cuello de aquel hombre, cuyo único delito era el de no haber querido afiliarse á los mismos que iban ó asesinarlo.

Nóbrega estaba mas tranquilo por el tiempo trascurrido sin que hubiese habido la menor novedad.

Pensaba que se les habia pasado la ráfaga de sospecha, y que por fin lo dejarian tranquilo.

Estaba ocupado una tarde con el capataz en arreglar un galpon que estaba construyendo.

Habia mandado un peon á ciudad, de donde no debia volver hasta el siguiente dia.

La oracion no tardó en llegar, y Nóbrega envió al capataz á traer dos luces.

Apenas harian cinco minutos que estaba solo cuando sintió ruido de pasos detrás de sí.

Dió vuelta y se encontró frente á dos hombres, cuya facha no era nada tranquilizadora, y cuyo tufo á mazorca se tomaba desde léjos.

Nóbrega quedó sorprendido y aterrado.

No tenia sobre si arma alguna y estaba léjos de las habitaciones.

Sin embargo, sobreponiéndose á la situacion y comprendiendo que lo peor que podia sucederle era asustarse, miró fijamente á aquellos dos hombres y les dijo:

—¿Qué se les ofrece á ustedes? ¿con que permiso han entrado ustedes hasta aquí?

Aquellos dos bandidos sonrieron y miraron á Nóbrega, buscando su semblante entre las primeras sombras de la noche

—Hemos venido, dijo uno de ellos, porque necesitamos hablar con usted.

Estuvimos ...lpeando mucho rato, y como nadie acudia hemos entrado.

—¿Y qué es lo que quieren conmigo?

—Nosotros precisamente nada, pero nuestro patron, que está en la puerta, es quien tiene que hablarlo.

La sospecha de que se trataba de asesinarlo fuera de la quinta, cruzó como un relámpago por el pensamiento de Nóbrega.

—Pues digan á su patron que entre, porque yo no quiero ir á la puerta de la calle.

—Es que si usted no quiere venir, tenemos órden de sacarlo.

El peligro se venia encima y se hacia urgente tomar una resolucion.

Nóbrega quiso huir á las habitaciones en busca de una arma por lo menos, y los dos asesinos se lanzaron en su seguimiento.

En aquel momento llegaba el capataz con la luz que habia ido á buscar.

Al echar á correr detrás de Nóbrega los asesinos silbaron como si pidieran auxilio á otros que esperaban afuera.

Así es que cuando el capatáz llegaba, llegaban tambien seis hombres que esperaban al lado de la puerta de calle que llegara la víctima.

El capataz, al ver aquellos dos hombres que sable en mano cargaban sobre su patron, y aquellos otros seis que llegaban, soltó la luz que aun tenia en la mano y desnudando una enorme daga les salió al encuentro.

Era este un paisano atlético, bravo como un leon y leal como un perro.

El peligro que podia correr su persona era cosa secundaria para él.

Allí no veia más que su patron amenazado de muerte, á quien habia que defender á toda costa.

—Huya patron, huya, gritó blandiendo su daga—estos canallas cuando ven que se les ha de sacudir de firme, son capaces de correr hasta el fin del mundo.

El paisano llevó un ataque tan rudo, que hizo retroceder á los dos asesinos.

Pero Nóbrega no habia podido huir.

Los otros seis lo habian rodeado y cargaban sobre él todos á la vez.

Entónces el paisano abandonó á sus dos adversarios y de un salto prodigioso se puso entre Nóbrega y los asesinos.

La lucha empezó así tremenda y sangrienta.

El paisano era muy capáz de mantener á raya á los ocho asesinos, victoriosamente.

Pero entónces, tratando de cubrir á todo trance el cuerpo de Nóbrega con el suyo, tenia que estar firme á la defensiva sin poder desplegar su gran juego en la daga.

Nóbrega no podia tampoco moverse de allí; en cuanto trataba de ganar las habitaciones para traer un arma, era asediado por los asesinos que rodeaban su cabeza con el círculo de sus sables.

Vivo y rápido el paisano, logró evitar los más recios golpes que le dirijieron y caer como un rayo sobre el que tenia más cerca.

El asesino rodó por el suelo, lanzando un rugido de desesperacion y espanto.

Aquella puñalada del paisano le fué fatal, porque en ese mismo momento otro de los asesinos le tiró un hachazo que vino á hacerle una herida profunda en el hombro derecho.

El combate tomó entónces un aspecto imponente.

Convencido Nóbrega que no le seria posible proporcionarse un arma, recojió del suelo una rama tan gruesa como un garrote y se metió en la pelea.

Los asesinos emplearon entónces una táctica que debia darles por resultado el logro de su objeto.

Sacar á Nóbrega á la calle y apuñalearlo allí.

Así empezaron á perder y a retroceder hácia el porton de entrada.

Engañado Nóbrega por aquella retirada que no habia entrado en sus cálculos, comenzó á avanzar esgrimiendo el garrote y creyendo que pronto se veria libre de aquella canalla.

El paisano lo siguió puñal en mano, aunque debilitado por la pérdida de sangre.

Los asesinos retrocedieron hasta la calle, siempre agredidos por las dos víctimas.

Pero una vez en la calle, la escena cambió por completo.

Todos á una cargaron, y el triste desenlace no tardó en producirse.

El primero que cayó postrado fué el noble paisano.

Habia resistido sin quejarse siquiera once heridas de sable á cual más dolorosa.

Sobre él se lanzaron dos, ultimándolo á puñaladas.

Nóbrega, herido tambien de gravedad, se defendia como un leon.

Pero ¿qué iba á hacer con su frágil garrote contra cinco sables?

Pronto cayó tambien herido de muerte.

Los asesinos cayeron sobre él y le cortaron la cabeza antes que espirara, como si le hubieran reservado aquel doloroso final en castigo de haber defendido su vida.

Sin duda todo lo llevaban preparado, pues apenas concluyeron de degollarlos se acercó una carretilla donde arrojaron los cadáveres.

Y ellos y el carretillero se fueron á la próxima esquina, á festejar el acontecimiento feliz.

Lo que es del compañero muerto ni siquiera se ocuparon de echarlo á la carretilla para darle sepultura en la ciudad.

Allí lo abandonaron para que corriese la suerte que le reparara el destino.

Al dia siguiente entraba á la ciudad por la calle de Artes, una carretilla conduciendo dos cadáveres, que no eran otros que los de Nóbrega y su capataz.

En la plaza Nueva, hoy Mercado del Plata, los descargaron, y los dejáron á la espectacion pública.

Y allí estuvieron hasta que, corrompidos, la Policia los hizo recojer en sus carritos, para hacerlos echar á la zanja donde iban á descansar el sueño eterno, los salvajes unitarios.

En los Juzgados de campaña se cometian iniquidades de todo género.

Un Juez de Paz era un poder inquisitorial contra el que no habia defensa posible.

Bastaba que fuera un buen federal reconocido, para que tuviera en su partido tanto poder como el mismo Antonino Reyes en Santos Lugares ó Cuitiño en su cuartel.

Contra sus atentados no habia reclamo posible porque sus víctimas eran remitidas al Cuartel General, con la clasificacion de salvajes unitarios y ya sabemos cómo se les hacia desaparecer de allí despues de someterlos á los tormentos mas brutales.

En el año 42, la remision de salvajes unitarios de la campaña llegó á tal cifra, que no habia para efectuarla grillos suficientes.

Entonces una barra se hacia servir para dos víctimas, acollarándolos [illegible] los tobillos como animales feroces.

De esta manera fueron remitidos los hermanos Eladio y José Quintana, cuyos bienes habian despertado la codicia del famoso don Prudencio Rosas, especie de Gobernado Rural en quien el tirano habia depositado su confianza.

Así, cuando de la campaña desaparecia un individuo sin saberse cuál habia sido su suerte, sus parientes y amigos oraban por él, en la seguridad que habia sido conducido á Santos Lugares y fusilado allí.

Esta seguridad era plena, pues pocos dias despues de desaparecido el vecino, invocando ese mismo pretesto, veian á la autoridad apoderarse de todos sus bienes, que negociaban con todo descaro.

Las haciendas ds los Salvajes Unitarios estaban destinadas para recompensar el celo y constancia de los buenos federales.

Rosas mandaba entregar «de las haciendas embargadas á los salvajes Unitarios» tantas vacas al alcalde tal y tantos novillos al sargento cual, como premio á sus buenos servicios.

Pero como cuando estas órdenes llegaban se habian concluido siempre aquellas haciendas, era necesario hacer nuevos despojos y producir para ello nuevos Salvajes Unitarios, que aunque no lo fueran iban á pasar al gran matadero de Santos Lugares.

Porque don Prudencio no solo vendia, sino que cuereaba miles de novillos, porque sabia que lo que él dejara lo habia de robar otro.

Los Jefes por un lado y los Jueces de Paz per otro, eran rateros, cuya sed de hacienda nunca se calmaba. El poseer muchas vacas era entónces un peligro tan sério como ponerse á gritar: muera Rosas! en una boca-calle.

Este fué el crímen de Lúcas Gonzales, de Machado y de tanta otra víctima de aquella tirania ignominosa.

Rosas comprendia aquel saqueo, conocia que la mayor parte de las acusaciones obedecian al robo de haciendas, pero lo permitia y lo toleraba, porque queria tener contentos á sus bandidos rurales y queria concluir de una vez con todo lo que pudiera oler á Salvaje Unitario.

Sus mismos jefes de reparticion que levantaban á su vista fortunas fabulosas, eran tolerados por él aunque conocia en sus menores detalles, sus malos manejos y explotaciones.

Muchas veces se desquitaba con soltarles alguna pulla grosera, que aquellos tenian bien cuidado de acoger con una sonrisa de la mayor satisfaccion.

El intermediario de estas groserias era el mulato don Eusebio á quien enviaba con recados como éste:

—Vaya y dígale á don Pedro Jimeno, que le enseñe la manera de hacer plata, con eso sale de pobre.

El es baqueano y sabe cómo se hacen estas cosas.

Su maldad le llevaba así hasta mortificar de la manera más dura á las personas que lo servian.

De estas mortificaciones no se escapaban ni el Jefe de Policia, ni el Capitan del Puerto, ni el mismo don Felipe Arana, ni su propia hija Manuela, á la que martirizaba de la manora más soéz y grosera.

Cuando no se le ocurria otra cosa para distraer su perversidad, le hacia decir amores con el reverendo padre Viguá, ó el mulato don Eusebio.

Y si Terrero estaba cerca, hacia que estas groserias fuesen lo mas indecentes posibles.

Y como todos que lo rodeaban estaban á su lado para robar y

esplotar, el único amigo, la única persona leal y abnegada que aquel bandido tenia á su lado, era su hija Manuela, sér delicado y de una bondad tan intima, como intima era la crueldad del padre.

Ella era su secretario de toda confianza, el único que tuvo siempre y la depositaria de sus más terribles infamias.

Es que Rosas, rodeado de tanta canalla esplotadora á la que despreciaba profundamente, desconfiaba de todo y de todos.

Cobarde hasta el último estremo, no soñaba sinó c n traiciones y asesinatos y era entónces el espíritu sereno de su hija el refugio de su alma timida y atribulada.

Es que Rosas todo lo habia degradado y humillado.

Queria que todos fuesen á él inferiores y no podia ni oir hablar de un hombre honrado ó recto.

Eran estas condiciones que le daban náuseas.

Miéntras más degradada era la persona con quien estaba en contacto, más cerca de sí la atraia.

Sentia un placer profundo en conversar con Cuitiño, y el padre Gaete era el model de la virtud cristiana.

Y Manuela estaba obligada á soportar las doctrinas de aquel galeote de sotana que queria á Rosas antes que á Dios y que pedia á gritos el esterminio de los salvajes unitarios y sus inmundas crias.

Palermo era el hacinamiento de la crápula más infame de que se componia la federacion.

Allí concurrian los bandidos de toda especie y las cortesanas de todo pelaje.

El asesino de puñal como el delator cobarde y miserable, alternaban con los opulentos magnates de la federacíon, que por no disgustar al amo comun, los trataban con la mayor intimidad y los colmaban de consideraciones.

Allí concurrian tambien los que se valían de la aduloneriá más desmedida, como recurso para no ser perseguidos ó tenidos por enemigos de la situacion.

Y unos haciendo versos descomunales á Manuelita, y otros arrastrandose á los piés del tirano, rodaban y se revolcaban en aquella vorágine de sangre y corrupcion.

Para intimidar á estos cobardes y mostrarles tal vez el peligro á que se hallaban espuestos, no era cosa estraña ver sobre el piano ó sobre algun otro mueble un plato con orejas humanas.

Eran orejas de tales ó cuales salvajes unitarios que le habian remitido el benemérito Oribe, su hermano Prudencio ó algunos de aquellos Jueces de Paz de quienes se habia apoderado el vértigo de la sangre.

Otras veces el espectáculo se hacia más terrible, pues en vez de orejas era la cabeza de tal ó cual salvaje unitario que adornada de cintas celestes, colgaba de los arcos del edificio, para que recreara la vista de los que fueran llegando.

La primera vez que esto sucedió Manuela pidió á su padre hiciera descolgar aquellas cabezas que le inspiraban un terror invencible, pero tal fué la respuesta del tirano que no se atrevió á reiterar el pedido.

Y esto era estraño, pues apesar de lo duro que era con ella y lo que la mortificaba, Manuela tenia el talento de hacerse conceder cuanto pedia.

Rosas no queria que Manuela se casara, no por que sus ideas fueran

contrarias al matrimonio de su hija, ni porque quisiera para ella un marido de condiciones especiales, pues para aquel acto hubiera aceptado hasta el mismo Cuitiño—poco le suponia.

Es que Rosas tenia un miedo terrible á la propalacion de ciertos secretos.

Una mujer no los tiene para el marido.

No hay cosa que pase ó haya pasado por su espíritu, que una mujer no lo cuente á su esposo, en la intimidad del cariño, con más razon, miéntras más grave es la cosa.

Parece que en ello hallase un consuelo y un placer.

Y Manuela poseia todos los secretos, los mas terribles secretos de aquel mónstruo que habia dedicado su vida al mal.

Casándose Manuela, su marido sabria tambien aquellos secretos que, si su hija no los divulgaria por nada de este mundo, no sucederia lo mismo con él.

Ademas Manuela era una especie de centro donde giraba un tortellino de adoradores cuya adoracion la hacia esplotar por medio de su hija misma, ya haciendo de ellos otros tantos federales, ya haciéndolos contar cualquier cosa que contra la federacion supiera.

Casada Manuela se rompia este encanto y se alejaban tal vez muchos hombres que él queria tener aprisionados de aquella manera.

No sabemos por arte de qué encantamiento lograria don Máximo Terrero casarse con Manuela Rosas.

Son cosas de la vida privada en que no queremos entrar.

Este casamiento permaneció oculto durante mucho tiempo, y tan oculto, que lo ignoraron las personas más allegadas á la familia.

Y cerremos este capítulo de iniquidades, que, hemos prolongado ya mucho.

LA HORMA DEL ZAPATO

Rosas, como todo tirano habituado á despreciarlo todo y burlarse de las cosas más sagradas sin que jámás una palabra severa se las hubiera reprobado, al mismo tiempo que degradaba con sus tratos gauchescos á todos los que lo rodeaban, habia pretendido más de una vez humillar el orgullo de los diplomáticos estrangeros.

Y á fé que lo habia logrado ámpliamente, valiéndose de la sagacidad de indio pampa.

La dignidad seca y grave del Ministro inglés le habia fastidiado siempre.

Aquella palabra séria y lacónica, aquella etiqueta tan rigurosamente observada, estaba en pugna con su modo de ser paisano y con el hábito contraido intencionalmente de tratar las más altas cuestiones como en una reunion de peones en cocina de estancia.

Así recibia á los Ministros estrangeros como si estuviera en el fogon, les hacia dar mate y charlaba con ellos del asunto que á Palermo los habia llevado.

Lo que es á sus empleados de mayor categoria, Capitan de Puertos, Coroneles y Secretarios de Estado, los manejaba á sencilla raspa, ó á gorrazos, segun estaba de humor.

Solo el Ministro Inglés, en su mutismo británico y elocuente, habia protestado de aquellas groserias y confianzas.

Cuando habia ido á Palermo por asuntos oficiales, habia rechazado el mate y con actitud severa habia impuesto á Rosas la circunspeccion que éste no queria tener.

Incomodado con esto su orgullo estúpido y mal entendido, decidió jugar una mala pasada al Ministro Inglés, mala pasada que lo hiciera descender de su gravedad y de su elevado puesto.

Sabia que esto no lo conseguiria sinó por medio de la astucia, sorprendiendo la caballerosidad del Ministro, y fué de la astucia que se valió para lograr su objeto.

—A este bisté, habia dicho, tengo yo que embromarlo.

Soy capaz de hacerle barrer la sala ó que me pise el mais para hacer mazamorra.

Los adulones rieron mucho, aplaudiendo aquella ocurrencia de su Restaurador, y se prepararon á hacer público, cuando ella se realizara.

Desde aquella misma tarde el tirano hizo sus preparativos para que el bisté no escapara la primer vez que fuera á Palermo, y colocó un centinela en el camino, para que avisara su llegada con diez minutos de anticipacion, por lo menos.

Todas las tardes y en calidad de paseo, iba á Palermo á visitar al tirano, toda la corte de adulones finjidos y verdaderos.

Allí se armaban entónces alegres reuniones, donde tres ó cuatro eran las víctimas de las groserias ó maldades de Rosas.

Las damas federales eran infaltables á aquellos paseos, donde se divertian enormemente, segun ellas.

De estas reuniones solia formar parte el Ministro Inglés, pues siendo la hora más cómoda y desahogada para ir á Palermo, era tambien la única en que el tirano recibia.

Rosas colocó en el gran corredor frente á la puerta de la sala, un enorme mortero, con todo lo necesario para pisar maiz.

A la caida de la tarde, se sentaba frente al mortero, acompañado de su hija que debia ser la ejecutora de su astuto plan.

En las dos primeras tardes el Ministro Inglés no vino, burlando los preparativos que se habian hecho.

Pero el tercer dia, cuando Rosas hacia arreglar el mortero, vino el centinela anunciando la llegada del esperado Ministro.

Rosas mismo cargó de maiz el mortero, y pasando la mano á Manuelita, le mandó que pisára maiz.

Ella que conocia á su padre al estremo de adivinarle sus más recónditos pensamientos suponia lo que éste tramaba contra el Ministro y sonreia tracisamente ante la figura que haria el flemático inglés pisando maiz.

Cuando este llegó, estaba en el mejor de la faena.

No viniendo por cosas oficiales sinó á intervenir con sus buenos oficios para que se diera libertad á un preso, el mister estaba sonriente y más comunicativo que de habitud.

—Caramba, ¿qué hace? preguntó despues de saludar y tomando el asiento que Rosas le brindaba.

—Pisa maiz para hacer mazamorra, le dijo Rosas.

Lo invito á comerla desde ya.

—Oh! yo nunca he comido, pero probaré.

—Es muy rica, se lo aseguro, para mí es el mejor de todos los manjares.

A todo esto Manuela seguia pisando el maiz y sudaba la gota gorda, pues no estaba acostumbrada á semejantes trabajos.

—Caramba, hija mia, estás muy cansada, y lo peor es que yo no puedo ayudarte.

Y mostró una mano envuelta en un pañuelo de seda.

—Esta mañana me corté podando un árbol.

Pero no te ha de faltar ayuda, agregó.

Los ingleses son hombres muy finos y educados y nuestro amigo te echará una manita cuando no puedas más.

—Oh! con mucho gusto, dijo Mandeville, sin caer en toda la trampa que aquella proposicion envolvia.

Si usted me permite, Manuelita, yo le ayudaré.

Y, sonriendo jovialmente, contra su costumbre, se acercó al mortero.

—No señor, no se incomode, repuso ella, es muy trabajoso esto y se vá á cansar muy pronto.

—Oh! que ocurrencia! présteme no mas.

Y tomando de las de Manuela la mano del mortero, empezó á pisar maiz de la manera que se lo habia visto hacer á ella.

Sin darse cuenta de la situacion, y con la mayor naturalidad de éste mundo, mientras pisaba el maiz, conversaba con Rosas del asunto que allí lo habia llevado.

Pronto empezó á sudar como Manuela, pero ¿cómo confesar que estaba cansado?

Un inglés no se dá por vencido aunque se le caiga el techo encima.

Rosas sonreia de una manera diabólica, y cuando lo creyó oportuno, hizo una seña imperceptible para el inglés.

Pocos momentos despues empezaron á llegar por allí una infinidad de las parejas que paseaban la quinta, saludándolas con marcadísima espresion de burla.

Y Rosas, como si contestara á alguna pregunta que le dirijieran, decia:

—Como los ingleses son tan galantes, Mandeville está pisando maiz para la mazamorra, por ahorrarle trabajo á Manuela.

Ante aquella invasion inesperada de jóvenes y damas que sonreian de aquella manera burlona, se quedó cortado, con la enorme mano en el aire y mirando atónito á todas partes.

Era una página ridícula y graciosa, verlo con su traje flamante y correcto delante del mortero, con la mano en el aire y en actitud de haber sido sorprendido en pecado mortal.

Las mujeres llevaban su pañuelo á la boca, miéntras los hombres reian francamente.

El Ministro comprendió ó no comprendió que habia sido victima de la astucia de Rosas, pero el hecho es que se puso colorado hasta las orejas, miró á todas partes con ademán severo, y soltando al suelo la mano del mortero, fué á sentarse en el sitio que ocupara antes.

Las bromas picantes empezaron más á pasar de boca en boca, mientras Manuela, con su buena amabilidad, trataba de endulzar al inglés el mal trago.

—Una mazamorra pisada por todo un Ministro de la Gran Bretaña, esclamó de pronto Rosas, finjiendo una seriedad que hacia más cómico el suceso, no es cosa que se come todos los siglos.

Estoy seguro que és la primera vez que tal acontecimiento vá á celebrarse.

Entónces y como una concesion especialísima, los invito á ustedes á comer lo que ha pisado Mister, con más motivo, desde que él come tambien con nosotros.

Un relámpago brilló en los ojos del Inglés, pero siguió conversando con Manuela como si aquello fuera indiferente para él.

Por lo menos queria ocultar que conocia la farsa humillante de que habia sido objeto.

Toda la tarde se pasó en alegres conversaciones, hasta que se llamó á comer.

Cada cual tomó su asiento en la mesa y la conversacion siguió alegre y bulliciosa, como si se hubiera olvidado la escena del mortero.

Solo el inglés permanecia sombrio y sério.

No hablaba sinó con Manuela, y respondia por monosilabos á cualquier pregunta que se le dirijiera.

Por fin vino á la mesa la enorme fuente de mazamorra, que el mismo Rosas se encargó de repartir.

Todos la comieron en el mayor silencio.

Aunque la risa jugueteaba en todos los lábios, ninguno se atrevia á decir la menor palabra.

El semblante del Ministro les imponia respeto.

Pero Rosas; que queria mortificar su orgullo de todas maneras, se sirvió un nuevo y enorme plato, esclamando:

—Esquisita, caramba, esquisita!

Veo que todos se la han tragado sin decir una palabra.

Menos egoista que ustedes, yo declaro que no hay nadie en el mundo que pise maiz como un Ministro Inglés.

Todos empezaron entónces á hacer sus cumplimientos mas ó menos burlones, que el Ministro acogió sériamente, como la cosa más natural.

Rosas, que hubiera deseado verlo rabiar y quejarse de aquella amarga farsa, tuvo que contentarse con la actitud digna y reposada de aquel hombre, que parecia decirle: esa guarangada no puede llegar á ofenderme.

A las 12 de la noche se levantaron los invitados y cada cual buscó su caballo ó su carruage para volver á la ciudad.

Aquella aventura fué el tema de la risa y de la broma general durante mucho tiempo, no solo en Palermo, sinó en la ciudad, donde se desparramó en el acto.

Pero el Ministro Inglés no volvió jamás á Palermo.

En los asuntos oficiales se manejó por medio de notas y cuando Rosas lo hizo llamar á su residencia de Palermo, respondió sencillamente que estaba indispuesto, aunque en seguida salia á pasear por toda la ciudad en su carruaje.

Rosas tenia un odio especial por los españoles, por el hecho de que aquel gobierno no habia reconocido la Independencia Americana.

Hubiera deseado demostrar su odio por los gallegos, como llamaba él á todos los españoles, pero no habiendo Ministro residente, ni Cónsul siquiera, no habia podido satisfacer aquel deseo.

—Estos gallegos, decia, el dia que me lleguen á mandar un Ministro, van á saber recien lo que es bueno!

Lo he de hacer recibir en la cocina por el Mariscal don Eusebio.

Yo les he de dar soberbia y no reconocer la Independencia Americana.

Pero tenía que conformarse con la amenaza, pues ni se reconocia la Independencia, ni se enviaba Ministro por consiguiente.

Entónces toda su saña y odio se descargaba contra los pobres gallegos que tenia de peones en Palermo, mientras en la ciudad eran festejados los españoles como Saráchaga, Mones Ruiz, Martinez Eguilaz y tantos otros de que ya hemos dado cuenta.

Los cuerpos del ejército estaban llenos de españoles forzados al servicio, porque los Gallegos estaban fuera de la ley, y para ellos no debia haber nada bueno.

En el ejército se les trataba á palos, se les alimentaba mal, no se les pagaba, y se les vestia con los desperdicios de la tropa.

Porque à mas de ser indefinidamente condenados al servicio de las armas, llevaban sobre sí el enorme delito de ser Gallegos.

A los peones de Palermo [illegible] se les castigaba en su menor falta, condenándolos á un año de servicio en el ejército.

Y este año no concluia nunca, porque un gallego no debia tener la menor concesion.

—Dejélos que sirvan de algo, decian, y si se quejan, sacúdanles garrote limpio no mas, que los gallegos tienen lomos de burro y todo lo deben aguantar.

Asi los pobres españoles venian á ser perseguidos de todos modos.

Si eran infelices que no tenian mas oficio qne el trabajo diario, se les destinaba al servicio de las armas.

Y si comerciantes ricos ó acomodados, se les entregaba al puñal de la mazorca.

De esta manera reunia el doble objeto de castigar en un hombre el delito de ser español y el de apoderarse de sus bienes, que quedaban embargados y distribuidos entre los Cuitiño y los Parra, los Mariño y los Salomon.

Muchos, en vista de esta persecucion à muerte y sin cuartel, pretendieron salir del pais, ya regresando à su pátria, ya pasando á residir en Montevideo ó el Brasil.

Pero la policia les negaba el pasaporte por órden de Rosas y el que huia era tratado como salvaje unitario.

Los degollaban en el punto donde eran tomados y les embargaban todos sus bienes.

El comercio español era numeroso, pero se les privaba hasta el derecho de reunion.

En fin, para Rosas, gallego y pária eran sinónimos.

Ocultamente y como podian, los españoles empezaron á escribir á su pátria, dando cuenta de lo que les sucedia aquí, pidiendo á su gobierno adoptara algunas medidas tendentes á garantirles la vida y la fortuna.

El remedio era muy sencillo: emigrar.

Pero ya hemos dicho porque no podian hacerlo.

El Gabinete Español tomaria en consideracion las reiteradas quejas, pues no tardó en venir un reclamo.

Pero Rosas lo hizo pedazos porque era aquello lo menos que podia hacerse, dijo, con una nota del gabinete gallego.

Un buen dia y sin que el Capitan de Puerto se apercibiera, fondearon dos buques de la Marina Española.

Eran dos preciosas naves de guerra cuyas magníficas piezas brillaban como oro.

Rosas, que sabia en el acto cuanto pasaba en la ciudad, tuvo conocimiento de la llegada de aquellos dos buques, y envió á buscar al Capitan del Puerto, que segun se decia estaba echando la más plácida siesta en este mundo.

Don Pedro Gimenez no tardó en llegar á Palermo completamente ageno à la peluca que lo esperaba.

—Buen dia, don Pedro, dijo Rosas con acento iracundo: ¿qué me dice de nuevo?

—Nada, Exmo. señor, contestó Jimeno apichonado, pues veia que el patron estaba con todos los patos en la cabeza.

—¿Cómo nada? alguna novedad ha de haber en el puerto.

Nada, Exmo. señor, no sucede nada, el último parte pasado por los guardas es sin novedad.

—Pues los guardas son unos pillos, señor don Pedro, ó don Perico, y usted es un animal.

Acaban de fondear en la rada dos buques de guerra gallegos y usted que es el Capitan del Puerto nada sabe.

Esta es la manera que tienen ustedes de cumplir sus deberes y velar por la seguridad de la patria!

Jimeno se echó á temblar, comprendiendo que algo malo iba á pasarle.

La falta era grave y el tono con que Rosas lo reprendia no le auguraba sinó una desgracia.

—Exmo, señor, balbuceó temblando, el ayudante de la visita nada me ha dicho todavia, por eso es que lo ignoro, pero ya debe estar el parte en mi despacho.

Si V. E. me lo permite, iré á traerlo inmediatamente.

—Es ya inútil, puesto que yo sé lo que sucede, pero vaya usted para que me informe detalladamente qué buques son esos, quién los manda y á qué diablos vienen.

Jimeno se aprovechó de aquella órden para hacerse humo, y enfilò la puerta despues de murmurar un: con el permiso de V. E.

Pero S. E lo casó de una manga de la chaqueta y le dijo:

—Y que sea la última vez, señor don Pedro, que esto sucede, porque puede pesarle á usted muchísimo.

Enseñe á sus guardas á cumplir mejor y usted atienda más á sus deberes.

Y segun costumbre le sacudió un gorrazo.

Jimeno se dió por muy feliz con que la cosa no hubiera pasado de ahí, y se lanzó á la Capitania á hacer la averiguacion debida.

Los dos buques habian echado el ancla despues de saludar el Puerto, y del costado de uno de ellos se desprendia un bote con el pabellon de guerra español á popa:

El oficial que con cuatro marineros lo tripulaba, se encontró en el camino con otro de la Capitanía que, llevando á bordo al Guarda encargado de la visita, se dirigia á las dos fragatas.

Ambos botes se detuvieron, y el Guarda preguntó:

—¿A dónde va usted, señor oficial, ántes que se pase la visita?

—A hablar con el señor Capitan del Puerto, replicó aquel cortesmente, para trasmitirle un mensaje de mi Jefe.

El pobre Guarda que no sabia lo que debia hacer, se resolvió por fin á regresar a tierra, acompañando el bote español.

Sabedor Jimeno de lo que pasaba, mandó entrar á su despacho al oficial, ávido de poder comunicar á Rosas algo importante que le hiciera olvidar su falta.

—El Jefe de los dos buques españoles que acaban de fondear, dijo el jóven, manda saludar al señor Capitan del Puerto, pidiendo permiso para bajar á tierra pues trae una mision para este Gobierno.

—¿Quien es el Jefe de esos buques? preguntó Jimeno.

—El Comandante Topete, respondió el jóven, á quien acompaña el Capitan Zambrano.

Efectivamente, quien de aquella manera cortés y comedida llegaba

á Buenos Aires, era Topete, el célebre Topete, acompañado de Zambrano que, aunque ménos notable y sin la importancia del primero, era un oficial distinguidísimo y bravo.

—Usted ignora, por supuesto, la mision que traen esos jefes?

—Completamente señor, y aunque la conociera seria lo mismo, pues he dicho ya cuanto se me ha mandado.

Habituado primero al hombre de nuestra escuadrilla y á la nulidad de sus oficiales, quedó asombrado del aspecto y discrecion del jóven, que apenas acusaba unos diez y ocho años.

No atreviéndose á dar por sí una respuesta, le hizo sentar y despues de decir le esperara un momento, montó á caballo y se fué á Palermo á toda carrera, donde impuso á Rosas de lo que sucedia.

—Conteste á esos gallegos, dijo Rosas, que pueden bajar á tierra cuando más rabia les dé, pero que yo no puedo recibirlos hasta mañana á la tarde, y eso como un favor, porque estoy muy ocupado. Mañana á la tarde cuando se presenten allí, usted los conduce aquí en cualquier coche, los dirije á mi despacho sin que me sean anunciados.

Rosas tenia en esto su pérfido objeto.

Se le presentaba la ocasion tan deseada de mortificar el amor propio de un enviado español y no la dejaba escapar.

Pero queria hacerlo con toda astucia, como la pisada de maiz del Ministro Inglés.

Todo aquel dia y aquella noche, lo pasó Rosas aguzando su ingenio gauchesco para hacer un desaire que pasara por involuntario á los recien llegados, hasta que se decidió por el más guarango.

Recibirlos y conferenciar con ellos en mangas de camisa.

—Estos gallegos son muy orgullosos y llenos de humos de nobleza, decia, pues cada uno de ellos se crée un monarca.

Así es que esto ha de mortificarlos más que una cachetada, pues ya comprenderán que los miro como un pucho viejo.

Hacia un calor sofocante, pues era nada ménos que el mes de Enero, ellos no conocian las costumbres del pais y pensaba humillarlos impunemente, preparándose de antemano una disculpa para el caso que ellos reclamaran.

Decidido por esta guarangada, llamó á su Edecan de servicio, el Coronel Corvalan, á quien dió esta órden seca:

—Mañana han de venir á verme los marinos gallegos, á quienes acompaña Jimeno.

Aunque se lo pidan no los anuncie—dígales no más que pueden entrar.

Entre tanto don Pedro Jimeno habia regresado á la Capitania, á despachar al jóven oficial.

—Puede decir á su jefe que bajen á tierra cuantas veces quieran, pues ellos son los bien venidos.

Pero que en cuanto á ver al Exmo. señor Gobernador no es posible hasta mañana á la tarde, en que yo mismo los acompañaré hasta Palermo.

El jóven saludó de una manera séria y desenvuelta y salió del despacho sin haber dicho una palabra.

No tenia nada que hacer ya allí, y su jefe estaría esperando la respuesta, estrañando de que tardára tanto.

Dió la respuesta del Capitan del Puerto, observando, que debia haber sido consultada al Gobierno, por lo que el referido Capitan habia tardado en regresar.

Topete no estrañó esto.

Él, por sus compatriotas asilados en Rio Janeiro y Montevideo, venia conociendo perfectamente bien á Rosas y sus manías.

Sabia el ódio estúpido que profesaba á todo lo que era español, la mania de humillar á cuanta persona de importancia se le acercaba, y lo que habia hecho ya con el Ministro Inglés.

Así es que se habia preparado á todo, ménos á ser la víctima de las groserias y farsas del tirano.

Era entónces Topete un hombre jóven y bello, de una fisonomia franca y alegre donde estaba estereotipada toda la pureza de su raza.

Educado en la marina española, donde tanto brilló más tarde, era un oficial distinguidísimo por sus conocimientos en el arma á que se habia dedicado, como por su esmerada y general educacion.

Topete poseia el tino de la gracia, de esa gracia natural que se comunica y ante la cual el más sério no puede contener la risa.

Y esta era tanto más estimable cuanto que la usaba con una moderacion esquisita.

Conociendo el modo de ser del tirano, Topete le llevaba esta enorme ventaja, puesto que Rosas no conocia ni siquiera su nombre.

El gaucho grosero y guarango, se iba á estrellar contra la cultura y la delicadeza más refinada.

—Es inútil bajar á tierra hasta no haberlo hecho oficialmente, dijo despues de recibir la respuesta que le daba su jóven oficial.

Mañana lo haremos así, y pasado tendremos tiempo de pasear la ciudad, si es que no nos dan una mazorcada.

Veremos si es tan fiero el leon como lo pintan, es decir, si este hombre es tan bárbaro y brutal como nos han contado.

Al otro dia el caer de la tarde, llegaba al desembarcadero el bote español á cuyo bordo venian Topete y Zambrano.

El calor era sofocante: sin embargo ambos venian de riguroso uniforme de parada, prendido hasta el cuello, y brillante por los galones y dos condecoraciones que cada uno ostentaba sobre el pecho varonil.

Don Pedro Jimeno que los esperaba para hacerles los honores de recepcion y acompañarlos á Palermo, quedó confundido ante aquellas dos figuras gallardas.

No habia visto nunca tanta dignidad y tanta nobleza bajo un severo uniforme militar.

Despues de muchas cortesias y cumplimientos primero, les indicó que tenia listo ya el coche para conducirlos á la residencia del Gobernador.

Los dos marinos se habian convenido en lo siguiente:

Como Topete era el encargado de la mision, él llevaria la palabra.

En caso que fuera necesario repeler alguna guarangada ó groseria de Rosas, Zambrano imitaria lo que Topete hiciera, ó secundaria su accion.

Pues segun los informes que tenian, Rosas haria lo posible por humillarlos.

Durante el camino mantuvieron con Jimeno una conversacion agradable sobre el camino que recorrian y sobre las costumbres de este país, nuevo para ellos, pero en el que encontraban mucho de español.

Así llegaron á Palermo, donde bajaron, sin que ninguna presencia de tropas y guardias les indicara la proximidad de Rosas.

Es que aquel las habia hecho retirar intencionalmente, para hacerse mejor el sorprendido.

Así llegaron hasta la pieza de Corvalan. al lado del despacho de Rosas.

—Anuncie al Exmo. Gobierno la llegada de estos señores, le dijo Jimeno.

—Ayer me dijo el señor Gobernador que no los demorara, dijo Corvalan—pueden pasar—y les indicó la entrada.

—Pues con el permiso, dijo Topete, y seguido de su compañero entraron al despacho.

Rosas se hallaba tendido sobre un gran sofá de crin en mangas de camisa, y chinelas como si estuviera dormitando.

Al ver entrar á los dos marinos, se puso de pié rápidamente, y tendiéndoles la mano dijo:

—Caramba! confieso que los habia olvidado y no los esperaba, por eso me sorprenden ustedes en este traje criollo que nos obliga á vestir el calor.

Por preparado que fuera Topete á una grosería y burla, no pudo menos que quedar sorprendido y burlado.

Comprendia que aquello era intencional, que se les recibia como á unos sirvientes y se puso rojo de vergüenza ante la ofensa.

Pero bien pronto se dominó completamente y respondió al saludo con su ademan más amable y palabra más comedida.

—Ustedes me permitirán, dijo Rosas que se gozaba en la humillacion del marino, ustedes me permitirán que los deje un momento, miéntras voy á ponerme un traje conveniente para recibirlos.

—De ninguna manera, respondió Topete jovialmente, no permitimos que usted se moleste y deje de estar á su entera comodidad, palabras que repitió Zambrano.

—No señores, continuó Rosas sonriendo con todo su perverso sarcasmo:

Este traje es una burla, un insulto, para recibir á tan ilustres visitas y . . . .

—No señor, de ninguna manera.

—Es que esto es impropio y pueden criticarlo.

—Es que nosotros no queremos que usted se incomode en manera alguna, y para que no insista más, ni tenga pretesto, nos pondremos en iguales condiciones.

Y con una naturalidad magnífica por su soberbia, se desprendió la espada, desabrochó su levita y su chaleco y poniendo todo sobre una silla, quedó tambien en mangas de camisa.

Zambrano habia hecho idéntica cosa, tocando ahora á Rosas el turno de asombrarse.

—Así, dijo Topete, no tiene usted pretesto para incomodarse puesto que todos estamos iguales.

Rosas trató de disimular su sorpresa y el mal efecto que aquella fumada le habia hecho.

El marino le contemplaba con su sonrisa más burlona como si le preguntase qué tal estaba aquella devolucion de pelota.

—Bueno, dijo el tirano, finjiendo una alegria que estaba lejos de sentir:

Ahora que todos estamos cómodos y el calor no puede mortificarnos, pueden decirme ustedes el objeto de su mision.

Los marinos presentaron sus pliegos, y aquella original conferencia duró más de una hora.

Terminada, Rosas invitó á los jóvenes á pasear por Palermo, y

mandó llamar á Manuela para que les hiciera los honores, la que apareció poco despues en el salon de despacho.

Topete y Zambrano se echaron sobre sus ropas y en un minuto quedaron correctamente vestidos.

—Pedimos á usted perdon por encontrarnos á medio vestir dijo el primero, pero hemos tenido que quedar en mangas de camisa para obligar al señor Gobernador á no incomodarse y conservar el traje que tenia á nuestra llegada.

No nos gusta servir de estorbo nunca, y además los españoles observamos el sábio refrán que dice: «donde quiera que fueres haz lo que viéres.»

Rosas se mostró muy contento durante aquella tarde, obsequió á los marinos y aseguró que era la mejor gente que habia tratado en su vida.

—Es lástima que sean gallegos, decia, pero de todos modos me gustan y me gustan mucho, qué diablos!

Topete y Zambrano se retiraron muy complacidos, despues de entrada la noche, habiendo arreglado satisfactoriamente la mision que los habia traido á América.

—Esto es particularmente á ustedes, les habia dicho Rosas, pues yo nada tengo que conceder á un pais que se ha empacado en no reconocer la independencia del mio, y mientras esto no suceda nada bueno tienen que esperar de mí.

Díganlo así á su reina.

FLORENCIO VARELA

Hé aquí la más ilustre de las victimas de la tirania de Rosas!

Alma grande y templada al calor de todas las pasiones nobles, puso al servicio de la libertad el contingente de su poderosa inteligencia, y la tirania hizo rastrear su espalda por el puñal del asesino para librarse del escritor brillante y esforzado.

Despues de las terribles matanzas que hemos consignado y del decreto que las hizo cesar, la mazorca habia entrado á una época más tranquila.

El partido unitario estaba vencido, nadie se atrevia en Buenos Aires á respirar contra la federacion, y no habia ya, por otra parte á quien perseguir, porque el que no fué muerto habia emigrado.

Quedaban los unitarios de Montevideo y entre ellos Florencio Varela que era quien más fustigaba á la tirania.

Florencio Varela empezó á desplegar las bellas dotes de su alma, al lado del lecho de muerte de su padre.

Su familia estaba en pobreza desde que toda su fortuna consistía en la fragata «Minerva» cargada y pronta para dar la vela, fué confiscada por la escuadra inglesa cuando se apoderó de Montevideo en 1807. Florencio de edad de 10 á 11 años reemplazaba al lado de su padre los servicios que no era posible proporcionarse de otro modo.

Desde entónces tambien, empezó á distinguirse en la familia por el [illegible] entrañable que profesaba á su [illegible] y á sus hermanas.

Practicó la Jurisprudencia al lado del doctor Gallardo; lo poco que allí ganaba lo empleaba casi todo en adquirir libros.

En el aniversario de la victoria de Ayacucho, se dió en Buenos [illegible]

Aires un banquete á que asistieron las principales notabilidades del país. Muchas personas se empeñaron en llevar a Florencio. Invitado á brindar, lo hizo en verso; y fué tal el aplauso que mereció, que don Manuel J. Garcia determinó darle un empleo en el ministerio de su cargo: y con ese objeto lo pidió á su madre, diciéndola que él queria encargarse del *Poetita*. Su propio mérito le puso en carrera de los empleos públicos.

Fué colaborador de su hermano don Juan Cruz en la redaccion del *Tiempo*, corriendo á su cargo, únicamente, la parte *Exterior*. Sin embargo en esa época empezó ya á escribir en varios diarios políticos.

En la revolucion del 1º de Diciembre tomó *la poca parte*, como él decia, que su edad le permitía. Sus enemigos le han acusado de haber influido en la muerte del Gobernador Dorrego. Esta es una calumnia y un absurdo.

Sus estudios sérios, sus vastas lecturas, tuvieron lugar en Montevideo.

En la Jurisprudencia, se dedicaba con preferencia al estudio del Derecho público y del Comercial. No amaba su profesion de abogado; y el año 40 estaba completamente disgustado de ella.

El estudio de su predileccion fué el de la historia de su país. Ocupó toda su vida en reunir materiales para escribirla, y tanto habia sido su labor y su perseverancia, que habia conseguido estar en posesion de cuanto le era necesario para ese fin.

En los últimos años de su vida casi nunca leía versos; y habia dejado de hacerlos desde el año 32.—Sus poesías descollaban por la correccion y el buen gusto; pero él no las estimaba y se arrepentia de haberlas dado á luz.

Los lectores del *Comercio del Plata* habrán observado su tendencia predilecta á acuparse de los adelantos de la industria y del comercio, y de los progresos de todos los pueblos, demostrados con datos estadísticos y con pruebas aritméticas.

Eso no obstante, Varela conservaba su gusto por las bellas letras, y nadie era más competente que él para emitir un juicio literario.

Tenia gran facilidad para hablar idiomas; además del francés y el italiano, que hablaba desde Buenos Aires, adquirió el inglés en Montevideo, ya hombre, y sin maestro; razon por la cual era la lengua que manéaba con menos perfeccion.

Dió á la prensa algunas de sus defensas en el foro, y publicó varios panfletos politicos y muchos artículos en los diarios de Montevideo. Todos estos trabajos merecieron siempre universal aceptacion. Muchos de ellos fueron traducidos á otros idiomas en esta capital y en Europa.

El *Comercio del Plata* es el trabajo más sério y concienzudo que nos queda del Dr. Varela. No solo ha realizado una completa reforma en el periodismo entre nosotros, por el tono de moderacion y las tendencias progresistas de este diario, sinó que ha dejado en él completamente ilustradas las cuestiones más importantes que han ocurrido en la presente crísis.

Los cuatro tomos que deja publicados de la *Biblioteca del Comercio del Plata*, forman una interesante coleccion de obras relativas á la historia y la geografia del Sud-América. Entre estas, figuran dos traducciones suyas; la una es la vida de Nuñez Balboa por Washington Yrving; la otra, el Ensayo de Rengger y Longchamp sobre el Paraguay. El tomo que encierra la coleccion de *Tratados y Constituciones Americanas*, es de la mayor importancia.

La rectitud y la bondad, formaban el fondo del carácter de Varela.

Tenia por su anciana madre una veneracion ejemplar. Cuando hablaba de ella delante de sus hijos, se advertia el empeño que ponia en hacer que estos participasen del respeto y del amor que él le profesaba.—Lo mismo era para con sus hermanos.—En su boca solamente habia elojios para los suyos.—De ese modo cimentaba la union estrecha y la moralidad intachable que siempre ha distinguido á su familia.

Amaba á sus amigos, como á sus hermanos, y sus amigos eran muchos. Los tiene donde quiera que ha estado en contacto con sus semejantes; tanto en su patria, como aquí; lo mismo én el Brasil, que en Inglaterra y en Francia. Era realmente imposible acercarse á este hombre, siempre afable, sin amarle.

Ameno en su trato, prudente en sus consejos, civil con todo el mundo, nadie se separó de su lado sin estimarle. Si su asesino hubiese hablado diez minutos con él; no habria tenido valor para herirle.—Si le hubiera tratado un dia, no habria podido ser su enemigo.

Poseia en alto grado el talento de la conversacion; y era preciso que su interlocutor le causára mucho tedio, para que el diálogo no se mantuviese animado y siempre sostenido por él.

Con nadie se esforzaba tanto en ser amable como con los extranjeros. Miraba como un deber atenderlos y servirlos, quizá por esa simpatia natural que se establece entre los que sufren una misma desgracia: la de vivir fuera de la patria.

Como un obsequio al extranjero, y como un medio de instruccion propia tambien, hablaba en sus respectivos idiomas á los Franceses, á los Ingleses, á los Portugueses y á los Italianos que frecuentaban su casa.

En esto, Varela sentia un placer especial que era muy fácil advertir en él cuando se reunian en su escritorio varias personas de distintas hablas.

Tan atento y tan afable era con sus hijos en su casa, como con los extraños en la calle.

Amaba como un padre á todos los que de él dependian, sobre todo á los empleados en su establecimiento de Imprenta, y el interés que tomaba en el porvenir de algunos jóvenes aprendices que en él se formaban.

La patria era el ídolo de su corazon; pensaba en ella todos los dias y en todas las horas. Toda su esperanza era volver á ella con sus hijos; todo su deseo servirla con sus talentos y sus luces.

Hojeando los apuntes de su viaje á Inglaterra, se encuentra á cada paso que si queria ver y aprender, era con la mira de importar en, su pais, ó de contribuir con sus consejos á que en él se importáran los progresos de todo género que presenciaba en aquellos grandes centros de la civilizacion.

La integridad y la rectitud de su carácter eran de todos conocidas. —Era sabido que en su estudio de abogado solo se defendia la justicia, y los clientes de Varela llevaban por su parte la ventaja de que la conciencia pública estaria prevenida en su favor desde que Varela les defendia.

Nunca puso en conflicto á sus clientes por exijencias de dinero; ha muerto, y todavia muchos le deben honorarios del año 38 y 40.

Su moralidad sin tacha, estaba á la vista de todos; y su evidencia misma, nos ahorra de detenernos en este punto.

Los desengaños que iba adquiriendo, y la experiencia de la revolucion, le habian hecho volver los ojos á la juventud que cultiva el espíritu y esperar en ella. La siguiente carta, muestra sus sentimientos respecto á la generacion que venia tras de él:

«No puedo conceder á usted los dictados que me dá: pero de cierto, Luis, amo con pasion, con ternura, con el ardor de la esperanza, á la juventud estudiosa y *moral*: me gusta fomentarla, ayudarla cuanto puedo por inclinacion de mi corazon, y por deber de patriotismo: porque tengo en esta juventud más fé que la que tiene ella misma.

«Nada, nada, ni mis infortunios personales, ni la pérdida de mis años y de mi salud en el destierro, me duele tan hondamente, en el naufragio de nuestra patria, como el ver errante, sin centro de union, sin aplicacion inmediata, á esa juventud llena de vida, que tal vez la malgaste como yo, en el suelo del extranjero. Créame V., Luis, busco la sociedad de Vdes., porque *nada*, despues de los cariños domésticos, me desarruga la frente y me desanubla el espíritu, como la sociedad de los jóvenes que encuentro puros de corrupcion y de infamia, en la época en que todo se corrompió; y entregados al estudio, cuando todos escarnecen al que desea ilustrarse. — Mayo 26—1841.»

Florencio tenia un alma muy noble; con facilidad se elevaba á la altura del entusiasmo. Los actos de valor, de virtud, de heroismo, hacian vibrar su corazon, y llenarse de lágrimas sus ojos.

Varela tenia un espíritu sumamente activo. Cuando estaba ocupado en su casa en pormenores domésticos, ó en trabajos manuales, á que era muy dado, pasaba el tiempo recitando en alta voz trozos de Virgilio, de Manzoni, de Byron, de Quintana, ó de los Salmos. El trabajo contínuo de la redaccion de su diario iba gastando un poco esta costumbre que siempre tuvo hasta el año 45.

Dotado del natural elevado que hemos tratado de describir, era necesario que este varon justo supusiera siempre en sus semejantes las mismas cualidades que adornaban su alma. Así, jamás creyó encontrar en las personas que se le acercaban defectos, ni malas inclinaciones. Acogia á todo el mundo con la mayor franqueza; de nadie desconfiaba nunca. Nada era, por consiguiente, más fácil que hacerle caer en una celada.

Por otra parte, tenia el más alto desprecio por la doctrina del fatalismo; la palabra suerte para él no significaba nada.

Varela era muy festivo en su trato familiar. Reia mucho, y le gustaba que todos los que le rodeaban fuesen de humor alegre. Todo hombre chistoso y decidor le caia en gracia.

En el interior de su familia pasaba horas enteras jugando con sus hijitos, materialmente como un niño.

Eso no impedia que fuese en extremo grave siempre que las circunstancias lo requerian.

Era fiel á su palabra, muy reservado, é impenetrable para guardar un secreto. A estas cualidades, propias de un hombre nacido para los negocios públicos, se agregaba el dominio de sí mismo, y la facilidad con que sabia disimular sus impresiones.

Varela era modesto, aunque á muchos no le pareciera. Muchas veces habia recibido elojios personales para publicar en su diario, que él siempre rechazó.

Recientemente, en un artículo muy notable de un papel europeo,

que se reprodujo en el *Comercio del Plata*, del 3 de Marzo último, se decia, que Buenos Aires seria feliz cuando lo gobernasen hombres como Rivadavia, San Martin y Varela.—Florencio hizo suprimir su nombre.—Jamás hacia mencion de los testimonios honrosos que en los diarios europeos y americanos encontraba del aprecio con que eran recibidas sus producciones.

Aunque su diario no representaba las opiniones de un círculo, Varela oia las opiniones de sus amigos, las pedía á alguno de ellos, y las adoptaba. Hacia esto, sobre todo, en las circunstancias delicadas; pero es preciso decir, que cuando leia sus artículos á esos amigos, siempre obtenia la unánime aprobacion de ellos.

Don Florencio Varela era de estatura regular, delgado, de bella presencia y porte caballeroso; tez morena, rostro descarnado, frente despejada, cabello negro, ceja abundante sin ser señuda. Sus ojos negros y espresivos, su boca movible y dispuesta á la sonrisa; todo su conjunto revelaba á la primera mirada inteligencia y sensibilidad. Su fisonomia reflejaba todos los sentimientos y pasiones bajo cuya influencia se encontraba su alma.

Su accion, sus movimientos al hablar, acompañados de una palabra persuasiva y seductora, su modo insinuante y el tono de conviccion y sinceridad con que emitia sus ideas, cautivaban inadvertidamente á quien le escuchaba. Poseia, sin disputa, todos los accidentes del orador.

En la conversacion familiar su voz era insonora; pero cuando esforzaba su órgano para espresarse con vehemencia, su entonacion subia y la voz adquiria sonoridad. Desde su primera edad fué despejado; nunca tuvo encojimiento ó falsa vergüenza.

Vestia siempre con esmero, y le gustaba mucho la elegancia y el aseo en todo.

Era sumamente arreglado y metódico. Tenia en el mayor órden sus papeles. Cuidaba sus libros como alhajas delicadas. Jamás escribia con una pluma mal cortada, ó con mala tinta; detestaba la afectacion que muchos tienen de ostentar desaliño en estos pormenores; para él era antipático todo lo que no era esmerado en esa linea.

Amaba con delirio la pintura, el dibujo y la escultura; pero carecia absolutamente del sentido musical. Su alma era insensible á los encantos de la armonia y ni una sola vez en su vida se entregó á los placeres de la danza.

Tampoco conocia lo que llaman placeres de la mesa, nunca cometió ningun exceso vergonzoso. Siempre fué sóbrio y honesto.

La vida sedentaria habia estragado su físico, que era robusto por constitucion. Padecia frecuentes ataques nerviosos, y desórdenes gástricos; pero sus médicos opinaban que habria sido de larga vida.

Vamos ahora á hacer el esfuerzo de consignar aquí el modo atroz como esta noble vida llegó á un término prematuro.

Los dias anteriores al 20 de Marzo habian sido de grande agitacion para los habitantes de Montevideo. Por momentos eran esperados los nuevos [illegible] que la [illegible] y la Francia [illegible] para poner término á la desgraciada situacion de estos paises.

Los compromisos políticos de Varela, y la suerte de su larga familia, intimamente ligada al resultado de la negociacion que iba á

entablarse, habian acumulado en esos dias sobre su espíritu sombrios pensamientos ó temores, que le habian puesto en un estado de desaliento é inquietud, que nunca lo conocimos ántes en las más espinosas situaciones.

Puede ser una preocupacion; pero nosotros creemos en los presentimientos fatales. A eso atribuimos el abatimiento de Varela en los dias que precedieron á su muerte, y la desazon en que le tenian las dificultades domésticas que le rodeaban en semejante crisis.

Al fin, el 20 de Marzo los Comisarios regios, llegados á esta rada, debian empezar el desempeño de su mision. La proximidad de un desenlace, la posicion neta en que finalmente iban á colocarse los sucesos, operaron una reaccion sobre el espíritu de Varela, inclinado por naturaleza á afrontar con serenidad toda clase de embates. Pocas veces le hemos visto tan alegre, tan dispuesto, como aquel funesto dia.

Concluido el trabajo del diario que debia aparecer el 21, se dispuso, ya de noche, á hacer una visita;—y para que tengamos nuevo motivo de creer en presentimientos,—su señora le rogó que no saliera, diciéndole que era tarde; pero en realidad, porque no le gustaba que saliese de noche á la calle.

Debemos advertir que, por varios conductos, habian llegado á oidos de Varela indicaciones que debieron hacerle vivir con cautela; pero él, tranquilo en su conciencia, despreciaba altamente esos avisos, y los miraba como sombras que solo podian tener cabida en cabezas pusilánimes.

Aquella noche no hizo caso de los temores de su Justa amada; procuró distraerle hablándola de cosas alegres, y concluyó—este hijo ejemplar!—recordando á su esposa que el dia 25 era el cumpleaños de su madre, y que era preciso que no olvidase los regalitos que los nietos debian llevar aquel dia á la abuela. Este piadoso pensamiento, fué la última recomendacion que debia hacer á la tierna compañera de su vida, á quien vió en aquel momento por la última vez.

Varela se fué, y poco despues su señora salió tambien á ocuparse en la compra de los objetos con que debia festejarse el dia 25.

Al volver la señora á casa, vió en la acera de enfrente, un hombre que le pareció sospechoso—nada más que por presentimiento. Entró á prevenir de esto á su marido, pero aún no habia vuelto, y apenas subió, se acercó á los postigos del balcon para observar á aquel hombre que la tenia inquieta. La luz de la habitacion en que estaba, la impidió distinguir nada en lo exterior.

Varela regresó de su visita, muy contento. Halló en su escritorio algunos amigos, y sin necesidad ninguna, tal vez por el solo deseo de hacer un servicio, tal vez porque así lo queria esa *suerte* en quien él no creia,—volvió á salir, diciendo á sus amigos que *volveria en el acto*. Su objeto era dar al señor Mac Leon una contestacion relativa á un asunto judicial que éste le habia encomendado. Salió acompañado de un amigo.

En esos momentos, uno de sus hermanos se ausentó tambien de la casa por diez minutos; bajó á la calle hácia el muelle, y regresó por el lado opuesto. En su tránsito por toda la cuadra nada vió que le llamase la atencion; solo recuerda que la calle estaba muy sola, tal vez porque la gente habria afluido á la calle del 25 de Mayo, por donde á la sazon pasaba un batallon que marchaba á embarcarse. Al entrar en casa salian dos de los operarios de la imprenta, y estos cerraron la puerta que aquel halló abierta al entrar.

Entre tanto Varela volvia á su casa por la calle del 25 de Mayo; cerca de la Sala de Residentes habló un momento con un jefe de marina extranjero; en la cuadra siguiente se detuvo otro instante con el señor Ministro de Hacienda. En seguida continuó solo.

Tres minutos, á lo mas, haria que el hermano, de que se ha hecho mencion habia entrado al escritorio, que dá á la calle, cuando las cuatro personas que estaban en él oyeron tres golpes á la puerta.

É inmediatamente que él último golpe habia sonado, llegó á sus oidos un corto ruido de pasos precipitados y dos *ayes* lastimeros de agonia, en los que uno de los presentes reconoció en el acto la voz del infortunado Varela. Corrieron á abrir; nadie estaba en la puerta pero algo se veia en una de la acera de enfrente: allí volaron y encontraron... el cadáver de Varela, bañado en su propia sangre!

La noche era de luna, acababan de dar las 8; el crimen se habia cometido á 60 varas de la concurrida calle de las tiendas; y sin embargo, el asesino habia desaparecido.

Don Florencio Varela fué herido en la calle de Misiones, puerta número 90, y cayó sin vida á treinta pasos de distancia, en la puerta número 91.

Inmediatamente acudieron facultativos. — Ya era inútil. — Varela habia sido herido por detrás, probablemente con una daga, que entró por la parte superior de la espalda, y le traspasó el pecho, saliendo la punta por la parte inferior del cuello. La direccion de la herida, de abajo arriba, y el rastro de sangre que se halló en lo alto de la mocheta de la puerta, indicaban que la persona que le hirió era de baja estatura.

La noticia del crimen llegó al campo sitiador á las 10 de la misma noche; á Buenos Aires, antes de las 48 horas, con tanta rapidez se hizo volar un acontecimiento que importaba una victoria para los enemigos políticos de esta víctima ilustre.

VENCES Y URQUIZA

Sin enemigos ya y sin que nadie se atreviera á protestar ni de pensamiento contra mazorcadas y mazorqueros, entró la federacion al goce tranquilo de las fortunas que habia amasado con sangre unitaria.

Las cárceles estaban sin presos, porque todos habian ido á engrosar las filas del ejército,

Siempre temiendo algun levantamiento, Rosas se preocupaba en aumentar su ejército, rodeándose así de un poder formidable.

Las provincias todas, bajo la férula del caudillaje más bárbaro, soportaban silenciosamente su yugo, no podian hacer otra cosa.

El General Urquiza en Entre-Rios, manteniendo siempre en jaque á la benemérita Corrientes apoyaba en el Uruguay el poder de Rosas con grandes elementos.

Corrientes, que no se dormia y que batallaba siempre, aunque [illegible] por la [illegible] el año 45.

Su Gobernador y el General Paz formaron una alianza defensiva y ofensiva con el dictador Francia del Paraguay.

Para contribuir á formar el ejército que habia de combatir á Rosas, Francia envió á su hijo Solano Lopez con un contingente de ochocientos paraguayos.

Pero Solano Lopez no tuvo confianza en sus aliados.
Vió los pocos elementos con que contaban y, temiendo un fracaso, regresó al Paraguay, despues de decir á Paz:
—Con estos elementos y los que yo pueda proporcionarle, no hay para luchar con Rosas cuyo poder es formidable.
Yo creí que ustedes tenian unos ocho ó diez mil hombres en pié de guerra!
No por esto desmayaron los correntinos!
A costa de sacrificios incalculables, llegaron á formar un ejército que podia tomar proporciones fabulosas.
Urquiza, por mas que quisiera ocultarlo, olió la patriada correntina y dió inmediatamente aviso á Rosas, quien le contestó deshiciese en el acto aquel pequeño estorbo.
Urquiza dejó á su hermano de Gobernador delegado, y con un fuerte ejército marchó sobre Corrientes.
El ejército correntino al sentir la proximidad de Urquiza, abandonó la Capital y se retiró á Vences, donde se fortificó protegido por una cañada que lo rodeaba, cañada muy pantanosa y llena de agua.
En aquella cañada, donde aglomeraron todos sus elementos, creyeron que podian resistir á cualquier ataque de Urquiza, por impetuoso que fuera.
Urquiza entónces, jóven y ardoroso, no era hombre que vacilaba mucho en la actitud que debia adoptar.
A pesar de la buena situacion del enemigo y de sus elementos no despreciables, Urquiza formó en batalla, y escalonando sus ecuadrones de caballeria, mandó dar una carga á fondo.
Los Entre-Rianos fueron recibidos por un fuego de fusileria y artilleria que los obligó á dar la espalda antes de llegar á la cañada.
Urquiza rehizo su tropa y poniéndose á la cabeza él mismo, llevó la segunda carga, que por impetuosa que fuera y por más prestigio que tuviese Urqiuza fué rechazada como la primera.
La infanteria y artilleria Entre-Riana empezaron entónces á jugar fuertemente, haciendo verdaderos estragos entre los Correntinos que como leones se defendian respondiendo al fuego.
La tercer carga de caballeria, más impetuosa y fuerte que las dos anteriores, pronunciaron la victoria por parte de Urquiza.
Las tropas Correntinas fortificadas en Vences, tuvieron al fin que capitular, creyendo que así escaparian al esterminio.
Habian muerto durante el fuego la mayor parte de los Jefes entre los que figuraba el General Bezon de Estrada y no tenian ya objeto en la resistencia.
La batalla de Vences, como todas las ganadas por las tropas de Rosas ó corifeos suyos, tuvo el mismo final que el Quebracho, etc.
La más brutal carniceria del vencido.
Los que salvaron á la matanza fueron los que pudieron escapar aprovechando la confusion del combate.
Los demás cayeron bajo el facon de aquellos bárbaros.
Despues de la derrota de Vences, el partido liberal volvió á llamarse á silencio y el litoral enmudeció bajo el sable de Urquiza, como habia enmudecido el Interior bajo el puñal de Oribe.
Corrientes fué amarrado como Tucuman, como Mendoza y como Salta.
El general Urquiza bajó á Corrientes y arregló su administracion provisoriamente, hasta que Rosas la organizase de una manera definitiva.

Arregladas así las cosas en Corrientes, Urquiza regresó á Entre-Rios, de donde era el pequeño Rosas.

La administracion federal siguió desde entónces marchando sin mayor contrariedad, que las reclamaciones de los Ministros Inglés y Francés, reclamaciones que llegaron hasta originar el segundo bloqueo.

Esto era lo peor que podia hacerse, pues el bloqueo recaia inmediatamente sobre los súbditos de las naciones bloqueadoras en la ciudad que eran perseguidos y saqueados.

Muchas veces los ministros de aquellas naciones buscaron un arreglo, sin poderlo nunca conseguir.

Rosas queria arreglar la navegacion de los Rios de una manera que solo á él conviniese, y á ello no se prestaban las potencias estranjeras, cuyas misiones habian fracasado todas.

El año cuarenta y ocho llegaron con aquel objeto el baron de Gross, comisionado por el Gobierno Francés y un Ministro de los Estados Unidos.

Pero estas dos misiones no tuvieron mejor resultado que todas las anteriores.

Era tal el estado de soberbia á que habia llegado el insolente tirano, que la persona de un ministro estranjero no le merecia mayor respeto que un salvaje unitario.

Residia entónces en Buenos Aires el baron Picolet d'Hermillon, encargado de negocios del Rey de Cerdeña.

Este caballero digno y apreciable, no se habia prestado jamás á esas adulaciones rastreras de que echaban mano los que querian marchar con el gobierno.

Esto bastó para que Rosas lo declarara un pillo, indigno de habitar la Confederacion Argentina, viviendo bajo el mismo techo que sus leales mazorqueros.

Y sin andarse en mayores contemplaciones, tiró un decreto, con fecha 2 de Setiembre de aquel año, por el cual se obligaba á d'Hermillon á salir del pais inmediatamente.

Los fundamentos de este decreto eran que el gobierno tenia conocimiento pleno de que el tal ministro estaba complicado en manejos unitarios y en continua comunicacion con los enemigos de su gobierno.

Esta situacion tan tirante vino á arreglarse cuando se instaló la República Francesa, siendo estos mismos arreglos los que hicieron estallar la bomba á los piés de aquel tirano maldecido.

La República Francesa envió á Buenos Aires un enviado especial, el contra-almirante Lepraidoux, para arreglar de cualquier manera la navegacion de los rios, tan necesaria para el comercio de todo el mundo.

Asociado éste al Sr. Southern, Ministro Plenipotenciario del gobierno inglés, empezaron á hacer sus trabajos con bastante facilidad.

Allanadas todas las dificultades que se oponian á la realizacion del convenio, quedó espedita la navegacion del Rio de la Plata, para todas las naciones estranjeras.

Los beneficios que se [illegible] todos los arreglos de los tratados de paz celebrados el 24 de Noviembre del mismo año, eran del todo esclusivamente favorables á Rosas.

En ellos se fijaba, como un derecho privado de la República Argentina, la navegacion de los rios Paraná y Uruguay.

Aquello, como todo lo demás, venia á ser un patrimonio esclusivo de Rosas, puesto que de todo disponia él á su entera libertad.

Los mismos Gobiernos del Litoral, para navegar aquellos rios, tendrian que pedir permiso al *patron*, permiso que sabian de antemano les seria negado, pues Rosas no queria fiarles ningun poder maritimo que pudiera importar una mala jugada á su gobierno.

Así la dictadura venia á echar poderosas raices eternizándose de una manera indefinida.

El General Urquiza, con este motivo, abrió el ojo, y el tigre de Montiel empezó a sacar las garras.

La Provincia de Entre-Rios, bien organizada y aliada con Corrientes, podia constituir un fuerte poder que contrarrestase el de Rosas.

Esta alianza por lo ménos, lo ponia en condiciones de buscar otras ventajosas, ya en Montevideo, cayéndole á Oribe, ya en el Paraguay halagando la ambicion desmedida de Francia.

El General Urquiza era un hombre de una ambicion desenfrenada por el poder.

Se habia deslumbrado ante la omnipotencia de Rosas, y más de una vez habia cruzado por su cerebro la idea de suplantarlo.

Urquiza era una hombre de ninguna ilustracion y de una educacion escasísima.

Pero poseía una viveza natural y una astucia capaz de competir con ventaja con la misma viveza de Rosas.

¿Por qué no podia ser él lo mismo que Rosas, mucho más si subia al mando supremo, rodeado de una aureola de libertador glorioso, á quien los pueblos deberian estar eternamente gratos?

Estas ideas empezaron á germinar en su cerebro, y él empezó á acariciarlas, ocultándolas hasta á aquellos en quienes tenia depositada toda su confianza.

Era preciso proceder con una cautela asombrosa y con una sagacidad insuperable.

Prestijioso en Entre-Rios al estremo de levantar toda la Provincia á su solo llamado, maduró su plan y resolvió dar el gran golpe.

PRONUNCIAMENTO DE URQUIZA

Con gran sagacidad y una increible reserva empezó á disciplinar y armar grandes masas de caballería, por ser esa su arma predilecta y en la que mayor confianza tenia.

No estoy tranquilo con los correntinos, escribia un dia á Rosas.

Me parece que andan haciendo movimientos de tropas algo sospechosos y no será estraño que el dia ménos pensado tenga que caerles de firme.

Por lo pronto, me voy allí á ver por mis ojos lo que sucede para poder informar con exactitud á V. E.

Y Urquiza pasó efectivamente á la provincia rival, pero con muy distinto objeto del que comunicaba á Rosas.

Urquiza iba á mover á Corrientes, haciendo un pacto de alianza con su Gobernador, para combatir la tiranía que tanto habia defendido ántes.

Rosas por su parte tenia en Urquiza una confianza ilimitada.

Lo creía su brazo derecho en el litoral como que así lo habia s· realmente.

Así es que no dudó un momento de la veracidad de comu

contestando á Urquiza que procediese no más, y que al menor sí. toma de revuelta apretase á Corrientes, fusilando á todos los Salvaje Unitarios que allí hubiese, para limpiar la provincia de sabandijas.

Urquiza entre tanto, habia concluido su alianza con el Gobernador de Corrientes, quien levantaría en el acto todo su ejército, al que Urquiza debia proveer de los elementos que le faltaran.

Una vez pronto el ejército, debia mandar aviso á Urquiza, quien acudiria con sus entre-rianos como si viniese á batirlos, pero en realidad para incorporársele, engañando así á Rosas el mayor tiempo posible, para maniobrar sin obstáculos.

El Gobierno de Corrientes, más entusiasta y ménos precavido, no obró con el sigilo de su aliado, y pronto llegó á oídos de Rosas que en Corrientes se estaban preparando soldados y elementos para nuevos escandalos, como él llamaba á los movimientos unitarios.

En el acto escribió al General Urquiza, estrañando se hubiera descuidado, y recomendándole que en el acto fuese á Corrientes con sus entre-rianos, disolviera aquel ejército farsáico y remetiese al Cuartel General de Santos Lugares á los cabecillas del movimiento, fueran quienes fueran.

Esto era lo único que esperaba Urquiza para moverse con su ejército sin inspirar la menor desconfianza.

«En el acto salgo con un fuerte ejército, escribió á Rosas, porques el levantamiento es sério.

«Espero que en ocho ó diez dias podré comunicar á V. E. las más satisfactorias noticias.»

Y marchó á Corrientes en la creencia general de que iba nuevamente á someter la provincia rebelde.

Reunidos los dos ejércitos, con los fuertes elementos que Urquiza llevaba, presentaron un número de fuerza respetable.

Pero no pareciéndole esto bastante se entendió con el gobierno del Brasil celebrando un pacto por el cual el Imperio ayudaría al General Urquiza con sus tropas de mar y tierra y sus mejores elementos.

Ya la tirania de Rosas se hacia pesada para toda la América, y era necesario suprimirla cuanto antes.

El 1º de Mayo de 1851, el General Urquiza lanzó su gran proclama á los pueblos de la República, invitándolos á la guerra para libertar á la Nacion Argentina de aquel tirano malvado y sanguinario.

La noticia de todos estos acontecimientos y la proclama de Urquiza, cayeron como una granada formidable en todos los pueblos de la República que vieron brillar, con más certeza que nunca, una esperanza de libertad.

[illegible] en Buenos Aires donde el efecto se [illegible] más [illegible].

Los [illegible] temblaron [illegible] y á Santos [illegible], no querian [illegible].

Y se encontraron con [illegible] la creia.

—Esta es una [illegible] para [illegible] al General Urquiza, que es el [illegible] freno que tienen en el [illegible] y por ello mal [illegible].

Yo necesito mas pruebas para creer en la traicion del [illegible] Urquiza.

[illegible] pruebas no tardaron en venir, terribles y terminantes.

No sólo era cierto que Urquiza se habia levantado con Entre-Rios y Corrientes, proclamando la guerra contra él, sinó que, lo que mas le enfurecia, se habia aliado al Brasil, tan detestado por él.

Rosas se aterró á su vez y empezó á aglomerar todos los elementos

de guerra de que disponia pasando aviso á los gobernadores del interior para que á gran prisa se aprontaran para la guerra.

El General Urquiza era un enemigo terrible por su gran influencia y prestigio, cuanto por sus dotes militares.

Era tal vez el único enemigo capaz de infundir algun temor á Rosas.

—Ese miserable se ha vendido al oro inmundo del Brasil, esclamaba temblando de furor y de miedo.

Y el grito de ¡Muera el loco, traidor, salvaje unitario Urquiza! resonó en todas partes.

Los unitarios llenos de fé y esperanza, apenas se atrevian á creer semejante fortuna.

En lucha Urquiza contra Rosas, dados los elementos con que aquel contaba, no habia que vacilar.

La caida del tirano seria un hecho fatal é ineludible.

Y por lo mismo que asi pensaban, disimulaban del mejor modo que les era posible, asistiendo á las manifestaciones contra Urquiza, el loco, traidor, Salvaje Unitario.

Rosas escribia á todos sus jefes de importancia llamándolos á Palermo, pues era preciso salir al encuentro de Urquiza antes que Urquiza viniera á atacar la ciudad, de lo que era muy capaz.

Entre tanto Urquiza con un ejército de cuatro mil hombres, habia pasado el Uruguay y tomado á Paisandú.

Allí proclamó á los pueblos del Estado Oriental para que lo acompañaran en su cruzada libertadora y estableció el cuartel general de sus operaciones.

Los orientales estaban cansados de lucha y de sacrificio, pero ante causa tan santa y cruzada que se presentaba con tantas probabilidades de éxito, no vacilaron en brindar su contingente generoso.

El primer jefe que se le presentó con una division de mil quinientos orientales fué el benemérito don Servando Gomez.

Urquiza lo nombró jefe de Vanguardia, concluyendo así de organizar su ejército.

Entre tanto, doce mil brasileros esperaban en la frontera las órdenes del General Urquiza, para entrar á Paisandú, mientras las escuadra imperial interceptaba toda comunicacion entre Oribe y Rosas.

Esto era lo que más contrariaba al tirano.

Habia contado con Oribe como único jefe capaz de ir á estrellarse con Urquiza, y se encontraba con que tenia que renunciar á él por no poder comunicarle sus órdenes y enviarle elementos de guerra que caerian en poder de los brasileros.

La desesperacion y furor de Rosas eran tan terribles, que se descargaban sobre aquellos de quienes más necesitaba en su angustiada situacion.

Urquiza marchó sobre Montevideo, donde entraria fácilmente, por los odios que en su contra habia levantado Oribe y la cantidad de enemigos que allí tenia, quienes para levantarse solo esperaban un pequeño apoyo.

Oribe midió sus fuerzas, y vió que no podia resistir á Urquiza, cuyos elementos eran poderosos.

Convencido de esto y viendo que al fin toda la República se levantaria en su contra, privado del fuerte apoyo de Rosas por la escuadra brasilera, celebró con Urquiza un pacto de rendicion, entregándole no solo el ejército, sinó todos los elementos que con tanta generosidad le diera Rosas.

Rodeado de enemigos por todas partes y temiendo que estos atentaran contra su vida, Oribe abandonó por completo toda esperanza de triunfo para él como para Rosas y se embarcó para España.

Urquiza empezó entónces á dar una organizacion definitiva á su ejército ya poderosísimo.

Muchos jefes y oficiales que estaban con Oribe, se retiraron del ejército usando de la libertad en que los dejaba Urquiza, pero prometiendo no tomar las armas á favor Rosas.

Algunos de estos, creyendo que los elementos de Rosas fueran insuperables y que á la larga, el triunfo, como siempre, fuera suyo, escaparon de Montevideo y burlando la vigilancia de la Escuadra, pasaron á Buenos Aires, presentándose á Rosas.

Entre estos jefes iban el célebre Ramon Maza y Gerónimo Costa, á quienes dió Rosas el mando de los mejores cuerpos.

Otros jefes y oficiales que intentaron hacer lo mismo fueron ménos afortunados.

Sentidos por las fuerzas de Urquiza, fueron tomados prisioneros y conducidos ante el General en jefe, quien, constatado el delito los hizo fusilar, sin otra formalidad.

Entre estos desgraciados cayó el Mayor José Suarez, jefe de las milicias del Norte y otros muchos.

Las fuerzas de línea que guarnecian la plaza fueron reincorporadas al ejército libertador y puestas á las órdenes del intrépido general César Diaz, el oficial más brillante de toda la Banda Oriental.

Con todos estos elementos y algunos más que fueron agregándosele poco á poco, Urquiza reunió un ejército de treinta mil hombres, perfectamente organizado y disciplinado, no careciendo de nada.

A más era aquel un ejército entusiasta, lleno de brios, con una fé profunda en su jefe, y que deseaba ardientemente el dia de la batalla, para concluir de una vez con la infame tiranía.

El general Urquiza emprendió su marcha, dando colocacion en el ejército á todos los jefes y oficiales que diariamente se le iban presentando, entre ellos el Coronel Aquino.

Un cuerpo de caballería mandado por el Coronel José Aguilar, se sublevó y degollando á éste, buscó la incorporacion de Rosas.

Urquiza forzaba sus marchas cuanto le era posible, sin fatigar demasiado á su tropa.

Deseaba llegar cuanto antes y obligar á Rosas á la batalla final de su dictadura.

El ejército de Rosas era más numeroso aún que el de Urquiza, pues hacia mas de dos años que venia remontándolo y equipándolo.

Comprendia que en él descansaba todo su poder y queria tenerlo en un pié respetable.

Se tenia gran desconfianza de unos seis mil infantes destinados al servicio de las armas por unitarios [illegible] [illegible] el dia [illegible]

Rosas sabia que con Urquiza [illegible] numerosas tropas [illegible]rales de los que habian servido con Oribe, Maza, etc., y trató desde el primer momento de atraerlas hácia sí.

[illegible] los [illegible] de todos los soldados federales que venian con Urquiza [illegible] preparándolos así s[illegible] para pasarse á sus filas el dia de la batalla.

Los acontecimientos se precipitaban rápidamente, y aquella no podia tardar.

LA VÍSPERA DE CASEROS

El levantamiento de Urquiza y su aproximacion á Buenos Aíres con ejército tan numeroso, habia trastornado el majin de los federales, que andaban con un cerote de todos los diablos.

A este jabon federal contribuia poderosamente el bombo desmedido que Rosas dió siempre á Urquiza, asegurando que era el primer militar de la América, despues de él, se entiende.

Rosas se creia poderosamente fuerte é invencible al revistar su numeroso ejército, porque no contaba con que, en el momento del peligro, todos aquellos soldados serian otros tantos aliados del enemigo.

El entusiasmo de la ciudad era inmenso, demostrando sus habitantes que estaban dispuestos á defender la federacion hasta el último esfuerzo.

Era que los unitarios eran los más apurados en finjir aquel entusiasmo patriótico, no solo para escapar á las persecuciones terribles de última hora, cuanto por tener más confiado al tirano.

Así se les veia afilando sus enormes sables en las piedras de la vereda, ó limpiando sus escopetas y fusiles en los balcones y puertas de calle.

En toda manifestacion, funcion ó reunion de ciudadanos, no se oian mas gritos que los de: ¡Muera el loco, traidor salvaje, Unitario Urquiza! ¡Mueran los macacos sus aliados!

Y estos mueras servian de lema, no solo en el encabezamiento de las notas oficiales sinó en las mismas cartas confidenciales que se cambiaban entre los hombres del gobierno y mundo federal.

Cada mazorquero contaba por cientos el número de rabos que habia de cortar á los macacos, y por docenas las puñaladas que habia de pegar al loco, traidor, salvaje unitario Urquiza.

En las principales plazas de la ciudad, y sin contar los quemados en Sábado Santo, se prendian continuamente judas que llevaban al pié y en grandes letras celestes, el nombre del personaje que representaban.

Uno era el loco, traidor, salvaje Unitario Urquiza, otro era el pardejon Rivera, otro el mulato asqueroso Flores, y otro en fin, el emperador de los *macacos*.

Porque Rosas habia prohibido terminantemente por medio de decretos, que se llamara de otro modo á los Brasileros.

Parece increible, pero en el Archivo de Policia existen notas de Rosas, de su puño y letra, referente á los judas, como la siguiente:

—El que debe quemarse en la Plaza de la Victoria llevará el letrero: el loco, traidor, salvaje Unitario Urquiza. El pardejon Rivera, al que debe quemarse en la Plaza del Retiro. El Emperador de los macacos al quese queme en la Plaza Concepcion y el mulato Flores el de la Plaza Nueva.

—Todos estos judas serán pintados y vestidos de celeste, y para mayor escarnio adornadas sus orejas y sombreros con perejil y pasto.

—La Policia antes de prenderles fuego, permitirá al pueblo federal todas las manifestaciones que le sujiera su justa y santa indignacion, como pedradas, cortadas de oreja y todo lo que no importe una destruccion del júdas, para que pueda quemarse como es debido.

J. M. Rosas.

En Palermo y Santos Lugares, la tropa tenia igual entretenimiento. Allí se fabricaban enormes muñecones, bautizados y pintarrajeados de la misma manera.

Con ellos se entretenia la tropa federal antes de prenderles fuego, dándoles de azotes, poniéndolos al cepo y haciendo con ellos toda clase de maldades.

Al muñeco que representaba el Emperador del Brasil no se le ponia mecha al pié como á las demás.

Su distintivo era una corona de verdura y una enorme cola de bayeta colorada.

A estas fiestas de los cuarteles asistia el mismo Rosas, acompañado de Manuelita y de toda su corte de mulatos encargados de dirijir á los judas toda clase de injurias y bufonadas.

Como si presintiera el ódio implacable que le tenian los unitarios condenados al servicio de las armas y quisiera evitar con ello un desbande, Rosas se habia dulcificado con aquellas víctimas de una manera notable.

Habia recomendado á los jefes de cuerpo, no solo que no castigaran á los soldados destinados, sinó que les dispensaran las faltas leves que pudieran cometer.

—Es necesario ser humano y bueno con los leales defensores de la santa causa, les decia, tratando de hacerse oir de todos.

Las familias de estos soldados eran atendidas por el Gobierno en todas sus necesidades, empezando por hacerles devolver los bienes pocos ó muchos que se les hubieran embargado.

Los ciudadanos que estos beneficios tardíos recibian, comprendian muy bien su orijen, y solo esperaban el dia de la batalla para desahogar contra los verdugos, su corazon tanto tiempo oprimido por toda clase de martirios y vejámenes.

Oh! el dia de la batalla iba á ser rico en desengaños terribles para el miserable tirano!

Lástima que su profunda sagacidad le hizo preveer con mucha anticipacion todas las consecuencias de una derrota!

Con ménos astucia y cobardia por parte de Rosas, el memorable 3 de Febrero hubiera sido un dia completo!

Así como los frailes y curas predicaban el 40 y 42 santificando el esterminio de los salvajes unitarios y sus inmundas crias, el 50 y 51 predicaban santificando el asesinato de Urquiza y sus viles aliados los macacos y orientales.

Las borracheras y orgías que celebraba el cura Gaete y demás gente de sotana, no tenian otro objeto.

Al final de ellas se veía desbordarse á la calle, grandes grupos de borrachos de ambos sexos, que entre traspies y traspiés, barbotaban una blasfemia contra el ejército del General Urquiza.

—Ese dia del triunfo, gritaba Gaete á su público de borrachos, ese dia me he de ir yo mismo á bailar una milonga entre las colas de los macacos!

Y ha de ser con Rosalia! agregaba mirando á una especie de Maritornes seráfica que marchaba á su lado, con una cara [illegible] de mujer.

Porque hay que advertir que el cura Gaete habia perdido toda educacion y toda delicadeza, convirtiéndose además de borracho y corrompido, en uno de esos compadrones de nariz roja y palabra procaz que el mundo lunfardo señala hoy bajo el nombre de *atorrante.*

¡Oh! el cura Gaete era un tipo cuya memoria no debia perderse!

Era un fraile completo, con todos los defectos, vicios y maldades que puede cobijar una sotana.

Cuando decia misa, en vez de echar en el cáliz siempre vino priorato, como se hace hoy, ponía caña ó ginebra, por ser bebida más federal.

Y con toda la insolencia de su depravacion, lo contaba él mismo, para que no hubiese duda.

En los últimos meses, Rosas empezó á tener miedo de los grandes elementos que amontonaba Urquiza.

Y ocultándolo hábilmente, empezó á organizar todos sus papeles de importancia y á encajonarlos, en cuya operacion lo ayudaba solo su hija Manuela.

Gran cantidad de dinero y joyas fueron encajonados tambien, sin que nadie pudiera apercibirse de ello.

Es que ya Rosas se empezaba á preparar para el duro trance de ser vencido y tener que ponerse en fuga.

Y no era, como lo hemos dicho ya, que careciese de elementos para contrarestar á Urquiza y no tuviese á sus órdenes jefes de primer órden.

Es que desconfiaba de todos aquellos elementos, comprendia el ódio que debia profesarle la mayor parte de aquel ejército, y se precavia contra un cambio de frente inusitado el dia de una batalla decisiva.

Por lo demás estaba completamente tranquilo y lleno de fé en su buena estrella, que hasta entónces no se habia oseurecido ni en broma.

El ejército de Rosas, aquel ejército forzado y formado por unitarios perseguidos, habia adoptado la misma táctica que los unitarios que andaban libremente por la ciudad.

Victoreaban al Brigadier Rosas, héroe de todos los combates y limpiaban continuamente sus armas, diciendo que las querian tener como un relój el dia de la batalla.

Rosas parecia engañado con aquellas manifestaciones, atribuyéndolas á su táctica de hacerlos tratar bien y protejer á sus familias.

Así es que por este lado, redoblaba sus cuidados.

No atreviéndose á ir en busca de Urquiza, habia resuelto esperarlo para batirlo más eficazmente.

Aglomerando en la ciudad todos los elementos de la campaña y los que pudo hacer venir de las Provincias, antes de interceptar Urquiza su comunicacion con ellas, dividió en dos su numeroso ejército.

Uno de diez mil hombres, más ó ménos, que debia quedar en la ciudad, y el resto de las tropas con las inmensas masas de caballeria, en Santos Lugares.

El de la ciudad á órdenes del General Mansilla y el de Santos Lugares bajo las órdenes de su segundo jefe el General Pacheco, pues Rosas se habia reservado el puesto de General en Jefe de todas las fuerzas.

Así llegó el 2 de Febrero, en que el General Urquiza, con su brillante y lucido ejército llegó hasta Mercedes y avanzó hasta Lujan.

La batalla era inminente para esa tarde ó la madrugada del 3.

Rosas empezó entónces á tomar sus medidas de última hora.

Para que nadie pudiera sospechar de lo que se trataba, empezó á

enviar desde Palermo, y bien escoltados, los cajones que habia preparado de antemano, como si fueran auxilios de guerra á las fuerzas de la plaza.

Estos cajones, que como se sabe ya contenian papeles, joyas y dinero, eran embarcados por intermedio del Ministro Inglés en un buque de aquella bandera, fletado por Rosas para el caso de una derrota.

Concluido de embarcar este importante equipaje, Rosas remitió tambien á su hija á casa del Ministro Inglés, diciendo que era para librarla del susto de una batalla que seria larga y sangrienta.

De esta manera habia logrado salvar las formas ocultando toda la verdad, que solo su hija Manuela conocia.

Tranquilo por esta parte, reunió á los jefes del ejército en quienes mayor confianza tenia, como el Coronel Chilavert, el coronel Burgos y otros.

Despues de conferenciar largamente con ellos se fué á Santos Lugares, donde hizo llamar al General Pacheco para cambiar opiniones sobre la batalla que debia tener lugar á la siguiente madrugada.

En seguida se trasladó á Monte Caseros, estableciendo su cuartel general en el edificio que allí habia, donde quedó citado Pacheco para las ocho de la noche.

LA BATALLA DE CASEROS

En la ciudad habia un pánico de todos los diablos, entre los más funestos personajes federales.

Convencidos de lo infame de sus crímenes, á ninguno de ellos se le escapaba el fin miserable que tendrian si Dios protejia las armas de Urquiza y Rosas era derrotado.

Así es que durante todo el dia 2 y durante la noche, se les veia circular como idiotas por todas las calles dándose con los conocidos salvajes unitarios, como si quisieran desde ya ponerse bajo su proteccion.

Cuitiño, Parra, Badia, Troncoso, Gaetan, Amoroso, Alegre y toda aquella falange de bandidos tremendos, parecian presentir su fin fatal.

Y se les veía prodigar sus mas alegres sonrisas y favores, á los mismos que el dia antes habian cubierto de injurias y amenazas de toda clase.

Y era esta la mejor señal de triunfo que entendian los unitarios de la ciudad, aquellos que afilaban el sable en el dintel de la puerta y limpiaban la escopeta en el balcon.

En Santos Lugares, el jabon no era ménos espumoso que aquellos que mas tenian que temer por el mas causado por ellos durante la tirania.

D. Antonino Reyes miraba en todas direcciones como si buscase una retirada segura.

Pero solo veia con desesperacion que en el caso de una derrota la salvacion no era posible.

Solo Rosas [illegible] en trance tan amargo pero sabe Dios si podria ayudarse el mismo.

Todos se consultaban entre si para buscar en el otro la fortaleza que no sentian.

El puñal del tirano.

Hernandez olvidaba sus resentimientos y se acercaba á don Antonio Reyes.

[illegible] con [illegible] alegria que estaba lejos de [illegible] en todos los semblantes.

Era la [illegible] del Quebracho, de los Frias y [illegible] se les aparecia en la [illegible] suprema, [illegible] banquillo.

La mayor parte de los [illegible] de campaña á la proximidad de Urquiza se habian ido reconcentrando á Santos Lugares, temiendo caer entre las [illegible] partidas que aquel habia desprendido en todas direcciones, lo que facilitó enormemente la incorporacion de los patriotas del Sur y del Oeste.

Como Rosas lo temia, Urquiza habia acampado guardando una formacion intachable para el caso de una sorpresa y preparado todo para traer el ataque en las primeras horas de la mañana.

Sus numerosas partidas recorrian el campo en todas direcciones trayéndole á cada momento prisioneros que lo imponian de cuanto necesitaba saber.

Habia una noticia que Urquiza habia recibido con especial placer: la de saber que Rosas se hallaba en Caseros, y que él mismo mandaria la gran batalla.

Esto era para Urquiza una prueba de que Rosas no pensaba huir y una probabilidad más de que el triunfo seria suyo, porque sabia que Rosas era un militar falto de práctica y que no podria dirijir la accion con acierto.

No hay mas que esperar el dia, dijo á sus aliados los jefes orientales y brasileros.

Respondo ahora con mi cabeza del éxito de la batalla puesto que vamos á tener enfrente al mismo Rosas.

A ese hombre le ha llegado ya su dia y será preciso que se conforme, puesto que no ha huido como yo me lo temia.

Ya le verá la cara al loco, traidor, salvaje unitario Urquiza!

Entretanto la hora de la cita habia llegado, y el General Pacheco, con todos los Jefes Superiores del Ejército llegaba á Monte Caseros á tener el último consejo con Rosas sobre la batalla del dia siguiente.

El General Pacheco se oponia tenazmente á que la batalla se diera en el terreno que ocupaban.

—Estamos en terreno muy desventajoso, decia, y sumamente estrecho.

Nuestra principal fuerza está en la caballeria que aquí no podrá operar de una manera conveniente y que si llega á sufrir un fracaso, vá á ser envuelta y entónces la derrota será segura.

Es preciso salir más afuera, donde el terreno se preste más á hacer un despliegue unido.

Pero ya era demasiado tarde para elejir el terreno.

No habia más remedio que aceptar la batalla allí, donde la traeria en enemigo, pues no era posible ya ni siquiera retroceder para buscar mejor campo á retaguardia.

La discusion se entabló entre Rosas y Pacheco, sobre el mejor terreno de dar la batalla ó de huirla, si el ocupado era malo, para no comprometer su éxito.

Pero Rosas más testarudo ó por tener ya su plan hecho, se sostuvo en que la habia de dar allí á pesar de todo.

La discusion se hizo destemplada hasta que Rosas la dió por

minada, mandando salir á todos los jefes, con escepcion del General Pacheco.

En seguida llamó un edecan y le ordenó hiciera retirar á todos los que se encontraban cerca de la habitacion que ocupaba.

Nadie ha sabido lo que pasó entre Rosas y Pacheco á no ser alguna persona muy allegada á este último á quien él lo referiria.

Pero entónces fué un misterio.

Solo los edecanes pudieron sentir que el diálogo se convirtió en un altercado fuerte y enérgico, donde se pronunció alguna que otra interjeccion.

A eso de las dos de la mañana Pacheco salió de allí, montó en su caballo, y seguido de su escolta se fué á su estancia de las Conchas, conocida hasta hoy con el nombre de Tala de Pacheco.

Rosas desde entónces fué el jefes supremo que empezó á disponerlo todo.

Reunió á sus edecanes y ayudantes, con los que comenzó á impartir á los jefes de cuerpo diversas órdenes.

Cambió el santo y mandó colocar doble número de guardias de las que habia, ordenando avanzase una, hasta ver lo que hacia el enemigo.

A las tres de la mañana salió Rosas de su alojamiento, y acompañado de dos edecanes se puso a recorrer á pié la larga línea de sus infanterias y artillerias.

Delante de los cuerpos, y á medida que los iba encontrando, cambiaba ideas con sus jefes mas caracterizados, los Coroneles Dias, Chilabert, etc.

Despues de revisado é inspeccionado todo, regresó á su habitacion, acompañado del doctor Cuenca, cirujano del Ejército.

Rosas no durmió en el resto de noche que quedaba.

Todo el tiempo lo empleó en pasear por la habitacion, como si alguna idea lo preocupara.

El Coronel Pedro Burgos pidió permiso para hablar con él y siendo introducido, empezaron á tomar mate.

Rosas parecia tranquilo y sin la menor [illegible].

Cuando el dia empezó á amanecer y se pudo ver lo que pasaba en el campo, ningun jefe podia esplicarse la ausencia del General Pacheco, segundo Jefe del ejército y Jefe de aquella inmensa masa de caballeria.

Y el tiempo pasaba y el General no parecia.

Por diversos avisos de las avanzadas se supo que Urquiza, tendido su brillante ejército en línea de batalla, avanzaba tranquilamente hácia el campamento de Rosas.

Este esperó un rato todavia, montó en su espléndido caballo tordillo negro, y tomó las últimas disposiciones de la batalla.

Un momento despues, las armas de Urquiza se veian brillar al hermoso sol de Febrero.

La division Oriental, con la bravura y ademan desenvuelto que es característico al valiente soldado [illegible] avanzaba á vanguardia y un poco á la izquierda del ejército, cuya derecha ocupaban los batallones brasileros.

—Es preciso que aquellos macacos [illegible] dijo Rosas señalando la division brasilera.

Y fueron aquellas las últimas palabras que le oyeron sus soldados.

Tendidas las dos líneas cómodamente, se inició la batalla por el

buen fuego de artillería, tomando la de Urquiza por blanco las caballadas [illegible], para desbandarlas, y Chilavert, haciendo converger los fuegos de las suyas á la division brasilera, que empezó á esperimentar serias bajas.

Aquella batalla puede decirse que fué un suspiro.

Cuando la infantería rompió el fuego, aprovechando Rosas la confusion y el estruendo, oprimió con las espuelas los ijares del tordillo y abandonó el campo de batalla, en direccion á la ciudad.

La batalla habia recien empezado, ninguna ventaja se habia obtenido por el enemigo, y sin embargo Rosas abandonaba sus tropas á la derrota, pues no podia esperarse otra cosa de un ejército sin Jefe.

¿Era esto cobardia, apuro de ponerse en salvo previendo un mal resultado, ó la ejecucion de un plan adoptado con toda frialdad desde tiempo atrás?

Quien sabe lo que sería.

En el campo de batalla sucedió lo que era lógico.

La caballeria se desbandó completamente en todas direcciones y una fuerte columna de infanteria avanzó con el fusil vuelto abajo.

Era la gran masa de infanteria Unitaria que pasaba á engrosar las filas del Ejército Libertador.

Un momento despues el desbande era general y la persecucion se iniciaba por la caballeria de Urquiza.

Solo un hombre permanecia firme sobre el desierto campo, haciedo fuego con una pieza de cañon.

Este hombre era el Coronel Chilavert, el hombre más bravo que haya contado en sus filas el ejército federal.

Chilavert fué hecho prisionero y aún así mismo se le vió hacer supremos esfuerzos por disparar su pieza una última vez!

La disparada fué tremenda: unos hasta Santos Lugares y otros hasta la ciudad.

El General Pinedo y el Coronel Hernandez que disparaban juntos, rodaron con los caballos haciéndose muchas contusiones de consideracion.

El Coronel Santa Coloma fué sacado de la Capilla de Santos Lugares, y fusilado en el acto.

Era imposible contener á las tropas vencedoras, en su zaña contra todo lo que importaba un hombre de la federacion.

En el primer momento mataron á cuantos lograron alcanzar.

Los demás rosines como Maza, Reyes, etc; se habian escondido y huido á la ciudad, pues era imposible hallarlos por parte alguna.

Aquello era una disparada terrible y un pánico indescriptible.

No se veia una divisa federal, ni buscándola con el mayor esmero.

Los mismos que hasta entónces la usaron ccmo una garantia de la vida, no hallaban parte bastante oculta para esconderla de manera que no fuese vista por las tropas de Urquiza.

El primer cuidado fué buscar la persona de Rosas, pues ninguno se imaginaba estuviera ya tan á salvo, protejido por el pabellon inglés, al que tanto habia maltratado en la persona de los ministros y enviados ingleses.

La ciudad ofrecia un cuadro de desórden y entusiasmo indescriptible.

Las armas se disparaban, pero en señal de regocijo popular, y por todas partes se veian ondular pedazos de género celeste.

Rosas habia entrado á la ciudad con la tranquilidad de un General está seguro del triunfo más espléndido.

Habia recorrido las fuerzas que guarnecían la plaza, dirigiéndose en seguida á lo del Ministro Inglés, donde se bajó de su tordillo.

Iba á dar la última manito á sus arreglos de fuga.

¿Contaba acaso Rosas con que el ejército federal sin direccion y sin jefe triunfára en Caseros del ejército libertador?

¿Tanta fé le merecia aún su buena estrella?

Media hora apenas hacia que habia llegado á la ciudad, cuando se presentaron los primeros grupos de caballeria anunciando la vergonzosa derrota.

Era tal el terror de que venian dominados, que anunciaban como la cosa más cierta que el General Rosas habia caido prisionero y que el enemigo venia degollando á cuanta gente le caía á la mano.

El pánico de los derrotados se comunicó á la guarnicion de la plaza, que arrojó sus armas dando mueras al tirano.

Esta fué la señal para que salieran á la calle los unitarios que permanecieron ocultos, á respiras las primeras brisas de libertad.

Y aquellos á quienes se habia visto desde la víspera afilar sus sables y limpiar las escopetas, eran los primeros en salir á la calle á lucir sus divisas celestes y vivar á los vencedores.

Y á cada instante nuevos grupos de derrotados venian á aumentar el pánico de los federales.

Los jefes de la mazorca se apresuraron á ganar los sótanos y los pozoz de las casas, de donde fueron sacados poco á poco.

Rosas no esperó más.

Salió de casa del Ministro Inglés, acompañado de este y se dirigió al muelle.

El que lo veia cruzar las calles vestido aún con su gran uniforme, no hubiera conocido en él al miserable tirano de la víspera.

Su hermoso y aristocrático semblante se hallaba descompuesto ferozmente por una espresion de ira impotente y reconcentrada.

Sus ojos celestes brillaban con una espresion de ódio infinito y de ferocidad implacable.

Era la fiera que no se resolvia, perseguida por el montero y los perros, á abandonar el teatro de sus sangrientas depredaciones, y que le faltaba el valor necesario para hacer frente y tirar su última dentellada.

Pálido y sombrío, sepultaba la mirada en las largas calles, como si quisiera en su rayo, enviar la muerte á los que las cruzaban disparando sus armas y victoreando á Urquiza.

—El loco traidor! murmuró en una especie de rugido, es el infierno quien lo ha ayudado!

Y alzó al cielo los puños, en un ademan más colérico, al pisar el borde de la lancha que lo esperaba.

No volveria á poner los piés en la tierra que tanto habia ensangrentado!

Poco despues se le veia sobre la cubierta del buque salvador, que levaba anclas, con la vista fija en la ciudad á través de su largo anteojo de marina.

¡Cuantos proyectos de venganza ajitarian su mente!

¡Quien hubiera podido penetrar en aquella cabeza malvada, para contemplar todo el horror de su pensamiento!

Momentos despues se presentaba en la ciudad el General D. Benjamin Virasoro, gobernador de Corrientes, al frente de una fuerte columna de infanteria.

¿Qué resistencia podia encontrar en una plaza cuya guarnicion habia arrojado las armas y cuyo pueblo lo esperaba con gritos de regocijo ó esclamaciones entusiastas?

La plaza se le entregó sin disparar un tiro, y desde el primer momento quedó ocupada á su entera satisfaccion.

Mientras las tropas correntinas ocupaban los cuarteles del Retiro y demas de la ciudad, el General Urquiza se instalaba en Palermo, en aquel terrible Palermo donde tantas iniquidades se habian cometido.

Allí se mancharon tambien las armas vencedoras, fusilando al Coronel Chilabert por órden de Urquiza y colgando su cadáver en los sauces, como el de un criminal á quien la justicia castiga.

El Coronel Chilabert era un valiente; habia combatido como un leon al pié de sus piezas, allí habia sido tomado prisionero y no merecia la muerte sinó el respeto y la admiracion que inspira todo el que es vencido de esta manera.

Los partidarios de Rosas que no fueron tomados con armas en la mano, no solo no fueron perseguidos sinó que ni siquiera se les incomodó.

Solo los criminales conocidos, aquellos que el pueblo señalaba por sus nombres indicando sus guaridas, fueron reducidos á prision á medida que se les iba encontrando.

Los que podian emigrar, temiendo que el vencedor les tomara cuenta de sus crímenes y maldades, ó que el mismo pueblo se hiciera justicia despedazandolos por la calle, lo hacian sin que nadie los molestara.

Así se fué Maza, el Coronel Costa y muchos otros.

Al dia siguiente la ciudad habia cambiado de aspecto, ofreciendo un cambio harto lastimoso.

Parte de las tropas vencedoras y de las que se habian entregado en la plaza, que vestian ya de la misma manera que aquellos, se habian entregado al saqueo más brutal.

Las casas de familia eran asaltadas por aquella soldadesca desenfrenada, que se entregaba en ellas al pillaje y á los actos más bárbaros.

El pueblo, armado ante aquel peligro tremendo, empezó á defenderse desde las ventanas y azoteas.

El General Urquiza, impuesto de lo que pasaba, mandó al General Virasoro y al Coronel Lista, recorrieran las calles con batallones de infantería, ordenando fueran inmediatamente pasados por las armas todos aquellos individuos que fueran tomados robando, ó que se supiese habian asaltado casas á mano armada.

El General Virasoro dió cumplimiento á la órden, con tal rapidéz, que el saqueo y escándalo terminó bien pronto, mediante una veintena de salteadores que fueron pasados por las armas, amen de los que ya habia muerto el pueblo que se defendia.

Entónces se dirijió á Palermo una comision compuesta del Obispo Escalada, de don Vicente Lopez, Presidente de la Cámara de Justicia, don Bernardo Escalada, Presidente del Banco de la Provincia y don José Maria Rojas.

Esta Comision hizo presente al General Urquiza la necesidad que habia en nombrar en la ciudad alguna autoridad de respeto, pues la Provincia quedaba en un peligroso estado por ia carencia de autoridad alguna.

Fué entónces que el General Urquiza nombró Gobernador provisorio de la Provincia, por medio de una nota, al doctor don Vicente Lopez.

Los jefes y oficiales del ejército de Rosas que se entregaron y los que se presentaron despues en Palermo, fueron respetados en sus grados y empleos, sin que la nueva autoridad los molestara ó privara de ellos.

Así terminó en Buenos Aires aquella tiranía sangrienta y bestial, que habia durado veinte años terribles cuyo capítulo más sangriento son los del 40 y 42.

LA ÚLTIMA VÍCTIMA

La última persona que fusiló Rosas, un mes antes de su caida, fué un jóven Villegas, esposo de doña Dolores Ugarteche, casada hoy con don Francisco Miró.

Villegas residia entónces en Montevideo, bajo la más estricta pobreza, como sucedia á todos los emigrados.

En los últimos meses de la tiranía de Rosas, el demonio de la ambicion habia golpeado la mente de Villegas.

—¿A este miserable que ha robado la fortuna de los unitarios, pensaba, porqué no arrancarle una parte de ella, bajo cualquier forma que sea posible?

Pensando en todos los medios que pudieran darle por resultado la la realizacion de su idea, se detuvo en la falsificacion de la firma del tirano.

Una órden bien hecha, con la firma irreprochable, le parecia el medio más fácil y rápido.

El Banco, no atreviéndose á demorar un minuto el despacho de una órden del tirano la pagaria en el acto, y miéntras se averiguaba la verdad, tenia tiempo de haber regresado á Montevideo y ausentándose para Europa si lo estimaba conveniente.

Para presentar en el Banco la órden falsificada, se necesitaba un valor á toda prueba.

La menor turbacion, la menor palabra desacorda podia hacer nacer la desconfianza y costarle la cabeza.

Pero Villegas era un corazon valiente y su espíritu precavido.

Tenia fe profunda en la concepcion de su plan y estaba firmemente decidido á la realizacion de la empresa.

Mucho tiempo estuvo dedicado en estudiar la famosa firma de Rosas, hasta que llegó á imitarla con admirable perfeccion.

Obtenido este resultado, Villegas se vino á Buenos Aires, con una órden preparada ya, para que el Presidente del Banco le entregara la suma de dos millones de pesos para desempeñar una comision de la mayor importancia.

Villegas cubrió su retirada dejando una ballenera apostada en el Bajo de las Catalinas, y esperó que fueran las 8 de la noche.

—[illegible] Banco [illegible] no han de ir á consultar á Palermo ni se han de atrever á demorar el cumplimiento de la órden.

Y á las ocho de la noche, cubriendo sus ojos con un par de anteojos de color, para que la emocion no fuera á venderlo, se presentó con su órden al señor Escalada, Presidende del Banco.

[illegible] la emocion que esperimentaba Villegas, en un momento en que [illegible] su cabeza contra dos millones de pesos!

La [illegible] el mas leve desliz era su perdicion segura.

Escalada desconoció la firma, ó estrañó la redaccion de la orden, reuniendo en el acto al Directorio.

Como Rosas no admitia escusas en la falta de cumplimiento á sus órdenes, resolvieron entregar el dinero y averiguar la verdad, dando cuenta al tirano de haberse cumplido su órden.

Villegas recibió los dos millones de pesos sin la menor emocion aparente, y se alejó sin siquiera saludar.

Parecia un verdadero enviado del tirano, en el desempeño de una comision importante, comision que no era de estrañarse, dado el estado de las cosas.

Villegas, que con tanta astucia habia procedido hasta aquel momento, una vez dueño del dinero, se turbó, y en vez de embarcarse en la ballenera que lo esperaba, acompañado de algunos corredores amigos empezó á comprar onzas.

Queria tener el dinero en oro para el caso en que tuviera que ausentarse á Europa.

En el acto de salir Villegas, Escalada fué de opinion que se debia pasar una nota a Rosas, dándole cuenta de haber cumplido su órden.

—De esta manera, decia, quedamos tranquilos y podremos saber si la órden es auténtica.

Esta idea fué encontrada muy puesta en razon, y redactada la nota en aquellos términos, fué inmediatamente enviada á Palermo

Grande fué la sorpresa de Rosas al recibirla.

Se le habia falsificado su firma ó el Presidente del Banco habia perdido el juicio.

Inmediatamente envió á buscar al Presidente del Banco, recomendándole trajera la órden, y al Jefe de Policia, para tomar las medidas del caso.

Tan admirable era la falsificacion, que el mismo Rosas quedó asombrado.

No podian hacerse cargos por su cumplimiento.

Tomadas las señas de Villegas, Rosas ordenó al Jefe de Policia pusiese en juego todos sus resortes para dar con el falsificador.

—Y cuidado que la Policia lo deje escapar, agregó, porque entónces será la Policia la que me responda de todo.

Villegas, pensando que recien al dia siguiente daria el Banco cuenta de lo sucedido, seguia comprando onzas con la mayor tranquilidad y cachaza.

La Policia, puestos en juego todos sus recursos, no tardó en echarle el guante, cuando ya Villegas compraba las últimas onzas.

Fué el Comandante de Serenos quien realizó su prision, conduciéndolo al cuartel de sus asesinos.

Rosas, sin averiguar los móviles de la falsificacion, ni si Villegas tenia ó no cómplices, lo mandó fusilar inmediatamente.

Antes de cumplir esta órden, los Serenos se entretuvieron en darle de palos y pinchazos, de modo que cuando se le fusiló apenas conservaba un átomo de vida.

Así pagó Villegas su demasiada confianza, siendo la suya la última sangre que se derramó por órden del tirano.

FIN.

INDICE

FIN

DE

EL PUÑAL DEL TIRANO

Y DE LA

Historia de D. Juan Manuel de Rosas

